

FRANCISCO MERCHÁN

CRÍMENES
IMPERFECTOS



Ediciones
Alféizar

CRÍMENES IMPERFECTOS

Francisco Merchán



Ediciones
Alféizar

ÍNDICE

DAME TU CORAZÓN

Capítulo 1 - Sangre en el patio trasero

Capítulo 2 - Mal despertar

Capítulo 3 - Cenizas y tarta de manzana

Capítulo 4 - Un paseo por el lago

Capítulo 5 - Sala de urgencias

Capítulo 6 - Viaje a ninguna parte

Capítulo 7 - Interestatal 90

Capítulo 8 - Miradas

Capítulo 9 - La caza

Capítulo 10 - Edison Park

Capítulo 11 - En el buen camino

Capítulo 12 - Una casita en Muskegon

Capítulo 13 - NOVOSAFE

Capítulo 14 - Yuigón

Capítulo 15 - Disipando dudas

Capítulo 16 - Atando cabos

Capítulo 17 - Un almuerzo en el jardín

CARNE IBÉRICA S.A.

DAME TU CORAZÓN

Francisco Merchán

*Desde el comienzo
has estado a mi lado
sin pedir nada,
pero dándolo todo.
Contra viento y marea
has entregado lo mejor de ti,
(que es mucho),
sin exigir contrapartidas.
Una sonrisa eterna
que se desvive por los demás, en general,
y por nosotros, en particular.
Nunca he conocido alguien
con un corazón más sincero y grande que el tuyo.
Doy gracias al destino, por ponerme en tu camino.
Siempre unidos.
Siempre juntos.*

Capítulo 1 - Sangre en el patio trasero

Desde el suelo, Ellen observó cómo la recortada sombra de su asesino se alejaba. El tipo, espigado y algo desgarbado, se detuvo tras llegar a la esquina del callejón con la brusquedad de quién ha olvidado las llaves al salir de casa. Tras girarse, el impacto de las gotas de agua contra el cuerpo casi inerte de la mujer consiguieron hipnotizarle durante unos instantes. Una fugaz sonrisa surcó su rostro casi al mismo tiempo que dos dedos de su mano se colocaban en la frente, a modo de saludo militar. Lanzó a Ellen una mirada con sabor a despedida e hizo un leve gesto con la cabeza para, segundos más tarde, perderse entre las impenetrables sombras nocturnas de la densa arboleda. Apretando los puños, Ellen lo vio hundirse en la negrura mientras seguía tirada en el suelo de su patio trasero. El aguacero, lejos de amainar, acrecentaba poco a poco su intensidad. Los sumideros próximos eran incapaces de evacuar tal cantidad de agua con lo que poco a poco se empezaron a formar a su alrededor grandes charcos de lluvia. Con su corazón latiendo a mil revoluciones por minuto, su mente se resistía ante un final que se antojaba poco menos que inevitable. Tenía que hacer algo pronto o todo se habría acabado. Se concentró, intentó despejar su mente y dirigió la energía de cada átomo de su cuerpo a la tarea de moverse para poder llegar hasta el teléfono más cercano. Sus músculos, reacios al principio, parecieron durante unos segundos ganar en actividad, aunque a una velocidad que se antojaba insuficiente. Ellen, lejos de rendirse, apretó y ordenó echar más madera a las calderas. A toda máquina. Hasta el último aliento. Y entonces, cuando parecía que por fin su cuerpo la obedecía e iba a conseguir incorporarse, se desmoronó en el suelo como un castillo de naipes barridos por una corriente de aire. Empezó a temblar de manera casi compulsiva y ya no fue capaz ni siquiera de mover los dedos de una mano. A pesar de su voluntad, su cuerpo se había rendido. Cada hueso, órgano, sentido o célula decidieron disminuir, de manera gradual, su intensidad, hastiados ante tanta desgracia. Por las heridas que la había infligido aquel enorme cuchillo de cocina, su sangre seguía fluyendo hacia las cloacas de manera lenta e inexorable. Segundo a segundo, el dolor y el frío comenzaron a remitir. Como el general Caster, hizo un último intento por alcanzar su bolso. Estaba tan solo a medio metro pero no pudo ni siquiera acercarse a rozarlo. Una vez más, su esfuerzo le había resultado del todo inútil. La pérdida de sensibilidad iba en aumento al igual que le densa niebla que se estaba formando en su mirada. Instantes antes de perder la conciencia, Ellen escuchó el ruido amortiguado y lejano de las sirenas. Una dulce calidez la fue embargando con la suavidad que una madre envuelve a su bebé después de darle un baño caliente en invierno. Su niño. Su pequeño. Llevaba tanto tiempo deseando estar en paz que, a pesar del obstinado coraje por seguir luchando, su cuerpo se dejó llevar, sumergiéndola en un profundo sueño del que ya nunca iba a despertar.

El agudo zumbido del busca resonaba todavía en su cabeza. Sobresaltado, Peter se despertó y se levantó de la litera de su despacho al tiempo que estiraba los brazos. Entre bostezos y acidez de estómago, miró el reloj de su teléfono móvil. Las 04:15 de la madrugada. Perfecto, un aviso justo en plena noche. Con desgana, miró la extensión y vio que el aviso provenía de urgencias. Levantó el auricular con pesadez y marcó el número. Con un poco de suerte sería una consulta rápida o alguna duda de algún residente de primer año sobre la idoneidad de un anestésico local determinado para coser los puntos en una mano. Tras un par de tonos, alguien descolgó.

—Urgencias, dígame —respondió una sugerente voz femenina.

—Hola, soy el doctor Peter Tenway, el anestésico de guardia. He recibido un aviso de

urgencias. ¿Sucedo algo?

—Buenas noches, doctor Tenway. Nos han avisado que viene hacia aquí una mujer con heridas de arma blanca. El cirujano de guardia, el doctor Melvin, me pidió que le avisase. La ambulancia estará aquí en unos 15 minutos.

—Gracias. Ahora mismo bajo.

Se asomó por la ventana. Llovía a mares. Era noche de estar en casa acurrucado en el sofá debajo de varias capas de mantas, no dando cuchilladas a diestro y siniestro. Pero por desgracia en este mundo había gente dispuesta para todo. Resignado, se fue con parsimonia hacia la máquina de café al tiempo que rebuscaba unas monedas en su bolsillo. La noche iba a ser larga. Volvió a su cuarto, cogió el fonendoscopio que colgaba del perchero, se lo puso alrededor del hombro y se encaminó a urgencias con el humeante vaso de oro negro en su mano.

Nada más llegar se acercó al mostrador donde estaba la enfermera con la que probablemente había hablado. Sin hablar, ella le acercó el historial que había podido recuperar de la paciente. Había imprimido el breve resumen que elaboraba el nuevo programa informático que habían instalado en todo el hospital. Y es que, a pesar de la recesión reinante (o quizás debido a ella), el Estado de Maine se había gastado recientemente la nada desdeñable cantidad de 100 millones de dólares en conectar toda la red sanitaria del territorio, tanto pública como privada, mediante el portal RESLIAS. Una de las múltiples novedades era que se había incluido una herramienta en la nueva interfaz que preparaba en segundos un resumen de la historia clínica completa del paciente. A Peter no le gustaba demasiado en lo referente a términos del derecho a la privacidad pero debía reconocer que era una aplicación muy útil para los casos de urgencia. Y este caso sin duda lo era.

Se sentó en el destartalado sillón de la sala de estar y abrió el dossier mientras apuraba el café. Ellen Cistar, 39 años. Sin enfermedades importantes, ni alergias. Peso dentro de los valores normales. Sin antecedentes quirúrgicos. “Nada relevante” pensó satisfecho, ya que, desde el punto de vista anestésico no había ninguna complicación potencial. Justo cuando iba a cerrarlo para devolverlo observó una pequeña anotación en el margen inferior de la primera página. “Falta historial psiquiátrico Hospital St. Joseph”. Aquello le hizo fruncir el ceño.

—¿Eres Rosanne, verdad? —preguntó Peter mirando la dorada chapa que colgaba reluciente en el uniforme de la enfermera —¿Podrías intentar recuperar el historial psiquiátrico de la paciente? Estuvo ingresada en el hospital St. Joseph.

—¿Tengo pinta de secretaria?

Peter se la quedó mirando, sin saber muy bien qué responder.

—El caso es que todavía no me manejo excesivamente bien con el nuevo programa y a estas horas voy a ser incapaz de rescatarlo —rogó luciendo su mejor sonrisa—. Si pudieras echarme una mano, te estaría muy agradecido.

La enfermera, entre resignada y halagada, suspiró y se fue hacia el ordenador. Tras sentarse y teclear durante un par de minutos, se levantó y se acercó de nuevo a Peter con cierta sorpresa reflejada en su rostro. No dejaba de observar un folio recién impreso.

—Esto es muy extraño.

—¿El qué exactamente? —preguntó Peter.

—Los datos de la paciente están en la ficha pero el resto de información sobre ingresos, medicación, tratamiento o enfermedades no aparecen por ningún lado.

—¿A qué te refieres?

—Pues que es bastante raro porque estas páginas del final del informe están debidamente cumplimentadas, pero no así las centrales que se refieren al historial médico.

—¿Y por qué te resulta eso tan extraño?

La enfermera le miró y puso los ojos en blanco mientras suspiraba.

—¿Por qué es extraño? Tantos años de universidad para acabar enseñando informática a las cuatro de la mañana... —exclamó con los brazos en jarra— Doctor Tenway, RESLIAS se supone que es un programa estanco, es decir, que no te deja cumplimentar una página si no lo está debidamente la anterior. Nadie debería haber podido rellenar las últimas páginas sin completar con las que faltan. Así que, o bien es un error o han sido borradas por alguien.

—¿Borradas?

—No sería tan extraño. He visto colegas suyos borrando u obviando datos de un paciente en alguna situación determinada con el fin de esconder algún tipo de negligencia, por ejemplo. Algunos han llegado incluso a perder parte o la totalidad de un historial completo. No es algo muy habitual, pero a veces sucede, y usted lo sabe, doctor Tenway.

—Bien, Roseanne. Dejémoslo estar, sinceramente no creo que estemos en una película de Hitchcock —contestó Peter—. Ni siquiera imagino el motivo por el cuál alguien se iba a entretener en ir borrando historiales médicos de una base de datos informática. Supongo que será algún tipo de error en la grabación o en la transposición de datos.

—¿Ahora es experto en ordenadores, doctor Tenway?

Peter suspiró. Sin duda no era el momento de empezar una disputa.

—Supongo que no —concedió—. ¿Serías tan amable de llamar a St. Joseph y pedirle al psiquiatra de guardia que nos elabore un breve resumen general y lo envíe por fax de manera urgente?

Roseanne frunció el ceño y miró al techo al tiempo que meneaba la cabeza.

—Es importante para mí saber si tomó drogas en algún momento de su vida, qué cantidad, tipo, dosis, durante cuánto tiempo... De hecho, esos datos son vitales de cara a una anestesia general y más en casos de urgencia vital. Pueden afectar de manera más que importante a la vida de la paciente, y lo sabes.

La enfermera resopló, miró la cara de cordero camino del matadero que Peter le había puesto y le sonrió.

—Llamaré directamente a urgencias del hospital. Conozco un par de compañeras de la universidad que trabajan allí. A ver si están de turno y pueden hacer algo —contestó mientras, resignada, se giraba e iba hacia el teléfono.

—Gracias, Rosanne.

Mientras, Peter entró en los quirófanos destinados al área de urgencias. Anexada a esta zona

por un largo pasillo, constaba de tres salas estériles completamente equipadas e independientes, un par de almacenes y un pequeño comedor para el descanso del personal. La sala de quirófano número dos ya tenía las luces encendidas así que decidió entrar sin demorarse más. Saludó al resto del equipo y después se puso a revisar con cuidado sus aparatos y equipamientos. Como siempre, empezó con el respirador y luego con el laringoscopio, el sistema de aspiración de fluidos o las guías flexibles para intubaciones difíciles. Un par de minutos más tarde, tras haber comprobado uno a uno todos los equipos y sistemas que podría necesitar, se sentó en un taburete cercano. En este tipo de casos no se sabía muy bien con lo que se podía encontrar y él era una persona a la que no le gustaban las sorpresas. Tenía que estar preparado para cualquier tipo de eventualidad, nada era aleatorio. Habló con el personal de enfermería presente en la sala y que estaba preparando la medicación, las bombas de infusión, el instrumental quirúrgico y el resto de elementos necesarios para intentar resolver con éxito aquella urgencia. Cuando lo tuvieron todo listo y se iba a sentar de nuevo a esperar, Rosanne asomó la cabeza por la puerta lateral del lavamanos y siseó a Peter. Este se giró y fue hacia ella.

—He encontrado a una de las compañeras de las que le hable. Justamente hoy también hace turno de noche —dijo Roseanne—. Ha sido una dura negociación. Me ha costado un par de copas en el Sunset Club para el próximo sábado y una entrada de cine para el estreno de la última película de Brad Pitt. Luego ha bajado al archivo en busca de la historia de la paciente. En el expediente no hay nada —terminó de decir.

—¿Cómo que no hay nada?

—Absolutamente nada. La carpeta estaba en su archivador, pero dentro no hay ni un solo papel —respondió la enfermera—. Fue a ver al psiquiatra de guardia y éste le dijo que no sabía nada de la paciente. Parece que sólo lleva dos meses en la institución.

La cara de Peter era un poema. No sabía ni que decir.

—Si no necesita nada más, me voy. Ya me ha salido usted bastante caro para una noche, doctor Tenway.

—Gracias, Rosanne —respondió—. Y, por cierto, de la parte económica no se preocupe. Estaré más que encantado de pagarle esas copas e incluso las entradas de cine, si le parece bien.

—¡Me parece perfecto, Peter!

—Ya hablamos entonces. Gracias de nuevo —se despidió Peter mientras volvía a entrar en el quirófano con la cabeza en otro sitio.

Un minuto más tarde, un estridente timbre le sacó de su ensoñamiento. Aunque carecía de una información importante para hacer su trabajo, la paciente no podía esperar. Tendría que ir a ciegas y eso era algo que le ponía enfermo. Salió del quirófano y fue a recibirla junto al resto del equipo. Todos se congregaron delante de la doble puerta de cristal en un silencio roto tan solo por la respiración agitada de algunos de los allí presentes y la alarma que emitía la ambulancia mientras se acercaba al muelle de atraque dando marcha atrás. Se detuvo, los técnicos se bajaron y abrieron la portezuela de par en par. “Empieza el baile”, pensó Peter. Unos segundos después, una decena de personas corrían a toda prisa por los pasillos guiando la camilla en dirección al quirófano. El médico de la ambulancia iba cantando datos médicos a Peter, que los anotaba mentalmente. Tenía al menos tres heridas por arma blanca. Las dos primeras transversales, en las muñecas, que habían dejado prácticamente de sangrar y otra, más profunda, en el abdomen, de la

que brotaba de manera continua un hilo de sangre muy oscura. Era probablemente hepática. Necesitaba cirugía urgente o entraría en un shock por falta de volumen sanguíneo y podría morir.

—...y el sangrado ha sido abundante. Le he mantenido la tensión con expansores de volumen y noradrenalina. Está muy inestable. No he conseguido intubarla debido a la agitación y lleva dos vías periféricas con suero salino. No hemos conseguido tampoco una vía arterial —dijo el médico de la ambulancia como una ametralladora.

Peter ordenaba sus datos mentalmente mientras la trasladaban de la camilla de transporte a la mesa quirúrgica. Una vez allí y mientras monitorizaban a la paciente, Peter comenzó a dar órdenes.

—0,15 mg. de Fentanilo, 150 miligramos de Propofol y 40 miligramos de Rocuronio. Ponle también un miligramo de atropina. Prepárame un tubo endotraqueal del número siete con una guía flexible —pidió Peter a la enfermera encargada de ayudarle en la anestesia—. ¡Ellen, Ellen! —dijo Peter al oído de la mujer— ¿Puede oírme? Voy a sedarla y a ponerle un tubo en la garganta para que respire. ¿Me ha entendido?

Inquieta, Ellen se removió e hizo el ademán de retirarse la mascarilla para hablar. Peter la ayudó y se acercó a ella. De pronto, se incorporó bruscamente y se puso a gritar.

—¡Ellos se llevaron a mi niño! Me lo robaron y nadie hizo nada. ¡Mi pequeño, mi pobre pequeño! —gritó al tiempo que perdía el conocimiento y se desplomaba.

Durante unos instantes todos se quedaron congelados, mirándose. Luego Peter consiguió reaccionar.

—¡Venga, todos a trabajar!

Entonces terminó de retirar la mascarilla y esperó a que la medicación que estaba poniendo la enfermera hiciese su efecto. En cuanto los distintos componentes inundaron el torrente sanguíneo, la mujer se relajó. Peter la ventiló a través de una mascarilla facial con oxígeno en altas concentraciones alrededor de un minuto y a continuación le colocó un tubo en la garganta que iba conectado al respirador. Tras comprobar con su fonendoscopio que estaba en el sitio correcto y que la paciente respiraba con normalidad, Peter dejó que la enfermera de anestesia fijara el tubo mientras que él observaba el monitor de las constantes de Ellen. El estado de la paciente era crítico. Los cirujanos, de hecho, habían empezado a hacer la incisión antes de que estuviese del todo dormida. Había mucha sangre. Peter pidió a la enfermera que llamara de manera urgente al banco de sangre y pidiese 6 concentrados de sangre sin cruzar. Era el tipo de sangre que se solicitaba ante una urgencia vital extrema. Mientras esperaba, Peter intentó ganar tiempo. Comenzó a poner distintos tipos de medicaciones cuyo fin eran ayudar a la mujer a mantener aceptables sus niveles de tensión arterial, los cuales bajaban de manera drástica. Si no encontraban pronto el origen del sangrado, la situación se pondría imposible. Un par de minutos después de comenzar la intervención y, a pesar de los esfuerzos de todos, la paciente entró en estado de shock.

—¡Anne, trae más fenilefrina y carga dos atropinas más! ¡Jhon, haz el favor de llamar al banco de sangre y decirle que se den prisa o no tendrán que venir! —ordenó Peter.

Un minuto después de entrar en shock, Ellen sufrió una fibrilación ventricular y su corazón se detuvo. El doctor Melvin era un excelente cirujano, ligaba vasos e iba reparando venas a una

velocidad endiablada, y Peter era un magnífico anestesista. Con todo esto a su favor, a pesar de sus esfuerzos y tras más de media hora reanimándola, Ellen Cistar falleció. Y es que, como pudieron comprobar después, los daños en el hígado y el bazo eran tan severos que no era posible salvarla. Eran las 05:30 de la mañana y ambos médicos se estaban mirando con la tristeza de quien acaba de perder un paciente.

—Lo siento, Thomas. Has hecho un buen trabajo. Por desgracia, venía en muy malas condiciones —dijo Peter al doctor Melvin—. No se ha podido hacer nada.

—Lo sé. Gracias. Tú también has hecho un buen trabajo, Peter. Siempre me entristece perder a un paciente, pero la juventud siempre aumenta esa sensación. ¿A ti no te pasa? —dijo el doctor Melvin mientras, con cariño, le pasaba la mano por la cara al rostro ya sin vida de Ellen.

Ambos médicos se miraron y asintieron. Juventud y muerte nunca fueron sin duda buenas compañeras de viaje. Durante los siguientes minutos cosieron las heridas e incisiones practicadas durante la cirugía y retiraron todos los catéteres, tubos y sondas que le habían colocado. Cuando acabaron, la envolvieron con cuidado con un par de sábanas limpias, dejando solamente visible el rostro. Peter la miró a la cara y dejó escapar una triste sonrisa. Anne, una de las enfermeras que le había ayudado en la cirugía, se le acercó.

—No te tortures, Peter. Hiciste todo lo posible. Bueno, hicimos —corrigió.

—Lo sé. Gracias Anne. Y gracias a ti también, Jhon. Habéis estado perfectos.

Todos. Como siempre.

Todos asintieron y con calma se pusieron a recoger los utensilios. Peter miró de nuevo a Ellen, que parecía estar plácidamente dormida. La taparon con otra sábana y salieron de la habitación. Eran casi las seis de la mañana y en el exterior seguía lloviendo a mares.

Peter estuvo alrededor de una hora y media rellenando formularios. Sin duda odiaba la burocracia con todo su ser. Fue avanzando con lentitud en esta ardua tarea mientras esperaba a los agentes de policía. En cuanto llegaron, tiró aliviado el bolígrafo sobre la mesa y se levantó a hablar con ellos sobre el caso. Era el procedimiento habitual en los casos de muertes violentas. Les explicó, brevemente, las que con toda probabilidad habían sido las causas de la muerte de Ellen. A la policía normalmente sólo le interesaba ver respondida una pregunta.

—En su opinión profesional, doctor Tenway, ¿esas puñaladas influyeron de manera decisiva en el fallecimiento de la señora Ellen Cistar? —preguntó uno de los agentes.

—Sin lugar a dudas, agente.

—Bien. Eso es todo por el momento, doctor. Le dejamos descansar. Si el inspector asignado al caso tuviese más preguntas que hacerle, ya le llamaríamos. Y por favor, háganos llegar su informe a la mayor brevedad posible al fax que aparece en esta tarjeta. Gracias, doctor Tenway —dijo el agente más mayor—. Venga, Jimmy, vámonos.

Les estrechó la mano y ambos policías se marcharon. Los siguió con la mirada mientras se montaban en el coche patrulla y se perdían en la bruma matutina que ocultaba la carretera. Por fin había acabado su guardia. Subió a su taquilla, recogió sus cosas en la maleta y se fue a casa. Acabaría allí el burocrático formalismo. Empezaban para él unas pequeñas vacaciones de diez días. Ya sabía qué quería hacer. De hecho, llevaba un par de meses pensando en ello. Hacía

mucho tiempo que tenía ganas de perderse unos días en Boston. Desmadrarse, agarrarse una borrachera y acabar en la cama con cualquiera. Pero eso debía esperar. Ahora mismo, lo único que deseaba era pasar el un día entero tirado en la cama, durmiendo.

Cuando por fin se consiguió montar en su Dodge Durango todavía no eran ni las ocho y media de la mañana. Una fina escarcha cubría su parabrisas delantero, consecuencia de las últimas heladas invernales. Arrancó, salió del aparcamiento del hospital y enfiló la estatal 95, que discurre paralela al río. En esa época del año bajaba con un poderoso caudal, lo que provocaba que en algunas zonas incluso fuese común ver pequeñas cascadas y remolinos. El Kennebec, vivo y eléctrico, se desprezaba con una amplia gama de verdes como telón de fondo, después de sufrir los consabidos meses irremediamente blancos. A Peter le encantaba hacer el camino de vuelta a casa por la mañana temprano. Se consideraba un afortunado al poder observar aquel espectáculo de la naturaleza a diario. Las oscuras aguas del río bajando revueltas y los márgenes, preñados principalmente de enormes grupos de pino americano, eran una eclosión de vida y luminosidad. Como si la propia naturaleza supiese que tenía poco tiempo para vivir de manera alegre y despreocupada antes de que el devastador manto blanco invernal lo sepultase todo, otra vez. Después de recorrer quince kilómetros sin prisas y disfrutando del espectáculo natural, Peter tomó un desvío que le llevaba en dirección a su casa.

Estaba situada en las afueras de Waterville, un pequeño pueblo cerca de Augusta, que él adoraba. Ubicada en una pequeña urbanización cerca del río, la vivienda era una planta baja construida con un resistente nogal americano. Tendría unos 15 años de antigüedad y mediría unos 180 metros cuadrados, repartidos en dos plantas, sin contar los dos amplios jardines. Uno de ellos, bastante amplio en la parte delantera de la casa y otro simplemente inmenso en la zona trasera. Este último tenía además una hermosa barbacoa hecha de ladrillos y un precioso porche de madera de pino, coronada con una mesa de madera maciza con capacidad para unas veinte personas. El porche, además, tenía persianas de aluminio reforzado que permitían mantenerlo cerrado en invierno e impedir así que se dañase el interior con las lluvias y las nevadas. A los pies del porche, una hermosa piscina de ocho metros de largo y casi tres de ancho permanecía tapada con una lona casi la mayor parte del año. El resto del jardín daba directamente a una zona boscosa que llegaba hasta el mismísimo río y que tan sólo estaba separada de la arboleda por una bucólica valla de un metro de altura, que además delimitaba la propiedad. Cuando las benevolencias del clima lo permitían, se sentaba tranquilamente a leer mientras escuchaba sorprendido los sonidos de la naturaleza. Buhos, aves de varios tipos, comadrejas o zorros solían pasearse a menudo por sus dominios, en busca de algo que rapiñar. De hecho, era una zona tan relativamente salvaje que hasta llegó a tener algún susto de considerable importancia. Como el de aquel día en el que, después de una barbacoa con unos amigos, un oso negro de al menos un par de metros de envergadura se presentó en su jardín sin invitación. El animal, atraído sin duda por los olores de la carne asada, les pegó un buen susto y reventó la fiesta. No sucedió nada de consideración, salvo el ataque de ansiedad que sufrió la novia de uno de los invitados y el corte en el pie que se hizo otra persona al intentar salir corriendo y pisar una botella de cerveza que estaba en el suelo. A pesar de que no sucedió nada grave, una semana más tarde un carpintero local estaba colocando, a precio de oro, el cercado actual.

Tras llegar a su casa, fue directo a la entrada del garaje. Se detuvo delante y pulsó el mando, esperando a que el mecanismo abriese la puerta. Entró y, tras detener el vehículo, se bajó y cerró. Estaba realmente cansado. Al mismo tiempo que escuchaba cerrarse la puerta del garaje, abrió la pequeña puerta que daba acceso a la casa. Lo recibió un cálido maullido de un gato siamés, con

principios de obesidad, lo esperaba ronroneando en la entrada.

—¿Qué tal, Nerón? ¿Me has echado de menos, granuja? —dijo Peter mientras acariciaba el lomo del felino— Seguro que tienes hambre. Venga, vamos a desayunar.

Seguido de la oronda mascota entró en la cocina, le echó de comer y luego se preparó un contundente desayuno a base de un zumo de naranja, tostadas y huevos revueltos. Lo devoró todo a una velocidad de vértigo. Peter, ya medio dormido, metió los platos en el fregadero, fue a su dormitorio y se metió en la ducha. Todo el que ha trabajado de manera habitual de noche sabe que esos quince minutos de agua caliente funcionan mejor que diez clases de yoga. Mientras jugueteaba con el agua en su boca, recordó a Ellen Cistar. Todavía le seguían afectando esos casos. Siempre que perdía a algún paciente se preguntaba si había actuado de manera correcta. ¿A qué se referiría aquella mujer con lo de su hijo robado? ¿Sería cierto que le habrían robado a un hijo? Peter sintió un escalofrío recorrer su espalda. No. Probablemente sólo fuera el desvarío de una enferma mental en estado de shock. Él, por su parte, estaba tranquilo. Sin duda hizo todo lo que estuvo a su alcance por salvarla. Cerró el grifo, salió de la ducha y se secó. Nadie podía culparles. Habían trabajado de manera muy profesional, sin escatimar recursos de ningún tipo. Así que se puso un viejo y cómodo pijama y, de un salto, se metió en la cama donde ya lo esperaba Nerón desde hacía un buen rato. Agotado, Peter se durmió en el instante en el que su cuerpo tocó la cama.

Capítulo 2 - Mal despertar

Estiró sus brazos mientras se agarraba al volante y bostezaba como un oso. Pasar la noche en vela eliminando rastros de un crimen recién cometido era una tarea tediosa y el cansancio estaba sin duda empezando a pasarle factura. Las hojas del calendario pasaban para todos y ya no estaba tan preparado físicamente como años atrás. Pero a pesar de echar demasiado de menos su mullida cama de tamaño king size, sabía que deshacerse de las pruebas en un mismo lugar era un completo error. Las novelas y las películas habían abusado sin duda del tópico de rociarlo todo con gasolina y prenderle fuego, un típico fallo que muchos novatos con pocas luces y cortas carreras cometían demasiado a menudo. Todavía recordaba cómo, más o menos un año atrás, habían pillado en Ohio a un profesor de instituto quemando todos los indicios de un crimen que había cometido. Una joven alumna había desaparecido un par de días antes y la policía, que realizaba las tareas de búsqueda de la chica, lo tenía vigilado. Así que se alertaron al ver el humo salir de la parte de atrás de su casa por lo que decidieron entrar, cazándole con las manos en la masa. Un auténtico idiota. Aunque su caso era distinto. Él llevaba tantos años viviendo del negocio y tenía cierta reputación dentro de un sector que no perdona errores. Si no hiciese bien su trabajo ya estaría sirviendo de abono en cualquier punto perdido de un bosque, en el fondo de una cala desierta o, lo que es peor, en la cárcel. Y esos eran los motivos por los que llevaba toda la noche dando paseos de un lado para otro en su viejo Cadillac mientras se deshacía de todo.

—Vamos, ya queda menos —dijo para animarse.

Una bolsa con ropas manchadas en un contenedor de las afueras de Gardiner. El cuchillo que había tomado prestado, por ejemplo, dormía ya plácidamente en el fondo de una poza poco conocida en las negras aguas del río Kennebec. Y así siguió hasta llegar a la media docena de bolsas repartidas en un radio de sesenta kilómetros. Nadie los encontraría nunca y, de hacerlo, jamás relacionarían los objetos entre sí. El asunto, por fin, estaba resuelto. Tendría que acarrear con otra piedra más en sus bolsillos aunque a estas alturas ya no le importaba demasiado. Podría decirse que se había acostumbrado al peso. Mientras bostezaba otra vez desbloqueó su teléfono móvil y marcó el número, con impaciencia, esperó a que alguien descolgase al otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién es? —preguntó una voz ronca entre balbuceos.

—Soy yo. Ya está hecho —respondió.

—¿Te has desecho de todo?

—Por supuesto, mañana quedaremos para el pago. Donde siempre, si le parece bien.

—De acuerdo. Mañana lo concretamos. Adiós.

La llamada había terminado. Por fin se podía ir a dormir. Satisfecho, arrancó su viejo coche y salió del aparcamiento trasero de la cafetería de Bangor en cuyo contenedor reposaba la última bolsa. Mientras se encendía un cigarrillo, el coche fue engullido por la densa bruma matutina que envolvía la carretera, desapareciendo de la vista de miradas indiscretas.

El ruido de una vibración lo despertó. Sacó la cabeza de debajo de la almohada y miró encima de la mesita de noche. Su teléfono móvil no paraba de sonar. Ligeramente enfadado y todavía medio dormido, descolgó.

—¿Diga?

—Buenos días, soy el inspector de homicidios del departamento de policía de Augusta Anderson Harper. ¿Es usted el doctor Peter Tenway? —se presentó un hombre.

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, doctor. Espero no haberle despertado.

—Pues la realidad es que sí lo ha hecho, inspector. Suelo irme a dormir unas horas después de tener guardia y, más aún, cuando no ha sido especialmente buena. ¿No han hablado con usted sus agentes? ¿Qué es lo que sucede?

—Lo siento. No sabía que estaba usted durmiendo —se disculpó—. Obviamente mis agentes se han olvidado de avisarme. Espero que acepte mis disculpas, doctor.

—Tranquilo, lo entiendo —se resignó Peter—. No se preocupe, inspector. No pasa nada.

—Gracias por su comprensión, me gustaría saber cuándo podría tener listo el informe oficial sobre la muerte de Ellen Cistar. Es importante.

—Ya se lo dije a los oficiales de policía que vinieron al hospital, supongo que a última hora de la tarde de hoy o mañana por la mañana como máximo. No creo que me lleve demasiado.

—Comprendo —afirmó el inspector Anderson.

Los dos hombres se quedaron en silencio hasta que el policía volvió a la carga.

—Entiendo que esté cansado, doctor Tenway, pero necesitaría tener ese informe cuanto antes. En este tipo de casos, las primeras 72 horas son vitales para la resolución del crimen. Sé que le pido un esfuerzo más, pero se lo agradecería enormemente.

—¿Asesinato? Yo pensaba que había sido una pelea con el marido, un atraco o incluso una riña entre vecinos. Hasta veía más probable el suicidio, pero no pensé que pudiese ser un asesinato.

—¿Y qué le hace pensar eso, doctor?

—Los cortes de las muñecas son típicos de los suicidas. Además, tiene antecedentes psiquiátricos. En la mayoría de los casos esos dos factores combinados dan como resultado un intento de suicidio.

—¿Antecedentes psiquiátricos? ¿Qué clase de antecedentes?

—No lo sé. En la hoja resumen del programa RESLIAS se reflejaba al final del mismo que faltaba el historial psiquiátrico de la paciente. No pudimos acceder a él desde el ordenador del hospital.

—¿Programa RESLIAS? Creo que tengo bastantes más preguntas que hacerle de las que pensaba, doctor Tenway. Es la una del mediodía. ¿Le parecería bien que nos viésemos en algún sitio cerca de su casa? ¿Sobre las dos, por ejemplo?

Peter no tenía ningunas ganas de salir de casa, estaba cansado y llovía. Podía escuchar el ruido del agua caer contra el tejado de latón de la leñera que estaba al lado de la piscina. Suspiró resignado.

—Para serle sincero, inspector, no me apetece demasiado salir. ¿Qué le parece si viene usted a

casa? Tengo algo en la nevera y siempre puedo hacer una ensalada. Déme al menos media hora o cuarenta y cinco minutos para vestirme y arreglar un poco este desorden.

—De acuerdo, doctor Tenway. Sobre la una y media estaré por su casa. Hasta luego. Y gracias otra vez.

—Un momento, le daré la dirección.

—No hace falta. Soy policía, ¿lo recuerda?

—Es verdad. Hasta dentro de un rato, inspector.

—Adiós.

Peter bajó las escaleras y se fue directo a la cafetera. La encendió y, mientras rebuscaba en la nevera, encontró algo de queso, fiambre y unas lonchas de carne asada. Tenía también un cuenco con un poco de ensalada de col. Sacó una hogaza de pan del día anterior y lo metió en el horno. Sería suficiente. El ruido de la cafetera le animó ligeramente. Se puso un café bien cargado y se lo fue bebiendo a sorbos mientras iba y venía recogiendo la cocina y el salón. Nerón, desde su pequeño cesto, lo miraba divertido. A pesar de la lluvia, abrió las ventanas diez minutos para que se airease la casa. Mientras se terminaba el café fue al baño y se aseó. Justo cuando estaba cerrando las ventanas del salón y la cocina sonó el timbre. La una y media exacta.

—Hola, buenas tardes. Soy el inspector Harper.

Tendría unos 38 años y era ligeramente más alto que él. Tenía el pelo rubio ceniza, los ojos de un intenso negro azabache y una mandíbula prominente que irradiaba seguridad por los cuatro costados. En su justa medida, poseía un cuerpo atlético lo que le convertía en conjunto en un hombre, era, en definitiva, un hombre bastante atractivo. Seguro que tenía mucho éxito entre el público femenino.

—Hola inspector. Soy el doctor Peter Tenway —respondió Peter, al tiempo que se apartaba de la puerta y le dejaba entrar—. Adelante, pase.

El inspector entró y se quitó la gabardina. Peter le cogió la prenda de vestir y fue a colgarla en el perchero que estaba justo detrás de la puerta. Se produjo un silencio incómodo.

—Gracias en primer lugar doctor Tenway por ... —comenzó a decir el inspector.

—Peter, inspector. Llámeme Peter.

—De acuerdo, Peter. Gracias por dejarme pasar por aquí. Tengo un par de dudas que necesito resolver y cuanto antes lo haga, mejor.

—Bien, acompáñeme a la cocina. Tengo sobras de una cena anterior y unas cervezas bien frías. No me ha dado tiempo a preparar nada más.

—Tranquilo, será más que suficiente.

Entraron en la cocina y el inspector Harper se quedó sorprendido con su tamaño. Mediría como mínimo unos 25 metros cuadrados y estaba decorada con muebles de estilo rústico colonial. En el centro de la estancia, una magnífica isla de casi dos metros presidía el espacio. Una mitad de la misma cumplía la función de mesa comedor. Tenía cuatro increíbles bancos altos, de roble macizo que quedaban bien disimulados bajo el alféizar de la encimera. La otra parte estaba preparada

para cocinar. Había seis enormes fogones de hierro forjado, muy del estilo de las cocinas de principios del siglo XIX y que se habían convertido en tendencia en los últimos tiempos a unos precios desorbitados. El inspector Harper miró al doctor Tenway con cierta envidia. Una espectacular plancha lateral y un enorme horno industrial en la parte inferior completaban un espacio que, además, estaba coronado por encima con toda clase de utensilios como sartenes, cazos y ollas, en una amplia variedad de materiales y colores. Era simplemente espectacular.

—Parece que le gusta cocinar —afirmó Harper resuelto—. Tiene una cocina magnífica.

—Sí, la verdad es que me encanta. ¿Una cerveza?

—Sí, gracias.

Comieron con apetito hasta no dejar nada. Mientras lo hacían, hablaron de cocina y banalidades. Peter pudo comprobar que al inspector también le apasionaba todo lo relacionado con la comida. De pronto, Nerón saltó sobre la mesa y Harper se sobresaltó.

—¡Nerón! ¡Quieto, chico! ¡Bájate, vamos! Cuánto lo siento, inspector —se excusó Peter—. No suele venir visitas y lo cierto es que lo tengo bastante malcriado. ¡Vamos, baja! —ordenó Peter al tiempo que agarró al grueso siamés y lo soltó en el suelo.

—Tranquilo. No me molestan los animales. Además, es él quién está en su casa. ¿No es así, pequeño? —respondió Harper— Por cierto, llámame Andy.

Calentaron el café y recogieron los platos. Luego el inspector insistió en fregar mientras Peter echaba los cafés en tazas y les ponía el azúcar.

—Peter, ¿qué fue lo que me dijo acerca del historial psiquiátrico de Ellen Cistar? No lo entendí bien. Dijo algo como que no aparecía en la historia, ¿Es eso posible? —preguntó Andy con cierta despreocupación.

—Sí. No aparecía en la hoja resumen del programa RESLIAS.

—¿RESLIAS? ¿Qué es el programa RESLIAS?

—El programa RESLIAS es un programa piloto auspiciado por el gobernador Jhonson, pionero en todo el país.

—¿Pionero? O sea, ¿que es algo experimental?

—No. Ha sido probado con éxito en otros países como Canadá o Japón. Es un programa en el que todas las instituciones públicas y privadas tienen la obligación de volcar los datos clínicos de los pacientes —dijo Peter haciendo una pausa para tomar café, antes de continuar.

—Sigo sin entenderlo.

—Es muy sencillo. RESLIAS se creó para facilitar el acceso a los datos médicos de todo el sistema de salud del Estado, uniendo así la información que poseen tanto las instituciones públicas como privadas. Desde las clínicas dentales hasta mi hospital o cualquier clínica estética u hospital privado. Es, en otras palabras, como un gran archivador virtual donde están todos los datos del historial de salud de todos los ciudadanos. Está desarrollado por la empresa NOVOSAFE, con sede aquí, en el estado de Maine.

—Creo que comienzo a entenderlo.

—Tiene múltiples utilidades, pero sin duda una de las herramientas más útiles es un interfaz que, en segundos, te resume los datos más importantes de un paciente. Todos los antecedentes quirúrgicos, pruebas, consultas médicas...todo es registrado, volcado y actualizado al instante. Bien, en el resumen de Ellen Cistar es donde vi lo que le comenté acerca de su historial psiquiátrico.

—Entendido, Pero, ¿qué finalidad tiene almacenar todos esos datos en el programa? ¿Qué beneficios hay para los pacientes?

—Los aspectos positivos del programa son varios. En primer lugar, en caso de sufrir una urgencia médica, cualquier médico, enfermero o sanitario del estado que la tienda tiene acceso al instante a un breve resumen del historial, conociendo así alergias, enfermedades o ciertos antecedentes que pueden ser muy importantes en la toma de decisiones. Salva vidas al evitar o prever complicaciones como, por ejemplo, las reacciones producidas por un shock anafiláctico por una alergia medicinal.

—Parece lógico. Continúe, por favor.

—Bien. Además de este gran beneficio, puede servir para evitar la duplicidad de pruebas y agilizar los procesos médicos. Más de un 20 % de las pruebas diagnósticas que se realizan al año a los pacientes ya se han hecho con anterioridad en otros centros y podrían evitarse. El ahorro para las arcas del Estado y de las aseguradoras es enorme. De hecho, se calcula que en sólo 5 años se habrá amortizado el coste del programa —contestó Peter.

—Entiendo. Este punto supongo que no habrá gustado a algunos, ¿no es cierto?

—La verdad es que determinadas clínicas privadas no están demasiado contentas. Hubo bastantes quejas sobre todo de aquellos centros que sólo están especializados en realizar pruebas diagnósticas. Pero muchas de esas clínicas pertenecen a grandes grupos corporativos de seguros. Al final el dinero sale del mismo bolsillo y si hay un ahorro del 20 por ciento, es una gran noticia para todos.

—¿Tendría por aquí ese resumen que imprimió?

—Sí, por supuesto. Me lo traje para poder elaborar luego mi informe. Ahora mismo se lo enseño, voy al garaje a traerlo.

Peter salió de la cocina y un minuto después entró de nuevo con su maletín de piel negro en las manos. Lo abrió y sacó unos cuantos folios. Los miró y luego cogió uno y fue hacia el fregadero. Posteriormente señaló con el dedo al final del folio.

—Ve, aquí lo pone —dijo Peter mientras señalaba con el dedo una inscripción hecha en el apartado observaciones que rezaba: “Falta historial psiquiátrico Hospital St. Joseph”.

Durante unos segundos Andy se quedó pensativo. Luego volvió a preguntar.

—¿Cuánto tiempo lleva el programa RESLIAS en funcionamiento? ¿Es usual que falten datos de los pacientes en esta aplicación?

—La aplicación lleva en marcha sólo un par de meses, y sí, supongo que es normal, teniendo en cuenta el volumen de datos a introducir, que de vez en cuando falte algo.

—¿Llamaste tú personalmente al St. Joseph para preguntar por los datos perdidos?

Peter negó con la cabeza y comenzó a explicarle el intento de Rosanne por conseguir el historial y su posterior resultado. Cuando le contó la ausencia de documentos en la carpeta, Andy enarcó las cejas.

—Para serte sincero, a mí también me sorprendió un poco. Encontrar la carpeta en el archivador y que esta estuviese vacía, es un poco extraño. Aunque también he de decir que el St. Joseph es una institución con muchos años de historia. Sus archivos deben ser un verdadero caos.

Andy se mantuvo en silencio. Existía gente con una habilidad innata para cocinar delicias de restaurantes con estrella Michelin. Otros, por contra, podían tallar bellas figuras de madera o vender y comprar acciones en bolsa ganando miles de dólares en cuestión de minutos. Anderson Harper no poseía ninguna de esas cualidades, pero tenía un sexto sentido para ver cuándo alguna pieza no encajaba en un rompecabezas. Y en éste, había algunas que estaban empezando a no hacerlo.

—Necesitaré el teléfono de la enfermera que le buscó el informe. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Rosanne. El apellido tendrás que preguntarlo a la dirección del hospital. Hay mucho personal y es imposible acordarse de todos los nombres. No deberías tener problema en averiguarlo.

—Supongo que no. He de hablar con ella para que me ponga en contacto con la enfermera del St. Joseph con la que habló.

—Ojalá tuviera su teléfono. Pero no me gusta confraternizar en exceso con la gente del trabajo.

—No será problema. Bien, Peter, no quiero molestarte más —afirmó Andy al tiempo que apuraba su taza de café—. Si no tienes nada más que añadir, creo que lo tengo todo. Gracias por el almuerzo y el café. Estaba todo delicioso.

Andy se levantó, dejó la taza en el fregadero y adelantó la mano derecha.

—Ahora que lo dices, la verdad es que sí tengo algo que añadir. No serán más que imaginaciones mías, pero sucedió algo que creo que debes saber.

De manera escueta, Peter explicó a Andy el contenido del último grito que dio Ellen Cistar al entrar en el quirófano, así como su desgarradora petición de socorro.

—Todavía se me ponen los pelos de punta.

—¿Crees que podría estar alucinando?

—No lo sé. Puede ser pero, en mi opinión, creo que no. Me pareció bastante dentro de sus cabales y sus analíticas posteriores dieron negativo en drogas, alcohol y otros estupefacientes, pero no te lo podría asegurar. No soy un experto en psiquiatría, todo sea dicho. Supongo que habrá que esperar a la autopsia.

Andy se detuvo cerca de la entrada y se giró a mirar a Peter mientras fruncía el ceño.

—Si me lo permites, hay algo que no encaja en todo este asunto.

—¿A qué te refieres?

—El grito, las heridas, el intento de simular un suicidio, el historial que falta...

—Sí, yo también estoy algo confuso.

—Habrá que profundizar más, supongo.

—Antes de que te vayas, voy a proponerte algo, Andy. Tengo que ir hoy al St. Joseph. Hablaré con un par de amigos que tengo por allí para ver qué puedo averiguar algo más sobre la paciente. Me vendría bien tener el historial de Ellen para terminar mi informe, ya que no me gustaría tener que hacerlo con información sesgada. Soy demasiado perfeccionista.

—No me gustaría crearte más problemas, Peter. Ya te he molestado bastante.

—No es molestia, de verdad. Yo me pasaré sobre las cuatro por el St. Joseph. Luego vendré a casa y acabaré mi informe. Más tarde, si quieres, podríamos quedar en el Harod's y te pongo al día con lo que consiga. ¿Te parece bien sobre las ocho?

Andy dudo. Nunca le había gustado inmiscuir a civiles en sus investigaciones. Aunque era verdad que, sin el informe psiquiátrico de Ellen, el informe de Peter no estaría del todo completo. De mala gana, accedió.

—Está bien. A las 8 en el Harod's —dijo Andy mientras salía por la puerta—. Gracias otra vez, Peter.

—No hay de qué, Andy.

El inspector Harper salió de la casa y se metió en el coche. La verdad es que el doctor Tenway había resultado ser un tipo muy agradable. Por su trabajo, tenía que lidiar a menudo con médicos y estos no eran demasiado agradables con la policía. De hecho, incluso una vez tuvo que detener a uno que se negó a hablar sobre un asunto de maltrato infantil. Su excusa fue “que no tenía tiempo que perder con polis que eran las imitaciones de Harry Callaghan”. Tras unas diez horas en un calabozo arrestado por obstrucción a la justicia, pidió gimoteando que lo sacaran de allí. Andy sonrió al recordarlo. Cómo lloraba aquel cretino. Un ruido en la radio de la policía lo hizo volver en sí, alguien había robado el bolso de una anciana, cerca del parque Lincoln. Tras arrancar, salió de la urbanización y comenzó a dirigirse hacia la autopista. Conducía de manera distraída y no dejaba de darle vueltas a lo que le había dicho Peter. ¿Podría ser cierto que Ellen Cistar tenía un hijo? Rebuscó en su memoria algún detalle de la noche anterior, cuando había estado en casa de la mujer tras sufrir la agresión. Mientras Ellen moría en el quirófano, Andy había estado rebuscando en toda la casa alguna pista que les permitiera empezar a investigar. Y lo cierto es que no vio rastro ninguno de la existencia de niños. O al menos, él no conseguía recordarlo. Ningún juguete aparcado en el pasillo, ninguna pelota o guante de béisbol encima de un sofá ni lápices de colores en la mesa del comedor. No había rastro de que allí viviera o hubiese vivido algún crío. De hecho, el ataque parece ser que se originó en la cocina y, salvo en esta habitación, el resto de la casa estaba extremadamente ordenada. Si hubiese tenido un hijo, habría fotos de él por todos lados y sus dibujos estarían colgados con imanes en la puerta de la nevera. Era extraño. Se detuvo en el arcén y cogió su teléfono. Sabía a quién tenía que llamar aunque no le gustaba la idea. Marcó su número y después de dar un par de tonos, alguien descolgó el aparato.

—Hola, ¿Quién es? —preguntó una voz juvenil al otro lado de la línea.

—Hola Harry. Soy yo, Andy.

—¿Andy? ¡Dios mío, cuánto tiempo! ¿Cómo estás? ¡Por Dios! ¿Cuánto hacía que no hablábamos?

—Seis meses y dos semanas, aproximadamente. Desde el último fin de semana que estuvimos juntos en Portland.

Se produjo un silencio incómodo. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

—Siento cómo terminó todo, Andy. lo nuestro no podía ser —se excusó Harry—. Y lo sabes.

—Tranquilo, no pasa nada. Estoy bien. Ya he superado aquello. Te llamó por otro motivo.

Harry suspiró de manera casi imperceptible.

—Necesito tu ayuda. Bueno, más que tu ayuda, necesito acceso a tu base de datos del FBI.

—Sí, por supuesto. Dispara.

—Es por un caso de asesinato en el que estoy trabajando.

—¿Datos?

—Ellen Cistar. No recuerdo exactamente la edad, pero tiene unos 38 años. Tienes sus datos de filiación en tu correo. Te he enviado un correo hace menos de 20 minutos.

—Bien. ¿Necesitas algo en particular?

—Todo lo que puedas averiguar sobre ella. Si estaba casada o lo estuvo, nombre del marido, si tenía hijos, antecedentes, historia familiar... —explicó Andy—Cualquier cosa que puedas encontrar, andamos un poco a ciegas.

—Sí, sí, por supuesto. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Ellen. Ellen Cistar. Tienes todos los datos en el correo —confirmó Andy—. Por cierto, ¿cómo están las cosas con Stacey?

—Bien. La verdad es que nos va bien. Aunque no llegó a saber nada de lo nuestro, en las últimas semanas empezó a sospechar que había algo. Ahora estamos muy contentos porque nos hemos enterado de una buena noticia. Dentro de unos meses vamos a tener nuestro primer hijo —soltó Harry a bocajarro.

—¿Qué? ¿Embarazados?

—Sí, ¿no es increíble?

Andy levantó los ojos, mirando al techo de su coche. A fe que lo era.

—Enhorabuena, Harry. Me alegro que al fin tengas lo que deseas —respondió Andy con sequedad—. Llámame con lo que tengas. Es importante. Y urgente.

—Sí, por supuesto. Esta noche o mañana por la mañana tendré algo. En serio, siento todo el daño que te hice. Hasta luego, Andy.

—Tranquilo. Está superado. Adiós.

Tras cortar la llamada, Andy se tomó unos segundos y respiró hondo. La incipiente acidez de estómago le demostraba que algunas cicatrices tardan más en cerrarse que otras. Suspiró, arrancó y se metió de nuevo en la carretera. Para despejar su mente, empezó a pensar quién podría estar interesado en matar a Ellen. Si tenía o había tenido un hijo, un padre despechado podría ser el causante. Sobre su cabeza empezó a planear la idea de que, a lo mejor, había pasado algo por alto.

Tenía que ir de nuevo a su casa o su conciencia no le dejaría dormir por la noche. Tras mirar en ambos sentidos, dio un brusco cambio de sentido con el coche y aceleró a fondo.

Capítulo 3 - Cenizas y tarta de manzana

Corría por mitad del bosque como alma que lleva el diablo. Quería salir de allí lo más rápido posible, antes de que la policía bloquease las carreteras y convirtiese aquel maldito pueblo en una ratonera. De repente, un crujido de ramas secas a sus espaldas le hizo detenerse en seco. Se agachó detrás de un pequeño matorral y agudizó el oído. Su cuerpo menudo y su ropa de camuflaje militar hacía que fuese muy difícil verle. A pesar de ello su corazón, totalmente desbocado, parecía a punto de salir disparado por la boca. Con lentitud, se levantó ligeramente y miró hacia el lugar del que provenía el ruido. Un pequeño ciervo y su madre se movían tranquilos mientras mordisqueaban la abundante vegetación circundante. Suspiró. Recogió los dos bidones vacíos de gasolina que había tirado en el suelo y continuó con su huida. Un profundo olor a quemado anticipó una densa niebla que fue poco a poco inundando el bosque. El ruido lejano de las sirenas confirmaba el éxito de su misión. Nadie iba a pararle. Satisfecho y excitado, se terminó de levantar y se perdió entre la vegetación.

Ellen Cistar vivía en Farmington, un pequeño pueblo situado a unos veinte kilómetros de Augusta. Como la mayor parte de las poblaciones rurales del interior del país, su economía estaba basada principalmente en la agricultura, la ganadería y en su cada vez más incipiente turismo rural. Con una población que no llegaba a los ocho mil habitantes, tenía una bonita calle principal plagada de pequeños comercios familiares, un par de bares y hasta una coqueta iglesia en lo alto de una colina cercana que era, además, una de sus señas de identidad. Sus habitantes formaban una cohesionada sociedad donde todo el mundo se conocía y se ayudaba. Por eso, cuando el inspector Harper empezó a cruzar con su coche el puente que daba acceso al pueblo, vio que algo no iba bien. La gente estaba asomada en sus porches observando la densa columna de humo que, desde la parte más sureste del pueblo, se elevaba como un gigante entre las casas. Andy tuvo un mal presagio. Allí era donde estaba la casa de Ellen Cistar.

—¡Mierda!

Un par de minutos después, al llegar a la calle, sus peores temores se confirmaron. La casa de Ellen ardía de manera descontrolada por los cuatro costados. Las llamas se erguían, poderosas, lamiendo con satisfacción cada una de sus paredes. Varias patrullas del sheriff del condado acordonaban las entradas de la calle mientras tres dotaciones de bomberos al completo trabajaban a destajo. Cuando llegó con su coche a donde estaba el cordón policial, Andy apagó el motor y se bajó de él.

—¡Alto, amigo! No se puede pasar —le espetó un joven imberbe ayudante de sheriff.

—Inspector de homicidios de Augusta Anderson Harper —contestó Andy mientras mostraba su identificación.

—¡Qué rapidez! —dijo el joven mientras levantaba el precinto de seguridad —Perdone inspector, pase. Esto se está llenando de curiosos.

—Tranquilo, agente —contestó Andy—. ¿Sabe dónde está el sheriff?

—Esta allí, señor. Es el del sombrero negro —respondió el joven mientras señalaba un grupo de hombres que hablaban alrededor de un coche patrulla.

—Gracias.

A medida que se acercaba, Andy observó cómo la casa se consumía. Los bomberos se limitaban a echar agua por las partes altas del edificio para evitar que el fuego se propagase a las casas vecinas. Mientras se acercaba al grupo, vio que todos los allí presentes le estaban observando. Un público difícil, sin duda.

—Buenas tardes, caballeros. Soy el inspector de homicidios de Augusta Anderson Harper. Estoy a cargo de la investigación del asesinato de Ellen Cistar —dijo Andy mientras de perfil el incendio.

—Buenas, inspector Harper. Por fin nos conocemos. Anoche fue la boda de mi pequeña Sarah y, como usted comprenderá, no pude venir al aviso. Yo soy el sheriff Rick Hanson. Creo que ya conoce a mis ayudantes y éste el jefe de bomberos del condado, Erik Brashear —contestó el sheriff mientras hacia las presentaciones.

—Encantado de conocerles, señores. Y disculpen que no me ande con rodeos —afirmó Andy—. ¿Sabe ya si ha sido un incendio provocado, jefe Brashear?

—Es algo pronto para saberlo con seguridad, inspector —empezó a decir—. Pero, por lo descontrolado que está y por la intensidad del mismo, podría decir sin mucho temor a equivocarme que alguien ha usado algún tipo de acelerante químico. Hemos tardado menos de cinco minutos en llegar desde el aviso y ya estaba totalmente fuera de control.

—¿Intencionado, entonces?

—Tendremos que confirmarlo después, pero mi primera impresión es que sí —respondió el jefe de bomberos—. Parece haber sido provocado.

Andy meneó la cabeza. El caso olía cada vez peor. Y el humo allí presente no era el único responsable.

—¿Ha entrevistado ya a los vecinos? ¿Sabe si alguien ha visto algo fuera de lo normal, sheriff Hanson?

—No, nadie ha visto nada —negó el sheriff—. Aunque hay algo...bueno, seguramente no será nada.

—No, dígame. ¿Qué le preocupa?

—Es Catherine McCallister, que vive ahí enfrente. Pero no es más que una anciana chiflada que tiene la enfermedad esa, la de acumular basura... ¿cómo se llama, Paul?

—Síndrome de Diógenes, jefe —respondió uno de los ayudantes.

—¿Eso es! Nunca me acuerdo de ese jodido nombre.

—¿Dónde vive esa mujer? —preguntó Andy ligeramente contrariado.

—Vive cinco casas más arriba, señor. Es aquella amarilla —afirmó el ayudante mientras señalaba con el dedo a un destartalado caserón desvencijado—. Toda la finca entera se cae a pedazos. Tiene porquerías tirada por todo el jardín...

—Agente, por favor...

—Perdón, señor. Hablo mucho y a veces me voy por las ramas. Cuando llegamos y tras asegurar la zona, me acerqué a preguntarle si había visto algo y ella me contestó que sí.

El agente se detuvo un instante en su relato y bebió un sorbo de la lata de refresco que llevaba en la mano. Al tiempo, Andy empezó a mover con inquietud la punta de su zapato izquierdo.

—¿Y que vio exactamente?

—Según dice ella, a un hombre joven, vestido con ropa de camuflaje.

—¿Estaba en el interior de la casa?

—Pues parece que sí. Dice que lo vio salir por la parte de atrás segundos antes de que comenzase el fuego. Aunque la verdad es que yo no le haría mucho caso, señor, hace tiempo que a esa abuela se la ha ido totalmente la cabeza —terminó de decir mientras hacía un gesto circular con el dedo índice alrededor de su sien y todos, excepto Andy, empezaban a reírse.

—Menos mal que yo no soy usted, agente —sacudió Andy.

Todos los allí presentes se callaron al unísono.

—Bien, sheriff, quiero notificarle que, desde este instante, asumo el mando del operativo.

—¡Esta es mi jurisdicción, inspector!

—No desde el inicio intencionado de ese fuego, sheriff.

Los dos hombres se mantuvieron la mirada durante unos segundos. Ninguno quería dar su brazo a torcer.

—Podemos acabar con esto ahora o puedo llamar al jefe de policía de Augusta y que él le llame. Pero me parece que ya hemos perdido demasiado tiempo, ¿no le parece?

El sheriff empezó a mirar de manera alterna al resto de los presentes. Ninguno quiso sacar la cabeza de debajo del ala.

—No será necesario, inspector.

—Bien. Quiero que usted y sus hombres monten dispositivos de control en un perímetro de 30 kilómetros, haciendo hincapié en dirección sur y oeste. Control de vehículos y motocicletas. Buscamos a un hombre vestido con ropa militar.

—¿No cree que es algo excesivo, inspector?

—No, en absoluto. Pida ayuda a la guardia nacional, a los agentes de tráfico e incluso a la central de Augusta si es necesario. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—¿La anciana sigue en la casa o ha sido desalojada? —preguntó Andy.

—¿Desalojada? ¡Casi me saca un rifle cuando le dije que tenía que salir! No, sigue allí. Es la única de toda la calle que se ha negado a salir —contestó contrariado el sheriff—. Ha dicho que queríamos robarle los tesoros que tenía en su casa. ¡Vieja loca!

—Bien. Iré a hablar con ella. A trabajar, caballeros —dijo Andy que, tras ponerse de nuevo sus gafas de sol, se encaminó hacia la casa de la señora McCallister mientras varios pares de ojos le acuchillaban por la espalda.

Cuando entró en el jardín comprobó que las afirmaciones de los agentes habían sido

sorprendentemente prudentes. El desorden era absoluto. El césped, amarilleado y con pequeñas calvas por todos lados, era un revuelto mar de muebles viejos, electrodomésticos oxidados y montones de ramas secas. En los laterales del porche, decenas de cajas de cartón cuarteadas dejaban escapar por sus agujeros imágenes de revistas con más de veinte años entre enormes sacos llenos de ropa y mantas mugrientas. Era un auténtico basurero.

—Por todos los demonios...

Si aquél era su aspecto externo, Andy dudaba sobre lo que podría encontrar en su interior. Tras persignarse levemente, respiró hondo y se preparó mentalmente para entrar en la casa. Subió los escalones, se acercó a la puerta principal y llamó al timbre.

—¡Ese condenado sheriff! ¡Ya se lo he dicho! —gritó una vieja voz chillona al otro lado de la puerta— ¡Si cree que voy a abandonar mi casa es que es más estúpido de lo que parece! ¡No sé cómo voy a tener que decírselo! —terminó de decir la anciana al tiempo que abría la puerta principal y se quedaba muda.

—¿Señora Catherine McCallister? —preguntó Andy.

—Sí, soy yo. ¿Quién demonios es usted?

—Buenos días. Soy el inspector de policía Anderson Harper, de la oficina central de Augusta. Estoy a cargo de la investigación del asesinato de Ellen Cistar, su vecina de un par de casas más abajo. Me gustaría, si no le importa, hacerle algunas preguntas, señora McCallister.

—¿Ha dicho asesinato? ¡Lo sabía! Todos pensaban que fue un suicidio, pero yo sabía que no. Ellen no haría algo así. ¡Malditos bastardos! Solo hablan y hablan.

—Señora, ¿puedo pasar? —preguntó de nuevo Andy con la mayor suavidad que pudo.

La anciana dudó durante unos instantes. Luego, se hizo a un lado y terminó de abrir la puerta, permitiendo entrar al inspector.

Lo primero que sorprendió a Andy fue la limpieza de la casa. Todo estaba muy ordenado y en la casa reinaba un ligero aroma a cítricos y a canela. Catherine McCallister miró la cara de sorpresa de Andy y sonrió. Cerró la puerta y le hizo un ademán para que la siguiese, guiándole hasta la cocina. Con la mano, le indicó que se sentase y le acercó una taza de preciosa porcelana china. Después le puso al lado una cafetera con delicioso y humeante café y sacó de la alacena una tarta de limón y manzana. Todavía se respiraba en el ambiente ese olor a bizcocho recién hecho. Dibujó una sonrisa en el rostro mientras miraba a Andy.

—Supongo que se preguntará por qué hay tanta diferencia entre el estado del jardín y el interior de mi casa. Primero he de decirle que no soy una enferma, inspector —dijo la anciana mientras servía café en la taza del policía—. Simplemente no me gusta que venga nadie a casa a molestarme, salvo que yo le haya invitado previamente. Cualquier viuda de bien que se precie, patrulla de niños que vende galletas rancias o párroco local huye en cuanto ven ese jardín.

Andy la miraba con la boca abierta.

—A veces observo cómo entran dubitativos por el camino de grava y se dirigen hacia mi puerta sin estar demasiado seguros de sí mismos. Cuando llaman al timbre me acerco a la entrada, me pongo ese viejo sombrero de paja que hay en el tocador, me alboroto un poco las ropas y salgo al porche, poniéndome a gritar como una endemoniada. ¡No sabe usted cómo corren despavoridos,

calle abajo!

Andy la observó. Era menuda y debía rondar ya más años de los aparentados. Mientras le hablaba, sujetaba con su mano izquierda el marco de una silla cercana. Sus nudillos, casi sin color, le daban una idea de la fuerza que todavía tenía.

—Entiendo que pueda pensar mal de mí, inspector, pero la vida en un pueblo como este es muy dura. Mucha gente lleva vidas vacías y necesita molestar de manera constante a los demás. No es una manera demasiado elegante, pero si efectiva.

—Usted consigue tranquilidad sin dar explicaciones a nadie. Es una buena forma de ahorrar mucho tiempo y energía en echar gente indeseable de tu casa.

Después de hablar Andy sonrió. La anciana sin duda le había caído bien desde el principio. Tras coger una espátula triangular de la alacena de donde había salido la tarta, Catherine cogió un platillo y le cortó un trozo, acercándole luego el plato. Miró con expectación la cara del joven inspector mientras este la probaba.

—Está deliciosa, señora McCallister —dijo Andy con la boca semillena—. Es la mejor tarta de limón que he comido jamás. Impresionante.

—Lo sé. Es una receta secreta. Me la dio mi madre y a ella mi abuela. Lleva en mi familia generaciones —contestó la anciana con un gesto torcido—. Supongo que la receta morirá conmigo.

Andy bajó la vista y siguió comiendo. Dejó pasar unos instantes para que la tristeza se disipase de manera natural.

—Señora McCallister, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí, por supuesto. Y llámeme Cathy, por favor.

—¿Conocía bien a Ellen Cistar?

Los ojos color avellana se perdieron en su cabeza. El vacío que se abre entre nuestros recuerdos y nuestra vida es, en muchas ocasiones, demasiado grande.

—Sí, inspector. La conocía bastante bien. De hecho, creo que era la persona que mejor la conocía del vecindario.

—Andy, por favor. Lo de inspector solo es para idiotas como el sheriff Hanson.

La anciana le miró y prosiguió con su relato.

—Era una buena mujer, ¿sabe? Una persona realmente agradable. En realidad podría decir sin temor a equivocarme que era la única amiga que me quedaba con vida. Y creo que yo, para ella, ocupaba más o menos el mismo lugar. Nos entendíamos a la perfección porque las dos habíamos pasado por lo mismo. ¿De verdad que ha sido asesinada?

—Así lo creo, Cathy. Hay algunos puntos oscuros en este caso y este incendio no hace sino acrecentar mis sospechas. No tengo pruebas. Aún.

—¡Pobre Ellen! —suspiró— Bueno, por lo menos ya ha acabado su sufrimiento. Al fin podrá dormir tranquila y descansar en paz.

—¿Su sufrimiento?

—Ellen vivía atormentada, inspector. Era una persona que sufría desde que habría los ojos con las primeras luces del alba hasta que se acostaba de madrugada. Su alma no hallaba descanso en las veinticuatro horas que tiene un día, ni durante los siete días que tiene un mes, ni durante los doce meses que tiene un año. Y no era para menos —dijo la anciana mientras hacía una pausa—. La desaparición de su hijo la estaba consumiendo.

Andy se quedó con la boca más abierta que cuando entró en la casa. Ante su mirada de sorpresa, la anciana siguió hablando.

—¿Cómo? ¿No lo sabían? ¡Pero si ustedes los del FBI lo saben todo! ¡Así hacen su trabajo, por el amor de dios! ¡Vaya forma de despilfarrar los impuestos del contribuyente!

Andy quiso corregir a la anciana aclarándole que él no pertenecía al FBI pero sabía que no era buena idea. La dejó seguir.

—No sabía nada, Cathy. ¿Podría contarme algo más sobre ese hijo de Ellen? ¿Cómo desapareció? ¿Y cuándo? —rogó Andy poniendo la mejor cara de niño bueno que pudo conseguir.

Después de gruñir un poco, la anciana prosiguió con su relato.

—Fue hace unos 9 o 10 años. El niño se llamaba Edward. Aunque desde pequeño todo el mundo, incluidos sus padres, lo llamaron Eddie. Ellen me enseñó muchas fotos de cuando Eddie era niño y en todas se le veía como un chico fuerte y sano. Además, era muy guapo. Tenía unos preciosos ojos color avellana y sonrisa de pícaro que le hacían ser muy fotogénico. Ellen siempre decía que era la alegría personificada. Siempre estaba riendo y jugando. Ella siempre sonreía al contar las travesuras que hacía. Muchas veces se preguntaba a quién había salido Eddie con lo serio que era su padre.

—¿Quién era el padre?

—Creo que era teniente de los marines. Según Ellen, era un hombre parco en palabras, pero un buen marido. Nunca se fue de copas con los compañeros ni con mujeres de mala vida. Iba del trabajo a casa y de casa al trabajo y, dentro de su recio carácter, era afectuoso con su mujer y su hijo. Parece ser que estaba en las fuerzas especiales. En los SEALs, según recuerdo. Al parecer, en una misión en Oriente Próximo, su marido desapareció. A Ellen nunca le dieron muchas explicaciones. Ya sabe cómo funciona el tío Sam en estos asuntos. Una bandera plegada con una maldita medalla de latón pintado y una mísera pensión fue el premio a toda una vida de entrega y honor —dijo la anciana mientras hacía una pausa y daba un sorbo a su taza de café.

Andy entendía bien lo que quería decir. Él también era un hijo de militar y la cúpula del ejército norteamericano no siempre estaba a la altura de sus soldados. La misma historia se repetía siempre una y otra vez. Distintas guerras, distintos protagonistas, pero siempre el mismo final. Daba igual el país. Orgullo y poder ganado con la sangre de hombres buenos.

—Ellen, lejos de hundirse, se dispuso a luchar. Buscó trabajo y lo encontró, la contrataron de dependiente en unos grandes almacenes. El sueldo no era muy bueno pero, unido a la pensión de su marido, le hizo salir adelante. Eddie sufrió mucho la desaparición de su padre y al principio no encajó bien la noticia. Pero a medida que pasaba el tiempo fueron saliendo a flote. Todo empezaba a ir mejor y ambos empezaron a poco a poco a superarlo —dijo la anciana antes de levantarse, coger la bandeja con la tarta y guardarla de nuevo en la alacena.

—¿Recuerda cuál era el apellido del marido de Ellen?

—Sí. Espere un segundo que haga memoria —respondió la mujer que se quedó pensativa en el dintel de la puerta—. Era como... ¡Norman! Al niño le pusieron el mismo nombre que tenía su padre. Se llamaba Edward Norman —contestó la anciana.

Cathy le hizo un gesto a Andy para que la siguiese. El inspector se levantó y obedeció a la anciana mientras se dirigían a la parte trasera de la casa. Mientras paseaban por las habitaciones, Andy se fijó de soslayo en las fotos que había encima de una cómoda. En casi todas, Cathy posaba con un joven bastante apuesto y una niña. En la foto en la que la niña tenía más edad, no tendría más de 10 u 11 años. Andy, sin motivo aparente, se detuvo a observarlas. La anciana se paró y se giró. Cuando vio a Andy mirando las fotos, las arrugas se marcaron en sus facciones con dureza. Parecía haber envejecido cien años.

—Mi marido y mi hija Amy. Ambos murieron en un accidente de tráfico cuando regresaban a casa después de patinar. Un conductor borracho, que salió ileso, chocó con ellos de frente. Ese mal nacido estuvo un par de meses en el hospital y luego cuatro o cinco años en la cárcel. Murió hace ya algún tiempo de cáncer de pulmón. Sé que no está bien que piense así pero no pude evitar alegrarme cuando me entere de la noticia.

—Lo entiendo perfectamente. Si me lo permite, ¿en qué trabajaba su marido?

—Él también servía en el ejército, como el marido de Ellen. Era instructor de vuelo, y de los mejores, por cierto. No podía ser piloto de combate por una lesión deportiva que se hizo en su periodo de entrenamiento. Pero era tan bueno en su trabajo que le pidieron que se convirtiese en instructor.

—Ángeles sin alas.

—Sí. Aunque disimulaba muy bien, nunca superó aquello. Siempre sintió que estaba sirviendo a medias.

—Se ve un gran tipo. Y, además, muy guapo.

Cathy se sonrojó y raspó con la yema de su pulgar el marco de la fotografía. A buen seguro que pensó varias cosas, pero no dijo ninguna.

—Sin duda fui una mujer afortunada —suspiró—. Y de mi Amy, no sé qué contarle. Era la chica más dulce y cariñosa del mundo. Aplicada con sus estudios, era el fiel reflejo de la bondad. Cuando murió, hacía dos semanas que acababa de cumplir once años. Una madre nunca supera la muerte de un hijo, inspector Harper —terminó de decir la anciana con amargura.

—Andy, por favor —le recordó con suavidad—. ¿Por eso conectó tan bien con Ellen?

—Supongo. Ella me hablaba de su Eddie y yo de mi Amy. Ambas nos enseñábamos fotos y llorábamos juntas. Repasamos sus mejores anécdotas una y mil veces y fantaseábamos imaginando qué hubieran podido llegar a ser. Además, nuestros maridos eran militares y ambos murieron jóvenes. Teníamos demasiadas cosas en común. Aunque ella siempre me recordaba que, a diferencia de su caso, yo sí tenía un par de lápidas a las que llevar flores y en las que poder ir a llorar mi pena. Pobre Ellen —contestó la anciana con la mirada perdida mientras se giraba y seguía en dirección al salón.

Ambos prosiguieron y entraron en un coqueto salón decorado al más puro estilo victoriano.

Muebles labrados en maderas nobles, cuadros de paisajes y de caza colgando de las paredes y una bonita colección de figuras de animales de cristal tallados, ubicados encima de un aparador lateral. En medio de la estancia, un juego de sofás amplios y mullidos tapizados con estampados de motivos florales. Y, al igual que el resto de la casa, todo estaba extremadamente pulcro. Cathy se sentó e invitó con la mano a Andy a hacer lo mismo. Una vez colocados, Andy volvió a preguntar.

—Pero, ¿cómo sabía Ellen que su hijo estaba muerto? Por lo que deduzco de sus palabras nunca llegó a aparecer el cadáver del chico, ¿no es cierto?

—No. Jamás se encontró. Pero debes saber, Andy, que una madre sabe cuándo su hijo está muerto. No sabría decirle cómo ni por qué, pero eso es algo que una madre sabe. El día que perdí a mi hija y a mi marido, en el mismo momento del accidente, sufrí un leve desvanecimiento. Aunque duró sólo unos segundos, supe cuando me recuperé que algo iba mal. Me acuerdo de la hora. Las seis y media de la tarde.

—Pudo ser una mera coincidencia.

—No lo creo. Con el paso de los meses me atreví a leer la copia del informe del atestado. Mi desvanecimiento coincidió con la hora exacta del accidente.

Andy se rascó la barbilla mientras enarcaba levemente las cejas. Puede que, después de todo, la anciana no estuviese del todo en sus cabales.

—Sé que pensará que tan solo son los desvaríos de una anciana aficionada a la repostería pero se equivoca, inspector.

—No pongo en duda su palabra, Catherine, pero comprenderá que lo que me ha contado es algo que escapa de mi comprensión. Y casi la de cualquiera.

—Lo sé. Lo que siento no se puede explicar con palabras ni de forma racional. Tan solo una madre es capaz de entenderlo. Por eso desde el primer momento mi conexión y la de Ellen fue tan fuerte. Ella también sabía desde hacía años que Eddie no estaba en este mundo.

—A pesar de no tener ninguna prueba de ello

—No le hacía falta. Tan solo unos meses después de habernos conocido me confesó que, unas semanas después de la desaparición de Eddie, sufrió un pequeño percance.

—¿Percance?

—Sí, inspector. Nada más levantarse de la cama, sufrió una especie de convulsión que la llevó a caer al suelo. Aunque no llegó a perder la conciencia totalmente, vio a su pequeño. Duró tan solo unos segundos, aunque aquello la devastó.

Andy posó su mirada en las profundas arrugas que surcaban el rostro de la anciana, que había detenido su relato. Una pátina oxidada se acunaba en unas pupilas sin rastro de brillo ni esperanza.

—¿Y cómo fue esa visión, Catherine?

—La verdad es que acabó de olvidarlo, inspector.

Andy se incorporó mientras suavizaba el gesto y ponía los ojos como un cordero a punto de

entrar en el matadero. Lo último que necesitaba era enfadar a, de momento, su principal testigo.

—Lo único que importa aquí es que ella siempre luchó por encontrar su cuerpo. Siempre supo que estaba muerto. Todo lo demás solo sirve para rellenar noticiarios e informes policiales.

Andy suspiró meditabundo. Empezaba a darse cuenta que aquel rompecabezas no iba a ser sencillo de resolver.

—¿Le contó Ellen cómo fue la operación de búsqueda?

—Sí. Durante medio año aproximadamente la policía y el FBI aunaron esfuerzos. Los equipos de ambos cuerpos buscaron durante meses por todo el perímetro del lago Michigan. Todas las zonas boscosas o pantanosas en un radio de cien kilómetros fueron revisadas o dragadas. No se encontró absolutamente nada.

—¿Lago Michigan? ¿Dónde vivían antes Ellen y su familia?

—En Chicago. ¿No lo sabía?

Andy suspiró, se levantó de su asiento y comenzó a pasear por la estancia. Tendría que pedir todo el expediente a la central de policía de Chicago. Seguro que no les gustaba demasiado que, un inspector de segunda, perdido en mitad de la nada intentase enmendarles la plana. El mito de la colaboración policial.

—¿Podría continuar, por favor?

—Por supuesto —añadió la anciana—. Tras unos inicios intensos, con campañas en prensa, radio y televisión, los esfuerzos fueron menguando poco a poco. Según me contó Ellen, lo primero que retiraron fue los helicópteros de búsqueda. Después llegó el turno de las patrullas caninas y, por último, la de los agentes. Al final, la búsqueda se suspendió por completo.

—¿Y cómo se lo tomó Ellen?

—Imagínese. Aun así, ella siguió insistiendo. Iba todos los días a la sede del FBI y a la comisaría. Pidió reuniones e informes y se tiraba horas colgada al teléfono. Lo que al principio fueron buenas palabras e intenciones intachables se fueron convirtiendo en largas horas de hastío en la sala de espera para conversaciones de apenas dos minutos. Cientos de vasos de café quemado seguidos de un “no hay ningún indicio nuevo en la investigación”. Con el tiempo, Ellen se convenció del nulo interés de la policía y el FBI en resolver el caso. Sin duda, se habían rendido.

Andy sabía bien de qué hablaba. Si en dos o tres meses no se conseguían buenos resultados, las autoridades perdían poco a poco el interés. Se iban eliminando efectivos hasta que se mandaba el caso a una sección especializada en crímenes sin resolver. De hecho, sólo en EEUU, sigue habiendo en la actualidad unos 4000 menores desaparecidos.

—En su desesperación, Ellen llegó incluso a acudir a la prensa lo que, al parecer, no sentó excesivamente bien en algunos despachos de las plantas superiores. De hecho consiguió justo el efecto contrario. Ellen Cistar fue repudiada por los mandos policiales que ordenaron a los agentes encargados del caso no hablar con ella. Aquello casi la destruyó.

—Y al final acabaron dejando de lado la investigación, ¿no es cierto?

—Sí. Aunque no todo aquel proceso fue negativo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de la anciana.

—Hubo un inspector de policía que prosiguió la investigación por su cuenta. Un hombre de bien. De los que ya no quedan.

—¿Le llegó a decir Ellen el nombre de ese policía? —preguntó impaciente Andy— ¿Lo recuerda?

—Sí, pero no me acuerdo con exactitud. Creo que era un apellido italiano. Guitini, Guerini,... Espere un segundo, inspector.

La anciana se levantó de su butaca y fue hacia un aparador que tenía enfrente. Abrió una portezuela que chirrió molesta y sacó de su interior un portafolios de color marrón. Lo abrió y empezó a pasar el dedo índice de su mano derecha por las líneas del primer folio. De pronto, se detuvo.

—¡Guinetti! Inspector Paul Guinetti.

“Otro nombre, otra pista”, pensó Andy.

—Ellen sin duda lo apreciaba de verdad. Ese hombre hizo muchos esfuerzos. Llegó incluso a solicitar a su superior que le disminuyese la jornada laboral para centrarse en el caso. Se veían todas las semanas y él le contaba sus avances. Aquello le dio esperanzas.

—¿Sabe si consiguió averiguar algo?

—Por supuesto que sí —afirmó la anciana mientras se sentaba de nuevo en su butaca.

Andy se adelantó al borde de su asiento y entrelazó las manos.

—Un par de meses después de comenzar, Guinetti empezó a avanzar en el caso. Según me contó Ellen, incluso comenzó a albergar ciertas esperanzas de llegar a resolverlo. Pidió a Ellen algo de paciencia y, poco a poco, fue recopilando pequeñas migas de pan. Trabajó muy duro.

—Al parecer no todos los agentes somos unos inútiles.

—Nunca he afirmado tal cosa, Andy. De pensarlo, no estarías sentado en mi salón.

—Gracias. Prosiga, por favor.

—Y entonces, de repente, Ellen recibió una llamada. Guinetti había muerto.

—¿Muerto?

—Sí. Su cuerpo fue encontrado sin vida en su domicilio. A Ellen le contaron que la autopsia revelaba que Guinetti había sufrido un infarto tras una borrachera, algo que ella nunca creyó.

—¿Por qué?

—Porque tanto el inspector como Ellen sabían que estaban detrás de algo muy grande. Él se lo decía cada vez que hablaban. Tenía miedo y empezó a darse cuenta de que le seguían a todas partes. De hecho, una semana antes de morir, comenzó a pasar de manera confidencial algunas carpetas con información a Ellen. No quería que se perdiesen sus progresos. Sin duda, fue un tipo valiente hasta el final.

—¿Y qué sucedió después?

—Sin duda, la muerte de Guinetti asustó a Ellen, que decidió mudarse. Malvendió su casa y aprovechó la relación con un antiguo amigo de su marido para cambiar su apellido de casada por el de soltera. Luego, con el paso de los años y tras deambular por algunas pequeñas ciudades como Columbus o Akron, decidió venirse a vivir aquí.

—Y esa carpeta marrón, ¿se la dio Ellen? —preguntó Andy señalando el portafolio que se asomaba por el reborde del cajón del mueble.

—Sí. Siempre me dijo que si le pasaba algo fuese a la policía y se la entregase.

Ella quería estar tranquila de que alguien seguiría investigando lo de su Eddie. Aunque no se si debería dársela, inspector.

—Entiendo sus reticencias. Por lo que me ha contado, la incapacidad policial en toda esta investigación parece manifiesta. Pero ha de saber que yo no soy de los que desiste, Catherine.

—Lo sé, Andy. Y mis dudas vienen precisamente por esa convicción. Todo el que ha visto esto, menos yo misma, está muerto. Sé que lo acabará resolviendo pero me da miedo que eso le lleve directo a la muerte.

—Es mi trabajo, Catherine. No sé hacer otra cosa.

La mujer vació su mirada en él. Parecía estar midiendo, de manera imperceptible, elementos imaginarios en una balanza. Tras desviar la vista hacia la carpeta durante unos segundos, volvió a mirar al inspector. Luego se levantó de nuevo y agarró la carpeta con convicción.

—Está bien. Aquí tiene. Espero que no me haga arrepentirme de esto, Andy.

—No lo hará, se lo aseguro.

Tras entregarle la carpeta, Andy sintió un pequeño escalofrío que recorrió desde la zona inferior de la cintura hasta sus cervicales.

—Por último, me gustaría saber una cosa más.

—Usted dirá.

—¿Sabe los motivos por los que Ellen eligió Farmington para vivir?

—La verdad es que nunca me lo dijo. Pero siempre he pensado que se vino aquí por algún motivo relacionado con la desaparición. Aunque para serle sincera, jamás me dio ninguna pista.

Aprovechando el silencio que reinaba en el ambiente, Andy se levantó. Tenía mucho por hacer. Debía ir Chicago. Si pudiese hablar con la familia de Guinetti, puede que todavía guardasen notas o información sobre el caso. Y tenía que hojear con detenimiento la carpeta. Además, había quedado en el Harod's con el doctor Peter Tenway en una hora. Era el momento de irse.

—Cathy, siento mucho despedirme así pero tengo todavía mucho trabajo pendiente. Ha sido un placer hablar con usted. Le voy a dejar mi tarjeta. Si se le ocurre cualquier cosa que usted crea que es importante, no dude en llamarme. A cualquier hora. Muchas gracias por todo, incluida esa magnífica tarta.

—No hay de que, Andy. Pero, antes de marcharse tiene que prometerme otra cosa.

—Sí, por supuesto.

—No pare hasta encontrar el cuerpo de Eddie Norman y al mal nacido que esté detrás de todo esto. Ellen se lo merecía. Era una buena mujer —dijo Cathy mientras sus ojos se clavaban de nuevo en Andy.

Catherine McCallister era sin duda una mujer especial.

—No se preocupe, Cathy. No pararé y no me detendré. Resolveremos esto cueste lo que cueste. Le doy mi palabra.

—Confío en que lo hará.

Andy dobló la carpeta levemente y, como no abultaba mucho, la guardó en la parte interior de su chaqueta. Tras despedirse, salió de la casa y vio cómo hasta él se acercaba el sheriff Hanson. Justo cuando atravesaba la valla, se encontraron.

—Menos mal, inspector. Ya empezábamos a pensar que la vieja McCallister le había hecho picadillo y le había echado de comer a los gatos —dijo el sheriff con sorna.

—Casi. Es sin duda una mujer peculiar.

—Y bien, ¿le ha contado algo?

—Nada de interés, la verdad.

El sheriff Hanson no observó la silueta de una carpeta que se dibujaba en el lateral de la chaqueta del inspector. Luego, ambos bajaron la calle hasta lo poco que quedaba de la casa de Ellen. El fuego estaba ya prácticamente extinguido. Se pusieron protectores de plástico en los pies y se acercaron al jefe de bomberos, que estaba encima de lo que en algún momento fue probablemente la cocina de la casa.

—Jefe Brashear, ¿me puede confirmar si fue un incendio provocado?

—Sí, inspector Harper. Se lo puedo confirmar al 99%. He encontrado restos de acelerante por toda la casa, probablemente gasolina o algún otro tipo de combustible. Y fíjese —dijo Brashear cogiendo el tubo chamuscado que asomaba de un montón de chatarra quemada que parecía haber sido en algún momento una cocina de cuatro fogones—, el corte de este tubo de gas se hizo de manera artificial, con un cuchillo o una sierra. Tendremos que analizar bien todas las pruebas, pero todo indica que fue provocado.

—Gracias, jefe. Mándeme en cuanto pueda su informe preliminar. Si averigua algo más, avíseme a este teléfono —dijo Andy al tiempo que le entregaba una tarjeta al jefe de bomberos y se daba la vuelta. El sheriff Hanson le seguía al trote.

—¿Quién habrá podido hacer algo así? —preguntó con la voz entrecortada.

—No lo sé. Pero lo averiguaremos. Gracias por todo, sheriff Hanson. Y, por favor, ponga vigilancia a lo que queda de la casa de Ellen Cistar. El equipo forense llegara en cualquier momento. Estaremos en contacto —se despidió Andy al tiempo que estrechaba la mano del sheriff para después darse la vuelta en dirección a su coche.

—Hasta luego, inspector Harper.

Andy, ya de espaldas, levantó el brazo a modo de saludo. Fue a su coche y se subió a él. Eran las 7 y diez minutos. Tenía 50 minutos para llegar al Harod's, donde había quedado con Peter

Tenway. Arrancó el coche y se dirigió hacia allí como una exhalación. Al salir de la calle no se fijó en la extraña figura que, sentada en un banco cercano, había observado tranquilamente toda la escena sin perderse el más mínimo detalle.

Capítulo 4 - Un paseo por el lago

Peter se sentó unos segundos en un cómodo sillón situado en una esquina de la cocina. Había terminado de recoger todo lo que habían ensuciado. Mientras esperaba impaciente que la cafetera arrojase su preciado líquido en la taza, pensó con calma en el lío que se estaba metiendo. Podría haber hecho el informe con lo que ya sabía y haber aclarado en el mismo la falta de información del programa RESLIAS. Ya estaría firmado y entregado y, en estos momentos, se encontraría haciendo la maleta para salir hacia Portland. En vez de eso, su destino iba a ser dedicarse a bucear media tarde entre papeles viejos, polvo y suciedad en un sótano con olor a moho. Tras dejar que la taza casi se desbordase, se fue a su dormitorio. Arregló un poco la habitación y luego entró en el baño. Se pasó el hilo dental, se lavó los dientes y se afeitó. Con una toalla humedecida, se limpió el rostro de restos de espuma y, satisfecho con su imagen, entró de nuevo en la habitación. Escogió de su armario un pantalón de vestir color beige y un polo deportivo gris. Agarró su americana del sillón de su despacho y enfiló el garaje con decisión. Nada más cerrar la puerta del coche, pensó en que sería buena idea llamar a Rosanne. Quizás podía pasarle el teléfono de su amiga y que acceder al hospital le resultase más sencillo. Tras un par de llamadas, no le fue difícil conseguir el número. Marcó y después de tres tonos, alguien descolgó.

—¿Dígame...? —preguntó una reconocible sensual voz femenina.

—¿Rosanne? Hola, soy Peter. El doctor Peter Tenway, anestésista del County general.

—¿Doctor Tenway? ¿Cómo ha conseguido mi número? —preguntó Rosanne más sorprendida que enfadada.

—Eh... bueno... verás... he llamado al hospital. Rubin Murray, el jefe de personal, es un buen amigo mío. Él me ha dado su número. ¿Te molesta?

—¡Ah, no! Esté tranquilo, doctor Tenway. A decir verdad, estoy encantada de que me llame.

—Peter, por favor. Llámame Peter.

—De acuerdo. No me importa, Peter —tartamudeó Rosanne.

Peter tenía 39 años, medía 1,80 metros y pesaba unos 75 kilos. Era rubio y, aunque no tenía un cuerpo excesivamente modelado, solía ir al gimnasio con cierta asiduidad. Unos ojos color azul intenso y un par de graciosos hoyuelos en la barbilla. Educado, amable y extrovertido, su buena posición económica y social le habían convertido casi sin desearlo en una pieza muy codiciada en el hospital. Peter sabía eso y, aunque no le gustaba, iba a usarlo a su favor.

—Mira, Rosanne, espero que no me malinterpretes, pero necesitaría el teléfono de una amiga tuya.

—¿Qué amiga?

—Esa con la que hablaste anoche y que trabaja en el St. Joseph. La policía me ha pedido un informe completo y necesito ir allí a ver si soy capaz de encontrar el maldito historial psiquiátrico de la paciente que operamos anoche de urgencia. Nunca he estado allí y me preguntaba si le podías preguntar además si le importaría hacerme de guía.

Un ruido de manecillas y engranajes resonó al otro lado del teléfono.

—Piense que así ya no le deberé sólo una copa sino también una cena. ¿Qué le parece?

—Está bien. En cinco minutos te llamo, Peter.

Rosanne había mordido el anzuelo. Tras colgar, Peter se sintió mal. Aunque técnicamente hablando no le había mentado en nada, sus insinuaciones iban en un sentido que él jamás pensaba cumplir.

—¡Hola de nuevo! Sí, entiendo... Lo sé, Roseanne... Está bien, espera un segundo.

Nervioso, Peter empezó a revolver en la guantera delantera como un perro al enterrar un hueso. Victorioso, levantó un pequeño bolígrafo y los restos de una antigua multa.

—Ya tengo donde apuntar. Si... de acuerdo... ¿78?... perfecto, Rose. Muchas gracias. Te llamo esta semana para quedar. Un beso.

Tan solo un par de minutos más tarde, Peter enganchó satisfecho su teléfono en el sistema de navegación de su vehículo. La amiga de Rosanne se llamaba Claire y le había confirmado que estaría por el hospital hasta las seis. Era hora de ponerse en marcha.

Arrancó su coche y condujo hasta salir de Waterville. Luego tomó la autopista en dirección Augusta y después se desvió por una carretera que lo llevaría hasta Belgrado, un pequeño pueblo en cuyas cercanías estaba construido el hospital psiquiátrico. Fundado por colonos europeos en torno a 1770, la localidad recibió su nombre debido a que la mayoría de sus fundadores provenían de la capital balcánica, por lo que, con el fin de honrar sus raíces, decidieron bautizar con el mismo nombre a su nueva ciudad. Tenía alrededor de tres mil habitantes y se hallaba rodeada por una serie de prístinos lagos donde se desarrollaban multitud de actividades deportivas y de ocio. Agricultura, pesca y turismo ecológico eran los pilares sobre los que se sostenía aquel pequeño rincón perdido del mundo, y Peter lo conocía bien.

—¡Qué maravilla!

De hecho, estuvo a punto de comprar allí su casa cuando consiguió trabajo en Augusta pero unas graves inundaciones devastaron el lugar. Peter, algo supersticioso, presintió que aquello era un aviso y decidió buscar otro lugar donde ir a vivir. Y así fue cómo encontró su casa en Waterville. Aunque no lo había olvidado.

—Pongamos un poco de música.

Mientras conducía por sus serpenteantes carreteras, Peter bajo la ventanilla del coche, dejando que la fresca brisa entrara por su ventanilla. Steven Tyler desafinaba maravillosamente mientras él se transportaba a tiempos pasados. Y entre canción y canción, casi sin darse cuenta, llegó a las puertas del complejo psiquiátrico.

Situado encima de una verde colina, el hospital St. Joseph estaba aproximadamente a un kilómetro al este de Belgrado. Antiguo complejo vacacional remodelado, estaba compuesto por varios edificios de un estilo colonial clásico donde abundaban los grandes ventanales, los amplios porches y la madera maciza. Un muro de unos tres metros de altura rodeaba todo el centro, siendo en su mayor parte disimulado por la abundante vegetación. Sin duda, la propiedad debería medir varias hectáreas.

—Llegamos.

En mitad de la finca tenía un edificio que albergaba las oficinas centrales y los despachos administrativos. Después, repartidos a su alrededor, había una serie de pabellones donde se ingresaban a los pacientes según patologías, nivel de agresividad, tiempo de ingreso estimado y sexo. Cerca de la entrada principal existía también un antiguo pajar que albergaba una coqueta cafetería y un pequeño supermercado donde tanto el personal como los enfermos podían comprar algunos enseres de primera necesidad. Otro de los edificios, más al noreste, acogía el club social donde los pacientes llevaban a cabo todo tipo de actividades y talleres. En un lateral de la entrada había una garita y una pequeña estructura de unos 80 metros cuadrados donde se alojaba el personal de seguridad. El resto del complejo alternaba jardines y huertos, que eran cuidados por los propios enfermos. En la parte sur, anexada al muro exterior que rodeaba todo el complejo, estaban las cocinas y la lavandería. Peter conocía bien el lugar. Había asistido a un par de charlas allí. Cuando llegó a la garita, detuvo su coche y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el guardia, escudriñando a Peter.

—Hola, buenas tardes. Soy el doctor Peter Tenway. Soy anestesista en el County General. He venido aquí porque he quedado con una amiga. Es enfermera y se llama Claire Fontaine.

—¿Tiene usted alguna identificación, doctor Tenway?

—Sí, un momento —dijo Peter mientras rebuscaba en su cartera—. Sí, aquí está. Ésta es mi tarjeta personal del County —terminó de decir Peter mientras alargaba la mano hacia el guardia.

—Espere un segundo. Voy a comprobarlo —dijo el guardia.

El guardia entró en la garita. Empezó a revisar algo en un libro y después llamó por teléfono. Tras hablar durante unos instantes, colgó. Luego salió y fue directo hacia el coche de Peter, que esperaba al tiempo que con los dedos seguía el compás de “Crazy”.

—Aquí tiene, doctor Tenway. Siga la línea azul marcada en el suelo y le llevara directo al aparcamiento del edificio principal. La señorita Fontaine le estará esperando. Gracias por su colaboración —terminó de decir mientras entregaba a Peter su carnet.

—De nada.

Una vez levantada la barrera y abierta la valla metálica, Peter siguió las indicaciones y se dirigió al aparcamiento. Detuvo el coche debajo de un enorme olmo y se bajó. Todo estaba igual a como lo recordaba. Miró hacia el edificio principal y observó a una mujer, de unos 40 años y con ligeros problemas de obesidad, custodiando la entrada. Se acercó a ella al ver que agitaba vigorosamente el brazo.

—¿Claire? ¿Claire Fontaine? —preguntó Peter con dudas.

—¿Peter? ¡Dios mío! Ahora entiendo los nervios de Rosanne. ¡Menuda pieza ha cazado! —dijo Claire obviando el hecho de que Peter estuviese delante— Sí, yo soy Claire. Encantada. Bueno, bombón, ¿quieres que te enseñe un poco esto?

—Sí, claro. Me encantaría —mintió Peter.

—Venga, vamos. Pongámonos al día. ¡Vaya suerte que tiene Rose últimamente!

Durante la siguiente media hora Claire aburrió a Peter enseñándole hasta el último rincón del complejo. Era al parecer algo así como la responsable de enfermería en el turno de tarde y le

gustaba remarcarlo con cada trabajador con el que se cruzaba durante aquel anodino paseo. A todos les recriminaba algo y no siempre de la manera más educada. De vez en cuando, le preguntaba sin ningún tacto por su relación con Rosanne y sobre cómo se habían conocido. Aunque Peter no mintió en nada, tampoco dijo toda la verdad. Con cautela, se limitó a omitir las partes que no le interesaban. Por fin, tras media hora interminable, Peter reconoció el problema que tenía con el historial de Ellen y le pidió visitar el archivo.

—Por cierto, ¿sabías que Rose y yo tenemos un pacto por el cual ambas seremos damas de honor en nuestras futuras bodas?

—Pues no. Lo cierto es que no lo sabía.

—Sí. Somos íntimas desde que éramos niñas. Y ahora ella se me ha adelantado.

—¡Menuda arpía está hecha!

Peter forzó una sonrisa.

—Claire, no quiero que te ofendas, pero ¿podríamos ir al archivo? He quedado con el inspector a las ocho y todavía tengo que acabar ese maldito informe. Voy muy justo de tiempo.

—Por supuesto. Tranquilo, nos dirigimos hacia allí en este momento. No te puedo decir que no ahora que eres el novio de mi mejor amiga. ¡Y menos con esos preciosos hoyuelos! —dijo Claire al tiempo que le pellizcaba el mentón— ¡Pero qué guapo eres, por Dios!

El archivo estaba en el sótano del edificio de administración. Claire le guio por las entrañas de la estructura hasta llegar al segundo sótano. El olor a humedad y moho era similar al de una vieja iglesia. Se detuvieron delante de una doble puerta de roble macizo. En la pared lateral había un cartel que ponía “Archivos generales. Hospital St. Joseph”. Claire sonrió y sacó un manojo de llaves.

—Alguna ventaja tiene ser jefa de enfermeras. Cuidado, esto estará lleno de polvo —dijo Claire al tiempo que metía una llave en la cerradura y la hacía girar.

Empujaron la puerta con dificultad y encendieron la luz. Una larga fila de fluorescentes parpadeó somnolientos. Ante ellos se desplegó una enorme estancia, de unos sesenta metros cuadrados, abarrotada de estanterías y ficheros. El polvo y la suciedad lo inundaban todo. Al ver aquello, Peter se acordó de RESLIAS. Lo cierto es que era mejor que todo aquello se informatizase en vez de estar allí cogiendo polvo. Claire le pidió a Peter que le recordara el nombre de la paciente.

—Cistar. Ellen Cistar.

—Bien. Si no recuerdo mal la encontré en este fichero de aquí.

Buscaron con paciencia la carpeta de Ellen. Cuando por fin la encontraron vieron que, efectivamente, estaba vacía. Peter se rascó la cabeza.

—Ya se lo dije a Claire. Aquí no hay nada.

—Lo normal sería no encontrar la carpeta, pero ¿encontrarla sin nada dentro? Es muy extraño.

—La verdad es que sí. Se están informatizando los archivos para el programa RESLIAS, pero todavía van por informes cuyos apellidos empiezan por “B”. Es un poco raro.

—Sí que lo es. Si quieres podemos irnos. Aquí va a ser imposible encontrar nada.

—Perfecto. Así podemos ir a la cafetería y te podré invitar a una taza del magnífico té que hacen nuestros pacientes. Realizan todo el proceso. Lo siembran en el invernadero, lo secan y lo muelen. Es una maravilla.

—Seguro que está espectacular y sé que es abusar de ti pero, ¿sería posible hablar con el psiquiatra que se encuentre de guardia? A lo mejor él sabe algo acerca de los documentos de Ellen —preguntó Peter al tiempo que lucía su mejor sonrisa.

La risueña enfermera torció el gesto ligeramente. Después sonrió con falsedad.

—Supongo que sí. Aunque esta tarde está de guardia el doctor Blend. Es el nuevo psiquiatra que ha contratado el hospital. Sustituye al doctor Herrero.

—¿El doctor Herrero se ha marchado?

—No exactamente. Lo han cesado ¿Lo conoces?

—Sí, vagamente. Coincidimos en una charla médica y me lo presentaron. Parecía un buen tipo.

—Es una magnífica persona —afirmó Claire—. Fue despedido hace unos meses, pero nadie sabe el porqué. Era un gran psiquiatra y un hombre muy educado. Todos lo queríamos mucho —respondió Claire con sinceridad—. Venga Peter, vamos al despacho de arriba a ver al doctor Blend. Como siga aquí mucho tiempo mi alergia empezará a hacer de las suyas.

Salieron del archivo y cerraron la puerta. Subieron hasta la primera planta y fueron hasta el despacho del médico. Claire le indicó a Peter que esperara para que primero entrase ella a hablar con el doctor y le explicase la situación. Un minuto después, Claire se asomaba y le hacía gestos para que pasase. Peter entró en el despacho. Era una estancia austera. Una camilla, un pequeño carro para hacer curas y reconocimientos, un armario que hacía las veces de botiquín y un viejo escritorio de caoba tras el cual se sentaba el doctor Blend eran los enseres más importantes. Blend debía tener alrededor de unos 35 años. Tenía un aspecto jovial y debajo de su bata de médico llevaba una alegre camisa de cuadros de colores chillones. Se levantó y estrechó la mano de Peter.

—¿Qué tal está, doctor Tenway? Ya me ha comentado Claire que necesitaba preguntarme un par de cosas sobre una antigua paciente. Espero poder ayudarle, aunque lo cierto es que no llevo mucho tiempo aquí. Usted dirá —dijo el doctor Blend mientras se volvía a sentar en su sillón.

—En primer lugar, gracias por atenderme. En segundo lugar —dijo Peter mientras miraba a Claire —te tengo que pedir que nos deje a solas. Voy a hablar sobre datos confidenciales de una paciente. Es mejor que esta conversación quede entre el doctor Blend y yo. Gracias Claire, sé que cómo la excelente profesional que eres, lo entiendes perfectamente —terminó de decir mientras le sonreía a la enfermera.

Claire se quedó un poco sorprendida e indignada al mismo tiempo. Luego dibujó una ladina sonrisa y se acercó a Peter.

—Claro que sí, Peter. Ya nos veremos. Otro día tomaremos ese té. Saluda a Rosanne de mi parte. Espero que sepas llegar a tu coche. Si tienes algún problema, avísame, ¿de acuerdo? —respondió Claire evidentemente enfadada al mismo tiempo que le plantaba dos ruidosos besos en las mejillas— Hasta luego, doctor Blend.

Claire salió del despacho dando un portazo. Peter miró a Blend, que tenía cara de circunstancias. Luego comenzó a hablar.

—Necesito toda la información que pueda darme sobre una paciente que ha estado aquí ingresada. Su nombre es Ellen Cistar. He buscado con Claire su historial en el archivo y ha desaparecido —pidió Peter de manera cortés.

—¿Desaparecido?

—Sí. Estaba la carpeta, pero en su interior no había ningún documento.

—Y, sin que se ofenda, ¿para qué quiere usted nuestro historial de una paciente? Según me ha dicho Claire, es usted anestesista del County General. ¿Para qué le hace falta? —preguntó Blend.

Peter explicó con brevedad la llegada a urgencias de Ellen Cistar y su posterior intervención quirúrgica a vida o muerte. También le contó la exigencia por parte de la policía de que el informe fuese lo más completo posible.

—Por eso necesito una copia de su historial. Si le supone un problema les puedo decir que vengan ellos a buscarlo.

Blend se quedó mirando pensativo a Peter.

—Lo siento, Peter. No deseo que se ofenda, pero lo cierto es que no sé cómo ayudarle. Puede que ya se hayan llevado su historia para introducirla en RESLIAS. O que algún médico residente la haya cogido para hacer un estudio. Desconozco su paradero, y sobre la paciente tampoco le puedo ser de más ayuda. No la conocí ni sé nada sobre su historial. Y si no está abajo, no sabría ni por dónde empezar —respondió Blend, visiblemente sobrepasado.

Peter resopló. No sabía qué hacer. No quería llevarle malas noticias al inspector Harper. De repente, se le ocurrió una idea.

—¿Y si me da el teléfono del Dr. Herrero? Él estuvo aquí bastante tiempo y

seguramente la recuerde. Tampoco necesito un historial completo. Si me explica por encima sus trastornos principales, sería para mí más que suficiente. ¿Podría darme el número del doctor Herrero? —rogó Peter.

Blend se pasó los dedos por la perilla, mientras miraba con fijeza a Peter.

—Lo siento, Dr. Tenway. No me está permitido. Supongo que lo entenderá. Será mejor que llame mañana por la mañana y hable directamente con el director del centro. Llevó poco tiempo y es mi primer trabajo. No quiero tener problemas.

—Entiendo.

—O incluso podría buscarlo en la guía telefónica. No creo que haya muchos doctores que se apelliden Herrero en el Estado de Maine.

—Sí, supongo que podré encontrarlo por ahí. Tranquilo, doctor, lo entiendo. Yo en su situación hubiese hecho exactamente lo mismo. Muchas gracias por su tiempo —dijo Peter a modo de despedida al tiempo que se levantaba y estrechaba la mano del joven psiquiatra.

Tras salir del despacho empezó a bajar la escalera. Eran las 7 y media. Debía darse prisa o no llegaría a tiempo a su cita con el inspector. Y con absoluta seguridad eso era lo último que quería.

Se subió a su coche y salió a toda velocidad del complejo. Iba tan concentrado en llegar pronto al pub donde habían quedado que no se dio cuenta de que un Cadillac negro salía de la cuneta y lo empezaba a seguir.

Capítulo 5 - Sala de urgencias

Andy aparcó el coche delante del Harod's. Era un bar deportivo, con tres pantallas gigantes donde la gente iba a ver el fútbol o el béisbol mientras se emborrachaba con tanques de cerveza y patatas rancias. Tenía alrededor de veinte mesas y su interior estaba hecho íntegramente en madera maciza. Fue directo a la barra y una camarera se le acercó.

—¿Qué es lo que quieres, ricura? —preguntó la mujer con mecánica melancolía.

—Una “Bud”, por favor.

La camarera, que debía rondar los cincuenta, asintió, sacó una botella de cerveza de la nevera, la abrió y la dejó delante de Andy. Tras agarrarla por el cuello, sacó un billete de diez dólares y lo dejó encima de la barra. Luego se levantó, le dio las gracias y se fue a una de las mesas situadas en el rincón, lejos de todos. La bebió despacio, sin prisas. Pocas cosas en la vida superan el poder tomar, con calma, una cerveza bien fría después de un duro día de trabajo. Mientras la saboreaba miró el reloj. Pasaban diez minutos de las ocho. El doctor se retrasaba.

Cinco minutos después, Andy había apurado su primera cerveza. Levantó la mano para llamar la atención de la camarera y, por señas, le pidió otra botella. Instantes después la joven camarera que atendía las mesas se le acercó con la botella sobre una bandeja al tiempo que, con las caderas, seguía el ritmo de la música ambiente. Retiró la botella vacía y colocó la nueva en su lugar. Andy sacó otro billete de diez y se lo dejó sobre la mesa.

—Gracias.

La chica se guardó el billete en el bolsillo y le sonrió. Tendría unos 24 o 25 años. Su dentadura era perfecta y tenía la piel tan blanca como una luna llena de verano. Con esfuerzo, deslizó un papel junto a la botella recién colocada. Andy, con cierta sorpresa, hojeó la nota. Era un número de teléfono. Andy asintió de manera cortés al tiempo que guardaba el papel en uno de los bolsillos de su pantalón. La camarera se ruborizó casi al instante.

—Solo por si necesita algo más.

—Gracias —contestó Andy.

La chica se dio la vuelta y se marchó, sonriendo como una colegiala. Cuando la segunda cerveza estaba casi liquidada, su móvil sonó. Eran casi las ocho y media.

—Inspector Harper al aparato.

—Buenas noches, inspector. Soy Eleanor Rosenwood, médico de urgencias del County General. Le llamo para informarle que el doctor Peter Tenway ha tenido un accidente y está aquí, ingresado en urgencias.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Se encuentra bien? ¿Cuándo ha pasado? —bombardeo sin piedad Andy.

—Tranquilo inspector. Se encuentra bien y fuera de peligro. Sólo está magullado y un poco asustado. Al parecer y según nos ha contado, un coche lo ha echado de la carretera. Ha insistido en que le avisemos.

—Voy para allá. Gracias doctora —dijo Andy al tiempo que colgaba el teléfono. Se levantó y salió como alma que lleva el demonio. Se montó en el coche, encendió la sirena y salió lanzado

hacia el hospital. La situación se hacía cada vez más compleja.

Veinte minutos más tarde, se bajaba de su vehículo y se encaminaba apresurado hacia la entrada de urgencias. El County General era el hospital de referencia de todo el condado. Estaba situado a las afueras de la ciudad. Su predecesor, un precioso edificio de ladrillo de cuatro plantas, estuvo situado en pleno centro de Augusta. Este era tan antiguo que decidieron que era mejor construir uno nuevo en las afueras antes que rehabilitar el viejo. De eso hacía casi diez años. El nuevo hospital estaba en una inmensa llanura, con muchas zonas verdes alrededor. Había un pequeño pero frondoso bosque de pinos en su parte posterior. Tenía un aparcamiento subterráneo de dos niveles y el edificio contaba con seis plantas. Las estancias eran amplias y luminosas. Se construyó incluso un ala lateral que se dejó cerrada y preparada por si algún día era necesario una ampliación. Era un buen hospital.

Andy se fue directo al mostrador de urgencias, sacó su placa y preguntó por el anestesista. Una joven se giró al escuchar el nombre de Peter y se acercó a Andy.

—Buenas noches, inspector. Soy la doctora Rosenwood. Hablamos antes por teléfono —dijo—. Está en una habitación aparte. Venga conmigo, por favor.

Andy la siguió por un largo pasillo. A ambos lados surgían, cada pocos metros, distintas estancias de las que no paraba de salir y entrar personal sanitario. Las enfermeras paraban cada pocos pasos a la joven doctora pidiendo cambios de tratamientos o enseñando resultados de pruebas. Había celadores transportando camillas o sillas de ruedas, personal de limpieza intentando mantener orden dentro de aquel caos o familiares esperando información de sus seres queridos. Y la doctora Rosenwood, caminaba entre todo aquello sin detenerse, como un autómata, despachando los asuntos en cuestión de segundos con la seguridad de un veterano de guerra.

—Parece que estáis hasta arriba, ¿no?

Ella, giró el rostro y le sonrió cortésmente.

—No se equivoque, inspector. Hoy es un día tranquilo.

Segundos después, se detuvieron delante de una habitación, la 113. La doctora golpeó con suavidad con los nudillos.

—Peter, está aquí el inspector Harper. ¿Podemos pasar?

—Sí, sí, pasad.

Entraron y se encontraron a Peter sentado en la cama. Tenía el torso desnudo y una enfermera estaba quitando los electrodos del pecho. Le alargó a la doctora una tira con el electrocardiograma que acababa de salir de la impresora mientras terminaba de recoger los cables y el equipo.

—Aquí tiene, doctora.

—Perfecto. Gracias Mary —dijo la doctora Rosenwood al tiempo que cogía la tira de papel cuadrado—. A ver qué tal está tu motor, Peter.

Después de observar el registro durante unos segundos, le pasó el papel al propio Peter y éste lo desestimó con una sonrisa. Andy, desde una esquina de la habitación, observaba en silencio.

—Bueno, todo está correcto. Iré a prepararte los papeles del alta. Volveré en unos minutos.

—Gracias, Eleanor. Te lo agradezco. Tengo ganas de irme a casa —contestó Peter con la fatiga reflejada en su mirada.

La médica salió dejando a Peter y Andy a solas.

—Lo siento. Todo esto es culpa mía —empezó a disculparse Andy tras unos instantes de silencio.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —exclamó el anestesista —No es culpa suya, inspector.... quiero decir, Andy. No has tenido nada que ver. No entiendo cómo puedes tener la culpa porque suceda algo así.

—No deberías haber ido al St. Joseph. Era asunto de la policía. No debí permitir que fueses. De haberte quedado en casa, no te habría sucedido nada de esto. Si quieres interponer una denuncia contra mí, lo entenderé —contestó Andy.

—¿Una denuncia? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Bobadas! Hubiera ido a St. Joseph para poder finalizar mi informe de todos modos. Nunca sabemos dónde está el peligro, Andy. Y eso es lo que la hace realmente interesante, ¿no te parece?

—¿Cómo ha ocurrido?

—Salí rápido del hospital porque eran las siete y media pasadas. Había quedado contigo y nunca me ha gustado llegar tarde a una cita. No llevaría ni dos kilómetros desde que salí del St. Joseph cuando vi un coche negro que me seguía.

—¿Pudiste reconocer algo? matrícula, modelo... —preguntó Andy con calma mientras sacaba su pequeño bloc de notas del bolsillo de la chaqueta.

—Creo que era un Cadillac. No sé el modelo porque no entiendo mucho de coches. Lo único que sé es que no era un coche moderno. Sus formas eran de los años 60 o 70. Aunque lo cierto es que no estoy seguro. Lo siento.

—Tranquilo, es normal. Continúa, por favor —le animó Andy.

—Se mantuvo a una distancia prudencial durante un par de minutos más. Luego entramos en la carretera que bordea el lago Penney y empezaron los problemas.

Peter se removió en la cama e hizo una mueca al mover el costado derecho. Tras dejar pasar unos instantes, prosiguió.

—Luego, de repente, aceleró y se dispuso a adelantarme. No me extrañó. Nunca me ha gustado la velocidad y pensé que era de ese tipo de conductores inquietos que no soportan ir detrás de otro coche más de un minuto. Así que invadí un poco el arcén para facilitarle la maniobra. El tipo aceleró y, cuando estaba a mi altura, me tocó el claxon y le miré.

—¿Pudiste verle el rostro?

—No, tan solo puede adivinar su silueta. Tenía las lunas tintadas y no pude ver nada. En ese instante tuve un mal presentimiento.

—¿Por?

—Estábamos llegando a una curva, la zona era despejada y Cadillac llevaba varios metros a mi altura. No terminaba de adelantarme. De pronto, justo al llegar al punto más cerrado de la curva,

se me echó totalmente encima. Yo viré con brusquedad para evitar el impacto y me salí de la carretera. No pude controlar el coche y bajé sin control por un terraplén para acabar con mis huesos en el lago. Me quedé un poco aturdido pero, por suerte, pude salir antes que el coche se hundiese.

—¿Y el otro conductor?

—No lo sé. Cuando conseguí llegar a la orilla y volví la vista a la carretera, se había esfumado.

Andy se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación. Primero un desconocido quemó la casa de Ellen tras ser apuñalada la noche anterior. Casi al mismo tiempo, a un buen puñado de kilómetros de distancia, alguien echó de la carretera al anestesista que intervino en su cirugía tras seguir con la investigación del historial médico. Demasiadas casualidades juntas. Y Andy sabía que cuando esto ocurría era porque alguien no desea que se remueva más un asunto.

—Voy a hablar con la central. Solicitaré que te pongan protección. Creo que hemos metido el dedo de un avispero y te he puesto en peligro.

—¿Protección? ¿Pero de qué demonios hablas? —exclamó Peter.

—Sí. Alguien puede ir a por ti. Será sólo por unos días, hasta que desenrede toda esta historia.

—Andy, por el amor de Dios, ¿no crees que estas exagerando? —preguntó Peter con vehemencia.

El inspector negó con la cabeza. Luego, con un hilo de voz, le relató a Peter lo sucedido con la casa de Ellen Cistar, aunque sin contarle nada de lo que había hablado con la señora McCallister. Después de acabar la exposición de Andy, Peter se quedó con la boca abierta. Durante unos segundos ambos se miraron.

—Me da igual. No quiero una niñera con placa metido en mi casa.

—No es negociable. Yo me tengo que ir mañana de la ciudad por temas de la investigación y no te voy a dejar expuesto. Es mi última palabra.

Peter frunció el entrecejo. Luego se sentó de golpe en la camilla.

—Tengo una idea. Tú me has metido en esto, ¿no es cierto, inspector? —preguntó Peter con una maliciosa media sonrisa.

—Sí, eso me temo.

—Yo no quiero un extraño en mi casa. Y tú eres el responsable de la situación y quien debería velar por mi seguridad hasta que esto acabe. Pero como te vas, no puedes hacerlo, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Andy intuyendo que no le iba a gustar lo que vendría a continuación.

—Yo empiezo ahora diez días de vacaciones y, como aquí no estoy seguro, iré contigo en tu viaje. Así podrás protegerme, señor inspector, y yo mientras tanto podré disfrutar de mis días de descanso sin vigilancia.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Acaso te has vuelto completamente loco? —exclamó Andy—
Creo que en el accidente te has debido golpear más fuerte de la cuenta la cabeza.

—Andy, por favor...

—No, Peter. Eso es imposible, además de impensable. No voy a exponerte a una situación más peligrosa de la que ya estás. ¿No te das cuenta que no sé con lo que puedo encontrarme durante la investigación? Estarás más seguro aquí.

—Me da igual. Estoy en peligro igualmente, me quede o me vaya. Y yo prefiero irme.

—Pero Peter...

—No hay nada más que discutir, señor inspector. En general, siempre he desconfiado de la policía. Mis experiencias con los agentes de la ley digamos que, por decirlo con suavidad, no han sido del todo positivas. Pero contigo, en cambio, es distinto. Me transmites seguridad.

Peter en ese momento rozó con la yema de los dedos de su mano derecha el antebrazo de Andy. Aunque tensó su musculatura, el inspector no retiró el brazo.

—No sé cómo explicarlo pero, cuando estoy contigo, estoy mucho más tranquilo. Déjame ir contigo, por favor.

Anderson Harper tragó saliva al tiempo que dio un imperceptible paso hacia atrás, aunque lo suficiente para interrumpir la conexión de física. Un hilo de sudor se deslizó lentamente desde su nuca hacia la parte baja de su espalda. Sin duda, no le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto.

—Por favor...

Podían expedientarlo e incluso expulsarlo del cuerpo. Andy le sostuvo la mirada a Peter. Aquellos vivos ojos azules relampagueaban mientras le observaban de arriba a abajo. Él siempre había sido un agente modélico. No se podía creer lo que estaba a punto de hacer. Suspiró pesadamente. Mierda.

—¿Entiendes que no puedo garantizar tu seguridad, verdad? No sé qué nos vamos a encontrar.

—Si quieres te firmaré un documento que te exima de cualquier responsabilidad, señor inspector.

Andy suspiró de nuevo.

—Está bien, Peter. Si vienes será bajo tu cuenta y riesgo. Te pondré sólo una condición. Me obedecerás en todo lo que te pida que hagas sin hacer preguntas. Si te pido que te quedes en el coche tres horas, deberás hacerlo. Me pueden sancionar si se enteran que un implicado en la investigación viaja conmigo haciendo turismo. No serán más de dos o tres días. No esperes que sea excitante, va a ser un completo aburrimiento. ¿De acuerdo? —preguntó Andy adelantando la mano.

—¡Sí, señor! —dijo Peter al tiempo que estrechaba la mano del inspector, sellando así el pacto entre caballeros. Los dos se estremecieron levemente dando paso a un silencio bastante incómodo.

Justo a tiempo y cómo si hubiese estado escuchando al otro lado de la puerta, entró la doctora Rosenwood con los informes del alta. Peter los firmó y agradeció a su joven compañera los cuidados. Ella salió, dejando a Peter un pijama viejo del hospital encima de la cama. Peter se levantó y empezó a desnudarse delante de Andy.

—Te esperaré fuera —dijo Andy, que salió de la habitación con prisas ante la exuberante desnudez del anestesista.

Quince minutos más tarde, los dos hombres estaban subidos en el coche del inspector. Se dirigían a casa del inspector para recoger algo de ropa. Después irían a dormir a casa de Peter para salir a primera hora por la mañana. Peter tuvo la idea y Andy no quiso discutir. La casa del inspector estaba muy cerca del County. No llevarían más de un par de minutos en el coche cuando se detuvieron en un edificio de cuatro alturas situado en el número 25 de la calle Green. Después de parar el motor, Andy le pidió a Peter que se quedase en el coche.

—Serán sólo 5 minutos. Tiempo para coger tres mudas de ropa y poco más. Mantén los ojos bien abiertos. Enseguida bajo.

—De acuerdo. ¿Te parece bien que mientras llame para pedir comida china? Podemos recogerla de camino. Estoy muerto de hambre. Yo invito.

Andy afirmó con la cabeza al tiempo que cerraba la puerta del coche. Subió a su casa, abrió la puerta y entró. Era un pequeño apartamento de unos 70 metros cuadrados. No era un piso enorme y lujoso, pero estaba bien para un soltero. La señora Owen, su casera, no le había subido el alquiler en años. Como a casi cualquier anciana le encantaba tener a un policía viviendo en su edificio. Tenía una cocina que no era demasiado grande que se comunicaba con un pequeño patio que hacía las veces de lavadero. Entró y fue al armario situado encima de la secadora. Cogió su vieja bolsa de deporte y se fue al dormitorio. Al pasar por el salón vio lo desordenado que estaba. Cuando regresase tocaba limpieza, sin duda. Entró en su cuarto y cogió varias mudas con rapidez que tiró de cualquier manera en la bolsa. Fue al baño y abrió el neceser, echando dentro su cepillo de dientes, un bote de pasta, la maquinilla de afeitar y algo de colonia. Por último, fue al armario que estaba en el otro dormitorio y que hacía las veces de despacho. Lo abrió y levantó una tabla suelta que tenía detrás del último cajón. Recogió de su particular caja de seguridad dos cargadores de su pistola y 800 dólares. Empezó a colocar la tabla en su lugar cuando rectificó y la levantó de nuevo, cogiendo otro cargador más. Mejor que sobren balas. Cerró la bolsa y salió del piso, echando antes el cerrojo.

Tras salir, se alejó del edificio y se fue directo al coche. Se montó justo cuando Peter colgaba su teléfono móvil. Se acomodó, tiró la maleta de deporte a la parte trasera, se puso el cinturón y arrancó el vehículo. El Ford Explorer Interceptor ronroneó como un gatito. Instantes después estaban en la autopista de camino a Waterville, directos a casa de Peter.

—Sal por esta salida. Llegaremos antes al restaurante chino —ordenó Peter—. El Ku-bak de gambas con salsa de ostras es una delicia.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama el restaurante?

—Se llama “El jardín del sol”. Tienen también comida japonesa y sushi. He pedido un poco de todo.

—A ver si no conseguimos levantarnos mañana de la cama —dijo irónico Andy.

—Sí, tranquilo. El truco está en no comer mucha salsa de soja. Seguro que conseguimos levantarnos. Por cierto, ¿cuál es nuestro plan para mañana?

—Mi idea es ir primero a Boston. Tengo allí un amigo que trabaja en el FBI y que me debe un favor. Espero que haya conseguido alguna información valiosa.

—¿Boston? Hace mucho tiempo que no bajo por allí. Podríamos ir a comer al Legal Sea Foods que hay en el puerto de la ciudad. Sus bocadillos de langosta con mayonesa de azafrán son

realmente espectaculares.

—No sé si podremos. Ya te he dicho que esto no es un viaje de placer. La prioridad es encontrar pruebas del caso de Ellen. Es un viaje de trabajo.

Peter se quedó callado. Se hizo un silencio algo tenso. Andy, que sabía que a veces era bastante brusco, resopló.

—Aunque supongo que a nadie le hace daño un buen bocadillo de langosta. Intentaremos ir, pero no te prometo nada.

—Gracias Andy. No te arrepentirás. Por cierto, allí está. Es en aquella esquina —afirmó Peter al tiempo que señalaba con el dedo hacia un local con multitud de luces de neón—. Detente y yo me bajo a por la comida. Será un minuto. Invito yo —terminó de decir Peter al tiempo que saltaba del coche nada más detenerse.

Una vez recogida la comida se encaminaron a casa de Peter. Un potente aroma de las especias, soja y críticos inundó el interior del coche, haciéndoles salivar. Aunque hasta ese instante no tenía demasiada hambre, el olor de la comida hizo rugir su estómago.

—Huele bien, ¿verdad? —adivinó Peter.

Andy afirmó con la cabeza. Olía realmente delicioso. El vehículo aceleró y sobre las once de la noche aparcaron el coche patrulla en la parte delantera de la casa, en una zona bien visible. El inspector sacó la señal luminosa policial y la dejó sobre el salpicadero. Eso sin duda serviría también como elemento disuasorio. Una vez dentro y tras el preceptivo chequeo de “Nerón”, fueron a la cocina y dejaron las cajas de comida sobre la encimera de la isla. Peter sacó unos platos, tenedores y un par de cervezas bien frías. Sin mediar palabra se abalanzaron sobre la comida. Ambos estaban hambrientos.

—Pásame el arroz tres delicias, por favor —pidió Peter.

—Toma —contestó Andy con la boca llena—. Por cierto, ¿qué pasará con Nerón?

—Gracias. Creo que se va a quedar aquí en casa. No creo que le pase nada. Le dejare bien repuesto su casillero de agua y comida. Además, tiene la gatera de la puerta de atrás abierta y le gusta salir a buscarse la vida. Ahora iré a hablar con Grace, mi vecina, para que se pase cada día y le eche un ojo. Él también va a cogerse unas vacaciones, ¿verdad? —contestó Peter al tiempo que acariciaba la cabeza del felino que tenía a sus pies.

El gato ronroneó mientras se retorció de placer. Acabaron de cenar y se dispusieron a recogerlo todo. Andy metió los platos y cubiertos en el fregadero mientras Peter limpiaba la encimera de la isla donde habían comido.

—Ve si quieres a ver a tu vecina mientras yo termino de recoger —sugirió Andy.

—¿Sí? ¿No te importa?

—Por supuesto que no. Ha sido un día duro y cuanto antes acabes de organizarlo antes podremos ir a dormir. Hay que estar descansados para mañana.

—De acuerdo. Me voy, vuelvo en diez minutos.

Andy acabó de recoger y fue al salón. Mientras buscaba el mando de la televisión se puso a

curiosear por los muebles. Peter tenía un montón de fotos de diversas cenas, comidas y fiestas. Estaba la de su graduación universitaria y la del instituto. Y una con un equipo de béisbol infantil. Y había otra en la que salía con un montón de niños, todos vestidos con un uniforme de baloncesto de color amarillo. En ella, Peter no tendría más de 15 años. Le costó trabajo localizarlo entre tantos críos, pero aquellos ojos azules eran inconfundibles. De pronto, encontró una que le sorprendió. En ella se veía a un Peter bastante joven, con aproximadamente unos veinte años menos, vestido de militar. Andy reconoció el águila que sujeta un tridente, con una pistola en primer término y un ancla detrás: los Navy SEALs, la fuerza de élite del ejército estadounidense. De pronto, el ruido de la puerta al cerrarse le sobresaltó.

—Todo el mundo tiene un pasado —dijo Peter con una sonrisa.

—No sabía que habías pertenecido a los SEALs. No entra cualquiera. Lo sé por experiencia —expuso Andy sorprendido.

—Sí. Son muy exigentes. Acabé el instituto y vino un reclutador a vernos. Tuvimos una charla y me convenció. Yo quería ayudar a los demás y me pareció una buena forma de contribuir. Después de graduarme, me presenté al examen de acceso. Tuve algo de suerte pues ese año el nivel de mi grupo de examen no fue excesivamente alto. Pasé con excelente nota el examen físico y el examen teórico. Siempre fui muy aplicado y disciplinado —confesó Peter mientras se acercaba y miraba de cerca la foto con su uniforme militar—. Conseguí pasar por los pelos las pruebas de supervivencia, pero las pasé. Fui el alumno más joven en graduarme como SEAL en todo el país —terminó de decir Peter.

—¿Qué pasó luego? ¿Llegaste a entrar en combate? —preguntó Andy intrigado.

—No. Al mes y medio de esa foto, en unas maniobras en las Montañas Rocosas me caí desde un desnivel de 11 metros. Me fracturé 6 vértebras, la cadera izquierda y me perforé un pulmón. Si no hubiese sido tan joven y con una forma física tan excepcional, a buen seguro habría muerto. Me salvé de milagro.

—Lo siento.

—Sí, fue una pena. Una carrera meteórica... y fugaz. Aunque probablemente mucha gente se alegró de ello. No fue fácil para muchos ver como un chaval casi imberbe pasaba unas pruebas tan exigentes mientras tipos más experimentados caían como moscas. Estuve más de un año recuperándome en un hospital rehabilitador que tiene el ejército de tierra en Iowa.

—Tuvo que ser muy duro.

—Sí que lo fue. Tuve tiempo para reflexionar y pensar que hacer con mi vida. Y allí fue donde creo que nació mi vocación por la medicina —contó Peter con cierta resignación dibujada en su voz.

—¿Te licenciaron de los SEALs?

—Lo cierto es que no, aunque durante mucho tiempo lo esperé. Sé que puede sonar raro, pero lo cierto es que no quisieron perderme.

—No suele ser lo habitual.

—Lo sé. Me ofrecieron diversos puestos de formador y de reclutador de nuevos talentos. Sin duda, veían mucho potencial en mí. Pero no era lo que yo quería hacer.

—¿Por qué no?

—No me veía toda la vida preparando y captando jóvenes como enviarlos a las distintas guerras, presentes o futuras, mientras yo me quedaba en casa viéndolo por televisión. Así que di las gracias, me licencié y empecé a estudiar medicina —concluyó Peter.

Andy le miró comprensivo. Entendía perfectamente la sensación de fracaso. Él mismo intentó en su juventud en dos ocasiones pasar las pruebas de acceso de los SEALs. No pudo aprobar en ninguna de las dos.

—Bueno, subiré a hacer el equipaje. Si quieres, te puedes duchar. Al fondo del pasillo, enfrente de la cocina, hay un pequeño baño con una ducha. Hay toallas limpias en la estantería. Ahora te bajaré mantas y una almohada vieja. El sofá no es como una cama del Hilton pero se duerme bien. Lo sé por experiencia.

—Gracias, Peter. Será más que suficiente.

—No hay de qué. Por cierto, ¿a qué hora quieres salir mañana?

—Creo que a las siete estará bien. Quiero llegar pronto a Boston.

—Perfecto. Pongo el despertador para las seis y cuarto. Buenas noches, inspector Harper —añadió Peter con sorna.

—Buenas noches, doctor Tenway.

Andy cogió sus cosas y se fue al baño. Después de todo el día de trabajo, su cuerpo agradeció sobremanera aquella ducha caliente. Dejó que, lentamente, el vapor penetrara en todos y cada uno de los poros de su piel. Su mente, con lentitud, empezó a ubicar las piezas de aquel rompecabezas en una secuencia lógica. Aunque faltaban todavía muchos elementos, estaba seguro que el asesinato de Ellen Cistar no había sido casual. Salió, se secó y se vistió con la vieja ropa que había elegido a modo de pijama. Al llegar al salón se encontró una mullida almohada de plumas encima de un edredón viejo. Lo estiró en el sofá y se refugió debajo, quedándose dormido en cuestión de segundos.

Capítulo 6 - Viaje a ninguna parte

Andrej estaba harto. Ya le había dicho a su jefe que, después de aquel trabajo su relación profesional se había acabado. Se retiraba del negocio. Tenía demasiado barro bajo sus uñas, más del que podría limpiar en cien vidas. Se removió incomodo en el asiento. Un amargor le subió de pronto por la garganta. Abrió la ventanilla y escupió el café. Un fuerte sabor a quemado le inundaba toda la boca. Malditas máquinas expendedoras. Cogió su móvil y marcó el único número que tenía en su agenda. Al otro lado alguien descolgó.

—Sí, ¿quién es? —preguntó un hombre con voz ronca.

—Soy yo. El inspector está en la casa con nuestro “amigo”, por decirlo de alguna manera. Aunque intenté dejarle claro esta tarde en los lagos que no debía inmiscuirse en esto. Según parece, se niega a colaborar —espetó escueto Andrej con un fuerte acento balcánico.

Al otro lado, un poso de decepción aparecía en la respiración de su interlocutor.

—No es lo que me esperaba, sin duda. ¿Sabes que están planeando?

—No. Supongo que, después del espectáculo en el lago de esta tarde, el inspector estará haciendo de niñera.

—Bien. Vigíalos. Llámame con cualquier novedad —ordeno la voz.

—No prefiere que acabe con esto ya, jefe. Puedo liquidarlos esta misma noche si quiere —insinuó Andrej.

—¡Ya te dije antes que no! Todavía no les puede pasar nada. Y menos aquí, en Maine. Llamaríais demasiado la atención. Ya se presentará una ocasión mejor.

—Yo creo que...

—¡Tú no estás aquí para creer nada, joder! —gritó la voz al otro lado— Ya bastante ruido has hecho con lo de la mujer, ¿no crees?

El sabor amargo que ahora le subía por la garganta no tenía nada que ver con el café.

—Mañana hablamos. Llámame con cualquier novedad, sea la hora que sea. Tendré esta línea encendida. Y que no te descubran. Adiós.

Andrej suspiró y colgó el móvil. Lo dejó encima del asiento del acompañante y metió su pistola glock en la guantera. Sacó un paquete de tabaco y cogió un cigarrillo. Se puso cómodo mientras lo encendía. La noche iba a ser bastante larga.

El aroma a café recién hecho y pan tostado despertó a Andy. Se levantó del sofá desperezándose como un oso se levanta de la hibernación, y fue descalzo por el parqué hasta que llegó a la cocina. Entró y vio a Peter preparando el desayuno. Gruñó a modo de saludo y se fue directo a la cafetera. Se echó un café bien cargado y cogió una tostada recién hecha.

—¿Has dormido bien?

—Sí. He estado perfecto. Sin duda es un buen sofá.

Terminaron de desayunar y, después de recoger, se dispusieron a salir. Metieron la maleta de deportes de Andy y los dos bolsos de Peter en el maletero. Se montaron en el coche y Andy se giró hacia Peter, mirándole a los ojos.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte? Podemos pasar por la comisaria. Te asignaran protección y estarás a salvo. Además, ni siquiera estoy seguro si realmente estás en peligro. Y el viaje va a ser un aburrimento.

—Por supuesto que quiero ir. Me hace falta salir unos días de la rutina. Y si estoy en peligro, prefiero estar contigo.

—Está bien. Pongámonos en marcha.

Tras arrancar, el Interceptor salió de la calle buscando la autopista de Boston como un buceador al que le falta el aire. Ninguno de los dos se dio cuenta que, tan solo unos trescientos metros por detrás, un Cadillac negro se desperezaba, salía del aparcamiento y empezaba a seguirles.

Andy miraba de reojo a Peter. El anestesista iba en silencio, sumergido en el precioso paisaje por el que discurría la autopista. Cruzaban lagos, ríos y bosques de una belleza inigualable. Era un auténtico privilegio vivir en aquel rincón casi virgen que era el norte del estado de Maine. Tras unos 40 kilómetros de camino, observaron a su derecha como las White Mountains empezaban a abrirse paso.

—Son increíbles, ¿no crees? —preguntó Andy.

Peter asintió al tiempo que volvía a girar la cabeza hacia las montañas.

Era conocida como la cordillera presidencial debido a que muchas de sus montañas habían sido bautizadas con los nombres de varios presidentes. Aunque la mayor parte de la cadena montañosa se encuentra en el estado de New Hampshire, una pequeña parte de la misma tiene sus raíces en Maine. Eran espectacularmente bellas pues, en su mayoría, eran inmensos asentamientos de puro granito macizo.

—¿Has estado alguna vez? —preguntó Peter al tiempo que se giraba hacia él.

Andy asintió con levedad. Sin duda, las conocía demasiado bien. De hecho, durante el último año y medio, había pasado muchos fines de semana en algunos de los magníficos alojamientos rurales que había en el Parque Nacional de las White Mountains. Era un buen sitio para quedar si tenías pareja y querías un discreto punto de encuentro. Noches de vino, confidencias y sexo bajo el abrigo de una buena chimenea. Andy notó cómo la bilis le subía por el estómago.

—Tengo ganas de ir allí. Montaña, naturaleza, aire puro...

Aquella inocente afirmación pilló a Andy hundido en sus pensamientos. Se quedó con la boca abierta sin saber muy bien qué decir.

—Además me han contado que, dentro del parque, hay unas cabañas rurales impresionantes. Tienen su propia chimenea y una enorme cocina. Si quieres, podríamos ir alguna vez —dijo Peter despreocupado.

Andy se quedó callado. Miró al frente y quiso que se lo tragase la tierra. Vio un panel informativo que avisaba de la existencia de una gasolinera a un kilómetro. Puso el intermitente y

se metió en el carril de desvío. Necesitaba parar.

—Peter, voy a parar a echar gasolina. Necesito llamar a mi comisario jefe. Tengo que explicarle la situación y que necesitare un par de días para investigar. Mientras, si quieres, puedes llenar el tanque de gasolina de 93 octanos. En la guantera hay una vieja cartera marrón con dinero. Pídeles factura, por favor —pidió Andy con amabilidad.

—De acuerdo. Después, si te parece, iré un segundo al baño.

—Por supuesto.

Llegaron a la gasolinera. Andy cogió su móvil y se retiró del coche a unos 30 metros. Observó, desde la distancia, cómo Peter charlaba con el joven que le estaba poniendo gasolina. Una voz interrumpió sus pensamientos.

—Sí, dígame —preguntó la voz del comisario Glenn Michaels.

—Buenos días, comisario. Soy el inspector Harper. Siento molestarle tan pronto pero tengo que hablar con usted acerca del asesinato de Ellen Cistar —dijo Andy con pausa.

—¿Asesinato? ¿Ya está seguro de eso, Harper? ¿No se estará precipitando?

—No lo creo, señor. Estoy casi seguro al cien por cien. Ha sido un asesinato, comisario —contestó Andy al tiempo que le ponía al día de sus investigaciones. También le confesó su viaje con Peter Tenway. Un gruñido de desaprobación se oyó al otro lado del teléfono.

—No me gusta, Harper. ¿Por qué viaja con un civil? No es propio de usted. ¿Qué pasará si le sucede algo? —volvió a preguntar el comisario.

—Lo hace bajo su responsabilidad, señor. Además, ya le he contado lo que le pasó al ir al St. Joseph. Lo echaron de la carretera. No creo que intentaran sólo asustarle. Ahora mismo creo que está más seguro fuera de Augusta que quedándose allí. Al fin y al cabo, usted es el único que sabe que nos hemos ido.

—Está bien, Harper. Lleva muchos años como inspector y, hasta ahora, su trabajo ha sido intachable. Intente no demorarse demasiado y no gaste dinero en exceso. Este año nos han recortado el presupuesto un tres por ciento. Y manténgame informado.

—Gracias señor. No se preocupe. No espero tardar más de 2 o 3 días.

—Adiós, Harper.

—Adiós comisario.

Cortó la llamada, resopló con alivio y se dispuso a marcar de nuevo. Esta vez la llamada que tenía que hacer sería más desagradable. Tras un par de pitidos, alguien descolgó.

—Hola, Andy. ¿Qué tal estas? —dijo al instante la jovial voz del agente del FBI Harry Norris.

—Bien. Siento parecer brusco pero, ¿has conseguido averiguar algo sobre Ellen Cistar? —preguntó Andy impaciente.

—Bueno, la verdad es que no mucho. Dame un número de fax y si quieres te lo envié.

—No, no hace falta. En una hora y media o dos estaremos en Boston. Podríamos quedar a comer y allí me das lo que hayas conseguido recopilar.

—¿Estaremos? ¿Con quién vienes? —preguntó intrigado Harry.

Andy le explicó superficialmente la situación a Harry. Notó como la tensión crecía entre ambos.

—De acuerdo. Yo puedo salir una hora más o menos. Sobre la una. ¿Dónde nos vemos?

—¿Qué te parece en el Legal Sea Foods que hay en el puerto? Creo que los bocadillos de langosta son espectaculares.

—Lo cierto es que lo son. Me parece perfecto. Está muy cerca de la sede local del FBI. Allí nos vemos —dijo Harry.

—De acuerdo. Hasta la una entonces. Adiós —se despidió Andy al tiempo que colgaba. Sin saber muy bien el motivo, su humor mejoró de manera ostensible. Guardó su teléfono en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió de nuevo al coche. Se montó en él y esperó a que llegara Peter, que estaba pagando. Tras un par de minutos de espera, Peter salió de la tienda de la gasolinera con dos latas de Coca-Cola en las manos. Se acercó al coche, abrió el portón y se montó. Dejó la cartera de Andy de nuevo en la guantera y se puso el cinturón. Luego le pasó una lata a Andy y él se abrió la otra.

—Gracias.

—No hay de qué, has invitado tú. ¿Has conseguido hablar con tu amigo?

—Sí. Hemos quedado a la una en el Legal Sea Foods del puerto. A ver qué tal está ese bocadillo de langosta.

—¡Perfecto! Ya verás cómo no te defrauda.

Unos cincuenta minutos más tarde, entraban por la parte norte de Boston. Centro neurálgico de Nueva Inglaterra, su área metropolitana conocida como el "Gran Boston" concentra alrededor de 4,5 millones de habitantes, siendo una de las ciudades más antiguas de los Estados Unidos y uno de los mayores centros culturales del país. Reúne un gran número de sus universidades más prestigiosas y, según todos los indicadores, es un magnífico lugar para vivir. Y Andy lo sabía. De hecho, estuvo a punto de trasladarse allí hacía no demasiado tiempo.

—Me encanta la atmósfera que se respira aquí. Aire limpio, gente con un buen nivel cultural, espacios abiertos... si no fuera porque juegan aquí los malditos Celtics me mudaría sin pensarlo —pensó Peter en voz alta.

—Sí. La verdad es que, a pesar de su tamaño, es una ciudad muy bonita y acogedora.

Dieron un paseo con el coche por el centro de la ciudad para hacer algo de tiempo. Más tarde, sobre las 12 y cuarto, se encaminaron hacia los muelles. El viejo puerto todavía destilaba ese aroma añejo a lugar con historia. Sus aguas y embarcaderos fueron testigos mudos, entre otras cosas, de la famosa rebelión del té, semilla de la que acabaría siendo el comienzo de la terrible guerra de secesión americana. Impregnados por un espíritu presente en cada trozo de madera que conformaba aquellos muelles, llegaron al aparcamiento del restaurante.

—Llegamos.

Hacia un espléndido día soleado y, mientras esperaban al agente Norris, se sentaron a tomarse un par de jarras de cerveza bien fría en la terraza del restaurante.

—¿Y qué tenía que investigar ese amigo tuyo? —preguntó Peter a bocajarro.

Andy se quedó en silencio y bebió un largo trago de su pilsen.

—Perdona, Andy. Sólo pregunté por curiosidad.

—Tranquilo, no pasa nada. Supongo que si has venido hasta aquí, tienes cierto derecho a saber qué vamos a hacer —le tranquilizó Andy—. Le pedí que recopilara información sobre Ellen y también sobre el caso de la desaparición de su hijo.

—¿Su hijo? ¡Entonces era cierto!

—Sí. No desvariaba cuando te gritó aquello en la mesa de operaciones, Peter.

Andy puso al día a Peter de alguno de los detalles que Cathy McCallister le había contado la tarde anterior. El anestesista se quedó de piedra.

—Entiendo. Esto se complica cada vez más. ¿Piensas que ambos casos están conectados?

—Sí, lo creo. Aunque ahora mismo es más una corazonada que otra cosa. Por eso necesito algo sólido sobre lo que empezar.

—¡Pobre mujer! Pierde a su marido, le secuestran a su hijo y, años más tarde, la asesinan. Hay gente que viene a este mundo marcado por la mala suerte —afirmó Peter con tristeza.

—Sí, la verdad es que su vida no ha sido demasiado afortunada —terminó de decir Andy.

Ambos se quedaron observando la entrada de los muelles. Un pequeño pesquero entraba en puerto y, a juzgar por el remolino de gaviotas que lo cercaban, venía cargado de pescado fresco. Peter se levantó y se excusó para ir al baño. Andy, durante un segundo, cerró los ojos y dejó que el aroma salado del mar penetrara en sus sentidos. Unos segundos después un carraspeo cerca suyo lo sacó de su estado casi cataléptico.

—¿Qué tal, Andy? ¿Disfrutando del paisaje? —preguntó el agente del FBI Harry Norris.

—Sí. Este sitio es precioso —dijo Andy al tiempo que se levantaba del asiento.

Harry se acercó a abrazar a Andy pero este le extendió la mano con firmeza. El agente se quedó congelado y, tras unos segundos de duda, estiró la suya y se la estrechó.

—Aún no he mordido a nadie, Andy. ¿O es que todavía estás enfadado? —volvió a preguntar Harry.

—No, pero tampoco tengo ganas de abrazarte. He venido sólo por temas profesionales, Harry.

Se miraron con intensidad unos segundos.

—Lo nuestro no iba a ningún lado, Andy. Tu vives en Augusta y yo en Boston. Además, de haber seguido juntos, nuestra relación hubiera sido de dominio público. Nuestras carreras se hubieran ido al garete, y lo sabes —explicó Harry con dureza—. Además, yo estoy casado.

—Lo sé. No sería bueno para ti que tu jefe o tu mujer se enterasen que estabas liado con un policía de pueblo de Maine. La gran carrera del agente Norris se hubiese acabado. Sin lugar a dudas la pérdida para el país habría sido irreparable.

—No es tan sencillo, Andy. Yo también lo he pasado mal. No creas que ha sido nada fácil para

mí. Yo te quería. De hecho, creo que aún te sigo queriendo. Aunque no lo creas, también he sufrido.

—Ni para ti ni para nadie. No es agradable que después de un año de promesas incumplidas, la persona que quieres te abandone por teléfono. Pudiste hacerlo mejor, tener agallas y enfrentarte a la situación como un hombre.

—Supongo que en eso tienes razón —susurró Harry—. Lo siento, Andy. No quise hacerte daño.

Andy resopló. Lo cierto es que ya lo había superado. No tenía sentido seguir la conversación en esa dirección. Suspiró para sus adentros y sonrió.

—No te preocupes. No se puede mirar el pasado todos los días porque corres el riesgo de quedarte anclado en él. Por cierto, enhorabuena por tu futura paternidad. ¿Cómo está Grace? —contestó Andy suavizando claramente el tono al tiempo que volvía a sentarse.

—Gracias. Está bien, la verdad. Está en el segundo trimestre y empieza a tener los tobillos hinchados. Además, ahora tiene un ataque de ciática. La pobre no puede moverse del sillón —contestó Harry agradeciendo el cambio de rumbo en la conversación y sentándose también.

—Me alegro.

—Por cierto, Andy, ¿dónde está el anestesista? ¿No lo habrás dejado asándose lentamente en el coche, verdad?

—No, tranquilo. Sólo ha ido al baño.

—¿Hay algo entre vosotros?

—No. Nuestra relación es profesional. Viene conmigo porque ha insistido y creo que puede estar en peligro. Está de vacaciones en su hospital y no quería quedarse sólo en su casa. Ha habido problemas desde que hablamos. Además, lo cierto es que no sé si es gay.

—Entiendo —respondió Harry—. ¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

Brevemente, Andy le contó el incidente de Peter en el lago y el de la casa de Ellen pero se guardó para sí mismo la conversación con Catherine McCallister. Nunca se deben poner todos los huevos en el mismo cesto.

—Esto no pinta bien, Andy.

—Lo sé. ¿Qué has averiguado tú?

—No mucho, la verdad. Ellen Cistar, antes Ellen Norman, nació hace 39 años en Glendora, un pueblo de menos de cinco mil habitantes en New Jersey. Viuda del teniente de los navy SEALs Peter Norman. Desparecido en combate en una emboscada en Afganistán hace 13 años. Nunca se llegó a saber mucho del tema. El pentágono clasificó el asunto y no he podido acceder a ninguna información. Lo único que he conseguido saber es que un día el teniente, junto con una veintena de soldados más, estaba en una incursión cerca de una carretera de Kandahar cuando su convoy fue atacado. Murieron 3 soldados y el teniente Norman desapareció. Se crearon dos equipos de rescate que no encontraron una sola pista. Para el pentágono, a día de hoy, sigue constando como prisionero de guerra. Aun así, concedieron temporalmente la pensión de viudedad y orfandad a Ellen.

—¿Y qué has averiguado de la desaparición del chico? —preguntó Andy nuevamente.

—Tampoco he encontrado demasiado. Su expediente no es más de veinte páginas. El chico tenía que volver sobre las seis de dar clases particulares a menos de una manzana de su domicilio, pero nunca llegó. Su madre llamó sobre las siete a su profesor particular para preguntar por él y éste le confirmó que su hijo hacía más de una hora que se había marchado a casa. Ellen llamó a la policía y durante varios días rastrearon Chicago de arriba a abajo. Entrevistaron a los vecinos, a Ellen y al profesor. Todo está ahí, pero yo no he encontrado nada relevante.

—Al parecer se lo tragó la tierra.

—Sí. Luego, cuando vieron que el caso no avanzaba, la policía de Chicago nos pidió colaboración. Aunque en realidad nosotros tampoco hicimos un papel demasiado brillante. De hecho, tras cuatro meses de búsqueda infructuosa, pasamos el caso a desaparecidos. Y así está todavía a día de hoy —dijo Harry al tiempo que sacaba y entregaba una carpeta de color marrón con cierre de seguridad a Andy.

El inspector asintió y frunció el ceño. Es cierto que, en ocasiones, el FBI no se tomaba con la misma seriedad todos los casos. La agencia había visto mermado su presupuesto en los últimos 20 años en favor de otras organizaciones. Y la desaparición del pequeño Eddie Norma, al parecer, era uno de esos casos olvidados y perdidos en el fondo de algún almacén polvoriento. Justo cuando no parecían tener mucho más que decirse, apareció Peter volviendo del baño.

—Usted debe de ser el doctor Tenway, ¿no es así? —preguntó Harry al tiempo que alargaba la mano hacia Peter.

—Así es. Y usted será el agente del FBI amigo de Andy..., perdón, del inspector Harper. Encantado —se corrigió Peter al tiempo mientras estrechaba la mano de Harry.

Harry sonrió y ambos hombres se sentaron. Charlaron de manera animada de comida, de los Celtics y de la situación de cierto abandono que sufría el puerto de Boston. Harry contó que hay una teoría que sostiene que dentro de aproximadamente unos 100 años el deshielo inundará y sumergirá bajo las aguas tan insigne lugar, lo cual fue ampliamente rechazado por los presentes. Una hora después de interesantes y triviales conversaciones y, tras degustar el mejor bocadillo de langosta que se habían comido en sus vidas, los tres hombres pagaron y se encaminaron hacia el coche de Andy. Peter se despidió y se montó con rapidez en el coche dando cierta intimidad a Harry y Andy.

—Bueno Andy, a ver si no tardamos tanto en volver a vernos, ¿de acuerdo? —dijo Harry con un tono más cercano a la súplica que la pregunta.

—Lo cierto, Harry, es que no sé si estoy preparado para volver a verte. Al menos, no ahora mismo. Ya veremos en un futuro. Suerte con el parto y dales besos a Grace —confesó Andy mientras extendía la mano.

En ese momento, Harry se abalanzó encima de Andy y lo besó. Andy no le acompañó el beso y luego, de manera cortés, se lo quitó de encima. Se produjo un silencio incomodo que fue interpretado a la perfección por Harry, que se separó un metro de Andy. Con un gesto torcido, el agente del FBI forzó una sonrisa.

—Supongo que llego tarde. Te echaré de menos, Andy.

—Y yo a ti. Ya hablaremos, Harry.

Durante unos segundos, Andy se quedó bloqueado. Aquel beso había despertado muchos fantasmas que creía olvidados. Respiró hondo y se fue directo al coche. Abrió la puerta y entró.

—Bueno, creo que debemos ir a Chicago.

—¿Chicago? —preguntó sorprendido Peter.

—Sí. Me gustaría ver a la familia de un policía que llevó la investigación del caso. Además, debo ver la casa de Ellen —afirmó Andy con seguridad—. Sí no te apetece venir, dímelo. Podemos hablar con Harry y que te quedes por Boston unos días —terminó de decir.

—De ningún modo. No me quiero perder cómo acaba esto.

—No tengo que repetir que sigo sin poder garantizar tu seguridad.

—Por supuesto, inspector. Eso no puede hacerlo ni tú ni nadie. También puede ser que me quede por aquí y que me atropelle un maldito tranvía. O que me dé un infarto cuando vea una tienda oficial de los Celtics. La seguridad es algo sobrevalorado hoy día.

—Está bien —repuso Andy tras lo que metió la llave bajo el volante y arrancó el Interceptor.

Ninguno de los dos se percató de aquel desgarrado individuo que, a unos 300 metros, y gracias al teleobjetivo de su espectacular cámara fotográfica último modelo, estaba terminando un precioso reportaje fotográfico. El material que había conseguido era simplemente espectacular. El jefe iba a estar muy contento.

Capítulo 7 - Interestatal 90

Peter se acomodó en el asiento del copiloto, se puso las gafas de sol y se tapó la cara con la gorra. Luego bostezó un par de veces antes de hablar.

—Tengo un poco de sueño. Voy a intentar dormir. Haz el favor de despertarme en un par de horas y te relevo conduciendo, ¿de acuerdo?

—No tienes por qué hacerlo, Peter.

—Estoy aquí porque al parecer las pruebas apuntan a que alguien podría querer matarme, Andy. He venido contigo para que no me pase nada, no para no hacer nada. Soy el mayor interesado en resolver esto. Y, si nos turnamos conduciendo, llegaremos antes a Chicago y podré recuperar mi vida cuanto antes.

—Está bien. Duerme y luego te despierto.

Andy cogió la carretera que salía de Boston y tomó la interestatal 90, al tiempo que se sumergía en la conducción. El paisaje era de una belleza que cortaba la respiración. Primero pasaron por Worcester, pueblo que da nombre a una famosa salsa para carnes, y unos 40 minutos después le tocó el turno al Springfield de turno. Se daba la curiosidad que en todos y cada uno de los estados del país existía, al menos, una ciudad bautizada con dicho nombre. Bosques de arces rojos, abedules o pinos blancos adornaban los márgenes de la carretera. A medida que iban penetrando en el interior del país, la vegetación se hacía más y más densa mientras los núcleos urbanos disminuían. Andy disfrutaba a cada segundo. Le encantaba conducir.

—A ver qué sintonizamos por aquí —dijo en voz baja mientras manipulaba la radio.

Dos horas y media después de salir de Boston, llegaron a la que es considerada la segunda ciudad más antigua de los Estados Unidos, Albany. Siguieron por la 90, bordeando la ciudad y dejando al margen izquierdo el río Hudson. Tras cruzarlo, Andy puso rumbo a la siguiente parada del camino: Syracuse. Bostezó un par de veces y, unos diez kilómetros después de salir de la ciudad, se detuvo en una estación de servicio. Al detener el coche, Peter se despertó.

—Voy a echar gasolina y a entrar al baño. Si quieres conducir, ve preparándote.

Peter asintió, se bajó del coche y se desperezó como un felino. La gasolinera estaba enclavada en mitad de un bosquecillo de arces, encima de una colina. Mientras Andy pedía que le llenasen el depósito, Peter le hizo un gesto de que iba a la tienda. Un minuto después salió con un café doble y una botella de agua en las manos. Andy aprovechó para ir al servicio. Cuando volvió se encontró a Peter ya subido en el asiento del conductor, apurando el café.

—No te he comprado uno, ¿quieres que baje? —preguntó Peter.

—No, tranquilo. La cafeína no me sienta muy bien.

—Bien. ¿Hacia dónde nos dirigimos, jefe?

—Creo que podríamos hacer noche en Buffalo —dijo Andy.

—Perfecto. Pasajero siéntese en su asiento, abróchese el cinturón de seguridad y póngase cómodo. Nuestra próxima parada es Buffalo —respondió Peter al tiempo que imitaba tener un intercomunicador imaginario en las manos, haciendo sonreír a Andy.

Peter arrancó y se incorporó a la carretera mientras en el asiento del copiloto Andy se recostaba. Al igual que en el puerto de Boston, ninguno observó el Cadillac negro que lentamente se incorporaba a la carretera unos 400 metros más atrás.

Entrada ya la noche, observaron las luces de la ciudad de Buffalo. Estarían a unos diez kilómetros. Peter zarandeó a Andy, que se despertó bruscamente.

—¿Qué sucede? —gritó exaltado Andy.

—Nada, tranquilo. Estamos llegando a Buffalo.

El inspector refunfuñó y se enderezó en el sillón. Se pasó la mano por el rostro y cogió la botella de agua que descansaba en el reposabotellas, bebiéndose media de un solo trago. Vio un cartel que avisaba de una estación de servicio unos tres kilómetros más adelante.

—Métete por la siguiente salida. Hay una estación de servicio, una cafetería y un motel. Pasaremos allí la noche —ordenó Andy todavía medio dormido.

Peter obedeció. Entraron en la estación de servicio sobre las diez de la noche. Aparcaron y se bajaron del coche. Mientras Peter estiraba las piernas, Andy fue a registrarlos al motel. Tras recibir la llave, recogieron su equipaje y fueron a su habitación, la número 17. Dejaron las cosas y volvieron a salir en dirección a la cafetería. Después de sentarse y pedir abundante comida, Peter se quedó mirando a Andy.

—¿Quién es el inspector Guinetti, Andy?

—¿Cómo sabes ese nombre? Y, ¿por qué lo preguntas?

—No te vuelvas paranoico, inspector. Mientras dormías no has parado de hablar de él. Balbuceabas su nombre en sueños. Parecías muy nervioso.

Andy se sorprendió. Él y su tendencia a hablar dormido. Maldita sea.

—Es el inspector de la policía de Chicago que investigó la desaparición del niño. Murió al poco tiempo de decidir dedicarse al caso casi en exclusiva —contestó Andy.

—¿Cómo murió? ¿Asesinado? —volvió a preguntar Peter con cierta sombra de temor.

—En principio, no. La causa oficial de su muerte fue un infarto.

—Pero tú no crees eso, ¿verdad?

—No lo sé. Hay algo que no encaja. Por eso quiero ir a Chicago. Creo que en la desaparición del pequeño Eddie está la clave de la muerte de Ellen.

La comida llegó como caída del cielo. Ambos comieron con la intensidad de una plaga bíblica. Veinte minutos más tarde, sus estómagos gritaron basta. Se levantaron, Andy pagó y se fueron directos a la habitación del motel.

Una vez allí, Andy se duchó en primer lugar. El inspector salió sólo con una toalla anudada por debajo de la cintura mientras se secaba el pelo con otra. Durante unos segundos, Peter se le quedó mirando detenidamente. Luego, cogió sus cosas y tomó el relevo en el baño. Para cuando salió, Andy ya estaba cómodamente instalado en un escritorio y con un montón de papeles desplegados sobre el mismo. Peter se acercó con una sonrisa.

—¿Qué haces? ¿Qué son todos estos papeles? —preguntó Peter, al tiempo que cogía uno de los mismos.

—Suelta eso, por favor —ordenó Andy al tiempo que arrancaba el papel de las manos a Peter—. Todo esto es documentación confidencial, Peter. Ya he comentado cosas del caso que no se deben compartir con un testigo. Por favor, intenta descansar que mañana tenemos por delante más de 800 kilómetros. Ha sido un error traerte conmigo —terminó de decir Andy, que se arrepintió de sus palabras casi en el mismo instante que le salían de la boca.

Peter se quedó sin saber muy bien qué decir. Se giró, cogió su ropa y se vistió. Luego se metió en la cama y se giró hacia el armario, dando la espalda por completo a Andy.

Andy estuvo unos minutos callado. Sin duda había sido demasiado brusco y grosero con Peter. Él era quien, desde un primer momento, no había delimitado de forma adecuada la relación con el anestesista. Desde que se conocieron, había existido un cierto magnetismo brutal, casi salvaje, entre ambos. Y quizás por eso Andy se había comportado de una forma tan poco profesional, permitiendo que un civil le acompañase en una investigación en curso o se enterase de su propia boca de información fundamental del caso. Era él quien había dejado que ocurriese y, aunque sabía que había obrado correctamente al cortarlo de raíz, las formas quizás no fueron las adecuadas.

—Joder.

Tras unos minutos que empleó en rehacerse, empezó a releer el dossier que le había pasado Harry. Tras media hora de arduo trabajo, Andy resopló. No había nada de interés. Empezó a recoger los papeles cuando de pronto la bruma de su mente se disipó. De manera frenética, empezó a revolver entre las páginas hasta que encontró la que buscaba exactamente.

—Aquí está.

Un día después del secuestro, la policía entrevistó a una mujer afroamericana, Mary-Anne Whilliams, de 50 años, que vivía justo enfrente de la familia de Eddie. La testigo afirmó que, la tarde de la desaparición, vio un coche clásico, de color negro, merodeando por la zona. Incluso se había detenido frente la casa de los Norman durante unos minutos.

Andy se levantó de un salto, eufórico. Sin ser un hallazgo espectacular, ese coche negro conectaba ambos casos. Aquello sin duda apoyaba su teoría. Se giró exultante hacia Peter para contarle lo que había descubierto y vio que este dormía profundamente. En ese momento, se sintió aún más culpable. Recogió todos los documentos, los metió en su equipaje y se acostó en la cama contigua. Entre la coca-cola y la excitación, le costó bastante trabajo quedarse dormido.

En la habitación de la esquina, una sombra observaba con atención desde detrás de las cortinas. El asunto se iba complicando poco a poco. Dada la dirección que estaban tomando, sabía muy bien hacia dónde se dirigían. Aun sin apetecerle, abrió la pantalla de su móvil y marcó el número.

—Sí, diga —susurró entre balbuceos la voz.

—Hemos parado en las afueras de Buffalo. Estamos en el motel “The Beef House”. Vamos a Chicago —expuso Andrej telegráficamente.

La respiración se agitó, vaticinando tormenta.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó la voz mientras carraspeaba.

—Sí. Todo parece indicar que sí. Pero si quieres voy y se lo pregunto de manera más directa.

—No, todavía no. Desconocemos lo que saben. No es que me agrada que rebusquen en Chicago, pero tampoco creo que averigüen nada allí. Es una vía muerta.

—A lo mejor necesito contratar alguien más en Chicago, señor.

—Está bien. Haz lo que necesites. Pero no debes matar ni a Tenway ni al inspector hasta que te lo ordene, ¿está claro? Si contratas a alguien, que sea de tu confianza. Y desde luego, que no queden cabos sueltos. Avísame con las novedades.

—De acuerdo. Por cierto, ¿recibió el dossier fotográfico?

—Sí. Buen trabajo. Mañana mismo verán la luz.

—Gracias, señor. Espero que lo tenga en cuenta en el momento de cobrar mis honorarios.

—Así será, Andrej. Siempre he tenido en cuenta los trabajos bien hechos. Tú lo sabes mejor que nadie. Debes mantenerme informado, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

—Adiós.

—Hasta pronto.

Andrej colgó. La batería estaba a punto de agotarse. Lo apagó y sacó la tarjeta del teléfono. Cogió el aparato de última tecnología y levantó la pata de una silla, poniéndolo debajo. Luego se apoyó en el marco y empujó hacia abajo, triturándolo. Con cuidado, cogió los restos, abrió la puerta y tras observar que no venía nadie, salió del abrigo de su habitación y tiró aquel amasijo de cables y plástico a una papelera. Volvió a la habitación y abrió su maleta, sacando de ella otro aparato nuevo con otra tarjeta. Los cargó, metió el código pin del nuevo terminal y grabó en su memoria el número del jefe. Luego, como el cazador paciente que espera a su presa durante horas en un claro del bosque, se sentó en un viejo sillón de cuero marrón, abrió una lata de bebida energética y se puso a observar la noche por un hueco entre las cortinas.

Andy se despertó al escuchar el ruido de la cisterna. Se levantó, somnoliento, y se quedó sentado en el borde de la cama. Al instante Peter salió del servicio. Hizo un gesto de saludo con la cabeza y empezó a vestirse. Andy, que nunca había sido especialmente hábil en este tipo de situaciones, suspiró y fue hacia el baño. Después de vaciar la vejiga y asearse durante unos minutos volvió a salir. Peter se había esfumado. Una nota escrita en un trozo de papel colgaba del dintel de la puerta. “Estoy tomando un café”. Al parecer estaba más cabreado de lo que Andy pensaba.

Unos diez minutos después, Andy salió de la habitación y se dirigió a la cafetería. Peter, ausente, estaba sentado en la mesa del fondo con la mirada perdida en el bosque que nacía a los pies de la autopista mientras removía distraído con una cucharilla su taza de café.

—¿Has pedido ya? —preguntó Andy con tono conciliador.

Peter le miró a los ojos y asintió, volviendo a desviar de nuevo la mirada hacia el exterior.

Andy encargó su desayuno a la camarera que, con unas ojeras en su rostro correspondientes a varias vidas, lo apuntó con desgana al tiempo que forzaba una mueca.

—Siento haberte hablado como lo hice anoche, Peter —empezó a decir Andy en tono de disculpa.

Peter, sin dejar de mirar afuera, sonrió levemente.

—No te disculpes, Andy. Tienes razón. Es una investigación policial y yo me he inmiscuido. No debería haber venido contigo. Debí quedarme con el agente Harris en Boston. Sólo seré un estorbo.

—Eso no es verdad, Peter. Me has ayudado bastante. La culpa es mía. Yo suelo trabajar sólo y no estoy acostumbrado a explicarle a nadie los pormenores de un caso. Si alguien se ha equivocado en esta situación, he sido yo. Soy el único culpable.

—Supongo que, después de todo, no ha sido muy buena idea. Ambos tenemos la culpa, yo por proponerlo y tú por aceptar.

—Eso parece.

Durante unos instantes ambos quedaron en silencio.

—Por eso he decidido que nos separemos en Chicago. Tengo un viejo amigo allí que me ha pedido muchas veces que vaya a verle. Creo que no habrá problema en que me quede unos días con él. Luego puedo coger un vuelo de regreso o alquilar un coche. Ya veré lo que hago. Lo mismo me voy unos días yo sólo a las White Mountains. Necesito desconectar.

—Eso no será necesario, Peter. Yo no te he pedido que te vayas.

—Ya lo sé. Eres demasiado bueno para hacer algo así.

—Está bien. Te diré lo que haremos —afirmó Andy al tiempo que se incorporaba levemente sobre la mesa—. Llegaremos a Chicago, estaremos un par de días, obtendremos la información necesaria y regresaremos. No podemos dejar todo esto ahora.

—No estoy diciendo que lo dejes, Andy. Sólo te digo que yo no sigo. Además, ¿a ti que más te da? Has cumplido con tu deber conmigo. No me debes absolutamente nada, inspector Harper.

Andy suspiró. Miró a Peter, que le mantenía la mirada de manera impasible.

—No quiero que esto acabe así. Sé que no soy una persona muy abierta pero la verdad es que... —comenzó a decir Andy, antes de interrumpirse.

—¿Qué? ¿La verdad es qué, Andy?

El inspector parecía estar tragándose una copa de lava ardiente.

—Te necesito.

Peter abrió la boca de par en par. Sus ojos se le fueron a la zaga.

—Así es. Te necesito. Necesito saber que estas bien y necesito comprobar si lo que he empezado a sentir es real o forzado por la situación de tensión que hemos vivido. Nunca he sido tan directo y tan sincero con nadie. Tengo un carácter difícil y sé que no soy precisamente una persona extrovertida. Es más, ni siquiera sé si tú eres... bueno, ya sabes. Sólo sé que yo... —

confesó Andy atropelladamente antes de ser interrumpido por Peter.

—Andy, yo... —balbuceó Peter, sobrepasado.

—Espera. Déjame que termine. Sigue conmigo. Aguanta el viaje hasta volver a Aurora. Ayúdame a desenredar la madeja en que se ha convertido este caso. Pasa estos días conmigo e intenta conocerme un poco. Si después de conocerme, lo que ves no te gusta, te dejaré en paz. No te molestare más. Te doy mi palabra.

Peter se quedó mirando a Andy. Luego esbozó una sonrisa y estiró su mano para cogerle la suya a Andy.

—Me quedaré contigo, inspector. Yo también tengo curiosidad por ver cómo se resuelve todo este asunto. Incluido el caso —afirmó Peter mientras acariciaba con suavidad la mano de Andy.

Andy se sintió explotar de júbilo. Lo cierto es que le costaba mantenerse sentado en el sillón de su mesa. Miraba a Peter, que sonreía también. De repente, apareció la camarera con el café y las tostadas de Andy. Al ver cómo los dos hombres se agarraban de la mano, soltó el plato con brusquedad y el café.

—¿Solo o con leche? —preguntó la arisca mujer en cuyo rostro se podía leer, entre líneas, siglos de prejuicios y odio hacia lo distinto.

Andy balbuceó durante unos instantes, cortado ante la violenta situación.

Entonces Peter, más seguro de sí mismo, intervino.

—A él le gusta con leche. Con mucha leche —contestó divertido Peter al tiempo que cogía el dedo índice de la mano derecha de Andy y se lo metía en la boca, chupándose de manera lasciva.

La camarera, entre asqueada e indignada, dejó la jarra con leche humeante encima de la mesa y se fue farfullando improperios en voz baja. Andy, con la boca abierta de par en par, miró a Peter que sonreía divertido. Ambos estallaron en una sonora carcajada que hizo que toda la cafetería se girase hacia ellos. Más o menos un minuto después consiguieron recuperar la compostura. La tensión provocada la noche anterior se había disipado.

—Será mejor que acabe de desayunar antes de que nos echen estos buenos samaritanos —dijo Andy mientras empezaba a devorar las tostadas.

Diez minutos más tarde, tras pagar la cuenta y no dejar propina, ambos hombres salieron de la cafetería rumbo a su vehículo. Mientras Andy fue a devolver la llave de la habitación, Peter cargó las maletas en la parte trasera del Ford Explorer. Unos minutos después, Andy regresó, se montó en el vehículo y arrancó, sin darse cuenta que, a unos 50 metros, agazapado detrás de una furgoneta, Andrej había observado toda la escena al tiempo que no dejaba de hablar por un móvil de última generación que tenía pegado en su oreja izquierda. También les pasó inadvertido el GPS que, durante la noche, había instalado en los bajos traseros de su coche. Un hombre siempre debía estar atento a sus movimientos. Y más aún si el enemigo que tenía enfrente era Andrej Gabo.

Capítulo 8 - Miradas

Wayne Mathewson se miró en el espejo de su despacho. Era una espectacular habitación de casi doscientos metros cuadrados y con unas vistas impresionantes. Asqueado de la imagen que le devolvía, tiró el teléfono contra el elegante sofá de piel tunecina que habían importado para él directamente desde el país del Magreb. No eran sin duda buenas noticias. El asunto se le iba de las manos así que tendría que hablar con el jefe. Nada le apetecía menos y sabía con exactitud lo que iba a pasar. Primero se pondría hecho una furia y después, le gritaría. Pero no había más remedio. Si no se actuaba con rapidez, todo se iría al traste. Se ajustó la corbata, se alisó las pocas arrugas que tenía su prohibitivo traje italiano hecho a medida en París y salió de su despacho.

—Mónica, voy a subir al despacho de la quinta planta. Estaré allí al menos media hora. Retrasa todas mis citas y cancela todas las que sea posible cancelar —ordenó el doctor Mathewson a su joven secretaria.

—Como usted diga, doctor Mathewson.

Salió del pasillo de la planta noble y se subió al último ascensor de la derecha. Entró, puso la huella dactilar de su dedo pulgar izquierdo en el visor electrónico y, tras su reconocimiento positivo, pulsó el botón de la quinta planta. Apenas una decena de personas tenían acceso a dicho lugar. Todavía, y a pesar de los años, seguía poniéndose excesivamente nervioso cuando subía a verle. No lo podía evitar desde que su asquerosa y miserable vida había quedado en sus manos. Y aquello era algo que le carcomía por dentro. Había vendido su alma al mismísimo diablo. El timbre del ascensor le sacó de su ensoñamiento, avisándole del fin de trayecto. Las puertas se abrieron y salió a un inmenso hall donde su anfitrión lo esperaba de pie al lado de un inmenso ventanal, fumándose un espectacular habano que costaba unos 900 dólares la pieza. La estancia estaba llena de humo.

—Señor, tenemos un problema —susurró el doctor Mathewson.

—Eso supongo, Mathewson. Si no lo hubiese, no estaría usted hasta aquí arriba, importunando mi precioso habano —contestó el hombre que miraba con tranquilidad por la ventana—. Cuéntame, pedazo de escoria. ¿Qué es lo que sucede?

Mathewson suspiró, se acercó y comenzó a narrarle lo sucedido con todo lujo de detalles.

Andy tarareaba mientras conducía por la carretera que los llevaba directos a Cleveland. Estaba exultante. Nunca se había sentido tan bien consigo mismo. Jamás tuvo problemas en asumir su condición sexual, aunque tampoco era un asunto que le gustase airear. “Holydays in the sun”, de los Sex Pistols, se escuchaba en un ambiente cargado de buenas vibraciones en un día en el que el sol brillaba un poco más. Peter le miró divertido.

—Pareces de buen humor.

—Pues sí. Estoy bastante contento. Anoche, además de ser grosero contigo, me dio tiempo a encontrar una pista que conecta ambos casos. Fue una noche bastante completa.

—¿En serio? ¿Qué clase de pista? —se interrumpió—Perdona. Soy demasiado curioso. No contestes si no quieres.

—No, tranquilo. Estamos juntos en esto, ¿lo has olvidado? Además, dos mentes piensan mejor que una.

Andy explicó a Peter la conexión que según él podría haber entre el coche negro que aparecía en ambos casos.

—¿Así que el mismo que me echó de la carretera podría ser que estuviese detrás de la desaparición del niño y de la muerte de Ellen? ¡Me parece increíble!

—Sólo es una posibilidad, Peter. Pero cada vez estoy más convencido que mi decisión de ir a Chicago es acertada. Creo que vamos a encontrar allí las respuestas que necesitamos.

—Eso espero. Sino estaremos metidos en un buen lío.

Durante un buen rato ambos hombres se quedaron callados observando el vasto paisaje y escuchando música. Una densa marea de árboles inundaba ambos márgenes de la autopista, que tenía un bajo nivel de circulación. Mientras, en el horizonte, se empezaba a intuir la silueta del lago Erie. De repente, Peter comenzó a hablar de nuevo.

—Por cierto, Andy, ¿de dónde eres? Seguro que de mí sabes hasta la fecha de mi cumpleaños, pero en cambio yo de ti no se absolutamente nada.

—Eso es cierto. La verdad es que no sabía que eras tan viejo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Soy mucho más joven que tú!

—Eso no es cierto. Además, soy un tipo aburrido. No creo que mi historia pasada sea demasiado interesante.

—Eso lo decidiré yo. Habla.

Andy soltó una sonora carcajada. Luego, tras ver la cara de pocos amigos de Peter, recuperó la compostura y se calló.

—Está bien, no te enfades. ¿Qué quieres saber?

—Un poco de todo: tu vida, tus orígenes, tus padres, tu primer amor,... ¡Quiero saberlo todo! — exclamó— ¡Ah, y no te dejes ningún detalle!... ¡Me encantan!

—Está bien. Nací en Austin, Texas. Mi padre era militar y mi madre trabajaba como ama de casa.

—¿No tienes hermanos?

—No. Soy hijo único. Durante mi parto hubo ciertas complicaciones. Mi madre tuvo que ser operada de urgencia y le tuvieron que extirpar el útero. Casi no sobrevive. Perdió mucha sangre y estuvo varios días ingresada en la UCI.

—A veces pasa. Un parto es una intervención que se puede descontrollar en segundos, con graves consecuencias tanto para la madre como incluso muchas veces para el bebé.

—Sí, eso es cierto. Así que como ya no podían tener más hijos, mis padres se volcaron conmigo. Me consintieron todos los caprichos y nunca me negaron nada. Y, a pesar de ello, siempre fui tímido e introvertido.

—¿Un mal estudiante?

—En absoluto. Era aplicado y brillante en los estudios, pero lo cierto es que nunca tuve demasiados amigos. Texas sigue sin ser hoy día un lugar muy apacible para que alguien con mi orientación sexual crezca libre. Imagina cómo era hace 30 años.

—Tuvo que ser muy duro.

Durante unos instantes, Andy perdió su memoria entre calles grises cargadas de polvo e incompreensión. Risas desatadas, insultos, menosprecios,... un sabor cargado de ceniza que le era absolutamente familiar.

—Lo cierto es que sí —afirmó mientras interrumpía sus propios pensamientos—. Hasta los 10 o 11 años todo fue más o menos bien. Todavía no tenía las hormonas a flor de piel y pude pasar desapercibido. Luego, de repente, todo cambió.

—El maldito acné.

—Me di cuenta que me empezaban a gustar cada vez más algunos de mis compañeros de clase. Yo disimulaba bastante bien pero siempre sucedía algo que me descubría. Un gesto o una mirada en las duchas bastaban para delatarme. Me llegué a odiar a mí mismo durante años. Pensaba que llevaba la palabra marica escrita en la frente. De hecho, no soportaba ni mirarme al espejo.

—¿Y tus padres? ¿Qué tal lo llevaron?

—Mi madre creo que lo supo desde un principio. Recuerdo que, una calurosa tarde de Julio a la sombra de un helado de chocolate me lo preguntó sin rodeos.

El olor a césped recién cortado, el cielo con un azul tan intenso que podía casi romperse y los árboles del jardín cuajados de frutos.

—Estábamos sentados en el porche tomando un vaso de limonada helada y la pregunta me pilló totalmente por sorpresa. Siempre fue muy inteligente.

—¿Y tú que hiciste?

—Me quedé absolutamente bloqueado y no supe bien qué responder, aunque lo cierto es que no hizo falta. Al parecer tenía la respuesta escrita en mis ojos. Ella, bastante emocionada, me miró a la cara durante unos segundos y luego, con los ojos bañados en lágrimas, me abrazó.

—Las madres siempre han llevado mejor este tipo de situaciones.

—“Todo está bien, cariño. No tienes nada de lo que avergonzarte”.

Una pequeña gota, casi imperceptible, rodó mejilla abajo. Andy disimuló como pudo mirando hacia otro lado.

—¿Y cómo se lo tomó tu padre?

—Jamás llegamos a hablar. Al menos no de manera directa.

—¿A qué te refieres?

—Una vez, mientras regresábamos de ver un partido de béisbol sacó el tema, aunque a su manera.

—¿Qué te dijo?

—Me confesó que mi madre le había contado mi “problema” —afirmó Andy al tiempo que entrecomillaba el gesto con los dedos.

—Siempre he odiado ese tipo de gestos.

—Lo sé. Aunque si te soy sincero estoy seguro que a él tampoco le fue fácil hablar de aquello. Es un hombre muy orgulloso y tradicional, y tuvo que ser un palo que su único hijo fuese un marica. De hecho recuerdo que, durante aquella conversación, su voz destilaba desprecio y vergüenza en cada sílaba de cada palabra. Cuando terminó, tan sólo me llegó a pedir una cosa.

—¿El qué?

—Discreción. Le daban igual mis gustos, pero lo único que deseaba era no verme un día vestido de mujer ni llamando la atención en algún sitio público. Yo me limité a asentir y quedarme en silencio. En ese preciso instante, nuestra relación se rompió. Con el paso de los años ha mejorado, pero nunca hemos vuelto a tener esa complicidad que teníamos cuando yo era un niño.

—Ha debido de ser duro.

—Sí que lo fue. Como para todos, supongo.

—¿Y qué tal te fue en el instituto? Yo es la época de la que guardo los mejores recuerdos. Aunque también los peores —afirmó Peter.

—Durante algunos años cambiamos de domicilio cada pocos meses hasta que mi padre consiguió por fin destino definitivo en la base de Fort Hood. En parte eso me ayudó.

—No lo entiendo. Seguro que así te fue muy difícil hacer amigos...

—Eso es cierto. Pero también conservar enemigos ya que en algunos institutos descubrían mi homosexualidad cuando casi estaba haciendo las maletas. Con 18 años recién cumplidos y tras graduarme, me alisté en el ejército.

—A eso se le llama vocación.

—No lo sé. Supongo que intentaba compensar a mi padre por haberle fallado. Aunque de haber tenido claras las consecuencias, no me habría inscrito jamás. Con los años me confesó que hubiese preferido que estudiase Derecho o Medicina.

Con heridas que todavía molestaban, Andy detuvo su relato tras desempolvar en su cabeza toda una batería de recuerdos. Peter se mantuvo callado de manera respetuosa, brindándole una reconfortante sonrisa. Andy, después de devolvérsela, prosiguió.

—Tras el shock inicial, mis padres respetaron mi decisión. Yo sólo tenía la aspiración de llegar a ser tan buen soldado como lo era mi padre. Trabajé muy duro. Estuve lejos de los problemas y cumplí siempre las ordenes al pie de la letra. De hecho, fui un soldado modelo.

—Tenías que estar increíble vestido de uniforme militar.

—Supongo que sí. Soldado de primera a los 20, Cabo a los 22 y Sargento a los 25. Hice misiones, sobre todo logísticas, en Sudamérica y Oriente próximo. Cuando me consideré preparado volví e intenté entrar en los SEALs en varias ocasiones, pero no pude conseguirlo. Y, a pesar de ello, con 29 años ya era subteniente. Mi padre empezó a estar de nuevo orgulloso de mí. Tenía un futuro prometedor. Y entonces ocurrió algo horrible.

—¿Qué pasó?

—Destinaron a mi unidad al Teniente Coronel Thomas Powell, el mando más cabrón, retorcido, racista y homófobo que ha parido nuestro glorioso ejército. Y lo cierto es que el tipo tenía buen ojo. No tardó mucho tiempo en fijarse en mí.

—Qué asco...

—Me tanteó y empezó a acosarme. Yo sabía que, si me quejaba, estaba acabado. Así que aguante aquella tortura durante meses. Pidió que me trasladasen a su unidad y, cuando lo consiguió, comenzó a hacerme la vida imposible. Yo siempre fui muy discreto en mis relaciones. Pero él no cejó en su obsesión por mí.

—Tal vez él también fuera gay. Los reprimidos que no han salido del armario pueden llegar a ser mucho más retrógrados que los heterosexuales.

—Supongo que es una posibilidad, aunque yo nunca tuve pruebas. Recuerdo que una mañana de un sábado de noviembre me hizo llamar. Cuando me presenté en su despacho, me lanzó una sonrisa al tiempo que desparramaba una montaña de fotos sobre la mesa. En ellas, se me veía besándome con el Cabo Jan Olliver, un joven de Utah que llevaba sólo dos meses destinado en la base. Nos había mandado seguir fuera de la base.

—¡¡Queeeeé?!

—Sí. De hecho, las fotos nos las hicieron en un parque a más de media hora de la base. Exigió mi renuncia por escrito bajo la amenaza de hacer llegar las fotos a mis padres y repartirlas por toda la base —musitó Andy apagando su voz como lo hace la llama de una vela.

—¡Qué hijo de puta!

—Así que no tuve más remedio que renunciar. De haberse hecho público, aquella historia los habría devastado, sobre todo a mi padre. A ellos les dije que estaba harto de maniobras y estar en despachos rellenos de papeles.

—¿Y se lo tragaron?

—Mi madre sí. Mi padre, no tanto. Sospechó que algo había pasado, pero jamás me ha dicho nada sobre el asunto.

—¿Y qué hiciste después?

—Gracias a mi formación militar, entre en el FBI con relativa facilidad. Estuve varios años haciendo trabajos menores de vigilancia e inteligencia. Y luego, con 34 años, me ofrecieron el puesto de inspector aquí en Augusta. Aunque sabía que era una ciudad pequeña, con una tasa de delincuencia mínima, la idea me sedujo muchísimo. Dejé la agencia, acepté y aquí sigo desde entonces.

—Vaya historia.

Ambos estuvieron callados un buen rato rumiando pensamientos mientras se entretenían observando la vastedad del lago Erie. Como pequeñas polillas, los sentimientos encontrados estuvieron revoloteando en el ambiente durante algunos minutos. Viejos recuerdos y heridas que jamás llegarían a cicatrizar. Peter miró de soslayo a Andy que tenía la mirada perdida en el infinito. El silencio se hizo patente en el interior del vehículo. Nadie observaba el viejo Cadillac

que los seguía apenas a unos cientos de metros por detrás.

Sobre las dos de la tarde, llegaron a Cleveland. Antigua ciudad manufacturera, era la segunda más grande del Estado de Ohio. Sus antiguos negocios de industria pesada se habían diversificado en otros sectores cómo servicios, sanitarios e investigación. Además, tenía una de las redes públicas de bibliotecas más importante de todo Estados Unidos y recientes estudios la colocaban como una de las mejores ciudades para vivir de todo el país.

—Cleveland es una preciosa ciudad para vivir —pensó Andy en voz alta.

—La verdad es que sí.

—Si te parece bien podemos pedir algo para llevar. Así iremos más rápido. Me gustaría dormir en Chicago esta noche a ser posible. Hay un restaurante de comida para llevar un par de salidas más adelante.

—Me parece perfecto.

Unos quince minutos más tarde se detenían en una sucursal de una conocida cadena nacional de hamburgueserías. Tras cambiarse de asientos, devoraron con ganas dos grasientas hamburguesas dobles con queso y beicon, medio litro de refresco y sus correspondientes e hipercalóricos helados. Fueron al baño y, tras estirar un poco las piernas, reanudaron la marcha. Eran algo menos de las tres de la tarde. Si no había incidencias, debían estar entrando en Chicago sobre las 8 de la noche. No tenían tiempo que perder.

—En un rato, haz el favor de despertarme. No quiero dormir todo el camino. Así además te daré conversación.

—De acuerdo. Duerme tranquilo.

Andy reclinó el asiento y se durmió en menos de un minuto. Peter lo miraba con ternura. Además de muy atractivo, era un buen tipo. Cuando estaba junto a él se sentía seguro. Peter suspiró. Él nunca se había enamorado y se sorprendió al verse con una sonrisa de oreja a oreja en el pequeño espejo interior del coche. La vida a veces es muy peculiar. Justo ahora, en una situación tan importante de su vida, el amor por fin aparecía. Aunque lo cierto es que el momento no podía ser más inoportuno. Volvió a suspirar. Nada se podía hacer por luchar contra los sentimientos. Sacó su mirada del varonil rostro de Andy y observó el paisaje que los rodeaba. Extensas llanuras y campos de cultivo abundaban por doquier mientras las azules aguas del lago Erie dominaba todo el paisaje. Un pequeño velero surcaba sus aguas a unos cientos de metros de la orilla con sus blancas velas hinchadas por el viento. Todo iba a cambiar. De hecho, todo había cambiado ya.

Un par de horas después, Peter se detuvo a echar gasolina. Andy se despertó sobresaltado del asiento del copiloto.

—Tranquilo, Andy. Sólo he parado a echar gasolina. Quedan unos 20 kilómetros y son las seis. Vamos bien de tiempo —tranquilizó Peter al tiempo que se bajaba del coche y se dirigía al mostrador de la tienda para pagar la gasolina.

Andy gruñó y se estiró como un oso en primavera. Su estómago le recordó, al sentarse, que sin duda había comido demasiado. Bajo el parasol para mirarse en el espejo cuando se quedó helado. Unos 50 metros antes de entrar en la gasolinera, en el arcén de la interestatal 90, un Cadillac del

67 o del 68, negro, con las lunas tintadas, estaba detenido. Disimulando, se bajó del coche y entró en la tienda, encaminándose directamente hacia donde estaba Peter.

—¿Qué sucede? —preguntó Peter preocupado.

—No mires. En la cuneta, 100 metros por detrás de donde está nuestro coche, hay detenido un Cadillac negro. No hagas ningún movimiento extraño.

—¡Joder!

—Con calma, paga, ve y móntate en el coche. Yo iré al baño, saldré por la puerta trasera e intentaré interceptarlo —contestó Andy con autoridad.

—Está bien.

Andy se dirigió al baño y, evitando hacer ruido, salió por la puerta de emergencia de la tienda. Corrió paralelo al muro y se adentró en el bosquecillo que circundaba la gasolinera. Bordeó unos 100 metros la primera línea de pinos y empezó a acercarse, lentamente, al vehículo. Estaba a unos veinte metros y casi podía ver la matrícula del Cadillac cuando, de repente, el coche aceleró y salió como una exhalación, metiéndose en la autopista de manera temeraria. Andy, sorprendido, salió de su escondite y, pistola en mano, corrió hacia la carretera. Se había escapado. Contrariado, regresó corriendo al Ford Explorer.

Mientras se montaba en el coche, Peter miró inquisitivamente a Andy.

—Se ha escapado —escupió escueto Andy

—Ya veo. ¿Has podido ver la matrícula?

—No. Justo cuando iba a acercarme ha huido.

—Es una pena. Menos mal que mi móvil tiene una cámara con un zoom óptico brutal —replicó Peter al tiempo que le pasaba a Andy una fotografía hecha con su teléfono en la que, aunque de manera borrosa, se leía perfectamente la matrícula del vehículo.

Andy miró sorprendido a Peter. Con evidente excitación, cogió su teléfono dispuesto a hacer una llamada al tiempo que le hacía un gesto a Peter para que siguiese conduciendo él.

—De nada —dijo ligeramente sarcástico Peter, que ya se estaba cambiando de sitio para ponerse al volante.

Andy dibujo un “Gracias” con sus labios sin emitir ningún sonido mientras se acomodaba en el asiento del copiloto y se ponía el cinturón de seguridad.

—Con el inspector Norris, por favor.

—Me debes una cena. Y será cara —exigió Peter simulando estar enfadado, tras lo cual arrancó y se metió de cabeza en la interestatal.

Andrej todavía se recuperaba del susto. Se había incorporado a la carretera con tantas prisas que casi choca con un camión cargado de cervezas. Con el corazón desbocado como un joven potro, intentó controlar lentamente su respiración. Estuvo con el pie en el acelerador a fondo durante varios kilómetros hasta que pudo tomar la siguiente salida, perdiéndose durante unos 10

km por carreteras rurales de la zona. Cuando retomo el control y volvió a tener la sensación de seguridad, se detuvo en la parte de atrás de un granero abandonado. Sacó el caro equipo localización GPS portátil y encendió la pantalla. El punto que indicaba la posición del coche del inspector Harper seguía circulando por la interestatal 90, a unos 30 km de su posición. Andrej suspiró, dejó el equipo encendido en el asiento de al lado y arrancó de nuevo su viejo coche. Tendría que cambiarlo. Mierda. Odiaba dejar a su pequeño en un sucio garaje, aunque sólo fuese para un par de meses. Pero no había otra solución. Sabía a quién podía recurrir. Y no iba a ser barato. Con resignación, dio la vuelta y se incorporó de nuevo a la vieja carretera comarcal, perdiéndose en sus alargadas sombras.

—Gracias, Harry. Ya hablaremos —dijo Andy al tiempo que acababa la conversación.

—¿Qué te ha dicho?

—La matrícula es falsa. Pertenece a Lilian Stone, una anciana de 92 años que vive en las afueras de Santa Mónica, California.

—Lo siento, Andy.

—¿Sentirlo? ¡No digas tonterías! Tú no tienes la culpa de que la matrícula sea falsa. Gracias a ti hemos estado cerca de pillar a ese malnacido.

—Estamos a diez kilómetros de Chicago. ¿Vas a llamar a alguna de las personas que quieres ver? —preguntó Peter.

—No. Estamos cansados y ha sido un día muy largo. Hablaré con ellos luego e intentaré quedar mañana —dijo Andy con marcas de fatiga surcando su rostro.

—Bien, esta noche no dormiremos en un motel mugriento. Vamos a ir a un pequeño hotel rural, cerca de South Bend. Tiene un baño en condiciones y camas de tamaño adecuado. Incluso tienen servicio de habitaciones. Necesitaremos dormir bien y recargar las pilas. Mañana será un día muy largo. ¿Te parece bien? —propuso Peter con autoridad.

Andy levantó las manos en señal de rendición. No tenía fuerzas para oponerse a nada. Y tampoco tenía ganas de hacerlo.

Quince minutos más tarde llegaban al pequeño hotel que había recomendado Peter. Enclavado en una zona escondida y apartada, habían pasado varias intersecciones en la carretera que Peter había cruzado sin vacilar. Al parecer conocía muy bien el camino.

El edificio era de madera y tenía dos alturas. Estaba enclavado a los pies de una colina y tenía un pequeño bosquecillo de pinos y abedules en su parte posterior. La edificación era enorme y cada planta tendría al menos unos 100 metros cuadrados de superficie. Alrededor, diseminadas por el bosque, había media docena de pequeñas cabañas de madera. Al bajar del coche Andy notó cómo el aire era fresco y estaba cargado de aromas a madera y vegetación húmeda. Se giró a observar a su izquierda y se sorprendió con la nitidez con la que brillaban las aguas del lago Michigan mientras al fondo la ciudad de Chicago se levantaba, protectora y enérgica. El lugar era idílico y la imagen, de postal. Peter se bajó de un salto y fue directo a recepción. Unos minutos después volvía sonriente con una llave en la mano mientras Andy todavía se estaba deleitando con las vistas.

—Precioso, ¿verdad?

—Sí. Lo es. ¿Ya habías estado aquí antes?

—Eso te lo responderé luego. Pongámonos en marcha, inspector. Bungalow número 13. ¡Se me está empezando a helar el culo!

Andy suspiró y cogió el equipaje. Luego cerró el coche, echó un último vistazo y siguió a Peter como los niños seguían al flautista de Hamelín.

—¡Eh, espérame!

La pequeña cabaña era más grande y acogedora de lo que cabría imaginar con su imagen externa. Nada más entrar se encontraba una pequeña chimenea de piedra. Justo a su izquierda había un gran cesto de mimbre con leña y todos los elementos necesarios para encenderla. En el salón había además dos butacones de piel antigua y frente a estos estaba, alojada en la pared, una televisión de plasma. A la derecha del salón se abría paso una cocina americana con un minúsculo frigorífico, un microondas y unos fogones. Justo delante, sobre una tarima de unos 50 centímetros se hallaba una cama de matrimonio de dos metros por dos metros. Ambos se quedaron mirando la cama muy serios para luego echarse a reír. Al lado de la cama estaba el cuarto de baño. Era enorme y estaba totalmente reformado. Tenía una zona con una ducha doble muy espaciosa y con una espectacular mampara de cristal. A su lado, un jacuzzi para dos personas se desplegaba a los pies de un ventanal que dominaba las mejores vistas. Peter miró a Andy y le sonrió.

—No es la primera vez que vienes por aquí, ¿verdad? —preguntó ligeramente enfadado Andy.

—Lo cierto es que no. Conozco este sitio de un congreso nacional de Anestesia pediátrica que se celebró en Chicago hace unos años.

—¿Y qué tal estuvo?

—¿El congreso? No lo sé. No llegué a ir ni un solo día. Ve duchándote que yo mientras voy a pedir la cena.

Andy fue a decir algo, pero estaba demasiado cansado. En cuanto Peter se marchó del baño, se desnudó y se metió bajo el potente chorro de la ducha. Notó cómo su cansancio se evaporaba. Unos quince minutos después, Peter entró de nuevo en el servicio. El vapor del agua empañaba los cristales. Andy frotó con la mano el cristal a la altura de su cara y observó como Peter se desnudaba lentamente al notar cómo era observado.

—Espera un segundo que enseguida termino.

—Tranquilo. Hay dos duchas distintas para poder ducharse. Lo podemos hacer al mismo tiempo. Relájate —dijo Peter al tiempo que, de un salto, se metía dentro de la ducha con Andy.

Desde el primer segundo Andy se sintió violento. Se giró contra la pared intentado disimular su nerviosismo. Hacía mucho tiempo que no estaba en una situación parecida. Incluso sus últimos encuentros con Harry fueron polvos rápidos bajo el edredón, en una cama y con la luz apagada. De repente, Peter lo agarró de los hombros y lo giró, quedando ambos cuerpos desnudos, frente a frente. Después de soltarlo, se retiró y, con una sonrisa pícaro, empezó, a menos de un metro de Andy, a enjabonarse todo el cuerpo con sumo cuidado. Lo hacía lentamente, de manera muy sensual, mientras el agua relamía su cuerpo. Andy, totalmente bloqueado, observó la espectacular y modelada anatomía de Peter y, sin poder controlarlo, su cuerpo empezó a verbalizar la

excitación que sentía. Avergonzado, hizo el amago de volver a girarse contra la pared, pero Peter, con un movimiento suave y firme, lo impidió. Andy se quedó clavado mirando la parte más sobresaliente del cuerpo de Peter, que crecía por segundos. Él también estaba bastante excitado, aunque el pánico lo mantenía paralizado. Entonces intentó empezar a hablar.

—Yo, es que...no sé, Peter. Hace tanto tiempo... no sé si... esto es un error.

—Tranquilo, Andy. Aquí no está pasando ni va a pasar nada que no quieras que suceda. No tengo prisa. Me gustas lo bastante como para esperar a que estés preparado.

—Además, el servicio de habitaciones vendrá en cualquier momento —esgrimió Andy con cierta desesperación.

—Les he dicho que trajesen la cena dentro de una hora —contestó Peter con picardía.

Andy dibujó una media sonrisa. Miró a Peter a los ojos y terminó de derribar los últimos muros mentales que bloqueaban su cerebro, dejándose llevar. Peter se acercó y, con suavidad, besó a Andy, estallando ambos al instante de manera casi violenta, al igual que lo harían dos huracanes que se encuentran en mitad del cielo. Y en ese instante dejaron de ser dos personas para convertirse en uno.

Capítulo 9 - La caza

Andrej se encontraba en la calle Trempton, cerca de Garfield Boulevard, en pleno corazón de Chicago. Y aunque aquel era uno de los barrios más peligrosos de los Estados Unidos, él se movía por sus aceras como pez en el agua. No en vano, vivió en Chicago los primeros años que estuvo en el país, después de huir de Croacia. Paseaba por la calle después de acabar de dejar su espectacular y querido Cadillac en el local de un viejo conocido suyo de muy mala reputación, previo pago de dos mil dólares por su guarda y custodia. Además, un par de miles más iban a conseguirle un coche limpio en tan sólo unas horas. Parecía que su suerte estaba cambiando. Llegó a la esquina de la calle Trempton con Folliet y, mientras esperaba su nuevo transporte, se sentó en el “Little Kiev”, un pequeño bar ucraniano que conocía de sus primeros años. Pidió un poco de Borsch, una sopa de remolacha típica del país. Allí la preparaban de una manera sublime. Mientras esperaba, cogió su móvil y llamó por teléfono a su jefe.

—Soy yo. Estoy en Chicago. Tenway y el inspector están en un pequeño hotel rural a 10 minutos de aquí —dijo Andrej de manera escueta.

—¿Cómo? ¿No estás con ellos? ¡Vas a perder su rastro!

—¡Quiere estar tranquilo! Les he colocado un dispositivo GPS. Lo llevan en el coche y están localizados en todo momento. He tenido que venir a Chicago a cambiar el coche por un percance que tuve en una gasolinera. Casi me pillan.

—¿Estás seguro que tienes la situación controlada, Andrej? —preguntó la voz, ligeramente más tranquila.

—Sí, señor. En dos horas tendré un nuevo vehículo. Ya he hablado con mi primo Ivasnitch y me prestará un par de sus chicos. ¿Quiere que acabe esto de una vez o sigue pensando que es mejor seguirlos?

—Sigue con el plan establecido. En cuanto salgan de Chicago, síguelos y mátalos en la primera oportunidad que tengas. Eso sí, no quiero ruido, ¿entendido?

—Entendido, señor. ¿Algo más?

—Sí. Antes de deshacerte de ellos, recupera toda la información que encuentres. Luego, no dejes rastro. Llámame con cualquier novedad. Adiós —dijo la voz, colgando antes de esperar respuesta.

Andrej se separó el teléfono de la oreja y torció una sonrisa mientras miraba la pantalla del móvil. Menudo imbécil. Si no fuese por los cuarenta mil dólares que le pagaba, Andrej ya habría zanjado el asunto, ajustándole las cuentas a aquel malnacido. Aunque, al fin y al cabo, los negocios son solo negocios. Hundió su cuchara en el plato de Borsch humeante y, por un segundo, se trasladó de nuevo a los sabores de su época más feliz.

Andy se sentó a la pequeña mesa que tenían delante de la cocina y bebió un buen trago de cerveza. Miró lo que había traído el diligente servicio de habitaciones y suspiró. Un par de filetes en su punto con patatas fritas, una ensalada Cesar y un poco queso camembert frito con confitura de arándanos, regado con media docena de botellas de Budweiser metidos en una cubitera con

hielo. Insuperable. Sin más preámbulos Peter y Andy se sentaron a comer en albornoz. Alguna mirada cómplice entre bocado y bocado y un par de brindis con los cuellos de sus cervezas fue el único dialogo que tuvieron. Ambos estaban exhaustos y hambrientos. Unos diez minutos después de acabar con la fabulosa cena, Andy se levantó de pronto al oír la vibración de su teléfono móvil.

—Aquí el inspector Harper, ¿Quién es?

—Gracias por cogerme el teléfono, inspector. Le llevo llamando más una hora. ¿Qué demonios estaba haciendo? Mejor no conteste a eso —interpeló la voz del comisario Michaels.

Tras escuchar la voz del comisario, Andy se tensó como las cuerdas de una guitarra.

—Estaba duchándome, señor. Ya hemos llegado a Chicago. Si todo va bien, mañana por la noche estaremos regresando a casa.

—¿Duchándose? En fin. Eso no va a ser posible, inspector. He recibido órdenes de que vuelva usted aquí inmediatamente. Digamos que su situación en el departamento ha variado de manera sustancial, Harper.

Durante unos instantes, Andy se mantuvo en silencio.

—¿Cómo que ha cambiado mi situación? ¿A qué se refiere?

—No es un tema cómodo de hablar, Andy. Y menos para que lo hagamos por teléfono. Debe volver y cuanto antes mejor. Cuando esté de regreso en Augusta le mandará toda la información del caso a la sede central del FBI en Chicago. Ellos se encargarán de todo desde entonces. Es una orden.

—Lo siento, señor. Si no me explica qué sucede, no pienso obedecerle.

—¡Es usted terco como una mula vieja! Está bien. Usted gana. Pero más que explicárselo, se lo voy a enviar al móvil.

Andy separó el aparato de su oreja y, al instante, le llegó un archivo con varias fotos. Su rostro palideció como la cera en cuanto abrió el archivo adjunto. Después de unos segundos que usó para recomponerse, Andy se volvió a colocarse el teléfono para hablar con el comisario.

—Entiendo que al departamento pueda que no le gusten estas fotos, señor, pero no entiendo en que influyen para la investigación del caso.

—¿Qué no lo entiende? Mire, Harper, a mi este tipo de situaciones me dan igual. Cada cual en su vida y en su tiempo libre debe hacer lo que le parezca. Pero yo no dirijo el departamento de FBI de Maine. Vive usted en una zona del país donde, por decirlo de manera suave, este tipo de estilos de vida todavía son poco aceptados. El comisario jefe me ha dicho que el dinero de los contribuyentes no está para permitir que...

—¿Para permitir qué? ¡Ahora no vaya a callarse, comisario!

Michaels suspiró al otro lado de la línea.

—Para permitir que un marica se vaya de vacaciones a Chicago con su novio —dijo el comisario con la voz temblorosa.

—Comprendo.

La tensión a ambos lados de la línea se podía cortar con un cuchillo.

—No se enfade conmigo, Harper. Yo he tenido una tremenda discusión con mis superiores por este motivo. Les he dicho que es usted un excelente policía, con un historial intachable y que siempre ha sido un profesional modélico.

—Pero supongo que eso hoy en día todavía no es suficiente, ¿verdad, señor?

—Al parecer no. Al menos no en el Estado de Maine, Harper.

—Todo esto es una mierda, señor.

—Lo sé, Andy. ¿Sigue creyendo que lo de esa mujer fue un asesinato? —preguntó el comisario.

Andy meditó durante unos instantes su respuesta.

—Totalmente —contestó Andy.

Entonces comenzó a explicarle al comisario el incidente con el Cadillac negro. Michaels no daba crédito a la nueva información.

—Esto se oscurece cada vez más, Harper.

—Lo sé. Si a todo esto le sumamos el hecho que se hayan tomado la molestia de seguirme para fotografiarme, mi teoría adquiere cada vez más consistencia. Hay alguien que desea que este caso no se esclarezca, señor. Hay alguien que no desea que se aclaren las muertes de Ellen y su hijo. Y creo además que ese alguien es una persona bastante importante, señor.

—Entiendo —susurró el comisario quedándose unos segundos en suspenso—. Está bien, Andy. Te cubriré 48 horas más. Averigüe lo que pueda y que sea rápido. No apagaré el teléfono, pero debe mantenerme al corriente de todo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor.

—Hasta pronto, Harper.

—Perdone comisario, hay una cosa más. Sólo por curiosidad, ¿qué va a decirles a los de arriba?

—Pues la verdad es que no tengo ni la más remota idea. Suerte y tenga cuidado.

—Por supuesto, señor. Lo tendré. Una última cosa, ¿cómo llegaron las fotos al departamento?

—Lo hicieron de manera anónima. ¿Algo más? —respondió el comisario ligeramente molesto.

—Nada más. Gracias, señor.

—No hay de qué. Espero que, por su bien y el mío, no se equivoque. Adiós.

Andy dejó el teléfono encima de la mesa y se quedó sumido en sus pensamientos mientras daba vueltas de un lado a otro de la habitación. Peter le miraba con preocupación.

—¿Qué sucede?

—Alguien quiere quitarme del caso —contestó Andy mientras enseñaba a Peter la foto en la que salía besándose con el agente Norris.

—¡Malditos bastardos! Aunque la verdad es que sales bastante guapo, Andy.

—Gracias. La próxima vez me pondré del lado derecho. Es mi perfil bueno —contestó Andy sarcástico.

—No te enfades. Además, ¿qué importa que te hayan pillado en esas fotos? ¡Estamos en el siglo XXI, por Dios santo!

—Parece que no en el Estado de Maine.

Entonces Andy le contó las presiones sufridas por el comisario para que le apartara del caso. Peter palideció.

—Sí. Hay algo más detrás del asesinato de Ellen —dijo Andy pensando en voz alta al tiempo que empezaba a vestirse y ponerse de nuevo sus vaqueros.

—¿A dónde vas? Es muy tarde. Quédate aquí y mañana iremos a Chicago —ronroneó Peter mientras se levantaba de la silla y se acercaba al inspector con intención de abrazarle.

Andy se separó de él antes de que lo agarrase. Peter se detuvo en seco, quedándose un poco cortado.

—No te enfades, pero no puedo esperar a mañana. Me encantaría quedarme aquí y pasar contigo la noche, pero necesito encontrar información y volver a Augusta lo más rápido posible. Si no, mucho me temo que me apartaran del caso y pasará al FBI, perdiéndose entre montañas de expedientes como sucedió con el de su hijo. Es importante, Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —dijo Peter mientras se acercaba a la maleta y empezaba a ponerse los pantalones.

—¿Qué haces?

—Voy contigo. Me vestiré porque, aunque hemos ganado bastante confianza en las últimas horas, no creo que sea adecuado que te siga por Chicago en cueros, inspector —dijo Peter ante la mirada de incredulidad de Andy—. Y, por cierto, no pongas esa cara. Si hay alguien siguiéndonos es mejor que esté contigo en vez de aquí sólo. Además, no debes olvidar que yo también he estado en el ejército. No soy precisamente una hermana de la caridad inocente y desvalida.

Andy lo miró, suspiró y le lanzó a Peter su camiseta, que estaba arrugada en una esquina de la cama.

—Te espero fuera. Mientras terminas iré haciendo un par de llamadas —dijo Andy al tiempo que salía por la puerta.

Andy salió de la pequeña cabaña y bajó por el camino empedrado en dirección al aparcamiento. Llegó al coche y cuando estaba delante de la puerta miró su reloj. Eran poco más de las ocho de la tarde. Abrió el teléfono para llamar al tiempo que intentaba sacar las llaves. Sin querer, estas se les resbalaron, cayéndose al suelo. Cuando Andy se agachó a recogerlas, vio un pequeño aparato adosado al eje trasero de su coche. Se acercó y observó con detenimiento el artefacto. Reconoció enseguida el nombre que llevaba grabado en letras doradas en su lateral. Con cuidado, lo arrancó y se acercó a una vieja papelera cercana que parecía llevar años sin ser vaciada. Cogió una lata de refresco del suelo y le acercó la zona imantada del dispositivo GPS. Ambos se pegaron como pan y mantequilla. Luego, con mucho cuidado, Andy dejó el dispositivo al fondo de la papelera. Esos dispositivos emitían una alarma a su receptor si estaban más de un minuto sin estar adosados a algo. Lo único que esperaba Andy es que el servicio de recogida de

basuras de Chicago no fuese el más eficiente del país y tuviese en mente hacer vaciado de papeleras esa noche. Volvió a su coche, abriendo el capó delantero en busca de más artefactos. No encontró nada en absoluto. Sin duda, cometió un error al subestimar a sus oponentes y había bajado la guardia. Les podía haber costado muy caro. No volvería a suceder. Cogió el teléfono y marcó. Al otro lado, alguien descolgó.

Andrej se paseaba en un Toyota Land Cruiser último modelo con sus dos nuevos amigos, Yaroslav y Dimitri. Su "hermano" Ivasnitch (como ambos hombres se llamaban, aunque ningún lazo de sangre les unía) había dado órdenes a dos de sus matones que le acompañasen. Se conocieron en los últimos años de la guerra de los Balcanes. Ambos eran mandos intermedios de la sección de élite del ejército croata: el BSD. Llevaron a cabo más una veintena de misiones juntos, todas con éxito. Por eso cuando Andrej, recién llegado a Chicago recibió el aviso de la llegada de Ivasnitch, la alegría le embargó. Juntos, desde un taller de mecánica situado en la calle Thompson empezaron a sentar las bases del grupo que, en aquel momento, gobernaba con mano de hierro el barrio de Englewood y la mitad de West Garfield Park. Andrej, no obstante, cansado de tanta lucha, había decidido hacía años abandonar la organización que él mismo había creado. A Ivasnitch no le hizo demasiada gracia quedarse al mando totalmente solo, pero, al fin y al cabo, él y Andrej eran como hermanos. Ninguno de los dos confiaba en nadie más en todo el mundo.

—¿Dónde vamos, señor? —preguntó Yaroslav.

—Nos hace falta otro coche —dijo Andrej de manera escueta. El calvo gigantón asintió con indiferencia.

Unos minutos después llegaron al taller concertado. Los tres hombres se bajaron del vehículo y entraron por una puerta lateral del local. Minutos después salían con las llaves de un Ford 250, una espectacular pick up de color negro. Andrej se acercó a los dos hombres que le acompañaban.

—Tenemos que seguir a dos hombres. Uno de ellos es inspector de policía de Augusta, en el Estado de Maine. Están rebuscando sobre algo que no deben buscar —dijo Andrej.

—¿Hay que matarlos?

—No, de momento. No deben darse cuenta de que los seguimos. Ya ajustaremos cuentas cuando abandonen la ciudad. ¿Está claro? —ordenó Andrej.

—Sí. Todo claro, señor —respondió Yaroslav mientras Dimitri, en silencio, también asentía con la cabeza.

—En marcha. Dimitri, tú ve en la furgoneta y síguenos. Toma este teléfono. Sólo podrás hablar conmigo —dijo Andrej al tiempo que sacaba un pequeño móvil de su bolsillo y se lo entregaba a Dimitri—. Recordad, no podéis ser vistos. Yaroslav, tú y yo iremos juntos en éste —terminó de decir Andrej al tiempo que se encaminaban hacia el todoterreno.

Instantes después los dos vehículos salían en dirección al pequeño hotel rural donde se alojaban Peter y Andy. Lo que no sabían es que hacía más de media hora que ambos hombres habían abandonado el complejo.

Capítulo 10 - Edison Park

Andy y Peter se dirigían al noroeste de la ciudad, en concreto a Edison Park. Era una amplia zona de viviendas que tuvo a partir de 1950 un crecimiento demográfico muy elevado. La mayor parte de las familias de emigrantes italianos llegadas a Chicago se habían asentado en la zona dando lugar al nacimiento de multitud de negocios tales como lavanderías, restaurantes o pastelerías. En el corazón del barrio, en el número 24 de la calle Jefferson, es donde hacía ya algunos años había decidido comprar su casa la familia Norman. Y hacia allí es a donde iban en esos momentos.

—¿Vamos a casa de Ellen? —preguntó Peter rompiendo el silencio impuesto desde que salieran precipitadamente del hotel.

—No exactamente. Un año después de la desaparición del niño, Ellen la vendió. No creo que haya nada de interés allí —respondió Andy.

—Entonces, ¿dónde vamos?

—A casa de Mary-Anne Williams, su vecina.

—¿Su vecina?

—Sí. La noche de la desaparición del pequeño Eddie Norman, esa mujer vio un coche de color negro merodeando la zona. La policía no le dio importancia. Pasaremos por allí primero. No creo que nos lleve demasiado tiempo —dijo Andy.

Ambos se quedaron unos segundos callados hasta que Peter se incorporó de golpe en el asiento.

—Mira, ahí está. Esa es la calle Jefferson.

—Ya la veo. Buscamos el número 25 —dijo Andy, al tiempo que embocaban la calle reduciendo notablemente la velocidad.

Un minuto después detenían el coche delante de la casa de la señora Williams. Se bajaron del vehículo y se dirigieron a la entrada. Era una preciosa casa de una sola planta, pintada de color blanco. Tenía un cuidado porche victoriano en la parte delantera protegido con un espectacular jardín cuajado de rosas. En él, en una preciosa mecedora de mimbre, estaba sentada una mujer afroamericana con el pelo encanecido. Se levantó en el momento en el que vio cómo los dos hombres se acercaban a su puerta.

—Buenas noches, agentes —dijo la mujer sorprendiéndoles a ambos—. Sí, sé que son policías. Se le ve a la legua. Es como si llevaran tatuada la palabra policía en sus huesudas frentes. Y desde ya les digo que me da igual las denuncias que me ponga esa maldita polaca. Llevo más de cuarenta años viviendo aquí y no va a venir nadie a decirme cuándo puedo o no regar mis rosales —espetó con los brazos en jarra.

Andy sonrió y se acercó despacio. Peter se quedó en un segundo plano.

—Buenas tardes, señora. Efectivamente somos policías —afirmó Andy mientras miraba de soslayo a Peter—, pero no sabemos nada acerca de sus rosales. Por cierto, están magníficamente cuidados.

—Muchas gracias.

—En realidad, venimos por otro motivo. ¿Es usted Mary-Anne Williams? —preguntó Andy con tono suave y seguro.

—Sí, lo soy. ¿Y cuál es ese motivo, si puede saberse? —replicó.

—Queremos hablar con usted sobre la desaparición del Eddie Norman, su vecino. ¿Podemos pasar dentro?

La mujer gruñó ligeramente contrariada. Luego se giró y les hizo señas para que la siguiesen. Entraron directamente al salón de la casa y se sentaron en un viejo sofá de piel, enfrente de una hermosa butaca que sirvió de asiento para la mujer.

—¿Han encontrado el cuerpo del chico, verdad? —preguntó con desdén.

—No. Pero, ¿por qué pregunta eso, señora?

—No sé. Supongo que después de tantos años es lo que cabe esperar. Nadie espera ya que el pequeño Eddie vaya a volver a casa —reflexionó en voz alta.

—No. El cuerpo no ha aparecido.

—¿Y quienes son ustedes? Todavía no he escuchado sus nombres, agentes.

—Tiene usted razón, señora Williams. Disculpe la descortesía —farfulló Andy—. Yo soy el inspector de homicidios, Anderson Harper. Y este es mi colega Peter Tenway. Investigamos el asesinato de Ellen Cistar.

—¿Ellen Cistar? ¿Y quién demonios es esa mujer? —preguntó la mujer con vehemencia.

—Ellen Cistar era el actual nombre de Ellen Norman, la madre del pequeño Eddie.

—¿Ellen ha muerto? ¡Pobre mujer! Primero su marido, luego su hijo y ahora ella. ¡Qué familia más desgraciada, por el amor de Dios!

—Sí, la verdad es que no han tenido mucha suerte —dijo Peter con tristeza.

—¿Ha dicho asesinada? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha ocurrido?

Andy le hizo un breve resumen del asesinato de Ellen. En el momento oportuno, con la curiosidad de la anciana ya encendida, lanzó el sedal.

—En nuestra investigación nos hemos topado en un par de ocasiones con la enigmática figura de un coche clásico, probablemente un Cadillac, de color negro. Y, después de leer los interrogatorios del día de la desaparición del niño me di cuenta de que usted había visto un coche que podía ser el mismo que estaba implicado en el asesinato de Ellen —aseveró Andy.

—El coche que vi y que ustedes buscan es un Cadillac del 68, en color negro azabache —afirmó la señora Williams que perdió su mirada en el gran ventanal del salón.

Andy, interrogador experto, guardó silencio. Instantes después, con lágrimas rodando por sus arrugadas mejillas, la mujer comenzó a hablar.

—Ya supongo que poco importa. No me queda nada en este mundo por lo que tener miedo. Mi único hijo falleció hace más de 8 años de esclerodermia pulmonar. Y mi marido Louis se reunió con él hace tan sólo dos.

—¿A qué se refiere, señora Williams? —preguntó Andy desconcertado.

—Yo sé quién fue el responsable del pequeño Eddie Norman —confesó la mujer con la mirada cabizbaja.

Peter y Andy se miraron boquiabiertos mientras se quedaban callados observándola. Tras exhalar un suspiro, la mujer continuó.

—Tras la desaparición del niño, se armó un gran revuelo en los medios. Durante semanas muchas personas, periodistas de prensa escrita, radio y televisión iban y venían por el barrio haciendo preguntas. En la mayoría de las ocasiones eran tipos deleznales, a los que poco o nada les importaba encontrar al pequeño Eddie. Tan solo estaban ansiosos en busca de noticias frescas.

—Suele pasar. Sé a lo que se refiere.

—Fíjese que alguno incluso llegó a disfrazarse de policía. ¡Maldito atajo de hienas!

—Prosiga, por favor.

—Se organizaron batidas en todo el barrio. Prácticamente todo el vecindario se implicó. La policía tomó declaración a todo el mundo, casa por casa. De todos los testimonios, siempre creí que el mío fue el único que aportó alguna pista fiable. Cuando en los primeros días hablé con Ellen, le conté lo que había visto. Tanto ella como yo le insistimos durante semanas al inspector encargado del caso en que esa era la pista a seguir, pero no nos hicieron caso.

Preocupados, Andy y Peter se miraron.

—Una noche, mi marido llegó a casa, visiblemente alterado. Él trabajaba como mecánico en la central del departamento de policía de Chicago, reparando sus vehículos y cualquier aparato que tuviese cables. Nunca tuvo mucho carácter mi Louis, pero siempre fue un buen hombre —concluyó la mujer antes de callarse para tomarse una pausa y acariciar con nostalgia un retrato del matrimonio que había encima de una mesita de té cercana.

Andy movió inquieto la punta de sus pies en un movimiento rítmico. Se mordió la lengua y apretó los puños dentro de la gabardina.

—Cuando le pregunté cómo le había ido el día, me gritó que le dejara en paz y me marchase a la cocina. Yo insistí. Nunca lo había visto así.

—Entiendo —susurró Andy.

—De hecho, tiene que saber que esa fue la única noche durante los 33 años de nuestro matrimonio que mi Louis me gritó. Me insistió en que dejásemos en paz el tema de la desaparición del niño de los vecinos, que no sabía en el lío que nos estaba metiendo por insistir tanto con la policía.

—¿Y usted le preguntó por qué?

—Por supuesto. Cuando lo hice me respondió que nosotros también teníamos un hijo y que, si queríamos protegerlo, debíamos estar callados —prosiguió—. Yo conocía bien a mi esposo. El miedo que vi reflejado en su rostro fue suficiente para convencerme de que aparcara el asunto —continuó la mujer.

—¿Cómo se tomó Ellen su cambio de actitud?

—Fatal. Vino varias veces llorando a mi puerta y a mí se me rompía el alma cada vez que la veía.

—Debió de ser duro.

—No se hace una idea, inspector —afirmó la mujer—. Incluso una noche mi marido llegó a echarla de casa después de que nos gritase cobardes desde la entrada. A partir de ahí, nunca más nos dirigió la palabra. De hecho, no me enteré que se mudaba hasta que vi el cartel de “Se vende” clavado en el jardín de su casa. Jamás me lo perdonaré.

—¿Sabe por qué su marido no quiso que usted siguiera ayudando a Ellen? —volvió a preguntar Andy.

—Creo que sí. Meses después de la desaparición, Ellen contrató a un inspector con nombre italiano, Guideli, Guipenti...

—Guinetti. Inspector Paul Guinetti.

—Eso, Guinetti. No fue hasta la aparición del inspector cuando me empezaron a encajar las piezas del rompecabezas. Vino a vernos una noche y mi marido tuvo una fuerte discusión con él en el garaje. En un momento de la misma mi marido le gritó a Guinetti que “no sabía con quién estaba jugando” y que “él quería mucho a su hijo y a su mujer para ponerlos en peligro” —dijo la mujer citando las palabras de su marido.

—¿Y qué hizo Guinetti?

—Se levantó y se marchó, aunque antes de salir por esa puerta nos dijo que “él también tenía una hija”. Nos dejó una tarjeta con su teléfono y nunca le vimos más. Parecía un buen hombre.

—Lo era, sin duda.

—Sí. Sentí mucho su muerte cuando me enteré pero aquello no hizo sino aumentar las suspicacias de mi marido. De hecho, llegó a prohibir a nuestro hijo Thomas que volviese a hablar de Eddie o de su madre con nadie —terminó de explicar.

—¿Acaso se conocían su hijo y el pequeño Eddie? —preguntó Andy de nuevo.

—Por supuesto. Iban juntos a la escuela. Eddie Norman era el mejor amigo de mi hijo —concluyó la anciana.

Andrej montó en cólera cuando vio que el Ford Explorer del inspector Harper no estaba en su aparcamiento. Se bajó del coche con cuidado de no hacer ruido y, tras observar que nadie le viese, sacó un pequeño aparato que delimitaba con un margen de error de 10 metros la posición del GPS. Su vista, de pronto, se fijó en la papelería que tenía enfrente, entendiendo lo ocurrido. Se le escapó una sonrisa.

—Chico listo —dijo en voz baja Andrej, mientras metía la mano en la papelería y, tras rebuscar un poco, sacaba la lata con el GPS pegado a ella.

Retiró el aparato valorado en casi veinte mil dólares y se dirigió de nuevo al vehículo.

—Vamos, tenemos que volver de nuevo a Chicago. Se han ido, pero sé hacia dónde van. Dimitri, síguenos y estate atento al teléfono. Cuando llegemos al objetivo te llamaré para

avisarte, ¿entendido? —ordenó Andrej mientras miraba al enorme ruso que estaba delante de la furgoneta.

Éste asintió y los tres hombres se montaron en los coches, saliendo como una exhalación del aparcamiento del pequeño hotel.

Andy y Peter todavía estaban sorprendidos por los hechos revelados por la señora Williams.

—Mary-Anne, antes me ha dicho que usted sabía quién secuestró al pequeño Eddie. ¿Cómo está tan segura de eso? —preguntó Andy con astucia reconduciendo la conversación.

—Lo supe hace justo un par de años, al mes exacto de morir mi marido. A mi Louis le encantaba encerrarse en el garaje a arreglar muebles y aparatos de todo tipo durante fines de semana enteros. Tenía aquello muy desordenado y con herramientas tiradas por todos sitios, pero era un trabajador excelente. Miren aquel mueble. Me lo hizo mi Louis —dijo mientras señalaba un robusto armario de roble de doble puerta.

—Es precioso, señora Williams —sonrió Andy—. Estaba contándonos algo acerca del garaje...

—Claro, inspector. Tendrá que perdonarme, pero me encanta charlar y siempre he tenido cierta tendencia a irme por las ramas.

—No se preocupe —contestó Peter, hablando por primera vez.

—Como le estaba contando, tras morir mi marido y viendo la cantidad y calidad de herramientas que tenía en el garaje, decidí montar un pequeño rastrillo para ganar algo de dinero. Mi hijo también se había ido y cuando no quiero que, cuando me vaya con los míos, sus cosas acaben en el vertedero. Aunque me partía el corazón, han de comprender que la pensión que me quedó de mi Louis es demasiado pequeña para los tiempos que corren. De hecho, el entierro de mi marido me dejó casi sin dinero.

Andy y Peter se miraron durante un instante. Sus miradas se cruzaron.

—Tardé varios días en ordenar y tirar toda la basura que había. La última tarde, cuando ya estaba a punto de irme a la ducha, fue cuando la encontré —dijo la mujer mientras se quedaba en silencio.

El silencio se apoderó de la habitación.

—Debajo de una mugrienta caja de viejas piezas de coches, encontré un dossier lleno de polvo. Al principio creí que se trataría de algún manual de reparaciones de un coche o algo así pero cuando lo abrí, me quedé desconcertada. En primera plana estaba una foto de un hombre de aspecto intimidatorio, con un tatuaje de una sirena atravesada por dos flechas en su brazo izquierdo. Era el hombre que vi la tarde que desapareció Eddie —contó la anciana casi entre susurros.

—¿Se acuerda del nombre? —preguntó Andy casi levantándose del sillón.

—Jamás podría olvidarlo. Se llama Andrej. Andrej Gabo —respondió la mujer con firmeza.

Andy y Peter se estremecieron. Al parecer, por fin tenían un nombre por el que comenzar.

—¿Cómo está tan segura que ese es el tipo que usted vio? —preguntó de nuevo Andy mientras

volvía a tomar asiento.

—Junto con la foto, venía su ficha policial. La leí y me estremecí, entendiendo por fin el miedo que tuvo mi marido. Si ese sujeto estaba implicado en la desaparición del niño, era mejor no cruzarse en su camino. No pude siquiera terminar de leer la cantidad de graves delitos que se le atribuían. La lista era casi interminable. Entre el resto de papeles encontré además una copia de los interrogatorios que nos realizaron a los vecinos. Para mi sorpresa, otro vecino más había visto al mismo tipo varias noches atrás merodeando la zona —afirmó la mujer, desconcertada.

—¿Qué vecino?

—El señor Geleri. Vivía tres casas más arriba, en el número 31.

—¿Vivía? ¿Se ha mudado?

—No. El señor Geleri murió hace varios años. En su casa ahora vive esa maldita polaca borracha que me hace la vida imposible —dijo resignada la mujer.

—Por casualidad ¿no habrá guardado usted todos esos documentos, señora Williams?

—Por supuesto. Acompañeme a mi dormitorio y se los entregaré. Siempre he tenido la esperanza que alguien viniese algún día a por ellos. A mí ya no me valen de nada.

Peter y Andy siguieron a la mujer por el pasillo en dirección a su dormitorio. Por el camino intercambiaron miradas de incredulidad. El dormitorio al que entraron era una amplia estancia, con fotos de un joven de color puestas por todos lados. Ambos dedujeron que se trataba de Thomas Williams, el hijo de Mary-Anne.

La anciana se acercó a una gran cómoda de cuatro cajones. Abrió el primero y sacó una vieja carpeta de color azul, entregándosela a Andy. La abrió para hojearla y de su interior se cayó un dossier grapado. Parecía algún tipo de informe médico. Andy no pudo evitar echarle un vistazo mientras lo recogía del suelo y se lo entregaba a la mujer.

—Ah, esto deben ser los viejos informes médicos de Thomas. Unas pruebas tan caras y no sirvieron para nada —escupió la anciana.

—¿A qué se refiere? —preguntó Andy.

—A mi hijo le detectaron una enfermedad rara: esclerodermia pulmonar.

—¡Menudo palo! —exclamó Peter.

—Sí que lo fue. Visitamos a varios especialistas gracias a la póliza de salud del seguro de mi marido, en el que estábamos incluidos los tres.

—¿Y les cubrió esto? —volvió a preguntar Peter.

—Sí, nos cubría los tratamientos más complejos. Y todos nos recomendaron que la mejor opción era un trasplante pulmonar bilateral —explicó Mary-Anne, al tiempo que se inclinaba para besar el rostro de su hijo Thomas. En aquella foto no tendría más de 11 años.

El silencio se impuso hasta que la mujer tuvo fuerzas para continuar.

—También es cierto que, a pesar de la claridad de la póliza, el seguro nos puso muchas trabas y nos pidió todo tipo de documentación. Al final, accedieron si nosotros costeábamos unos análisis

muy caros que servían para buscar unos buenos pulmones para nuestro Thomas. Y ellos sabían que no podíamos costear dichas pruebas. Menudo atajo de golfos y ladrones —expresó la mujer indignada.

—Los seguros a veces marean a la gente para evitar darles las coberturas que tienen contratadas. Muchos llegan a morir enterrados en burocracia. Es verdaderamente asqueroso —explicó Peter visiblemente enfadado.

—Sí, eso es así. Lo que no sabían es que nosotros ya teníamos hechas esas pruebas desde hacía un par de años.

—Antes de que prosiga, ¿a qué edad tuvo usted a su hijo Thomas, Mary-Anne?

La mujer sonrió con picardía y miró de soslayo a Andy.

—¡Bravo, inspector! No todo el mundo es tan observador como usted. Le felicito.

—Gracias.

—Como ha podido observar, por edad, Thomas no puede ser mi hijo biológico. Yo cumplí en enero 61 años y Eddie tenía la misma edad que mi Thomas.

—Si no desea contármelo, no tiene por qué hacerlo.

—¡Tonterías! Han pasado muchos años y tampoco hicimos nada malo. Han de saber qué, a raíz de una enfermedad en mi juventud, perdí la posibilidad de tenerlos de manera natural. Fue lo primero que le dije a mi Louis cuando lo conocí. A él nunca le importó, ¿saben?

—Parece que era un buen hombre.

—Sí que lo fue. Un día, en el trabajo, encontraron el cadáver de una drogadicta en el cuartucho de una pensión cerca del parque Garfield. A su lado, un niño de no más de seis meses lloraba desconsolado.

—Thomas.

—Exacto.

—Cuando los agentes llegaron al aparcamiento, le pidieron a mi Louis que vigilara al bebé unos instantes. Al rato, cuando regresaron, Louis ya se había enamorado de la criatura. Les escuchó discutir entre los dos porque el orfanato estaba al otro lado de la ciudad y ninguno quería ir. Él les escuchó y les pidió permiso para llevárselo a casa mientras se arreglaban los papeles de asuntos sociales. Ellos accedieron encantados.

—A veces existen los finales felices —dijo Peter.

—Así es. Al día siguiente convenció al comisario para que hiciese un par de llamadas y nos nombraron sus tutores temporales. A los seis meses, la adopción fue definitiva. Fue la época más feliz de mi vida.

La conversación estaba derivando por caminos que no parecían llevar a ningún lugar.

—Volviendo al tema de las pruebas, ¿qué pasó con esas analíticas tan caras que tenían pendientes? —cuestionó Andy—¿Cómo las consiguieron pagar?

—Ahora mismo continuo, inspector.

Peter miró a Andy y le enarco las cejas. Andy suspiró. Quería saber ya el resto de la historia. Respiró de manera profunda dos veces y se calmó.

—Cómo les decía, aquellos malnacidos buscaban dejarnos fuera de juego. Así que cuando sólo un par de días después de recibir la carta con las pruebas solicitadas nos presentamos en la sede del seguro con todo hecho y listo para el trasplante, no supieron que argumentar y no tuvieron más remedio que meter a mi Thomas en la lista de espera de trasplantes. A pesar de eso, los pulmones de mi niño no llegaron a tiempo. Thomas murió dos años después de entrar en la lista —dijo la anciana con abatimiento.

—Pero, ¿cómo es posible que su hijo tuviese hecho esas pruebas, señora Williams? Sé que son muy caras —argumentó Peter.

—Por algo que sucedió más o menos un año antes de la desaparición de Eddie. La fundación del hospital de Illinois se ofreció a hacer un examen médico exhaustivo a todos los niños del barrio de Edison Park. Era un programa piloto para comprobar los beneficios de realizar exámenes médicos completos a los niños con el fin de detectar de manera precoz posibles enfermedades. Estaba aprobado por el mismísimo alcalde Patterson —afirmó la mujer con firmeza.

—¿Y se los llegaron a hacer?

—Sí. Al principio todo el mundo receló, pero poco a poco todos fuimos aceptando. Nuestros médicos de familia y pediatras nos explicaron que era una oportunidad especial y excelente para vigilar la salud de nuestros hijos. Y, además, gratuita, lo que no es poco. Hasta el hijo del alcalde se la hizo. Sacaron sus fotos en todos los periódicos.

—¿Y el pequeño Eddie? ¿También se hizo el examen?

—Sí, por supuesto. El resultado fue bueno. Se hicieron el examen más de trescientos niños de entre doce y catorce años. Se detectaron problemas de mayor o menor gravedad en veinte de ellos. Según el hospital, el éxito fue rotundo —concluyó la mujer.

—¿Y no se repitió el programa en los años siguientes? —preguntó de nuevo Andy.

—No. Alegaron que los beneficios fueron escasos en comparación con el gasto realizado. Los padres no estábamos de acuerdo. Hicimos reuniones, las asociaciones de padres protestaron e incluso nos manifestamos en la puerta del ayuntamiento. No sirvió para nada. Al parecer, aquello no fue tan rentable después de todo.

Andy asintió con la cabeza. Luego miró a la mujer a los ojos.

—Me gustaría llevarme este dossier también, señora Williams. Siempre que le parezca bien, por supuesto.

—Desde luego que sí. Pero antes, sólo me gustaría decirle una cosa más, inspector.

—Usted dirá.

—Los individuos que llevaron a cabo lo del secuestro de Eddie son gente muy peligrosa. Mi Louis no era un hombre fácil de asustar. Hay gente con mucho poder implicada en este asunto. Mire sino cómo han conseguido dar caza a la pobre Ellen después de tantos años. Por eso, ha de prometerme dos cosas.

—¿A saber?

—La primera es que tendrá mucho cuidado. No podría cargar con la culpa de haberle enviado a la muerte debido a la información que le he dado.

—¿Y qué más?

—La segunda es que, pase lo que pase, seguirá hasta con esto hasta el final. Ellen y Eddie merecen justicia —rogó de manera apasionada la mujer.

—Se lo prometo, señora Williams. Aclararé este caso cueste lo que cueste. Le doy mi palabra —afirmó Andy con solemnidad al tiempo que estrechaba la mano que la mujer le estaba ofreciendo.

La mujer, que parecía haber envejecido 20 años en una hora, los acompañó hasta la puerta. Salieron de la casa en dirección al coche todavía ligeramente aturdidos.

Andy no hablaba y Peter suspiró en un par de ocasiones. Se montaron en el coche con rapidez, quedándose los dos en silencio durante unos segundos. Andy abrió el dossier policial de Andrej Gabo, hojeándolo con detenimiento.

—¿Qué piensas? —preguntó Peter.

—No lo sé. Creo que quizás tengamos un pez demasiado grande detrás del sedal y no sé si nuestra caña va a poder soportar el peso.

—¿A qué te refieres?

—Quien esté detrás del secuestro de Eddie y la muerte de Ellen ha de ser alguien con mucha influencia. Viendo su ficha, Gabo tuvo que ser uno de los criminales más buscados y conocidos de su época. Y si consiguieron implicarle, tuvo que haber mucho dinero metido en la operación. Y a eso hay que unirle las altas cifras que a buen seguro se pagaron para comprar silencios, entre otros de la policía de Chicago y quien sabe si del FBI —dijo Andy al tiempo que cerraba el dossier y se mesaba los cabellos.

—Parece como si empezases a estar asustado.

—Por supuesto que no. Esos mal nacidos van a pagar por lo han hecho.

Ambos se miraron un segundo y luego sonrieron. Después Peter cogió el dossier policial de entre las piernas de Andy, rozándole ligeramente el muslo. Andy se tensó como las cuerdas de un violín. Abrió su móvil y se puso a hacer fotos con su teléfono a los documentos que había en la carpeta. Andy se le quedó mirando.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Andy visiblemente enfadado.

—Sólo hacer una copia. Después del trabajo que nos ha costado encontrar pruebas, quiero estar tranquilos por si nos los roban o desaparecen. En cuanto acabe te los mando a tu correo electrónico —respondió Peter en tono conciliador.

—¿Correo electrónico? Definitivamente tengo que actualizarme con las nuevas tecnologías. Está bien. Gracias, Peter.

—De nada. ¿Cuál es el siguiente paso, jefe? —preguntó Peter con sorna al tiempo que cerraba el dossier y lo guardaba en la guantera del coche.

—Número 28 de Park avenue. Vamos a la casa de la familia Guinetti.

Desde su posición, Andrej tenía visión absoluta sobre todo lo que sucedía en la calle. Había aparcado el todoterreno en el camino de entrada del garaje de la casa de enfrente de los Guinetti. Sus lunas tintadas evitaban que nadie pudiese observarle. Con sigilo, se bajó de coche y retiró el cartel ocre que anunciaba que la propiedad estaba en venta. El césped húmedo amortiguó sus pasos mientras miraba hacia un lado y a otro. Cuando por fin estuvo seguro, se montó de nuevo en el vehículo. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Tengo que dejar esta mierda —condenó al mismo tiempo que llenaba sus pulmones de humo mentolado.

A unos 50 metros de la casa en sentido sur había una pequeña cafetería haciendo esquina, regentada por una discreta pareja de italianos, el local siempre había sido famoso por servir uno de los mejores frapuccinos de esta zona de la ciudad. En su terraza exterior, abrigado con un elegante chaquetón de cuero negro, un ruso de casi metro noventa llamado Dimitri tomaba con delicadeza una de estas delicias mientras esperaba paciente las órdenes a ejecutar. Por si fuese poco en sentido norte, a unos 100 metros de su posición, estaba aparcado Yaroslav dentro de la furgoneta Ford 250. Esta vez aquel maldito inspector no se le iba a escapar. Su teléfono empezó a vibrar.

—Diga —respondió Andrej con sequedad.

—Soy yo. Nuestros amigos tienen información que te implica. Hemos conseguido verla en el móvil del médico —comunicó la voz de manera fría y distante.

—¿Cómo? ¿Qué clase de información?

—Un momento. Te la estoy enviando.

Un segundo después, Andrej recibió varios archivos adjuntos. Cuando los observó, perdió el poco color que tenía su blanquecina piel.

—Señor, ¿quién le ha entregado estos documentos?

—No lo sé. Ese inspector Harper está resultando ser más molesto de lo esperado.

—Tengo una pregunta que hacerle, señor —afirmó Andrej mientras hacía una pausa—. ¿Cómo demonios ha conseguido usted las fotos?

—Conozco mucha gente, señor Gabo. Algunos de ellos, recibiendo la cantidad adecuada de dinero, hacen verdaderas diabluras con los ordenadores.

—Esto tiene que acabar, señor. Si esto llegase a manos de quien no debe, estaría acabado.

—Has de esperar tan solo un poco más. Para nosotros es vital conocer lo que sabe la hija de Guinetti.

—Pero señor...

—¡No hay nada más que decir, Andrej! —exclamó la voz —Una vez que esa puerta esté cerrada, podrás matarlos. A todos. Ya casi hemos acabado.

—¿Y si esa información llega a alguien que no debe, señor? Sabe que no me da miedo la policía, pero mi cabeza sigue teniendo un precio muy alto para algunos de mis antiguos enemigos. Una lista que, por otro lado, no es precisamente corta.

—No te preocupes. Hemos conseguido instalar un virus en sus teléfonos. Si intentan enviar los archivos a alguien, el virus borrará la placa base del móvil, perdiéndose así todos sus datos. Céntrate en seguirlos, conseguir toda la información y atar todos los cabos. El resto es cosa mía ¿Lo has entendido?

—Sí señor.

Después de colgar, Andrej tuvo un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Desde el principio no había tenido buenas vibraciones con todo este asunto. Ahora solo quedaba seguir adelante o acabaría sus días en una cárcel o en una cuneta. Suspiró y ordenó por los intercomunicadores a sus hombres que estuvieran atentos. Luego se quedó sentado mirando la puerta de la casa de los Guinetti mientras esperaba acariciando el frío acero de su vieja Glock. Minutos después, el sonido de su intercomunicador dio un breve pitido.

—Señor, se acercan desde mi posición —dijo escuetamente Yaroslav.

—Mantente en tu puesto, Yaroslav. En cuanto pasen de largo, enciende el motor y espera órdenes —ordenó Andrej—. Dimitri espera tú también a recibir órdenes.

—De acuerdo —respondió Dimitri.

Segundos después, el inspector Andy Harper y el anestesista Peter Tenway aparcaban delante de la casa de los Guinetti sin saberse observados. Se bajaron del coche con lentitud y se acercaron por el camino de gravilla que atravesaba el césped algo descuidado que inundaba el jardín de la casa. Se detuvieron delante de la puerta y tocaron el timbre. Les abrió una mujer joven, morena y no pasaría de los 30 años. Tras unos segundos de charla, les dejó la puerta abierta, se hizo a un lado e invitó a entrar. Ambos hombres accedieron y después se cerró la puerta tras ellos. Andrej se removió inquieto. Esta fue siempre la parte de los trabajos que peor llevó. Así que, como pudo, se acomodó en el sillón dispuesto a esperar. Si después de matarlos encontraba información importante en su poder, tendría que matar también a la mujer. A Andrej no le gustaba dejar cabos sueltos y, además, esta vez era obvio que no podía hacerlo. Demasiadas cosas estaban en juego. Encendió otro cigarrillo y esperó.

Capítulo 11 - En el buen camino

Mientras todos estos pensamientos recorrían a toda velocidad por la cabeza de Gabo, Andy y Peter se sentaban en un viejo sofá de cuero negro que había instalado en el salón de la familia Guinetti. La mujer se sentó enfrente de ellos, en un pequeño butacón.

—Gracias por atendernos con tan poca antelación, señorita Guinetti —agradeció cortésmente Andy.

—No hay de qué, inspector. Parecía un asunto de extrema urgencia. Mi nombre es Paula, por favor —respondió la mujer—. Ustedes dirán.

—Lo cierto es que es un asunto bastante delicado, Paula.

—No quiero parecer grosera ni maleducada, pero, ¿qué diablos pasa?

—Tiene usted razón. Hemos venido a su casa casi sin previo aviso sin tan siquiera presentarnos. Yo soy el inspector de homicidios de Augusta, Anderson Harper, y este es mi colega, asesor especial del departamento del FBI, el doctor Peter Tenway —se explicó Andy mientras hacía una pausa—. Investigamos la muerte de Ellen Cistar —concluyó Andy esperando ver la reacción de la mujer.

—¿Ellen Cistar? ¿Quién es Ellen Cistar? —preguntó Paula aún más intrigada mientras observaba de arriba a abajo a Andy.

—Tal vez no la conozca usted por ese nombre. Se lo cambió poco después, cuando se mudó de Chicago a Augusta, en el estado de Maine. Ellen Cistar es el nombre de soltera de Ellen Norman —explicó Andy expectante.

Paula Guinetti se puso rígida, se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor del sofá. Andy y Peter la observaron. Después de unos instantes, les miró con la cara cargada de odio.

—¿Ellen Norman? ¡Esa maldita mujer arruinó mi familia! ¡Me alegro de que haya muerto! —exclamó la mujer y se volvió a sentar de golpe en el viejo butacón mientras empezaba a sollozar.

Ambos se miraron en silencio. Peter, con cuidado, se levantó y se acercó a la mujer, ofreciéndole una pequeña caja de pañuelos que había en una pequeña mesilla auxiliar. La joven cogió uno, se sonó abiertamente y, poco a poco, se recompuso.

—Ustedes no lo entienden. Esa mujer presionó a mi padre contándole todo el asunto de la desaparición de su hijo. Y él comenzó a investigar el caso y se acabó obsesionando. Sufrimos mucho por todo aquello.

—¿Cómo conoció Ellen a su padre? —preguntó Peter.

—Desde hacía años, nosotros íbamos a almorzar todos los sábados al “Antonelli’s”, un italiano muy conocido de la calle Cuarta. Y, al parecer, esa mujer y su familia también tenían esa costumbre. Era un local muy transitado y, sinceramente, ninguno de nosotros los recordaba. Un día, meses después de la desaparición, el dueño del restaurante llamó a mi padre a un apartado para hablar con él. Él sabía que era inspector de policía y fue quien los puso en contacto y les presentó.

—¿Sabe si ese hombre podría tener algún motivo especial para inmiscuirse en el asunto?

—¿Don Paolo? Lo dudo mucho. Creo que, como buen italiano, su única intención era ayudar y, si podía, cotillear un poco al mismo tiempo. Después todo sucedió muy deprisa y nuestra vida se rompió para siempre. Nunca he vuelto a pisar ese maldito restaurante —explicó la joven con la voz languideciendo por segundos.

Andy y Peter asintieron. Después de un instante, la mujer continuó.

—Como ya sabrán, mi padre era inspector de homicidios. De hecho, ni siquiera pertenecía al departamento de desaparecidos. Pero él siempre fue un hombre demasiado bueno. Posiblemente incluso demasiado sentimental, si me lo permiten. Por eso, tras conocer a Ellen, tuvo claro lo que quería hacer.

—Bajo mi punto de vista, ser demasiado sentimental no se puede considerar un defecto —interrumpió Peter.

—En el departamento de policía de Chicago de aquella época si lo era.

Andy miró a Peter mientras meneaba la cabeza de un lado a otro. Tras captar el mensaje subliminal, se calló y dejó que la mujer continuase hablando.

—Mi padre enseguida se sintió implicado con la desaparición del pequeño Eddie. Así que, a pesar de las reticencias de mi madre, empezó a investigarlo en su tiempo libre. Poco a poco, el caso se fue complicando. A veces venía a casa después de varios días estando fuera, se duchaba y se marchaba de nuevo —siguió explicando la joven mientras sacaba un pañuelo y se secaba la cara—. Los muros eran cada vez más infranqueables y nuestra familia comenzó a resentirse.

—¿Cómo sobrellevaban esas ausencias? —preguntó Andy.

—Muy mal. De hecho, eso fue el principio del fin de la relación de mis padres.

—¿Por qué motivo?

—Por culpa de los celos patológicos de mi madre.

—No entiendo bien a que se refiere.

—Ella no quería que nada ni nadie se acercase a mi padre. Nunca íbamos a casa de amigos ni ellos salían al cine o a cenar con otras parejas. Y el hecho de que él pasase días enteros pendiente de una joven viuda no le hacía, por decirlo de alguna forma, demasiada gracia.

—Así las cosas empeoraron.

—Y no sabe hasta qué punto. Las peleas y discusiones empezaron a ser continuas. Llegó un momento en el que no hablaban con respeto. Y luego llegó aquel maldito sobre.

Andy y Peter se enderezaron al unísono.

—Una noche, estando mi padre fuera, alguien llamó a la puerta. Cuando fui a abrir no vi a nadie pero, encima del felpudo, había un sobre de color salmón con el nombre de mi madre escrito en el dorso. Lo cogí y cerré la puerta. Llamé a mi madre y se lo entregué. Cuando lo abrió, la vi palidecer. Temblando, me ordenó que cruzase la calle y fuese a casa de la señora Weasley, nuestra vecina, y me quedase allí —concluyó la mujer.

La joven arrancó de nuevo a llorar. Sus manos temblaban y el rímel se agolpaba desordenado por sus mejillas.

—¿Qué había en el sobre, Paula? —tanteó Andy mientras se sentaba en el borde del sillón.

—No lo descubrí hasta semanas después. Mi padre, que jamás había tocado el alcohol, empezó a beber sin medida después de lo que sucedió con mi madre. Una noche entré en el salón y me lo encontré en ese sofá casi inconsciente. En el suelo, al lado de una botella de whisky casi vacía, había un montón de fotos desordenadas de esa tal Ellen y mi padre en actitud cariñosa. En ese momento, de haber tenido fuerzas y valor, probablemente le habría matado.

—Tuvo que ser muy duro.

—Lo fue, inspector. No se puede hacer una idea.

—Por cierto, Paula —interrumpió Peter—. No nos ha contado que le sucedió a su madre.

—¿Cómo? ¿Es que no lo saben? —preguntó la joven sorprendida—. Esa noche, después de enviarme a casa de la vecina, mi madre subió a su habitación y se puso el vestido de los domingos. Encendió la radio, cogió un revólver de mi padre, se tumbó sobre la cama y se voló la cabeza.

Andy y Peter se quedaron atónitos. Con los ojos como platos no paraban de mirarse entre sí y observar a Paula. Tras superar la sorpresa que arrojaba la nueva información, Andy retomó el mando de la conversación.

—No teníamos ni la más remota idea. Lo siento mucho, Paula. No lo sabíamos.

—Menudo infierno habrá pasado —asintió Peter—. No me puedo ni imaginar por lo que habrán pasado.

—Un infierno en vida. No se lo deseo ni al peor de mis enemigos.

—Usted no fue responsable de nada. No tiene que culparse.

—Ya lo sé, inspector. Pero, durante muchos años, me odié por meter aquel maldito sobre en casa. De no haberlo hecho, probablemente mi madre seguiría viva. Eso por no hablar de que la relación con mi padre se deterioró hasta extremos insospechados. Le odié con tanta fuerza que, a día de hoy y pasados tantos años, todavía no lo he superado del todo.

—¿Y su padre? ¿Cómo reaccionó?

—Al principio se quedó en un estado casi catatónico. No hablaba, no comía, apenas dormía. Sólo se le veía despierto cuando salía a la calle, en busca de esa maldita fulana —dijo Paula con resentimiento.

—¿Siguió investigando?

—Sí, por supuesto. Yo diría que hasta se obsesionó más con el tema. Yo no podía entenderlo. Su mujer se acababa de suicidar y él sólo tenía tiempo para aquella buscona y su estúpido hijo desaparecido. Parecía que yo no le importaba lo más mínimo.

—¿Qué pasó la noche que su padre murió?

—Un par de meses después de aquello, regrese a casa más tarde de la cuenta. El tren de la línea 23 tuvo una avería y estuvimos cerca de dos horas detenidos en mitad de un túnel. Cuando llegué al principio de la calle, vi su coche aparcado en la puerta. Entré en casa y le llamé un par de veces. Nadie respondió. Me había acostumbrado a hacer mi vida en solitario ya que mi madre

estaba muerta y mi padre era como si lo estuviese. Aun así me extrañó bastante no escucharlo. Tuve la sensación de que algo no iba bien. Subí al primer piso y fui a la habitación de mis padres. El suelo estaba lleno de agua y toda la habitación revuelta.

—¿Habían registrado la habitación?

—No lo sé con absoluta seguridad. También era posible que hubiese sido mi padre en un ataque de ira tras una borrachera.

—Continúa, por favor.

—Entré en el baño y allí estaba. Hundido en el fondo de la bañera, con los ojos cerrados y una mano en el pecho. Debía llevar un buen rato muerto. Cerré el grifo y llamé a la policía —terminó la joven al tiempo que un par de lágrimas rodaron por sus mejillas—. Ni siquiera intenté reanimarle.

—¿Cuánto tardaron en llegar los equipos de emergencia?

—Lo cierto es que llegaron muy pronto. La policía llegó a casa a los cinco minutos y la ambulancia llegó a continuación. Yo me quedé en el salón, en estado de shock.

—Tuvo que ser horrible.

—Sí. Lo único bueno es que solo pasó media hora hasta que se llevaron el cuerpo. Al día siguiente recibí una llamada de la central. Me contaron que mi padre estaba borracho cuando se ahogó. No quise saber más y colgué.

Andy se levantó del asiento y empezó a dar vueltas. Se cerró en sí mismo, comenzando a caminar en círculos. De repente, sorprendiendo a Peter y Paula, se giró y se acercó a la mujer.

—¿Encontraron una botella de whisky u otro licor fuerte cerca al lado de su padre, verdad? —preguntó Andy.

—Sí, casi vacía. ¿Cómo lo sabe? —respondió incrédula la chica.

—Señorita Guinetti, necesito que me dé permiso para exhumar el cadáver de su padre —rogó Andy.

—¡No! —exclamó la mujer con un grito ahogado.

—Es imprescindible para mi investigación. Le aseguro que cambiara de manera notable la percepción de las situaciones que ha vivido. Entiendo su dolor, pero debe comprender... —empezó a decir Andy antes de ser interrumpido.

—No es que no me oponga, inspector. Es que es absolutamente imposible. El cuerpo de mi padre fue incinerado.

—¿Incinerado? ¿No llegaron a hacerle la autopsia?

—No hubo tiempo. Alguien cometió un error en la funeraria y fue incinerado por accidente. Mi padre hubiese preferido un entierro tradicional, pero no pudo ser.

—¿Un error, dice? Cada vez lo tengo todo más claro —exclamó Andy, al tiempo que se sentaba enfrente de la sorprendida mujer—. Su padre fue un héroe, señorita Guinetti.

—Pero ¿qué está diciendo? Era un buen policía, pero de ahí a declararlo un héroe...

—Yo creo que sí, Paula. Le diré lo que pienso. Su padre empezó a investigar el secuestro del niño y se encontró con un asunto que iba más allá de la propia desaparición. Yo mismo me he visto expuesto a distintas presiones, desde dentro y fuera del departamento, desde que investigo la muerte de Ellen. Estoy seguro que hay implicadas algunas personas muy influyentes, tanto en la desaparición de Eddie como en la muerte de Ellen. Lo estaban cuando su padre investigaba y lo siguen estando ahora. Necesito que me responda a algo ¿Las fotos de su padre y Ellen eran muy explícitas?

—La verdad es que no. En una salían dándose un abrazo y en otra mi padre le estaba colocando el brazo por encima de su hombro. En otras sólo charlando en una cafetería o en el banco de un parque. Ahora que lo dice, ninguna de esas fotos demuestra con claridad que ambos tuviesen una relación sentimental.

—Eso es porque no la tenían. Las mismas personas que me han estado siguiendo desde que comencé a investigar, lo hicieron con su padre. Tomaron las fotos y se las dieron a su madre, buscando la confrontación entre ambos y pensando en conseguir que su padre se retirase de la investigación. Los efectos conseguidos seguro que excedieron lo esperado en varios sentidos.

—¿A qué se refiere?

—En primer lugar, los implicados seguro que no esperaban el suicidio de su madre. Eso fue para ellos un golpe de suerte. Suponían que su padre se retiraría del caso y sus problemas se esfumarían. Entonces, su padre hizo lo inesperado. En vez de llorar la muerte de su mujer y abandonarlo todo, le dedicó al mismo todos sus esfuerzos. Dejó a las noches y al alcohol como únicas vías de escape a sus remordimientos. Por segunda vez eso, a buen seguro, sorprendió a los implicados. Es probable que su padre descubriese algo importante, o tocó alguna tecla peligrosa dentro de la melodía. Se pusieron nerviosos. Sabían que la determinación del inspector no tardaría en encontrar pruebas. No lo podían permitir. Por eso tuvieron que actuar —terminó de decir Andy.

—¿Qué quieres decir, Andy? —preguntó Peter.

—Seguro que ellos sabían de los problemas de alcohol de tu padre. Supongo que no debe de ser difícil meter algún tipo de droga o sustancia que provoque efectos parecidos a un infarto en una botella de bourbon. La casa estaba todo el día prácticamente vacía, contigo estudiando fuera y tu padre investigando. Tu padre, como todas las noches, llega a casa y ahoga sus penas con el whisky sin saber que está firmando su sentencia de muerte. Una vez lo ven inconsciente, lo suben arriba, lo desnudan, llenan la bañera de agua y lo tiran dentro. Parece un accidente.

—Pero, ¿y la policía?

—Los policías que llegaron esa noche a tu casa es más que probable que estuviesen implicados en la trama. Eso explica por qué llegaron tan pronto. Creo que la muerte de tu padre no fue accidental. Fue un asesinato.

—Aunque sea cierto, ¿no hubieran detectado esos tóxicos en su sangre? —preguntó sorprendida la mujer.

Andy se mantuvo en silencio mientras observaba a Peter y a Paula que lo miraban incrédulos. Unos segundos después, Peter se levantó bruscamente.

—¡La incineración! ¡No llegó a hacerse la autopsia de su padre porque fue incinerado! Ellos

consiguieron eliminar las pruebas eliminando todo rastro de ellas. Brillante —dijo Peter mientras se sentaba de nuevo en el sofá.

—Leí los datos en el informe policial sobre la muerte de tu padre. No decía nada de una botella de whisky ni que la habitación estuviese revuelta. Sin duda, hay algún estamento policial de Chicago que también está implicado en todo este asunto.

Todos se mantuvieron en silencio. Lo descubierto esa noche cambiaba el enfoque de la investigación. Con policías implicados, la posible lista de aliados de Andy se reducía cada vez más, y lo sabía. Estaban prácticamente solos.

—¿Sabes si tu padre guardaba documentación en algún sitio? —pregunto Andy.

—Sí, guardaba varias cajas en el garaje.

—¿Podríamos verlas? —preguntó excitado Andy.

—No. Pocos meses después de fallecer mi padre hubo un incendio en el garaje. Quedó reducido a escombros. Nada de lo hubiese guardado allí mi padre se pudo salvar. Ahora que lo pienso, ¿no sería también provocado? —cuestionó la joven ligeramente asustada.

—Es probable. Supongo que querrían asegurarse de que quedaban destruidas todas las pruebas del caso. ¿Sabe algún sitio donde su padre hubiese podido esconder información?

—No lo sé, inspector. Aunque ahora que lo dice... —respondió Paula a quien, de pronto, se le pareció encender un interruptor dentro de la cabeza.

—¿Qué? Dígame lo que sea, Paula. Cualquier idea que tenga. Hable —apremió Andy.

—Está la casa de verano de mi abuelo, en las afueras de Muskegon.

—¿Muskegon?

—Sí, una pequeña propiedad que tenían mis abuelos donde pasábamos los veranos. Está a pie del lago Michigan, frente por frente a Milwaukee.

—No lo conozco.

—Es un pequeño pueblo pesquero, bastante turístico y pintoresco. Llevo más de 10 años sin ir. Una semana después de morir mi madre, encontré las llaves de la casa al lado de su cartera mientras él dormía en el suelo del salón. Lo desperté a voces, gritándole que mi madre sólo hacía una semana que estaba muerta y él ya estaba yendo de picnic al lago con aquella ramera —confesó la joven sorprendida de sus propias palabras, empezando además a llorar.

Andy se levantó y le pasó la mano por el hombro.

—Usted no sabía lo que ocurría. Su dolor era normal y su reacción, lógica. ¿Qué le respondió?

—Lo primero que dijo fue que nada de aquello era lo que parecía. Como yo seguí atacándole, me echó de la habitación diciéndome que no era asunto mío. Cuando le volví a increpar, se levantó y se fue. Ojalá no lo hubiese hecho.

—Escúcheme con atención, Paula. Necesito ir a echar un vistazo a la casa del lago. ¿Tiene algún inconveniente en ello?

—De ningún modo. Espere, que le doy las llaves. La dirección completa está escrita en el

llavero —respondió la joven al tiempo que se levantaba y cogía un pequeño llavero de un cajón de la cómoda del salón.

—Gracias. Otra cosa: debe usted abandonar la ciudad.

—¿Pero que está diciendo? ¿Acaso se ha vuelto loco?

—En absoluto. Estamos removiendo asuntos bastante turbios. A nosotros mismos nos han estado siguiendo y creo que, desde este mismo momento, está usted en peligro. No le diga a nadie dónde va, ni siquiera a mí. Y debe irse inmediatamente. Esta noche para ser más precisos.

—Me está asustando, inspector.

—No es mi intención, Paula. La casa supongo que tiene una puerta trasera, ¿no es así?

—Sí. Detrás de la cocina. Es un callejón que va a parar a la calle Stranton.

—Está bien. Haga una pequeña bolsa, coja lo imprescindible, salga por detrás y, si en una semana no consigo localizarla, vaya a ver a este hombre. Es agente del FBI en Boston —dijo Andy al tiempo que sacaba la tarjeta del agente Harry Norris y se la entregaba.

—¿Está seguro que esto es necesario?

—Son precauciones, y aunque es probable que no pase nada, no quiero correr riesgos. Ha de estar tranquila. Harry... el inspector Norris es una persona de total confianza. Cuénteles todo lo que hemos hablado hoy aquí. No se fie de nadie ni llame por teléfono. Evite sacar dinero con tarjetas y cuando se conecte a Internet evite usar cuentas de email, redes sociales o similares. La situación, si no me equivoco, va a empeorar —dijo Andy al tiempo que se ponía de pie.

La joven, todavía en estado de shock, asintió con la cabeza y se levantó, marchándose por las escaleras en dirección al piso superior. Diez minutos después, bajaba con una pequeña bolsa de deporte.

—¿Cuánto dinero tiene?

—Unos 800 dólares.

—Tome. Aquí hay 400 dólares más. Con esto ha de tener suficiente dinero para un par de semanas. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Entendido.

—Está bien. Saldremos al mismo tiempo. En cuanto escuche que cerramos la puerta delantera, salga en silencio por detrás. No podemos saber si nos vigilan, así que nos quedaremos cuatro o cinco minutos delante del jardín hablando para llamar la atención. Recuerde, nada de llamadas, ni tarjetas, ni móvil ni internet. Deje un par de luces encendidas. Suerte, Paula —deseó Andy mientras le estrechaba la mano a la joven.

—Gracias. Y tengan cuidado. Quiero que me prometan...

—Lo sé, Paula. Quiere que le prometa que atraparé a los que han montado este circo. No se preocupe, esa promesa ya se la he hecho a otras dos personas más. Y cumpliré con mi palabra. Siempre lo hago —dijo Andy mientras se giraba y se despedían de la joven, que se encaminaba hacia la puerta de la cocina.

Capítulo 12 - Una casita en Muskegon

Andrej estaba impaciente. Llevaban algo más de media hora dentro de la casa. Si la mujer no hubiese sabido nada, la visita hubiese sido más corta. Eso sólo significaba una cosa: la mujer sabía algo y, por consiguiente, debía morir. La situación seguía complicándose. La acidez de estómago hacía que Andrej se retorciese inquieto sobre el asiento. Siempre le había pasado cuando se encontraba en situaciones de estrés. Cogió su walkie cuando vio encenderse la luz del porche. Se mantuvo unos segundos en silencio mientras observó cómo Andy y Peter salían por la puerta de la casa, quedándose de charla en el jardín, justo delante del coche. Qué fácil habría sido eliminarlos entonces.

—Yaroslav, en cuanto te avise, arranca y acércate a la puerta de la casa. Detente delante —ordenó Andrej.

—Entendido —contestó Yaroslav.

—Dimitri, tú mantente en tu puesto y observa la dirección que toman con el coche cuando salgan. En cuanto se vayan, ve para casa de la mujer y máatala. Sin rastros y que sea profesional. Luego, prende fuego a la casa.

—¿Y cómo les sigo luego?

—No lo harás. Mi coche está aparcado enfrente. Dejaré las llaves puestas. Vuelve con Ivasnitch. ¿Entendido? —preguntó Andrej.

—Sí —respondió Dimitri.

—Bien. Mantened los ojos abiertos —dijo Andrej al tiempo que cortaba la comunicación.

Andy y Peter estuvieron hablando algo más de cinco minutos. Luego Andy miró algo en el móvil y, haciendo una señal a Peter, se encaminaron hacia el coche. Se montaron y arrancaron, saliendo a toda velocidad hacia la esquina de la cafetería.

—Yaroslav, ven ahora. Dimitri, ¿qué dirección han tomado? —dijo Andrej con aplomo.

—Sudeste. Parece que salen de Chicago —respondió Dimitri.

—Perfecto. Dimitri. Ahora ve a por la mujer. Y ya sabes, debes ser rápido y profesional —dijo Andrej mientras se bajaba del coche y se dirigía al coche de Yaroslav.

—De acuerdo —volvió a responder Dimitri con frialdad.

Andrej se montó en el vehículo y salió con rapidez de la calle. Doblaron la esquina y enfilaron la avenida en busca del explorador de Andy. No sabía hacia dónde iban el inspector y Tenway pero lo que sí sabía es que no iba a dejar pasar más oportunidades. A la siguiente ocasión que tuviese los liquidaría. Le daba igual si el jefe se enfadaba. No iba a arriesgarse a que aquel maldito Harper siguiese con su investigación. Y Tenway debía ser silenciado con él. Eran los últimos cabos sueltos. Un pitido de su intercomunicador le sobresaltó.

—Soy Dimitri. La mujer se ha esfumado —notificó el gigantón ruso en tono indiferente.

—¿Qué quieres decir con que se ha esfumado? —gritó Andrej.

—No está en la casa. He subido al piso de arriba. Tenía los cajones abiertos y revueltos. La

puerta de la cocina estaba abierta. Debe haber huido por detrás. He salido al callejón trasero y estaba desierto. ¿Qué hago? —preguntó Dimitri.

Aquella pregunta irritó de sobremanera a Andrej. Suspiró, dejó pasar unos segundos para serenarse y abrió de nuevo el canal de radio.

—Móntate en el coche y espera media hora. Si en ese tiempo no ha vuelto la mujer, quema la casa de todos modos. Luego habla con Ivasnitch. Encuéntrala y hazla desaparecer. ¿Entendido? —dijo Andrej en tono amenazador.

—Entendido.

El doble pitido indicó el fin de la conversación. Andrej tenía cada vez peores sensaciones. Instantes después divisaron, a unos 300 metros, la silueta recortada del coche de Andy y Peter. Andrej sacó la pistola y retiró el cargador. Sacó las relucientes balas de punta hueca y las observó concentrado mientras las veía caer en la palma de su mano. Luego, con lentitud y parsimonia, empezó de nuevo a recargar la pistola besando uno a uno los proyectiles. Era un ritual que había hecho durante más de veinte años y que siempre le salvó el pellejo. Esperaba que, al menos, funcionase una última vez.

Andy conducía en tensión. Desde que se habían montado en el coche no había abierto la boca. Antes de subirse comprobaron que el pequeño pueblo de Muskegon estaba a unos 300 kilómetros. Quedaban un par de horas de coche. Andy miró de soslayo a Peter.

—Duerme si quieres, Peter. Queda un buen rato de carretera. Yo te aviso y te despierto.

—No tengo sueño. Lo único que sucede es que no tengo costumbre de hacer tantos kilómetros en coche —contestó Peter al tiempo que bostezaba—. Por cierto, ¿de verdad crees que Guinetti fue asesinado?

—Sí. Cada vez tengo más claro que detrás de la desaparición de Eddie hay algo más. Guinetti lo descubrió y tanto él como su familia pagaron un alto precio. Ellen también lo sabía. Y a pesar de cambiarse de ciudad y nombre, fue encontrada y asesinada. Hay que encontrar al responsable de todo esto. Esto debe acabar aquí —concluyó Andy con determinación.

—Cuando te conviertes en Harry “el sucio” te encuentro irresistible —afirmó Peter de manera espontánea.

Aquello cogió a Andy desprevenido. Miró a Peter y sonrió. Le empezaba a gustar aquel atractivo anestesista cada vez más. Si salían con vida de aquello, puede que hubiera alguna posibilidad para que ambos tuviesen un futuro juntos.

Aproximadamente dos horas después de haber abandonado Chicago, el vehículo entró por una escueta carretera costera que surgía de lo alto de la colina. A sus pies, acurrucado como un gato en invierno cerca de la chimenea, aparecía un pequeño pueblo al abrigo de una bonita bahía. En el extremo norte, aprovechando un espigón natural de roca que surgía de la colina, se acomodaba un puerto en el que se mezclaban destartaladas embarcaciones de pesca con otras muy modernas de recreo. La parte antigua de la ciudad quedaba reducida a un montón de viejas casas de pescadores y restaurantes a pie de embarcadero. Luego, hacia el interior de tierra firme, se extendían un sinfín de urbanizaciones y barrios residenciales repletos de tiendas, restaurantes y cines. Atravesaron

sus desiertas calles en una visión casi apocalíptica. Muchos de los negocios estaban cerrados, esperando al sol y al buen tiempo para abrir sus puertas. Andy miraba con cuidado los nombres de las calles, mientras Peter empezó a teclear en el móvil de manera compulsiva.

—¿Sabes que tiene censados sólo seis mil personas en invierno? En verano, en cambio, se calculan que hay alrededor de 35.000 mil.

—Pasa bastante a menudo. Sobre todo, en sitios turísticos costeros como este.

—Gira la cuarta a la izquierda. Luego sigue recto y, a unos 300 metros, coge la segunda salida en la rotonda. Aproximadamente un kilómetro después habremos llegado —ordenó Peter divertido.

—¿Sabes cómo llegar?

—Google maps. Para ser policía estás un poco desfasado. Normal que tardéis tanto en coger a los maleantes. Os llevan siglos de ventaja en tecnología —respondió Peter mientras giraba la pantalla del móvil a Andy para que la pudiese ver.

—No es eso. Lo que pasa es que no me gusta usar la tecnología para todo.

—¿Para todo? Te voy a dar un voto de confianza. ¿Qué usas para redactar informes?

Andy recordó la imagen de su vieja Olivetti encima de su escritorio. Le costó una tercera parte de su primer sueldo cuando apenas tenía 18 años. Le acompañó en el ejército y ahora vigilaba su despacho de la comisaría. Sonrió con gesto torcido. Necesitaba un curso de choque en nuevas tecnologías. Sería uno de los próximos objetivos a cumplir cuando estuviese de nuevo en Augusta. Si es que volvían.

Siguió las indicaciones de Peter y unos tres minutos más tarde estaban delante del porche de la pequeña casita de verano. Estaba sola, a los pies de una estribación que dejaba que la casa quedase escondida detrás de la misma. Era una pequeña construcción de principios de siglo, con dos plantas. Estaba pintada de blanco con las ventanas en azul marino, aunque su estado de dejadez era absoluto. Andy dejó el coche delante y sacó las llaves del contacto. Acercó la mano a la guantera y extrajo de ella su pistola. Peter se sobresaltó al ver el arma. Luego, con la mano, le hizo un ademán para que bajasen del coche. Peter seguía bloqueado mientras miraba la pistola de Andy.

—Es sólo por precaución. La verdad es que esto parece estar desierto —afirmó Andy mientras daba una afectuosa palmada en el hombro a Peter. El anestesista asintió y se bajó del vehículo. Ambos se encaminaron a la puerta sin saberse observados.

A unos doscientos metros, dos individuos vestidos de riguroso negro andaban a escondidas por el bosquecillo que discurría cercano a la casa. Andrej había dejado los intercomunicadores en el coche. Iban armados cada uno con dos pistolas más otra arma corta. Andrej, con una escopeta Leone YG1265, de doble cañón, ruidosa y expeditiva en las distancias cortas. Yaroslav llevaba su pequeña UZI con cargadores dobles que disparaban más de 20 balas por segundo. Esta vez no habría sorpresas.

—Yo entraré por detrás. Luego tú, cuando oigas el primer disparo, ve por la entrada principal. No necesito hablar con ninguno. Dispara a matar. Si me sucede algo, acaba con ellos de todas formas. Luego mete los cuerpos dentro y prende fuego a la casa, ¿entendido? —ordenó Andrej con

frialdad.

Yaroslav asintió, indiferente. Para él sólo era un trabajo más. Andrej se colocó sus gafas de visión nocturna y siguió andando por las lindes del bosquecillo, perdiéndose en la oscuridad. Caminó despacio, acercándose a la casa mientras se parapetaba en casi cualquier objeto. Con destreza militar, llegó a la puerta trasera de la casa sin hacer el menor ruido. Tocó con suavidad el pomo de la puerta e intentó girarlo. Giró emitiendo un chirrido casi imperceptible. Andrej sonrió. Esto iba a terminar esta noche. Cargó sus pistolas y sacó su escopeta Leone. Tomó aire y con sigilo abrió la puerta, sumergiéndose de lleno en la oscuridad. Un minuto después de ver a Andrej perderse por el lateral de la casa, Yaroslav escuchó un primer disparo seguido de un segundo. Salió de su escondite y fue corriendo en dirección a la puerta de la entrada principal. La derribó de una patada y entró disparando una primera ráfaga de barrido con su UZI. Después, durante un par de segundos, todo quedó sumido en el más absoluto silencio. Yaroslav escuchó entonces un leve siseo. Miró al suelo y vio a Peter tirado en el suelo desde una esquina apuntándole a la cabeza con una pequeña pistola. El enorme ruso hizo ademán de apuntarle con su pequeña ametralladora, pero no tuvo tiempo. El doctor, que lo tenía encañonado, disparó tres veces sobre el ruso. Dos balazos impactaron de lleno en su pecho y el último le entró por la parte inferior de la mandíbula, quedándose alojado dentro de su cráneo. Con la mirada de sorpresa congelada en su rostro, Yaroslav se desplomó al suelo mientras la sangre brotaba abundantemente de cada uno de sus humeantes orificios. Su mirada inexpresiva le confirmó a Peter algo que era evidente: estaba muerto. Con la pistola todavía humeante en su temblorosa mano Peter se acercó a la cocina donde Andy tenía encañonado a Andrej, que sangraba del hombro izquierdo. En el respaldo de una silla todavía estaba la chaqueta de Andy, que lucía un bonito agujero.

—El otro está muerto —confirmó Peter temblándole la voz—. Le he matado. Le he apuntado al pecho y le he disparado tres veces. Yo. Le he matado yo —terminó de decir mientras se autoconvencía de los hechos con el sonido de su propia voz.

—Si no lo hubieses hecho tú serías ahora mismo el que estaría tirado en el suelo, seguramente muerto. Has hecho bien, Peter —dijo Andy mientras miraba de soslayo a Andrej, que se mantenía apoyado en la pared con el brazo que le quedaba sano en alto.

—¡Me has jodido el hombro, imbécil! —escupió Andrej.

Los tres hombres, durante unos segundos, se miraron en un tenso silencio.

—¿Por qué has intentado matarnos? ¿Acaso no sabes que soy inspector de homicidios? Asesinar a un agente de seguridad de EEUU es un delito federal muy grave.

—Ya lo sé, inspector Harper. No creerá usted que no sabemos quién es y a qué se dedica. Lo sabemos todo: su pasado, su carrera profesional, sus ambiciones, su futuro... hasta sus gustos sexuales —explicó Andrej remarcando el tono de estas últimas palabras.

Andy sonrió. Desde que vio el rumbo que tomaba la investigación había asumido que tarde o temprano su vida privada se vería expuesta. Andrej siguió hablando.

—Tendrá que matarme, inspector. No obtendrá ninguna información de mí. Soy un profesional y, aunque he de reconocerle que me ha sorprendido su eficacia, nunca llegará al final de todo este asunto —reconoció Andrej al tiempo que disimuladamente retrocedía su mano izquierda en busca del pequeño revolver que tenía detrás de su espalda.

—Deje quieta esa mano, señor Gabo —ordenó Andy al tiempo que aumentaba la tensión de sus manos y brazos —soy un excelente tirador y no dudaré en apretar el gatillo. Su hombro da fe de ello. Y como usted me conoce de una manera tan completa, sabrá que lo que digo es cierto. Teniendo en cuenta además que estamos a menos de tres metros, como alguno de los dos le dispare, es hombre muerto.

—Así que sabe mi nombre. Le habrá sido difícil conseguir mi expediente. Parece que hemos subestimado sus capacidades, inspector.

—No crea, señor Gabo. Sólo hay que saber observar con atención y tener paciencia. Todos los criminales cometen errores. Y ustedes no han sido una excepción. Por cierto, ¿quién más está implicado en la desaparición de Eddie y la muerte de Ellen? ¿Quién le paga, Andrej?

—¿De verdad cree que soy tan torpe, señor Harper? Mis patrocinadores son gente inalcanzablemente poderosa para un don nadie como usted. Nunca sabrá quién ordenó el secuestro del niño y la muerte de su madre. Le mataran antes. De hecho, los dos están ya sentenciados.

—Tú eres el que está sentenciado, escoria —afirmó Peter que hasta ese momento había permanecido al margen y que apuntaba peligrosamente nervioso a la cabeza del antiguo militar croata.

—¡Quieto Peter! Eso es precisamente lo que quiere. No se lo vamos a poner tan fácil, ¿verdad? —inquirió Andy mirando de reojo al anestesista—. Tienes dos salidas. Puedes colaborar y ayudar en la investigación. Aunque me repugne puede que posiblemente vayas a un programa de protección de testigos con lo que conseguirías salvar tu asqueroso pellejo. La otra opción es menos positiva para ti —dijo enigmático Andy.

—¿Y cuál es esa segunda opción, inspector?

—Sacar el arma que tienes guardada en la espalda e intentar matarnos antes que uno de los dos te mate. Aunque ese camino, siendo realistas, no sería muy compatible con tu vida.

Andrej miró a los dos hombres con una sonrisa en el rostro. Ambos eran buenos tiradores. Si intentaba sacar la pistola de su axila o el revólver de su espalda podría, con suerte, disparar a uno de ellos. El otro, a buen seguro, lo acribillaría. La opción de colaborar no le terminaba de seducir. Tenía tantos enemigos que alguno le acabaría dando caza o en la cárcel o bien en protección de testigos. Él mismo eliminó por encargo varios sujetos de este programa por encargo en sus primeros años en Chicago. Sólo había que buscar un eslabón débil en la cadena y pagar bien por la información. Todos los caminos conducían al fin de su existencia. Se había convertido en un lastre. Su suerte estaba echada. Sólo quedaba una cosa por hacer.

—Está bien, inspector. Colaboraré. No creo que me quede más salida —asintió Gabo mientras extendía las dos manos esperando ser esposado.

Andy se acercó con cuidado a Gabo. Cuando estaba a menos de un metro, Gabo sorprendió a Andy sacando un cuchillo de debajo del antebrazo. Fue directo a por el inspector, que dio un paso hacia atrás, sorprendido por la rapidez del militar. Se escuchó entonces una detonación sorda y un disparo impacto en el costado izquierdo de Gabo cuando ya estaba casi acariciando la piel de Andy con su cuchillo. Al escuchar la detonación, reaccionó levantando su arma y disparó dos veces sobre el pecho de Gabo, que cayó hacia atrás de espaldas, quedando sentado en el suelo con la espalda apoyada en una columna. Empezó a toser y escupir grandes cantidades de sangre

mientras sonreía, con la boca abierta de par en par.

—¡Es increíble que después de todo, vaya a morir aquí, en el suelo de una casita de playa abandonada en medio de ninguna parte! —balbuceó Andrej entre estertores mientras se tocaba con la yema de los dedos los orificios de bala del pecho.

—¿Dónde está Eddie, Andrej? Está muerto, ¿verdad? ¿Quién está detrás de todo esto? ¡Ayúdeme a que esto acabe aquí, Andrej! ¡No tiene sentido que no lo haga! —suplicó Andy mientras seguía apuntando a Gabo.

Andrej Gabo miró sorprendido a Andy. Aquel tipo no se rendía. Por lo menos, no lo había matado un don nadie sino un buen policía. De esos de los que ya no quedaban. Reuniendo las fuerzas que pudo, hizo un esfuerzo por hablar.

—El chico murió tan solo unas horas después de desaparecer. Me pagaron por secuestrarlo y por deshacerme del cuerpo —confesó Andrej mientras un ataque de tos le hacía convulsionar de manera abrupta.

—¿Dónde está el cuerpo? —gritó Andy.

—Restaurante Tony's, En Waterville. Es mío. En el despacho, debajo de la mesa. Falso suelo —dijo Andrej en tono casi inaudible mientras se iba apagando como una vela.

—¡No te mueras todavía! ¿Quién te pago? ¿Por qué escogieron al niño? —gritó Andy que había soltado la pistola en el suelo y zarandeaba a Gabo agonizando.

Gabo, más en el otro mundo que en éste, volvió un instante en sí y de manera casi imperceptible, abrió la boca.

—Novosafe. Ellos son los que... —exhaló Andrej Gabo con su último aliento al tiempo que su vista se nublaba y su corazón dejaba de latir.

Andy se quedó unos segundos en suspenso. Tras comprobar el pulso del hombre en el cuello, lo dejó apoyado en el suelo. Suspiró y se puso a registrar con cuidado el cadáver del mercenario. Encontró un móvil de última generación y una cartera con unos dos mil dólares. Ni un documento acreditativo o cualquier otra pista. Cogió el móvil y lo guardó, dejando la cartera en el bolsillo donde lo había encontrado. Luego se levantó y se acercó al fregadero donde se empezó a lavar las manos.

—¿Te suena el restaurante que ha dicho? —preguntó Andy mientras miraba a Peter, que todavía estaba pálido.

—Sí, es un restaurante italiano. Se come bien y a un precio decente. Nunca había visto a Gabo por allí, la verdad —contestó Peter a quien todavía le temblaba la voz.

—¿No es la empresa NOVOSAFE la responsable del programa ese que era un almacén de datos médicos? ¿Cómo se llamaba? —volvió a preguntar Andy que rebuscaba en los cajones algún trapo donde secarse.

—RESLIAS. El programa es RESLIAS. Y sí, está creado por NOVOSAFE.

—Curioso, ¿no es cierto?

—¿Crees que una empresa como NOVOSAFE está implicada en el secuestro de un niño hace

diez años y en la muerte de su madre?

—Además de los niños y los borrachos, los que van a morir rara vez mienten. Al menos, a mí nunca me ha pasado.

Ambos se quedaron en silencio. Andy le indicó a Peter que se debían poner a buscar inmediatamente. Antes, registró el cadáver de Yaroslav sin encontrar nada destacable aparte de otro móvil idéntico al de Andrej y algo de dinero. Guardó las armas de los dos sicarios en un pequeño bolso de cuero marrón que había en la entrada de la casa y comenzó la búsqueda. Durante casi una hora pusieron patas arriba las dos plantas de la pequeña casa de veraneo. Revisaron cada estante, cajón o recoveco, sin éxito. La frustración se hizo presente. Esperaban encontrar algo importante. Derrotados, se tiraron en dos sillones del salón. Con la mirada perdida, ambos se quedaron absortos en sus pensamientos. De repente, Andy se quedó mirando el lateral izquierdo del mueble sobre el que estaba colocada la televisión. Tenía una zona en la parte baja que era de mayor grosor en el lado izquierdo que en el derecho. Se tiró al suelo y examinó con cuidado el mueble. No tardó en darse cuenta que aquella mesa tenía un doble fondo. Encontró dibujada en aquel trozo de madera lo que parecía la silueta de una compuerta. Cogió un destornillador plano que había en uno de los cajones y un minuto más tarde consiguió, no sin pocos esfuerzos, forzar el doble fondo que había en la mesa. Dentro del hueco encontró lo que parecía un diario con las iniciales del malogrado inspector “P. G.” grabadas en su portada. Andy se levantó, mostrando el trofeo a Peter. Ambos se sentaron en la mesa del comedor uno al lado del otro y se pusieron a leer.

El diario explicaba, en sus primeras páginas, los datos que ya conocían. La implicación en el secuestro del pequeño Eddie de Andrej Gabo, antiguo jefe de uno de los clanes mafiosos que estaban presentes en Chicago. Se detallaban los datos del secuestro del niño y de cómo varios policías de Chicago (entre ellos los detectives encargados del caso) parecían estar implicados y comprados por Gabo. Guinetti explicaba, con todo lujo de detalles, las amenazas e insultos que recibió por parte de estos policías corruptos. Después de eso, Guinetti se dedicó a explicar en varias páginas cómo se sintió por el suicidio de su mujer. Había en el diario pasajes muy personales que Andy se juró debían de ser leídos algún día por su hija Paula. Llevaban más de veinte minutos leyendo y el ánimo empezaba a decaer. Muchas de las anotaciones eran divagaciones de un hombre atormentado. Casi al final, en una de las últimas páginas, la lectura se puso interesante. Guinetti explicaba que estaba seguro que detrás del secuestro del niño estaba de algún modo la empresa NOVOSAFE. La implicaba por ciertos documentos de la fundación hospital de Illinois, una de las clínicas pertenecientes al grupo empresarial. Andy y Peter se miraron. La fundación responsable del estudio que se hizo a los niños pertenecía al grupo NOVOSAFE. Cada vez había más flechas apuntando en esa dirección. Se hacía referencia a que los documentos estaban guardados en el garaje de su casa. Andy y Peter se miraron con expresión apesadumbrada. Las principales pruebas del caso habían volado con el incendio que asoló la casa de los Guinetti. Casi al final del diario, Guinetti expresa su miedo cada vez más creciente. Se sentía vigilado, recibía llamadas en mitad de la noche e incluso otro vehículo llegó a echarlo fuera de la carretera una noche que volvía a casa. En la última página, con los ánimos ya por los suelos, Andy leyó algo que volvió a abrir una luz a la esperanza. En ella, Guinetti hacía referencia a que en los documentos de NOVOSAFE el responsable que siempre aparece en ellos es siempre el mismo hombre: W. Mathewson.

—¡Wayne Mathewson! —exclamó Peter que leyó el nombre un segundo después que Andy.

—¿Le conoces?

—Por supuesto. Mi hospital pertenece, como otros muchos del país, al grupo NOVOSAFE. Wayne Mathewson es, desde hace muchos años, el director médico nacional del grupo.

Andy asintió con la cabeza y, de manera súbita, se levantó y comenzó a dar vueltas. La implicación de la empresa era evidente. Gabo en sus últimas palabras, Guinetti con su testimonio escrito y el error en el informe de Ellen Cistar, unido a la desaparición de su expediente psiquiátrico no eran casualidades. Había algo que la empresa NOVOSAFE quería ocultar. Como un sabueso que haya un rastro, la cabeza del inspector Anderson Harper bullía con una celeridad casi febril. De repente se quedó mirando a Peter.

—Venga, nos vamos de aquí. Tenemos que volver a Augusta —ordenó Andy mientras se encaminaba a la puerta de salida de la casa.

—Pero, ¿qué hacemos con todo este desorden? ¿Y con los cuerpos? ¿No deberíamos llamar a la policía?

—No hay tiempo. El desorden es lo de menos. Nadie ha venido aquí en 10 años. No creo que venga nadie en unos días. Respecto a los cuerpos, si nos quedamos aquí dando explicaciones pasarán unos días preciosos hasta que podamos volver a Augusta. Y si, como parece, alguien como el director médico de NOVOSAFE está implicado en algo tan turbio como la desaparición y muerte de un niño de 13 años, darle 4 o 5 días de ventaja es un lujo que no nos podemos permitir. Cerraremos puertas y ventanas y cuando todo esté resuelto volveremos aquí y aclararemos las cosas —expuso Andy de manera contundente.

Peter asintió convencido y, tras unos minutos de duro trabajo, aseguraron puertas y ventanas. Luego apagaron todas las luces del edificio, salieron y fueron directos al vehículo. Cuando ya se disponía a subir en el coche, Andy se detuvo en seco, haciendo además gestos a Peter para que se retirase. Se agachó y vio que, debajo de su asiento, en los bajos del vehículo, unos 400 gramos de titadine estaban pegados a su chasis. Del explosivo colgaban un par de cables que estaban clavados a una batería apoyada en el suelo. En cuanto hubiese arrancado el coche y se hubiesen movido un centímetro, el coche habría estallado en mil pedazos con ellos dentro. Gabo demostró ser un auténtico profesional. Habían sido muy afortunados. Desmontó con cuidado el explosivo y se lo enseñó a Peter, que se quedó boquiabierto. Luego lo guardó en el bolso con las armas de los asesinos.

—Ayúdame con aquella vieja lona de barco —dijo Andy mientras señalaba un viejo trozo de lona azul que estaba tirada en una esquina—. Taparemos con ella el coche. Nadie debería darse cuenta de que está aquí. Esa colina y la propia casa lo esconden. Buscaremos el vehículo en el que han venido nuestros asesinos y lo cogeremos prestado. No tiene que andar lejos.

En menos de diez minutos encontraron el coche de los sicarios. Estaba en un pequeño claro del bosque que rodeaba la casa de verano de los Guinetti. No tenía echado el cierre y además las llaves puestas en el contacto. Lo habían dejado preparado para una huida rápida. Después de que Andy lo revisase y comprobase que estaba limpio, se montaron y arrancaron, perdiéndose en la negrura de la noche. Augusta estaba a casi 1700 kilómetros. Y debían recorrerlos a la mayor celeridad posible.

Capítulo 13 - NOVOSAFE

La sede central de NOVOSAFE se situaba en las afueras de Gardiner, una pequeña y tranquila ciudad de algo menos de seis mil habitantes que estaba a unos diez kilómetros de Augusta. Pasaban de largo la una y media de la madrugada y Wayne Mathewson deambulaba nervioso por su despacho. Sobre las nueve de la noche le había dicho a su secretaria que se fuese. Luego avisó a seguridad de que iba a permanecer en su despacho trabajando toda la noche. Se había bebido más de media botella de un excelente whisky de 21 años que tenía guardado en el pequeño mueble bar de su despacho. Hacía varias horas que esperaba noticias de Gabo. Él y Mathewson siempre habían tenido una tensa relación. Wayne siempre se ponía de los nervios en presencia del mercenario. Lo conocía muy bien y sabía de lo que era capaz aquel hombre. Por ese motivo siempre había odiado encontrarse con él. Sabía que no tendría la menor vacilación en matarle si alguna vez le era rentable. Desesperado, Wayne cogió el móvil, buscó el número de teléfono que tenía garabateado en un folio de su escritorio y lo marcó. Después de varios tonos, alguien descolgó.

—¡Pedazo de escoria! ¡Llevo toda la noche llamando! ¿Dónde te habías metido?

¡El jefe se está volviendo loco! ¿Has conseguido localizar al inspector Harper y al anestésista?
—gritó Wayne por el móvil.

El teléfono durante un instante pareció perder la cobertura. Wayne, al otro lado, seguía desesperado.

—¡Gabo! ¿Me escuchas? ¡Andrej! ¿Estás ahí? ¿Han muerto ya? ¡Dime algo! —volvió a gritar desesperado Mathewson.

De repente, la señal del móvil se cortó. Wayne, lívido como la cera de una de las velas que decoraban sus muebles de estilo asiático, salió de su despacho en dirección a los ascensores. Tocaba subir a la quinta planta otra vez.

Doce horas después de salir de la pequeña casa de verano de los Guinetti en Muskegon, Andy aparcaba en la parte de atrás de una cafetería cercana a su piso en Augusta. Exhaustos, se bajaron del coche y se dirigieron a la zona de no fumadores, que a esa hora estaba vacía. Sentado en una mesa al fondo de la sala, un hombre de unos sesenta años fumaba un cigarrillo mientras tomaba un café sólo. Andy, en primer término, con Peter siguiéndole a pocos pasos por detrás, fueron hacia la mesa y se sentaron.

—Tiene usted un aspecto deplorable, inspector Harper —dijo socarrón el comisario Glen Michaels mirando a Andy.

—Buenos días, comisario —contestó Andy a desgana.

—Y usted debe ser el doctor Tenway. Comisario Glen Michaels. He oído hablar de usted —confesó el comisario al tiempo que adelantaba la mano a modo de saludo.

Peter se acercó sonriente y le dio la mano. Después le hizo un ademán a Andy de ir a pedir a la barra como excusa para dar más privacidad a los policías. Se sentó enfrente de su jefe y comenzó a contarle todo lo sucedido. A medida que avanzaba el relato del inspector Harper, el comisario

iba perdiendo el poco color que le quedaba en sus mejillas. Andy no se guardó ni un detalle.

—Harper, ¿te das cuenta que has cometido, al menos, una docena de delitos? Muchos de ellos incluso federales —increpó el comisario a Andy.

—Lo sé. Y no me arrepiento. De no haber sido así, no hubiésemos avanzado tanto. Sé que mi carrera puede haber acabado en este caso, pero quiero desentrañar toda esta patraña. Lo que suceda después me da igual. Si se lo cuento es sólo porque necesito pedirle más tiempo. Además, alguien más debe saber toda la historia por si algo me sucediese. La verdad tiene que salir a la luz. He dado mi palabra —afirmó Andy con convicción al mismo tiempo que se levantaba de la mesa, dispuesto a marcharse.

El comisario miró a Andy a los ojos. Leyó en ellos una indomable determinación que le resultó vagamente familiar. Después suspiró y comenzó a hablar.

—¿Eres consciente de que vas a hundir la carrera de ambos, verdad?

—Supongo que sí.

—Siéntate, anda.

El comisario removi6 su bebida y, tras dejar la cucharilla en el plato, dio un sorbo humeante.

—Debes resolver esto con rapidez, Andy. Supongo que te podr6 dar 12 o 24 horas m6s de cobertura. Luego, me pasar6n por encima y me apartar6n de todo. Apunta este tel6fono. Es mi m6vil personal. Ante cualquier problema, av6same directamente a m6, no a la central. Hay mucha gente deseando colgarte para ponerse una medalla. Ya sabes c6mo funciona el departamento.

—Gracias comisario —contest6 Andy mientras terminaba de apuntar el m6vil del comisario en una servilleta de la cafeter6a.

—Harper, hay una 6ltima cosa que le quiero decir.

Andy se detuvo y mir6 al comisario a los ojos. Se sorprendi6 de la limpieza e intensidad del azul que brillaba en su mirada.

—Tenga cuidado. La empresa NOVOSAFE es el principal contribuyente de la campa6a de nuestro querido gobernador Jhonson. Tienen muchos amigos, y son todos poderosos —advirti6 el comisario con cierta dosis de paternalismo.

—¿El gobernador Jhonson?

—S6. Su hija est6 casada con el due6o de NOVOSAFE. Mant6ngame informado, inspector —dijo Michaels al tiempo que desviaba la mirada sobre el peri6dico matinal que ten6a sobre la mesa.

—Gracias. Lo tendr6 —contest6 Andy al tiempo que se giraba y sal6a del desierto comedor.

Al salir, casi choca con Peter que regresaba con dos caf6s entre sus manos.

—¿Fin de la charla?

—S6. Tenemos luz verde. Vamos a ver a Mathewson —explic6 Andy al tiempo que cog6a con la mano el caf6 que le ofrec6a Peter.

Ambos salieron de la cafetería y cuando llegaron al coche, Peter se detuvo.

—No tenemos ninguna prueba —dijo Peter sin mirar a nadie.

—Tenemos el diario de Guinetti. Además, seguro que encontraremos pruebas en el domicilio de Mathewson. Y queda por investigar la pista que nos dio Gabo antes de morir. Él también puede tener pruebas —explicó Andy.

—El diario son solo especulaciones. Y las pruebas de Guinetti se quemaron en el incendio de la casa. A Mathewson lo conozco. No me cae nada bien. Es un imbécil pero no es estúpido y, si está implicado y tenía pruebas de algo en su poder, habrá borrado todo rastro de ellas. Gabo nos puso una bomba en el coche e intentó matarnos. Quién sabe si habrá dejado preparada otra trampa en el restaurante. No tenemos nada —dijo Peter de forma categórica.

Andy intentó rebatir las afirmaciones de Peter, pero no pudo. Tenía razón en todo. Es cierto que tenían muchos datos, pero ninguna prueba, y en los juzgados sólo valen las pruebas. Andy lo sabía muy bien. Estaban con el agua al cuello y todavía no tenían nada. Durante unos instantes, ninguno levantó la vista del suelo.

—Hay una opción. No es la mejor baza que tenemos, pero nos puede dar algo —dijo Peter enigmático.

—¿Cuál? —preguntó Andy con la ansiedad reflejada en su timbre de voz.

—El historial psiquiátrico de Ellen Cistar.

—Pero si ya estuviste en el St. Joseph y no lo encontraste.

—Ya. Pero no hemos hablado con su psiquiatra, el doctor Herrero. ¿No recuerdas que le despidieron? Él podría tener el informe original. Eso probaría la alteración del historial. No es mucho pero menos es nada —explicó Peter.

—Es una buena opción. Pero tenemos que ir ya a ver a Mathewson. No quiero darle más ventaja.

—¿Y si voy yo? Tú podrías llamar al doctor Herrero y ponerle al corriente. Luego, entre colegas, seguro que tendré más opciones de conseguirlo que tú. A los médicos no nos gustan los policías y a los psiquiatras, menos aún —volvió a decir Peter intentando convencer a Andy, que movía la cabeza llena de dudas.

Tras unos segundos de reflexión Andy accedió. No tenían tiempo y ambos estaban en una situación delicada. Le indicó que fuese a su casa y le pidiese a la señora Owen las llaves de un polvoriento y sucio Cadillac del 87 que tenía aparcado en la parte trasera del edificio. Era su antiguo coche antes de tener el actual coche patrulla.

—¿Seguro que no quieres que te lleve?

—No, tranquilo. Está sólo a dos manzanas. Iré andando. Me irá bien para despejarme.

—Ten cuidado. De camino a casa de Mathewson llamaré a la señora Owen para que te abra la puerta y también al doctor Herrero. ¿Sigues llevando el revolver?

—Sí. ¿Quieres que te lo devuelva?

—No. Pero ten cuidado, y no lo uses salvo que sea imprescindible. Más tarde te llamo. Hasta

luego —dijo Andy que se montó en el coche que habían tomado prestado a Gabo y arrancó, levantando una pequeña nube de polvo al salir del aparcamiento.

Andy había conseguido la dirección de Mathewson gracias a uno de los pocos amigos que todavía conservaba en el departamento. Al tiempo que se dirigía a la pequeña mansión que tenía el director de NOVOSAFE en las afueras de Gardiner, Andy se sintió culpable mientras al otro lado de la línea alguien no paraba de sollozar.

—Stacey me ha echado de casa. Estoy durmiendo en el garaje de un amigo. Mi vida se ha ido a la mierda, Andy —confesó entre sollozos el agente Norris.

—Lo siento, Harry. No quería que todo este asunto te salpicase. Como ya te he dicho creo que hemos metido la mano en un avispero. Siento haberte puesto en esta posición.

—Tranquilo. La culpa no es tuya.

—¿Qué te han dicho en la agencia?

—Me han suspendido. Se va a abrir una investigación. No creo que me echen, pero a buen seguro que me degradaran y me trasladaran como mínimo a Alaska. Estoy jodido.

Andy suspiró. La verdad es que Harry era buen tipo. No le gustaba que estuviese pasando por todo este calvario. Él sabía bien lo que era sentirse señalado.

—Debes hablar con Stacey. Dile que fue una noche de locura tras un fin de semana de borrachera. Que las fotos son antiguas. Si hace falta, échame la culpa. O incluso si quieres puedo hablar yo con ella. Entrará en razón. Haré lo que sea por ayudarte. Te lo debo.

—No. Creo que eso sería peor. No quiere ni oír hablar de ti. Se siente traicionada por los dos. Te apreciaba mucho. Incluso pensaba en ti para padrino de la niña cuando naciese.

—Lo siento. No quiero parecer insensible Harry, pero necesito que me busques algo más de información. Sé que no es el mejor momento, pero necesito todo lo que me puedas averiguar sobre la empresa NOVOSAFE. También necesitaría saber algo más sobre su director médico, Wayne Mathewson, y sobre el dueño de la empresa. Parece que está casado con la hija del Gobernador Jhonson.

Por unos instantes al otro lado de la línea sólo se oyó silencio. Andy empezó a temer que Harry hubiese colgado. Se retiró el móvil de la oreja y miró la pantalla. El teléfono seguía activo. Andy se puso de nuevo el aparato en su oreja.

—¿Harry? ¿Estás ahí?

—Sí. Estaba terminando de apuntarlo todo. Luego te llamo.

—Gracias Harry. Nuevamente, lo siento...

—No hay de qué. Me vendrá bien para distraerme. Hasta luego.

Andy colgó el móvil y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Miró la calle y aceleró por la avenida Jefferson. La casa de Wayne Mathewson estaba a menos de dos kilómetros.

Peter llegó a la puerta del edificio de Andy y tocó al timbre de la señora Owen. La mujer debía de estar esperando su llegada porque abrió la puerta un par de segundos después de tocar. La arrugada anciana le saludó con la cabeza y se fue directa a las escaleras. Peter la siguió diligente.

A mitad de trayecto, la anciana le preguntó a bocajarro.

—¿Desde cuándo se conocen usted y Andy?

—La verdad es que nos conocemos desde hace poco tiempo.

—¿También es usted policía?

—No, señora Owen. Soy médico.

—¿Médico? ¿De qué especialidad?

—Anestesista. Son los encargados de anest...

—¡Sí, ya lo sé! ¡No hace falta que me lo explique! Son los que anestesian a los pacientes previamente a una cirugía. Yo, antes de jubilarme, fui enfermera.

—¿En serio? ¡Entonces usted y yo somos del mismo gremio!

—Del mismo gremio no. Usted es médico y yo enfermera. No tenemos nada que ver —escupió la anciana al tiempo que se giraba y continuaba subiendo escaleras.

Peter suspiró. ¡Menudo carácter tenía la apacible anciana! Ligeramente intimidado, la siguió. Se detuvieron delante de la puerta de Andy. La anciana le abrió y se dio la vuelta dispuesta a marcharse.

—Cuando termine eche el cerrojo por dentro y cierre la puerta. Adiós, doctor.

—Buenas noches señora Owen.

Una vez que la mujer se perdió en la escalera, Peter se sumergió dentro de la casa. Sentía curiosidad. Paseó por las distintas habitaciones y observó con detalle el estado del piso en general.

—Vaya desorden que tienes aquí montado, señor Harper —dijo Peter para sí en voz alta.

Ropa encima de la mesa del salón, platos sucios en el fregadero y una ingente cantidad de revistas y libros tirados por todos sitios. Parecía que hubiese pasado por allí una tormenta tropical. Luego fue hacia los dormitorios. Entró en el que parecía más grande. La cama de matrimonio estaba desecha. Peter se tumbó bocabajo en la cama y aspiró el aroma a Peter que desprendían las sábanas. Le encantaba ese olor. Un pitido en su móvil le sacó de su ensimismamiento. Se sentó en la cama y abrió la pantalla. Era un mensaje de Andy. Le recordaba donde estaban las llaves del viejo Cadillac y le pedía que no tuviese en cuenta el desorden. Peter sonrió. “Demasiado tarde, inspector”, pensó. Rebuscó en el primer cajón de la mesita de noche que tenía a su derecha y encontró las llaves. Cogió la almohada que tenía al lado y aspiró por última vez el aroma de Andy antes de salir del piso para encaminarse al garaje de la parte de atrás del edificio. Justo cuando pasaba por delante de la casa de la señora Owen hizo un saludo a la mirilla de la puerta.

—Que tenga usted una buena tarde, señora Owen.

Al otro lado Peter escuchó removerse a la anciana que murmuraba enfadada al saberse descubierta. Una sonrisa le cruzó la cara de oreja a oreja.

Tardó en arrancar, pero finalmente lo hizo. El viejo Cadillac de Andy chirrió mientras salía con

lentitud del patio trasero del edificio. Peter salía de las afueras de Augusta en dirección a Belgrado, justo en dirección contraria hacia donde se dirigía Andy. El doctor Pedro Herrero vivía en una pequeña casa a unos dos kilómetros del St. Joseph, a mitad de camino entre el hospital psiquiátrico y la ciudad. Peter, que conocía bien la zona, tenía buenas vibraciones con aquello. Esperaba que el doctor le entregase pruebas importantes. Tras media hora de carretera, Peter pasó por delante de la zona donde tuvo el accidente y casi muere ahogado. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Nunca dejaba de sorprenderle la fragilidad de la vida. Andaba todavía reponiéndose del mal recuerdo cuando encontró la calle donde vivía el psiquiatra.

—Aquí es.

En realidad no era más que una antigua carretera de tierra que bordeaba aquel rincón perdido del lago. Cinco minutos después de que el viejo Cadillac de Andy crujiere en un par de desniveles, Peter vio asomarse la casa del doctor detrás de un nutrido grupo de sauces. Era una construcción de planta rectangular y dos pisos de altura de estilo colonial. El jardín, repleto de fragantes rosales, estaba vallado con una bonita cerca de madera blanca de casi un metro de altura. El conjunto, aunque antiguo, estaba perfectamente cuidado. Pintada en colores beige, los amplios ventanales color madera hacían que se integrase a la perfección con la zona de bosque que la circundaba. Peter se bajó del viejo Cadillac y se dirigió hacia la entrada de la casa donde un hombre extremadamente alto y delgado, de unos sesenta años, le esperaba de pie en el porche.

—El inspector Harper me ha avisado. Usted debe de ser el doctor Tenway, ¿no es así? —preguntó el doctor Pedro Herrero mientras adelantaba la mano para saludar a Peter.

—Cierto. Y usted debe de ser el doctor Herrero —contestó Peter al tiempo que le estrechaba la mano al psiquiatra.

Después del saludo y por indicación del anfitrión, ambos hombres se sentaron en el porche. Un instante después una joven salió con una bandeja de bambú y dos vasos cargados de limonada bien fría. Herrero le ofreció un vaso a Peter mientras él se quedaba el otro. La joven, con sigilo, volvió a entrar en la casa. Herrero le contó que la joven era una balseira cubana de apenas 26 años. Llevaba cerca de 4 años a su servicio y estaba encantado con ella.

—Por un momento pensé que era su mujer, doctor Herrero —dijo Peter con una sonrisa en el rostro.

—Ese suele ser un error demasiado común, señor Tenway.

—Llámeme Peter, por favor.

—Por supuesto, Peter. Evellyn entró a mi servicio al poco de fallecer mi mujer. Buscaba trabajo y yo necesitaba compañía. Nos ayudamos mutuamente —contestó Herrero con brusquedad.

Peter advirtió el cambio de tono. Se disculpó y a continuación, tras un par de minutos de charla fútil, pasó a contarle, sin entrar en detalles escabrosos, todo el caso de Ellen Cistar. Cuando acabó, Herrero estaba con una media sonrisa en el rostro.

—Pobre mujer. Sabía que no estaba mintiendo. La mayoría de mis colegas me lo discutían, pero yo sabía que Ellen no estaba enferma. No hablaba como una enferma. Y tampoco se comportaba como tal —confesó el psiquiatra.

—¿Cómo la conoció? —preguntó Peter con precaución.

—Nos llegó con una orden de ingreso de su hospital, el County General, y coincidió que yo estaba ese día de guardia. Normalmente, en psiquiatría, cuando un hospital deriva un paciente diagnosticado por otro compañero se dejan pasar 48 horas “de reposo”.

—¿A qué se refiere con ese término?

—Son 48 horas en las que se aísla al paciente y se le mantiene vigilado. No se le pone medicación y sólo se le administran sedantes si se precisan. El médico que cursa el ingreso se encarga, desde que pasan esas 48 horas de reposo hasta que se cumple la primera semana de ingreso, de seguir la evolución del paciente, confirmando, negando o alterando el diagnóstico inicial. Posteriormente se le pauta un tratamiento y, tras el paso de otra semana, el caso pasa por el comité multidisciplinar, compuesto por todos los especialistas que tratan al paciente. En ese comité, el médico responsable expone el caso, los datos, su sospecha clínica, el tratamiento impuesto y, lo más importante, los resultados —continuó explicando el psiquiatra mientras se detenía para hacer una pausa y beber limonada.

—¿Y cuál fue el diagnóstico por el que ingresó Ellen?

—A Ellen se le diagnosticó un estado de enajenación mental transitoria con paranoias y alucinaciones, sospechando el médico que nos pidió el ingreso que pudiera tener algún tipo de esquizofrenia. Tras el reposo y después de observarla los primeros días, observé que su respuesta era totalmente distinta a lo esperado. Tras entrevistarme con ella en varias ocasiones, llegué a la conclusión que la mujer no estaba enferma. Es decir, que estaba totalmente cuerda. El problema vino por el comité multidisciplinar —siguió explicando Herrero mientras se detenía de nuevo para beber limonada. Peter, que no había tocado la suya, bebió también para no parecer descortés.

—¿Qué es lo que pasó con el comité?

—Antes de que pasasen ni cuatro días de la fase post-reposo, se convocó el comité con carácter de urgencia. El doctor Ashcroft, director del centro, me invitó de manera cortés a que acelerase el proceso y confirmase el diagnóstico de esquizofrenia. Yo, por supuesto me negué, confesándole además mis dudas sobre la enfermedad de la paciente. Ashcroft se encolerizó, llegando incluso a amenazarme. Aquello nos sorprendió a todos. Mis compañeros se levantaron y le recriminaron su actitud, poniéndose de mi parte. Era algo inaudito. Ashcroft se disculpó y el asunto pareció quedar zanjado. Nada más lejos de la realidad.

—¿Qué sucedió después? ¿Ashcroft volvió a amenazarle?

—No. Lo que hizo fue poner al comité en mi contra. Tan sólo cuatro días después de haberme apoyado, todos me dieron la espalda.

—¿Y sabe por qué dejaron de apoyarle?

—No lo sé con exactitud, aunque supongo que Ashcroft los presionó. Se volvieron a reunir y estuve a punto de no enterarme. De hecho, luego comprendí que ese era el plan inicial. En cuanto aparecí en la reunión se hizo un silencio sepulcral. Todos se callaron y nadie osó mirarme a la cara. Ashcroft, visiblemente enfadado con mi presencia, me pidió de malas maneras que le explicase cómo seguía mi paciente —siguió diciendo Herrero mientras hacía una pausa bastante teatral.

Peter se quedó en suspenso mirando a Herrero. Hacía rato que había acabado su limonada,

dejando con disimulo el vaso encima de la mesilla de café que tenía delante. El psiquiatra siguió con su exposición.

—Si me enfrentaba de nuevo con el comité, muy probablemente me apartarían del caso, así que me callé. Hubiera significado no poder volver a ver a mi paciente. Por ello, decidí que la mentira sería mi mejor aliada. Me mostré dócil y simpático en vez de enfadado. Mis compañeros y Ashcroft se lo tragaron. Suspiraron aliviados cuando me escucharon decir que coincidía con ellos en el diagnóstico de esquizofrenia paranoide. Les prometí que en menos de 24 horas empezaría con la terapia farmacológica. Todo volvía a ser de color de rosa —sonrió lacónico el psiquiatra.

—Pero, no empezó dicha terapia, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Yo creía a esa mujer. Me entrevisté con ella y me dio algunos detalles que le daban más credibilidad. Además, me pidió que recogiese una documentación de su casa y la leyese por si acaso aun no me había convencido. Así que fui allí y me lo encontré todo manga por hombro. De los dosieres que me pidió que guardase no había ni rastro. Aquello me reafirmó en el hecho de que esa mujer no estaba enferma y que allí estaba ocurriendo algo más. Volví al hospital y firmé su alta con carácter inmediato. De hecho, incluso la acompañé a la estación de autobús de Belgrado y le di los 100 dólares que llevaba encima. A la mañana siguiente cuando todos llegaron se organizó un buen relevo. Ashcroft, sin dirigirme la palabra, me entregó sobre el mediodía mi carta de despido. Estaba totalmente fuera de sí —contó en tono divertido el psiquiatra.

—¿Y qué hay del historial de Ellen? ¿No se pudo quedar una copia?

—Había tres copias. La que estaba en el historial de Ellen, la que me hice como seguro por si decidían alterarla y una tercera que permanecería oculta. La primera supongo que desapareció con rapidez. La segunda me fue sustraída de mi casa dos noches después de mi despido —respondió Herrero con misterio.

—¿Sustraída?

—Así es. Volvía de tomar unas cervezas de Belgrado cuando me crucé con un Cadillac de color negro. Era de noche, pero pude distinguir con claridad que era un modelo bastante antiguo. Por aquí nos conocemos todos y ese coche no era de la zona. Tampoco le di excesiva importancia. Cuando llegué a casa todo estaba revuelto. Llamé a la policía y denuncié el robo.

—¿Qué hizo la policía?

—La verdad es que no mucho. Esa noche era la SuperBowl y no les gustó demasiado tener que venir. Hicieron un par de fotos, me tomaron los datos y luego se marcharon. Si llegaron a averiguar algo, lo desconozco. Nunca me llegaron a comentar nada.

A Peter le encajaban cada vez más piezas de aquel maldito rompecabezas. Estaban cerca. Lo presentía.

—¿Y la tercera copia?

—Sigue en el St. Joseph. Dejé dos copias en el archivo. Supongo que sólo miraron en el historial de Ellen Cistar. Esa copia seguramente fue eliminada de inmediato. Seguro que a día de hoy a nadie se le ocurrió mirar el historial de Ellen Norman, el nombre de casada de la mujer. En esa carpeta falsa esta la tercera copia —contestó el psiquiatra.

Peter se levantó como si le hubiesen quemado el trasero con un tizón ardiendo. Empezó a dar paseos de un lado a otro del porche mientras el psiquiatra le miraba divertido.

—Tenemos que recuperar ese historial. Pero yo sólo no puedo entrar —se explicó Peter en voz alta mientras se devanaba los sesos.

—Yo le ayudaré, doctor Tenway. Llevo desde mi despido de retiro espiritual y me apetece algo de acción. He pasado demasiado tiempo sentado en el porche contando hojas caídas.

—Se lo agradezco mucho pero puede ser peligroso, doctor —dijo Peter, intentando frenar el ímpetu del psiquiatra.

—Peligrosa es la vida en sí misma, Peter. Además, creo tener cierta deuda moral con esa mujer. Hubiese podido ayudarla más y no lo hice. Iré con usted. Así podré visitar a mis viejos compañeros —expuso el psiquiatra mientras entraba a coger su sombrero de ala corta del perchero del recibidor.

Minutos después el psiquiatra conducía el viejo Cadillac de Andy mientras, en el asiento de atrás, bajo una montaña de sabanas viejas, Peter se escondía con el miedo y la excitación fluyendo por las venas en idéntica proporción.

Capítulo 14 - Yuigón

La casa de Wayne Mathewson era imponente. Dominaba con autoridad todas las vistas a un pequeño valle que se abría a sus pies por donde discurría con calma el río Kennebec. Desde abajo de la colina y mientras se acercaba con su vehículo por la carretera, Andy observó que era una vivienda de dos plantas de nueva construcción. El edificio, pintado en un gris oscuro con algunos matices ocres, estaba construido con figuras geométricas perfectas, predominando las rectangulares. Totalmente protegido por un imponente muro de roca que circundaba la casa, en el lateral derecho del edificio, como un anexo, estaba lo que parecía un garaje de grandes dimensiones. Cuando se acercó con el coche a la entrada de la casa vio, delante de la puerta, una preciosa estatua de mármol que imitaba a pequeña escala al “David” de Miguel Ángel. Al parecer, si algo no le faltaba a Mathewson era el dinero. Andy se bajó del coche y se encaminó a la puerta principal tras rodear la estatua. A la izquierda de la puerta principal había un pequeño interfono. Andy pulsó con seguridad un par de veces.

—¿Quién es? —respondió una voz varonil al otro lado del interfono instantes después.

—Buenos días, ¿es usted el señor Wayne Mathewson?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, señor Mathewson. Soy el inspector de homicidios de Augusta, Anderson Harper. Tengo que hablar con usted. Debo hacerle unas preguntas sobre el asesinato de Ellen Cistar. ¿Sería tan amable de abrirme, por favor? —dijo Andy con autoridad.

—¿Ellen Cistar? ¡No sé quién es esa mujer! Váyase. No tengo intención de abrirle —gritó Mathewson con el miedo reflejado en su voz.

—Será mejor que lo haga por las buenas, señor Mathewson.

—Y si decido no abrirle, ¿qué es lo que va a hacer? ¿Acaso va a entrar por la fuerza en mi casa? O mejor aún, ¿va a pedir una orden? En cuanto se acerque a un juzgado será detenido. Usted no puede ni siquiera ponerme una multa de tráfico, inspector —retó Mathewson.

—Si no me abres, imbécil, pegare tres tiros a tu cerradura bañada en oro y la partiré en mil pedazos. Luego entrare ahí y te haré pagar todo lo que hicisteis con el pequeño Eddie Norman hace tantos años en Chicago, a su madre hace unos días y por lo que ha intentado hacer tu matón Andrej Gabo conmigo en Muskegon. Por cierto, debo decirte que no debes esperar que vaya a llegar pronto para ayudarte. Tu amigo Gabo va a tardar mucho en venir. ¡Así que abre, pedazo de escoria!

Un silencio sepulcral se apoderó del interfono. Andy, durante unos instantes, dudó que su discurso hubiese sido efectivo. Cuando ya parecía que no iba a haber suerte, un pitido sonó en la puerta, que se abrió de par en par. Andy sacó su arma y se adentró en la casa.

—Vamos allá.

Nada más entrar que quedó sorprendido del espectáculo que tenía delante. Un bello jardín japonés de unos veinte metros cuadrados dominaba toda la entrada. Estaba cuajado de bonsáis y de toda clase de plantas autóctonas de país del sol naciente. Incluso tenía un par de estanques llenos de carpas. Cruzó el pequeño puente de madera que pasaba por encima del lago y se acercó

a la puerta principal. Estaba ligeramente entornada. Nada más entrar, Andy vio cómo un enorme salón se abría paso hacia la derecha. Se asomó en él y vio que estaba todo desordenado, como si alguien hubiese estado allí, rebuscando. De repente, en el piso de arriba, se empezó a escuchar a todo volumen la pieza “Para Elisa” de Beethoven. Los músculos de Andy se tensaron como la piel de un tambor. Se acercó con cuidado a las escaleras y empezó a subir. Escuchó ruidos que parecían provenir de la habitación más distal de la escalera. Andy terminó de subir con cautela y, echando un vistazo de reojo a los otros dormitorios, entró en la habitación de donde salía la música.

—¿Señor Mathewson? Soy el inspector Harper. Voy a entrar y voy armado. ¡No quiero tonterías! —avisó Andy al tiempo que empujaba con la mano izquierda la puerta entrecerrada.

Ante él se abrió paso un despacho con preciosos muebles de nogal americano. La decoración era minimalista y moderna. Detrás de la imponente mesa de despacho, un precioso sillón de cuero estaba dando la espalda a Andy. La música se detuvo y el sillón comenzó a girar.

—Buenos días, inspector Harper —dijo con una sonrisa en la cara Wayne Mathewson.

—Buenos días, señor Mathewson. Levántese y ponga las manos en alto.

Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Usted cree que tenemos algo de que hablar, inspector?

—Así es. Para empezar, va a aclararme todo lo referente al secuestro de Eddie Norman y la muerte de Ellen.

—No creo que eso sea posible, señor Harper.

—Es la única salida que tiene. Gabo está muerto y usted, acorralado.

—¿Ha matado a Andrej? ¡No sabe cuánto me alegro! Me cae usted bien, inspector. Andrej Gabo era una mala hierba. Está mejor muerto.

—Wayne, se lo voy a repetir por última vez. Saque las manos de debajo de la mesa muy despacio.

—¿Sabe usted lo que significa la palabra “Harakiri”, inspector? Es un término que proviene del japonés y significa literalmente “corte en el vientre”. En la antigüedad era una práctica muy común entre los samuráis que habían perdido su honor o habían sido deshonrados. Escribían su “Yuigon”, una especie de poema de despedida y se atravesaban el abdomen con una hoja de “Tanto”, una daga extremadamente afilada de unos veinte o treinta centímetros. La muerte antes que el deshonor. Apasionante cultura la japonesa, inspector Harper.

—Levante las manos, por favor.

Wayne Mathewson alzó las manos con lentitud. En su mano derecha llevaba un pequeño revolver. Andy palideció.

—¡Suelte ese revolver!

—Tranquilícese, inspector.

—Wayne, tiene usted más opciones. Ayúdeme a encontrar a los responsables de esto. Aún puede salvarse. ¡No haga una locura!

—Ambos estamos ya muertos, inspector. Lo único que sucede es que usted todavía no lo sabe. En cambio, yo hace mucho tiempo que ya me he preparado para este día.

—¿A qué se refiere? —gritó Andy.

—No obtendrá nada de mí, señor Harper. Llevo años acarreamo esta pesada carga. Y no puedo aguantar todo esto más tiempo. Así que, buena suerte y hasta pronto, inspector —dijo Mathewson mientras se acercaba con rapidez el pequeño revolver a su garganta y disparaba, apuntando hacia el interior de su cráneo. Tras una detonación sorda, gran parte de su masa encefálica quedó esparcida en la pared.

Andy se quedó de piedra mientras, por inercia, seguía apuntando a un cadáver en un sillón.

El Cadillac que conducía el doctor Herrero se detuvo delante del puesto de control del hospital St. Joseph. El guardia que la flanqueaba quedó bastante sorprendido al ver quien conducía.

—Hola, doctor Herrero. ¿Cómo está? Hace mucho tiempo que no se le veía por aquí —dijo el guardia con evidentes muestras de cariño en sus palabras.

—Buenos días Jimmy. Sí, la verdad es que hace bastante tiempo. ¿Sabes si está el doctor Ashcroft? —preguntó el doctor Herrero de forma inocente.

—Un momento que lo consulte —respondió el guardia que se metió por un segundo en la garita —. No. No ha venido hoy, doctor Herrero —terminó de decir.

—Mejor. He venido a recoger mis efectos personales. Y prefiero que él no esté por aquí. No sería agradable para mí encontrármelo, ya me entiende —se explicó Herrero.

—Lo supongo, doctor. El caso es que no puedo abrirle, señor. Si no es usted trabajador del centro y no viene a visitar a un familiar, el paso está prohibido. Ya sabe lo estrictas que son las normas. No me quiero jugar el puesto —se excusó el guardia agachando la mirada.

—Te entiendo Jimmy. Lo último que querría sería meterte en problemas. Necesito recoger mis cosas y si no está Ashcroft para meter sus narices, mejor. ¿Qué te parece si te vas cinco minutos al baño? Yo me bajo del vehículo, abro la barrera y entro. Cuando vuelvas yo no estaré y tú no serás el responsable de nada. Si sucede algo, yo asumiré la culpa. ¿Te parece mejor así? —preguntó Herrero mientras miraba con una sonrisa cómplice al guardia.

Durante unos segundos el guardia pareció dudar. Se debatía entre su afecto y su deber. Al parecer, el primero fue más fuerte así que se acercó de nuevo a la ventanilla.

—Está bien, doctor. Me voy al baño. Tiene cinco minutos. Por favor, baje de nuevo la barrera al pasar y no tarde mucho en recoger sus cosas. Me alegra mucho haberle visto. Hasta pronto, señor —dijo el guardia que se dio media vuelta y se metió en las dependencias del personal de seguridad que estaban cerca de la garita.

—Gracias Jimmy.

Diez segundos después de que el guardia se perdiese dentro de las dependencias, Herrero se bajó del coche y subió la barrera. Se montó de nuevo en el vehículo y pasó al otro lado, volviendo a detenerse y bajarse para dejar la valla de nuevo abajo en su posición original. Se montó otra vez en el Cadillac y condujo hasta la zona del aparcamiento donde Peter había aparcado la última vez.

Herrero le indicó a Peter que bajase del coche. Fingirían que era su sobrino que había venido de España a visitarlo.

—Recuerda. Mi sobrino es Oscar y no entiendes nada de inglés, sólo hablas español. ¿Hay alguien que te conozca de la otra vez que viniste? —preguntó el doctor Herrero.

—Estuve todo el rato con Claire Fontaine, la jefa de enfermeras. También hablé con un colega suyo. El doctor Blend. ¿Le conoce?

—Sí. Es un lameculos de mucho cuidado. Su familia está conectada con las altas esferas. Supongo que lo habrán colocado en mi puesto.

—Sí, creo que me dijo que ocupaba el puesto de un colega que acababan de despedir.

—Tenemos un problema. Si Claire le ve, le reconocerá. Tengo que conseguir su llave de los archivos. Usted baje al sótano y espere en la puerta. Yo intentare bajar con la llave —ordenó el psiquiatra con una sonrisa. Al parecer estaba disfrutando de lo lindo con toda aquella aventura.

—Está bien. Pero, ¿qué va a decirle para convencerla?

—No sé. Algo se me ocurrirá.

Peter se quedó sólo delante de las escaleras que llevaban al segundo sótano donde estaba el archivo general. Empezó a bajar agudizando el oído y cuando llegó delante de aquellas increíbles puertas de roble, se metió en un rincón que estaba envuelto en sombras. Unos diez minutos después se escuchó un tintineo de llaves acercarse por la escalera. Justo cuando Peter iba a salir de su escondrijo, escucho la voz nítida de Claire. Sintió como su pulso se aceleraba.

—Espero que esa marisquería merezca la pena, doctor Herrero. Me estoy jugando mi puesto.

—Tranquila querida, merece la pena. Necesito un rato para terminar de recoger los datos de mis pacientes. No me gusta dejar el trabajo a medias. Y por favor, llámame Pedro. Hay confianza.

—Está bien, Pedro.

La enfermera se acercó con el manajo de llaves y se fue directa a por el interruptor de la luz cuando Herrero ahogó un grito.

—¡No enciendas Claire, por favor! —gritó Herrero.

—¡Qué susto, por el amor de Dios! ¿Por qué?

—Estoy recién operado de una catarata en mi ojo derecho y la luz de los fluorescentes me molesta enormemente. Por eso llevo las gafas de sol. Te ruego que no enciendas, por favor. Yo te alumbraré con la linterna de mi móvil para que abras, si te parece bien —dijo el psiquiatra suavizando su tono.

La mujer asintió comprensiva y sacó un pesado manajo de llaves. Con la linterna del móvil de Herrera apuntando por detrás, en unos segundos el cerrojo de la pesada puerta estuvo abierto.

—En cuanto acabes avísame. Estaré en mi despacho, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Intentaré no tardar. Luego te veo, querida.

Herrero cogió la mano de la enfermera con delicadeza y la besó con galantería. Peter pudo notar a pesar de estar a oscuras cómo se ruborizaba. Con una risa nerviosa similar a las de las

hienas, Claire se perdía de nuevo por las escaleras. Cuando dejaron de oír el repicar del calzado de la enfermera, Peter se levantó y salió de las sombras. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y pudo distinguir la silueta del psiquiatra. Este no pudo evitar dar un grito cuando Peter le cogió de la mano.

—¡Vaya susto!

—Lo siento, doctor Herrero. Vamos a entrar.

Herrero entró después de Peter y entornó la gran puerta de roble. Acercó la mano al anticuado interruptor y encendió la luz. Ambos se quedaron cegados durante unos instantes. Tras recuperar la visión, Peter le pidió a Herrero que buscara el historial. Empezaron a atravesar la sala hasta llegar a las últimas estanterías de archivadores, al fondo de la habitación. Eran los archivadores donde se guardaban los historiales de los pacientes fallecidos. Tras revisar en uno de ellos durante un par de minutos, Herrero sacó una carpeta que blandió triunfante. Tenía las iniciales “E.N.” escritas en su solapa.

—¡Aquí está! ¡Lo he encontrado!

Ambos se acercaron y empezaron a leer los documentos. En ellos se podía ver con claridad las intromisiones de había cometido Ashcroft, las órdenes pasando por encima de Herrero e incluso copias de las actas de las reuniones del comité. Había hasta una orden manuscrita de Ashcroft en la que ordenaba que todos los cambios de tratamiento de la paciente pasasen por él primero. Iba a tener que explicar muy bien por qué se había saltado todos los protocolos y normas del hospital. Seguramente Ashcroft estaba también implicado de algún modo en todo este asunto. Faltaba saber cuál era su papel y lo que sabía. Justo cuando iban a salir de la habitación, escucharon pasos que se acercaban a la puerta. Ambos hombres aguzaron el oído y volvieron corriendo a esconderse detrás de las últimas estanterías. El desconocido se paró en la puerta. Desde su posición no podían ver nada. Se escucharon un par de chasquidos. Durante unos instantes ambos hombres se miraron desconcertados. Luego, todo sucedió muy deprisa. El ruido de un cristal estallando contra una estantería y el destello de luz de una poderosa deflagración hizo que Peter y Herrero saliesen de su escondite. Alguien había decidido quemar el archivo con ellos dentro. Salieron corriendo de su escondite y observaron con pavor cómo la primera estantería de informes estaba ya envuelta en llamas. Miraron hacia la puerta y vieron cómo esta se cerraba en sus narices. El pestillo de la cerradura comenzó a girar, confirmando sus peores pronósticos. Desesperados, empezaron a golpear la puerta. No se oía nada al otro lado. Ambos se miraron con negros presagios nublando su mirada. Por detrás, la estantería estaba ya envuelta en una bola de fuego que se extendía con rapidez por toda la sala. La habitación se llenaba de humo a mucha velocidad y el calor era ya casi insoportable.

—¡Estamos atrapados! ¡Nos vamos a asar como un costillar un 4 julio! ¡Vamos a morir aquí! — chilló Peter presa del pánico.

Herrero no respondió. Se le quedó mirando y su cara de repente se iluminó. Se levantó y, tambaleándose, se acercó al lateral izquierdo de la sala donde empezó a intentar mover una estantería. Peter, por inercia, se levantó y empezó a ayudarlo.

—¿Qué estamos haciendo? —gritó desesperado Peter.

—¡Aquí detrás hay un montacargas! ¡Estas eran las antiguas cocinas del hospital! ¡¡Ayúdeme!! —le animó el psiquiatra.

La perspectiva de una posible salida reavivó la determinación en el esfuerzo de ambos. Tras unos instantes agónicos, consiguieron tirar abajo la estantería. Detrás encontraron una polvorienta portezuela metálica que no mediría más de 60 centímetros de ancho por 60 de largo. Peter la abrió y se asomó. No había ni rastro del vagón del montacargas. Vio un pequeño interruptor que servía para mover el vagón. Pulsó todos los botones y no sucedió nada. Con dificultad, metió el teléfono y encendió la aplicación de linterna, miró hacia arriba y sólo vio oscuridad. Hacia abajo, el suelo se acababa tras algo menos de dos metros. Peter se fijó en el esqueleto del vagón del montacargas que yacía destrozado en el fondo. Ayudado por Herrero, saltó al interior y probó la estabilidad de los restos del vagón. Parecían resistentes para aguantar el peso de ambos, así que Peter se puso de pie y ayudó al psiquiatra a colarse por el estrecho agujero. Después cerraron la portezuela. Se encontraron uno frente al otro a pocos centímetros de distancia y alumbrados por la tenue luz del móvil de Peter. Ambos levantaron la mirada hacia el techo, siguiendo con la vista los cables de acero del montacargas que se perdían engullidos por la oscuridad. Peter miró al psiquiatra, que parecía haber envejecido 65 años en diez minutos. La cosa no pintaba bien.

—¡Genial, en vez de morir abrasados lo haremos por asfixia!

—Es usted muy pesimista, señor Tenway.

—¿Y cómo demonios quiere que salgamos de aquí?

—Sólo se me ocurre una: trepando.

Durante un instante se quedó callado mientras miraba el cable deshilachado del montacargas que colgaba unos tres metros por encima de su cabeza. De pronto, entendió la idea del veterano médico.

—¿Sabe si hay alguna otra portezuela aparte de ésta que no esté clausurada, doctor?

—Las dos inmediatamente superiores, es decir, la 1 y la planta baja están cerradas. La cocina funcionaba todo el día y los pacientes olían de manera constante los olores que de ella emanaban, llegando a agitarse. Esas dos seguro que están clausuradas. La de la primera planta, en cambio, que pertenece a las oficinas administrativas, creo que debe seguir operativa, aunque no sé si tendrá delante algún mueble que la bloquee. La del segundo piso, en cambio, a buen seguro que sí está despejada.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque da al despacho de Ashcroft. Él la usa para tirar las colillas de sus habanos. Siempre le dije que algún día provocaría un incendio. Irónico, ¿verdad? —explicó el psiquiatra con una media sonrisa.

—O sea, que en el mejor de los casos habrá que subir 3 pisos, y, en el peor, 4. A tres metros por piso, entre 9 y 12 metros. ¿Cómo están los bíceps de sus brazos, doctor?

Peter recibió un suspiro como contestación.

—Está bien, doctor. Lo haremos así. Iremos todo lo despacio que haga falta. Yo iré primero y le ayudare. Paso a paso y sin rendirse. Primero debemos buscar algo con que atarnos los dos —dijo Peter al tiempo que empezaba a mirar por los escombros del túnel del montacargas.

—No, Peter. No voy a subir —afirmó Herrero.

—¿Cómo qué no? Hemos ganado unos minutos, pero el fuego no tardara en extenderse. No estamos a salvo. ¡Tenemos que subir y esa es nuestra única salida! —gritó Peter intentando convencer a Herrero.

—Peter, tengo 64 años y estoy diagnosticado de un enfisema pulmonar. Además, hace algunas semanas me han descubierto varios nódulos en el pulmón derecho. No puedo ni tan siquiera ir a dar un paseo a la orilla del lago sin notar mi falta de aire. El oncólogo que me ha visitado me ha dicho que me quedan siendo optimistas entre seis meses y un año de vida. Eso con suerte. Ni siquiera podría subir por este cable hace veinte años. Lo que usted pide, amigo mío, es imposible. Debe subir usted sólo —confesó Herrero mientras agarraba fuertemente por los hombros a Peter.

Durante unos segundos Peter miró hacia arriba y se dio cuenta que tenía razón. Él era un hombre fuerte y atlético y aun así no las tenía todas consigo. Las posibilidades de que el buen psiquiatra llegase arriba eran inexistentes.

—Está bien. Subiré y encontraré la forma de izarle. Usaré una cuerda o algo parecido. Se la atará al cuerpo y le subiré. ¿De acuerdo?

—¡Es usted muy testarudo! De acuerdo, hágalo. Pero debe darse prisa. Esta portezuela no resistirá mucho más.

Con determinación, Herrero hizo un escalón con sus manos y ayudó a Peter a comenzar el ascenso. La ventanilla no sellaba perfectamente y el humo comenzó a filtrarse. La cantidad iba en aumento y cada vez le costaba más trabajo respirar. Ayudado por el cable, Peter empezó a subir a buen ritmo. Alcanzó los dos primeros niveles con rapidez. Golpeó sus pies contra ellas, pero las portezuelas estaban herméticamente selladas ya que devolvían un sonido grave y sordo. Viendo que no había forma de abrirlas siguió con su escalada. Cuando llegó al siguiente nivel, vio esperanzado como la portezuela se abría ligeramente tras dar un par de fuertes empujones. Delante de la misma, bloqueando la salida, Peter intuyó la forma de lo que parecía ser un mueble. Estaba bloqueaba. Peter gritó pidiendo ayuda, pero nadie le oyó. Escuchó el sonido de la alarma de incendios. Probablemente todo el edificio había sido desalojado. Estaban solos.

—¿Puede salir? —escuchó decir entre toses a Herrero desde la profundidad del agujero.

—¡No! ¡Hay un mueble que bloquea la salida! ¡No puedo moverlo! —gritó Peter asfixiado— ¡A partir de aquí hay mucho humo!

—¡Debe seguir! Es su última opción. ¡Vamos, siga adelante! ¡Hágalo por Ellen! ¡No se rinda! —gritó Herrero intentando infundirle ánimos.

Peter cogió aire, contuvo la respiración y continuó subiendo por el viejo cable a toda velocidad. No podía ver nada. Se acercaba al final del conducto y todo el humo se iba acumulando allí. Podía quedarle un metro o diez. Cuando calculó que había llegado a la portezuela tanteó la pared con torpeza. Tras unos instantes agónicos su mano izquierda tocó una manecilla. Peter la agarró e intentó abrirla. El pestillo externo, al parecer, estaba corrido. Su mente se quedó en blanco durante unos segundos. Entonces, de repente, se acordó de la pistola que le había prestado Andy. Sacó el arma que llevaba escondida en el tobillo del calcetín y apuntó a donde creía que estaba la cerradura. La detonación retumbó en todo el conducto. Tras tres disparos Peter dio de lleno al cerrojo que salió despedido, abriéndose la portezuela de par en par. Se abalanzó sobre la abertura y salió del conducto arrastrándose con dificultad. Una densa humareda empezó entonces a entrar en el despacho del doctor Ashcroft. Peter aprovechó para dar

bocanadas de aire que intercaló con varias tandas de ataques de tos. Cuando estuvo algo más recuperado abrió las ventanas del despacho. Aunque sabía que eso no era lo adecuado en estos casos, no pudo resistirse. Mientras iba recuperando el aliento Peter todavía se sentía mareado. Se acercó a gatas a la portezuela y empezó a llamar a voces Herrero. Asomó la cabeza conteniendo la respiración y escuchó dos detonaciones. Sintió cómo su cuerpo le fallaba. Se echó hacia atrás y las piernas le flaquearon. Aunque intentó con todas sus fuerzas agarrarse a una estantería cercana, se cayó al suelo desmayado y totalmente exhausto.

Capítulo 15 - Disipando dudas

Andy se sentó en un sillón de la entrada principal a esperar la llegada del comisario Glen Michaels. Su tono de voz cuando le había comunicado la noticia del suicidio de Mathewson fue demoledor. Estaba acabado. No tenía pruebas y su principal sospechoso se había volado la tapa de los sesos en sus narices. Tenía ganas casi de llorar. Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando el comisario carraspeo delante suya. Tenía cara de pocos amigos.

—¿Qué diablos ha sucedido? ¡Estamos jodidos, Harper! —escupió el comisario y, sin detenerse donde estaba Andy, se puso a subir las escaleras. Un minuto más tarde, volvió a bajar, encontrándose a Andy en la misma posición.

—¿Qué ha pasado?

Andy pasó a relatar al comisario lo que había sucedido y lo breve que fue la conversación con Mathewson. Tras unos segundos de silencio, el comisario le puso la mano en el hombro.

—¿No has tocado nada, verdad? —preguntó Michaels.

Este negó con la cabeza y se levantó del sillón. Michaels afirmó con la cabeza y cogió su teléfono.

—Central, aquí el comisario Glen Michaels. Ha habido un suicidio en el 23 de River Lane, en las afueras de Gardiner. Manden un par de patrullas y al equipo forense.

—Oído comisario, aquí central. ¿Es necesario que envíe una ambulancia?

—No, central. Sólo equipo forense y un par de patrullas. Yo me hago cargo de la investigación —terminó de decir Michaels mientras colgaba el teléfono.

Media hora más tarde el bullicio de la casa era ensordecedor. Media comisaría de Augusta estaba en la casa de Mathewson. Andy se sentó fuera encima del capó de su coche a esperar su sentencia. Todos le miraban al pasar y cuchicheaban entre ellos. Ya daba todo igual. Levantó la cabeza y vio salir al comisario de la casa. Lo buscó con la mirada y le empezó a hacer señas para que se acercase. De mala gana Andy se levantó y se acercó. Cuando llegó junto a Michaels vio que éste estaba guardando el móvil en el bolsillo de su chaqueta.

—Era el inspector Martins. Ha habido un incendio en el St. Joseph. Al parecer han ardido los archivos generales del hospital —dijo Michaels mientras observaba la reacción de Andy.

Andy se puso lívido y tuvo que apoyarse en la réplica del David de la entrada para evitar caerse.

—¿Hay algún herido? —balbuceó Andy con un hilo de voz.

—No. Hay un fallecido. Un tal doctor... Pedro Herrero, y un herido —dijo el comisario haciendo una pausa —su amigo, el doctor Tenway—. terminó.

—¿Peter? ¿Está bien? ¿Qué le ha pasado? —preguntó Andy de manera atropellada.

—Sí, tranquilo. Lo han llevado a observación. Al parecer ha tragado bastante humo y tiene un par de cortes y rasguños. Nada serio. Está en las urgencias del County.

—Señor, sé que me debo quedar aquí, pero... —empezó a decir Andy sin poder acabar la frase.

—Váyase, Harper —ordenó el comisario—, pero esté atento al teléfono. Este asunto creo que se escapara de mis manos a no mucho tardar. Yo creo que en cuanto los de arriba tengan constancia de lo sucedido aquí querrán verle ¿Está claro? —advirtió el comisario.

—Sí. Gracias comisario.

Andy llegó al hospital en menos de 15 minutos y aparcó en el espacio reservado a las ambulancias. Se bajó y fue directo al mostrador de información donde presentó sus credenciales. Una enfermera le llevó a la sala de observación y cuando llegaron al box número diez, recorrieron las cortinas. Peter estaba tumbado en la cama, tapado con una sábana hasta la cintura. Todavía tenía el pecho lleno de manchas de tizne. Además, un feo corte de unos 5 centímetros surcaba la mejilla derecha del anestesista. Estaba semidormido y llevaba puestas unas gafas nasales que le aportaban oxígeno para ayudarle a respirar. De su brazo izquierdo salía un gotero al que había conectado varias bolsas de suero. Peter entreabrió los ojos y sonrió.

—Se está convirtiendo en una mala costumbre la de visitarme en un hospital, inspector Harper.

Andy sonrió y miró a Peter, mezclando su pelo con la mano izquierda.

—¿Cómo estás?

—Bien. Esto es por precaución. En unas horas estaré como nuevo. Pasaré la noche aquí y mañana me darán el alta.

—No debí dejarte ir sólo.

—Por supuesto. Ahora estaríamos los dos aquí. O algo peor.

—¿Qué ha sucedido, Peter?

Peter suspiró y comenzó a contarle lo que había sucedido. Desde la visita a la casa de Herrero, su entrada en el psiquiátrico y de cómo consiguieron que les abriesen el archivo. Luego, cuando le estaba narrando el hallazgo del expediente, Andy le interrumpió.

—Entonces, ¿lo has encontrado? —preguntó esperanzado Andy.

—Sí. Pero no pudimos recogerlo. Escuchamos a alguien bajar y entrar. Nos escondimos para no ser vistos. Luego ese mal nacido lanzó algún tipo de artefacto incendiario y nos encerró. Herrero y yo dejamos el expediente encima del archivador de donde lo habíamos sacado e intentamos ponernos a salvo. Gracias a él encontramos el antiguo montacargas de las cocinas. Me ha salvado la vida. Lo siento, Andy, sé lo importante que era ese expediente.

—No hay nada que perdonar. Lo importante es que estás bien. ¿Qué le sucedió a Herrero?

—Aunque ganamos tiempo, el fuego o el humo eran cada vez más intensos. Aquella portezuela no tardaría en ceder. Sabíamos que no íbamos a tardar mucho en asfixiarnos. Había que subir por un cable de acero unos 9 o 10 metros. Era muy difícil y la densa humareda no dejaba casi ni ver, por lo que él se negó a subir. Yo intenté convencerlo, pero me fue imposible. Te juro que lo intenté, pero... —dijo Peter que interrumpió su relato mientras varias lágrimas caían de sus ojos.

—Tranquilo, lo sé. No tienes culpa de lo que le sucedió a Herrero, Peter.

—En cierto modo sí. La última trampilla estaba con el cerrojo echado, así que saqué tu revolver y volé la cerradura. Luego, al salir reptando del agujero, tuve que perder el arma en

algún momento. Cuando ya estaba a salvo en el despacho escuché un disparo que venía desde el fondo del montacargas. Al no encontrarlo en mis bolsillos, entendí lo ocurrido. Luego me desmayé. Quizás si no hubiese perdido el revolver...

—Le has ahorrado sufrimiento. El cuerpo de Herrero ha sido encontrado carbonizado. Si no hubiese tenido el revolver en sus manos, su muerte hubiese sido espantosa. Sin quererlo le hiciste un favor, Peter. No te tortures.

Pasados unos segundos, Peter le preguntó a Andy por la entrevista a Mathewson. Andy, con la mirada clavada en el suelo, explicó todo lo ocurrido incluido el suicidio del director de NOVOSAFE. Durante unos instantes ambos hombres se quedaron en silencio. Su situación parecía irreversible. No tenían testigos de peso. Su principal prueba estaba volatilizada entre un montón de escombros y Mathewson, el principal sospechoso de ser el cerebro de toda la operación, estaba muerto. Sólo tenían pruebas no objetivas de un caso que hacía aguas por todos lados.

—¿Qué vamos a hacer, Andy?

—Tú, de momento, recuperarte. A mí probablemente me abran una investigación y me expulsen.

—¿No podemos seguir con la investigación? ¿No se puede hacer nada más?

—No lo creo. Tenemos que mirar la pista del restaurante de Gabo, pero la verdad es que no creo que encontremos nada.

El silencio se volvió a hacer patente en toda su crudeza. De repente, una enfermera se acercó a Andy y le rogó que se marchase. Andy la fulminó con la mirada. Peter le agarró la mano consiguiendo que suavizase su expresión.

—Andy, esta enfermera tiene razón. Me han administrado sedantes y he de descansar. Vete a casa, date una ducha y vete a dormir. Mañana me darán el alta y veremos qué podemos hacer. ¿De acuerdo?

—Está bien. Hablare con el comisario para que te ponga vigilancia.

—No creo que haga falta. Esos dos armarios que se acercan por el pasillo llevan escrita la palabra “maderos” en la frente. Hasta mañana.

Andy se giró y vio venir al fondo de la sala a dos tíos que deberían medir algo más de metro ochenta y cinco. Eran de la unidad de violencia callejera. Los había visto alguna vez de pasada en la cafetería del departamento.

—Descansa, Peter.

—Y tú también, inspector Harper —dijo al tiempo que se daba la vuelta en su cama dispuesto a dormir.

Al salir Andy, casi choca con los dos gorilas. Se le quedaron mirando de arriba a abajo y los tres se saludaron con leves movimientos de cabeza. No tenía ganas de hablar y los gorilas al parecer, tampoco. Mejor. Salió de la puerta de urgencias y cogió una bocanada de aire fresco. Nunca le gustaron los hospitales. Se fue al coche, abrió la puerta y se sentó dentro. Necesitaba recomponer sus ideas. Miró su móvil y vio una llamada perdida de Harry Norris desde Boston. Conectó su móvil al cargador del mechero, puso el manos libres y llamó a Harry. Al tercer tono, el teléfono se descolgó.

—¿Diga? —respondió la juvenil voz de Norris.

—Hola Harry. Soy Andy. Me has llamado. Tú dirás.

—Sí. ¿Dónde te habías metido? Creo que he conseguido información valiosa para tu caso. ¿Todavía no lo has resuelto, no es cierto?

—No, seguimos estancados. Adelante. Dispara.

—Primero empezaremos por NOVOSAFE. Fue creada hace 22 años por William Jameson, hijo de un reconocido magnate inmobiliario que, al morir su padre, recondujo su fortuna al sector sanitario y la investigación farmacéutica. Su sede original estuvo en Chicago, pero hace unos ocho años se trasladaron a Gardiner, muy cerca de Augusta, en el Estado de Maine.

—¿Chicago?

—Sí. Ha costado porque al principio tenían otro nombre, pero al final encontré los datos de su fundación. Originalmente se fundó como la fundación hospital de Illinois. ¿Te suena de algo?

—Ligeramente —afirmó Andy irónico.

—Jameson se casó hace 20 años con Sophia Jhonson-Edwards, hija de un conocido político local de Augusta. Tienen un hijo de 17 años, Noah. Es un chico que al parecer ha dado bastantes quebraderos de cabeza a su familia. Investigando la conexión de Jameson con su suegro he averiguado que, durante años, NOVOSAFE fue el principal patrocinador de Jhonson y que Jameson consiguió, con sus presiones, que el partido republicano lo eligiese como candidato a gobernador. En las últimas elecciones NOVOSAFE invirtió cerca de diez millones de dólares en su campaña —explicó Harry mientras tomaba una pausa para respirar.

—Así que ha sido Jameson el que ha ayudado en la carrera del gobernador y no al revés —reflexiono Andy en voz alta.

—No del todo. Desde que Jhonson es gobernador, NOVOSAFE ha incrementado sus ganancias en un 200%. El año antes de que Jhonson fuese elegido gobernador la empresa declaró unas ganancias de 38 millones de dólares. Para este año está previsto que se superen los 7500 millones. De hecho, NOVOSAFE está preparando su salida a bolsa.

—¿Cómo ha influido el gobernador en ese beneficio tan espectacular?

—Jhonson ha autorizado a NOVOSAFE a realizar experimentos en los últimos años que no están permitidos en prácticamente ningún estado del país y que han conseguido que esta empresa esté a la vanguardia en investigación. El partido republicano está callado porque NOVOSAFE colabora activamente con ellos. Las aportaciones de los últimos años ascienden a casi cien millones de dólares.

—Entiendo. ¿Qué has averiguado de Mathewson?

—Wayne Mathewson era un prometedor cirujano cardiovascular en Chicago. Su carrera subía como la espuma. Era una pieza muy codiciada entre los mejores hospitales del país. Al parecer, un día cometió un error en una intervención de cirugía cardíaca y un chaval de 11 años murió. Le retiraron la licencia y le echaron de su hospital, cayendo además en el olvido. Meses después de aquel suceso es cuando aparece Jameson en escena.

—¿Qué sucedió?

—Mathewson estaba sumido en una profunda depresión. Cayó en el alcoholismo y empezó a entrar en una espiral de autodestrucción. Jameson, que había conocido la historia del Wayne por las noticias, empezó a buscarlo hasta que dio con él. Le obligó a entrar en un programa de desintoxicación y le ayudó en su recurso legal con el hospital. Cuando posteriormente consiguió la absolución, le nombró director médico del grupo. De eso hace 12 años. Sigue en ese puesto desde entonces.

—Seguía. Mathewson está muerto. Se ha suicidado esta mañana —dijo Andy al tiempo que explicaba brevemente a Norris lo sucedido.

—Lo siento, Andy. Parecía tu principal baza. Esto es un desastre.

—Lo sé. No sé si aún tengo un caso o éste ha dejado ya de existir.

—La verdad es que la situación se complica. Por cierto, he encontrado algo en los informes que me enviaste por el teléfono de un tal Thomas Williams.

—¿Qué has encontrado?

—Se los he enviado a una colega cuyo marido es inmunólogo y trabaja en el Boston Memorial. Tras mirarlos me ha dicho que parecen el estudio típico previo que se hace para los trasplantes de órganos. Me dijo también que son estudios muy caros. Así que seguí investigando. No fue fácil porque ese tipo de información es muy sensible, pero encontré un listado de los niños que se sometieron a dichas pruebas. Fueron realizadas por la fundación durante dos años, a niños y a niñas con el mismo grupo sanguíneo, el A+, y la misma edad de 12 o 13 años. Y todos pertenecían a familias con rentas inferiores a treinta mil dólares al año del área metropolitana de Chicago. ¿Todo esto te dice algo?

Andy durante unos segundos se quedó en silencio. De pronto todas las piezas, como por arte de magia, empezaron a encajar con facilidad en su cabeza. Y cuanto más veía resuelto el centro del puzle, a mayor velocidad le encajaban el resto de elementos. Todo le cuadraba. Ya sabía quién era el responsable de todo esto. Y Andy también sabía que lo iba a pagar muy caro.

—¿Andy? ¿Andy? ¿Estás ahí?

—¡Sí, sí! ¡Estoy aquí! ¡Ya sé quién está detrás de todo esto, Harry! No hables con nadie. Guarda en sitio seguro la información. Con un poco de suerte todo este asunto estará resuelto en unas horas. Incluso puede que te den una medalla y un ascenso después de todo. Pero no debes hablar con nadie de esto, ¿entendido? —ordenó Andy que parecía haber recobrado la energía.

—De acuerdo, Andy. Ten cuidado, ¿vale?

—Sí, tranquilo. Ten cuidado tú también. Ya hablamos.

Andy arrancó y salió como una exhalación del aparcamiento del hospital. Por el camino descolgó el teléfono y llamó al comisario Michaels.

—Sí, dígame.

—¡Comisario, soy Harper! Se quién está detrás de todo esto. De hecho, voy a su casa en este momento.

—Un momento Harper. ¡No haga locuras! Explíquese —le ordenó Michaels a gritos.

Andy le explicó con brevedad su teoría al comisario que lo escuchó sin hacer interrupciones. Cuando acabó, Andy esperaba la reprimenda por parte de su jefe en cualquier momento. Pero eso no sucedió.

—Espérese, Harper. No debe entrar usted solo. Al menos no en su situación. Cerca del domicilio del sospechoso hay una gasolinera. Espéreme allí. Iremos juntos. Es una orden.

Andy aceptó de mala gana. Llegó a la gasolinera y, diez minutos más tarde, apareció en ella el comisario. Aparcó su coche y se montó con Andy. Ambos hombres se miraron.

—Entre usted y mi úlcera van a acabar conmigo, Harper. Arranque de una maldita vez.

—A la orden, señor.

Por el camino ninguno de los hombres dijo nada. Cada uno iba perdido en sus pensamientos y a ninguno le apetecía hablar. Un par de minutos después de dejar la gasolinera, llegaron a la puerta de entrada de la mansión de la familia Jameson. Era un espectacular palacete de unos 12 metros de altura y cuya entrada estaba flanqueada por varias columnas de mármol blanco. Se parecía, aunque de un tamaño menor, a la Casa Blanca. El guardia que custodiaba la puerta de entrada se les acercó.

—Buenos días, ¿en qué puedo atenderles? —preguntó el guardia con amabilidad.

—Soy el comisario Michaels y él es el inspector Harper, del departamento de homicidios de Augusta. Necesitamos ver al señor Jameson inmediatamente —contestó el comisario al mismo tiempo que tanto él como Andy enseñaban sus credenciales.

—Un momento, por favor.

Tras hablar por un teléfono interno, les abrió la puerta metálica y dejó pasar el vehículo. Andy condujo hasta la entrada principal donde varios coches de alta gama estaban aparcados en la puerta. Al pasar, Andy se fijó en un pick—up deportivo pintado en rojo y con espectaculares llamas decorando los bajos. Parecía el coche de un chaval. Estaba lleno de barro. Cuando se acercó, observó un par de garrafas vacías en la parte trasera del coche y un chaquetón de camuflaje estilo militar. Andy sonrió y siguió junto con el comisario hacia la puerta de entrada. Cuando llegaron vieron que la puerta principal estaba abierta.

Entraron y se vieron dentro de un impresionante hall. Había obras de arte por todos lados. Estatuas, cuadros, tapices. Parecía más la entrada a un museo que a una casa. Cientos de miles de dólares colgaban de aquellas paredes. En un lateral, había una cómoda muy antigua repleta de lo que parecían ser portaretratos bastante caros. Andy se acercó y observó que eran fotos de índole familiar. Una de ellas sorprendió a Andy. Michaels le tocó el brazo para llamar su atención al mismo tiempo que se tocaba la nariz. Un ligero olor a quemado les vino de repente a despertar el olfato. Ambos policías se miraron y empezaron a subir por la espectacular escalinata de mármol blanco que llevaba al piso superior. El olor fue aumentando en intensidad y les llevó a la puerta de la habitación que estaba más lejos de la escalera. Se asomaron y vieron lo que parecía ser un gran despacho. Era una sala rectangular de, al menos, 40 metros cuadrados. Una preciosa alfombra de diez metros de longitud y tres de anchura dominaba el espacio. Encima de ella había un excelente escritorio doble de madera de nogal. Los laterales de la habitación estaban recubiertos de estanterías llenas de libros, algunos de los cuales eran claramente ejemplares muy caros. Al fondo, junto a la chimenea encendida, William Jameson estaba agachado tirando unos

documentos que rápidamente eran pasto de las llamas. En un hueco de la pared izquierda, la puerta de una caja fuerte estaba abierta. Hacia allí se dirigía Jameson cuando se percató de la presencia de Andy y del comisario Michaels.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —gritó Jameson encolerizado

—Hemos venido a hablar con usted, señor Jameson. Somos el comisario Michaels y el inspector Harper, del departamento de homicidios de Augusta. Queremos aclarar un par de puntos sobre su posible implicación en el asesinato de Ellen Cistar y la desaparición del pequeño Eddie Norman.

—¿Quiénes? ¿Asesinato? ¿Desaparición? La verdad es que no sé de qué me están hablando —contestó Jameson con indiferencia.

—Si que lo sabes, escoria. Y vas a pagar por ello.

—No, inspector Harper. No sé nada. Sólo sé que están ustedes dentro de mi casa sin mi permiso. No tienen una orden y ningún juez que esté en su sano juicio se la dará. Soy un importante hombre de negocios que tiene muchos y poderosos amigos. Y también sé que esta intromisión en mi vida privada la van a pagar muy cara. Así que ahora, si me disculpan, estoy muy atareado. Les ordeno que abandonen mi casa. Busquen esa orden y, si hay algún juez que este tan loco como para firmarla, vuelvan a venir. Hasta entonces, no tengo nada más que hablar —contestó despreciativo Jameson al tiempo que continuó andando hacia la caja fuerte.

—Un momento, señor Jameson. Si usted no nos ha dejado pasar ¿quién ha sido? —preguntó el comisario.

—He sido yo —gritó desde el umbral de la puerta una voz aguda.

Todos se giraron hacia la voz y vieron que provenía de un chaval de unos 17 o 18 años. Se le veía bastante nervioso y tenía dos pistolas, una en cada de mano. Con una apuntaba a Andy y Michaels. Con la otra a Jameson.

—¡Noah! ¿Pero qué demonios estás haciendo? ¿Siempre tienes que estar dando la nota? ¡Suelta eso, por el amor de Dios! —gritó Jameson que se empezó a acercar a su hijo.

—¡Quieto! ¡No te acerques más o te disparo! ¡Eres un monstruo! —dijo entre sollozos el joven Noah Jameson.

Andy y Michaels se quedaron petrificados. Con cuidado, el comisario hizo un amago de sacar su arma. Andy le sujetó la mano y le pidió con la mirada que esperase.

—¡Noah, no seas inconsciente! ¡Baja esas pistolas ahora mismo! ¡Es una orden! —aulló desesperado Jameson.

—No, padre. Estoy cansado de tus órdenes. Llevo años intentando llegar a tu nivel de exigencia, pero para ti nunca nada de lo que he hecho ha sido suficiente. Ahora sé tu secreto. El secreto del gran hombre. ¡La gran mentira del señor William Jameson! —volvió a gritar Noah fuera de sí.

—¡Cállate! ¡No digas más tonterías! ¡Agentes, no le hagan caso! Está en tratamiento psiquiátrico desde hace meses. No sabe de qué habla —rogó Jameson que estaba próximo a sufrir un colapso.

Entonces Andy intervino.

—Yo creo que sí, señor Jameson. Su hijo Noah es el causante de la muerte de Ellen Cistar. Y muy probablemente del incendio que asoló su casa poco después. Y dado su pasión por el fuego, también creo que está implicado de algún modo en el incendio provocado en el St. Joseph de esta mañana, que causó la muerte al doctor Herrero y heridas a otra persona ¿No es cierto, Noah? —afirmó Andy.

—¡Ustedes los policías no se enteran de nada! Yo sólo prendí fuego a la casa de la mujer.

—¡Cállate! ¡No digas nada más! —aulló Jameson.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó el comisario.

—No podía permitir que dejaran de investigar y pensasen que su muerte era debida a un robo que salió mal. Del otro incendio no sé nada. Ahora entiendo que a mi padre le haya sido tan fácil quedar impune tantos años. Son unos incompetentes.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido?

—Ahora que lo pienso, creo que mi primo David trabaja allí desde hace no mucho tiempo, ¿no es cierto, padre? Siempre le gustó mucho el fuego. De hecho, me lo enseñó todo sobre cómo manejarlo y controlarlo. La orden de matar a la mujer fue a buen seguro una orden directa tuya —se sinceró el joven.

—¿Quién es su primo David? —pregunto el comisario.

—David Blend. Usa el apellido de su madre. Es psiquiatra —contestó el joven con una sonrisa. Las últimas piezas encajaron en el puzle de Andy. Ahora, todo tenía sentido.

—Hijo, no digas nada más. ¡No seas inconsciente! ¡No sabes de qué estás hablando! ¡Cállate, por el amor de Dios! —gritó de nuevo William Jameson con desesperación.

—No, padre. Hoy, en este momento, en tu despacho y con dos policías y tu hijo por testigos, vas a confesar tus crímenes. Hazlo o atente a las consecuencias —advirtió Noah con seguridad.

—Y si no lo hago ¿qué harás? Siempre has sido un ser débil. Te pareces a tu madre —contestó desafiante William.

—¡Esto! —gritó el joven que de manera sorprendente se apuntó con una de las pistolas en su sien izquierda —¡O confiesas ahora mismo todo o me pegó un tiro! Al final, cargarás con mi muerte el resto de tus días —terminó de decir entre lágrimas.

Todos se quedaron petrificados. William Jameson, siempre tan seguro de sí mismo, temblaba como un flan de vainilla.

—Hijo, ¿por qué haces esto? ¡Todo lo que hice fue por ti! ¿No lo entiendes? —suplicó William casi de rodillas.

—No, padre. Desde que me enteré hace meses de lo ocurrido quise creer que eso había sido así. Quise creer que todo lo hiciste por mí. Pero pronto descubrí que tú no me salvaste porque me querías. No había amor en tus más profundas intenciones. ¡Lo hiciste porque querías demostrar al mundo que William Jameson jamás perdía! ¡Lo hiciste por tu orgullo, padre! ¡No por salvar a tu hijo! —gimió el joven que seguía llorando sin parar.

—¿Qué es lo que hizo tu padre, Noah? —preguntó el comisario Michaels.

—Mi padre secuestró al pequeño Eddie Norman para robarle su corazón. Un corazón que le hacía falta a su hijo Noah y que no llegaba a tiempo de salvarlo. ¡El corazón que late bajo esta cicatriz! —confesó Noah al tiempo que bajaba la pistola que apuntaba a los policías y se levantaba con cuidado la camiseta.

Todos observaron una cicatriz que dividía en dos el pecho del joven, justo por encima del esternón. Tras unos segundos se bajó la camiseta y volvió a apuntar con el arma a los agentes. Todo el mundo se quedó en silencio. William Jameson, derrotado, se acercó al sillón que había cerca de su escritorio y se sentó con pesadez. Abrió una botella de cristal de bohemia que tenía en una camarera de mesa justo al lado y se sirvió lo que parecía whisky en un vaso. Luego lo cogió y se lo bebió de un trago.

—Está bien, tú ganas, hijo.

A continuación, empezó su relato.

—Heredé de mi padre una gran fortuna, algo así como unos 10 millones de dólares en propiedades y activos. Lo vendí todo y decidí que quería cambiar la vida de la gente. Con esa premisa funde la fundación hospital de Illinois. Conseguí con cierta rapidez empezar a recuperar lo invertido. Era joven, trabajaba duro y tenía unos ideales que compartir con el mundo. Pero un día mi vida cambió.

Con delicadeza, Jameson rozó con la yema de los dedos una foto de una joven que había encima de la chimenea.

—Estaba haciendo entrevistas de trabajo para el puesto de secretaria ejecutiva. Una de las candidatas que se presentó fue tu madre. Ahí fue dónde nos conocimos.

El joven Noah empezó de manera inconsciente a bajar ambas pistolas.

—Era alta, esbelta y muy guapa. En cuanto la vi de entrar, me enamoré perdidamente. Al principio me rechazó pero luego se dejó engatusar. En menos de un año nos casamos y al poco tiempo se quedó embarazada de ti. La vida me sonreía —se explicaba William que hizo una pausa, se sirvió otro trago de whisky y se lo volvió a tomar de golpe casi sin respirar—. Pero no siempre se puede tener todo.

—¿Qué pasó, padre?

—Todo el embarazo fue muy bien hasta el momento del parto. Hubo complicaciones y, aunque tú naciste bien, dos horas después tu madre sufrió una grave hemorragia. No tuvieron más remedio que realizarle una histerectomía de urgencia lo que significaba que jamás volveríamos a tener hijos —siguió explicando Jameson, cada vez más hundido en el sillón.

Todos en la sala se mantuvieron callados y en silencio. La expectación era máxima.

—Aunque al principio nos costó asumirlo, el verte crecer nos dio fuerzas. Nos hicimos a la idea y, al año de tenerte con nosotros, nuestra familia volvía a ser totalmente feliz. Empezamos incluso a plantearnos adoptar en el futuro —confesó Jameson.

—¿Por eso nunca tuve hermanos? —preguntó incrédulo Noah.

—Sí. Justo cuando empezamos a preparar los papeles para la adopción, surgió tu problema de

corazón. Tendrías unos ocho años. Al principio pensamos que no sería nada grave pero tras un amplio estudio se confirmó el peor de los pronósticos: tu corazón era inservible. A medida que fueses creciendo sería cada vez más inútil hasta que llegase un día en que se pararía para no volver a latir nunca más.

—Tuvo que ser muy duro —afirmó Andy.

—Sí. Fueron momentos muy complicados. Visitamos a los mejores especialistas del país e incluso viajamos a Europa. Todos nos confirmaron que la única opción de tratamiento era el trasplante. Así que, con algo de influencia, te pusimos en lista de espera —continuó diciendo Jameson.

—¿Por ese motivo se puso en marcha el estudio del hospital fundación de Illinois, verdad? —preguntó Andy.

—Sí. Fue una noche en la que estaba hablando con Sophia. Nos infundíamos ánimos mutuamente. Pensé que, pasase lo que pasase con nuestro Noah, sería bueno que se crease un programa que estudiase a fondo la salud de los niños. El problema de Noah hubiese sido el mismo con o sin estudios, pero hay muchos tipos de malformaciones que se pueden curar si se detectan a tiempo, evitando que los órganos lleguen a un punto en el que no sean recuperables. En la empresa, los beneficios habían disminuido. Al estar más volcado con mi hijo, dejé un poco de lado mis obligaciones. Las cuentas arrojaron, por primera vez, un balance negativo. Conseguí, a pesar de las reticencias del consejo, que se aprobase hacer el primer estudio a unos trescientos niños. Detectamos problemas que se solucionaron en veinte de ellos. El programa costó alrededor de 2 millones de dólares. Para mí fue un éxito completo —explicó con orgullo Jameson.

—¿Cuándo decidió aprovecharse del programa que había ideado?

—A los diez días de dar por acabada la primera fase del mismo, Noah empeoró. Tenías ya once años. El médico que lo atendía en la pequeña clínica que habíamos montado en casa para que estuviese atendido 24 horas nos dijo que su estado era grave. No le daba ni seis meses de vida. Sophia enloqueció. Una noche me agarró del pecho y me ordenó que hiciese lo fuera necesario para salvar a su hijo. Al día siguiente volví a llamar a los mejores especialistas. Todos coincidieron con nuestro cardiólogo. Estuve todo el día al teléfono hablando con medio mundo. Por la noche, no me atreví a volver a casa. Estando borracho en el despacho fue cuando, por casualidad, leí un artículo en el periódico sobre el tráfico de órganos. Empecé a leerlo por curiosidad, pero de pronto se me ocurrió que esa era una opción para Noah. Sin darme cuenta, me quedé dormido encima de la mesa del despacho con la página del artículo abierta de par en par. Cuando me desperté a la mañana siguiente y vi el artículo, sentí asco de mí mismo. Salí del despacho y fui a casa. Noah había empeorado durante la noche. Fue necesario hasta intubarlo para mantenerlo respirando. Aunque la crisis ya había pasado, nuestro cardiólogo nos dijo que cada vez serían más frecuentes hasta que, en una de ellas, moriría —siguió hablando Jameson, que de pronto se levantó y fue a asomarse a la enorme cristalera que estaba al lado de la chimenea.

Todos le siguieron con la mirada. Andy miró de reojo a Noah, que había bajado las dos pistolas completamente. Jameson continuó hablando.

—Hablé con especialistas y les pedí que me dijese cuáles eran las pruebas para ver la competencia de un donante de órganos. Seguía con la esperanza de que llegase su corazón de manera natural pero no quería dejar que mi hijo muriese. Un padre haría cualquier cosa por salvar

a su hijo. Cualquier cosa —dijo Jameson tras suspirar.

—Por eso hizo una segunda fase de estudio, con más pruebas y a más niños. Sólo los hizo a los de 12 a 13 años y del grupo sanguíneo de su hijo, A+, ¿no es cierto?

—Así es —confesó Jameson mientras miraba sorprendido a Andy—. Quería obtener al mejor candidato posible. Justo cuando acabaron las pruebas me enteré que había un tratamiento experimental en Vancouver. Detuve el programa y lo anulé. En dos semanas Noah estaba recibiendo el nuevo tratamiento —terminó de decir William Jameson.

—¿Qué sucedió después? —preguntó el comisario Michaels.

—Al principio funcionó bien. Mejoró bastante y se le pudo retirar gran parte de medicación. Enterré la idea del trasplante ilegal y me juré que nunca volvería a hablar de ello ni conmigo mismo. Entonces, a los diez días, Noah volvió a empeorar. Hablamos con Vancouver y nos dijeron que no había nada que hacer. Noah se iba a morir —confesó William Jameson mientras de sus mejillas empezaban a rodar varias lágrimas.

—¿Fue entonces cuando conoció a Andrej Gabo? —preguntó Andy.

—Sí. A través de cierto jefe de policía, amigo mío de la universidad. Yo sólo le explique que necesitaba alguien para un trabajo sucio. Él me dijo que Gabo era mi hombre. Nos concertó la cita y nos vimos. En cuanto lo vi, supe que haría todo lo que pidiese sin rechistar siempre y cuando le pagase de manera generosa. Le expliqué lo que quería y me pidió un precio. Yo le cuadrupliche esa cifra. Le dije que estuviese preparado, que lo avisaría la misma noche que necesitase hacer la operación. Él sólo me pidió los datos del niño que había que secuestrar —se explicó Jameson.

—¿Desde cuándo tenía elegido a Eddie Norman? —preguntó Andy asqueado por la pregunta.

—En realidad no fue la primera opción. La primera fue una niña que tenía una compatibilidad con Noah del 99,7 %. Pero cogió un sarampión. He pensado muchas veces en ella. Tanto su familia, como ella, nunca supieron lo cerca que había estado de morir. Como fue imposible con el candidato número uno pasamos al candidato número dos. Era el pequeño Eddie. Su compatibilidad era del 98,9%. Gabo empezó a hacer sus tareas de vigilancia —siguió diciendo Jameson.

La frialdad con la que lo contaba hizo que a Andy le diesen ganas de vomitar. Hablaba de aquellos niños como si fuesen elegidos para un concurso del colegio.

—Un día me di cuenta de un grave error en todo el plan. Tenía al donante, al secuestrador e incluso el lugar para realizarlo. Se haría en un barco de la empresa dedicado a la investigación, el “Spirit of Manistee”. Acabábamos de comprarlo y me ocupé de que fuese preparado a fondo. Monté dos quirófanos en él y una zona que era como una pequeña UCI, con dos camas con sistemas de vacío para evitar contaminación aérea. Al personal del buque le indiqué que estaba ahí por si tenían algún accidente en alta mar. Luego cargué todo lo necesario en varias valijas que dejé a bordo, selladas y preparadas para la noche señalada. Entonces me di cuenta que me faltaba una figura imprescindible y sin la que no había nada que hacer: Un cirujano —continuó explicando Jameson.

—Y aquí es donde entra en juego Wayne Mathewson. ¿No es cierto?

—Sí. En realidad, fue Gabo el que lo encontró. Se personó en mi oficina después de que le

avisase que la operación se anulaba. Ningún cirujano en su sano juicio haría una operación de ese tipo. Noah estaba condenado. Cuando llegó, pensé que venía a por su dinero. Yo le quise tranquilizar. Le dije que sus emolumentos se cobrarían de igual forma, aunque la tarea no se hubiese llevado a cabo.

—¿A cuánto ascendían? —interrumpió el comisario.

—Medio millón de dólares —respondió William Jameson—. Gabo me propuso doblar esa cifra si él me conseguía un cirujano cardíaco. Tuve mis dudas. Gabo, para tranquilizarme, me juró que podría comprobar los datos y el historial del cirujano antes de decidirme. Cuando le pregunté que cómo estaba tan seguro de que iba a encontrar alguien dispuesto a operar a Noah él simplemente se rio. Quedamos en vernos al día siguiente al mediodía en un bar al este de la ciudad. Esa noche, Noah empeoró. Su estado era crítico. Y no aguantaría más de dos días. Fui a la cita desesperado. Entré al bar y me llevaron a un almacén, en la parte trasera. Cuando entré, vi a Wayne Mathewson sentado en una silla. Era la primera vez que le veía. Gabo me dio un par de artículos de periódico en los que se explicaba su brillante carrera como cirujano y su caída a los infiernos. Le expliqué con claridad lo que queríamos hacer y él durante toda la conversación se limitó a asentir. Le prometí que si lo hacía la pagaría mucho dinero y le haría director médico de NOVOSAFE. Vi el brillo de la vanidad y la avaricia encenderse en su mirada. Con Gabo de testigo, cerramos el acuerdo. El trabajo se haría a la noche siguiente —terminó de decir Jameson acercándose de nuevo al escritorio a por whisky.

—¿Qué conexión había entre Gabo y Mathewson? —preguntó Andy.

—Mathewson le debía dinero a Gabo por temas de apuestas ilegales. Cuando le retiraron la licencia, Wayne además de al alcohol se hizo adicto al juego. De hecho, llegué a enterarme con el tiempo que aquel día si yo hubiese dicho que no lo quería en la operación, hubiesen matado a Wayne. En cierto modo, le salvé la vida.

Andy miró en silencio al comisario Michaels, que estaba pálido como el mármol blanco de las columnas de la entrada.

—La noche anterior tuve muchas dudas. Hablé con mi mujer y le expliqué que había un modo de salvar a Noah, pero de una forma repugnante. Ella me volvió a repetir que le daba igual como pero que lo hiciese. Esa noche, cariño, sufriste una parada cardiorespiratoria de la que todavía no sé ni cómo saliste con vida —dijo Jameson mientras miraba a su hijo emocionado.

El chaval miraba al suelo, llorando como un chiquillo el primer día de colegio.

—Aquello para mí fue como una señal. Así que di luz verde a la operación. Todo sucedió según lo previsto. Gabo secuestró al pequeño Eddie Norman y lo llevó al “Spirit”. Allí, entre Wayne y yo sacamos el corazón del niño y lo preparamos para el trasplante de mi pequeño. Noah descansaba en la habitación esperando la intervención. Necesitábamos un enfermero perfusionista que mantuviese a Noah con vida hasta que llegase el corazón de Eddie. Wayne le había dado a Gabo el nombre de un conocido que trabajaba en el mismo hospital que Mathewson, un enfermero de origen árabe que solía jugar con él en las timbas ilegales y de un otro de origen filipino que tenía problemas con inmigración. Les ofreció a ambos una jugosa cantidad de dinero a cambio de ayuda —continuó explicándose Jameson.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Andy temiendo saber la respuesta.

—Gabo los hizo desaparecer. Días después de toda la operación, Gabo me lo confesó después de algunos vodkas. El resultado fue óptimo y el trasplante un éxito, como han podido comprobar, Mathewson cogió su puesto y su sueldo, además de un buen pellizco. Años después decidimos trasladar la empresa aquí. Cambiamos el nombre y vinimos a Maine. Aire puro y poca contaminación era lo que le venía bien al niño. Quería alejarme de Chicago y aquí tu abuelo empezaba a destacar dentro del partido republicano. Con mi ayuda, se convirtió en gobernador, lo que nos facilitó multitud de ventajas fiscales y de otro tipo que se tradujeron en el crecimiento actual que tiene la empresa.

—¿Cómo consiguió que se olvidase todo? —preguntó Michaels.

—Con dinero y sutileza. Hice generosas donaciones al FBI y al departamento de policía de Chicago. Todos decidieron correr un tupido velo sobre el asunto —dijo Jameson.

—Todos menos Ellen Cistar y Guinetti. Debió de molestarle todo aquello, ¿no es cierto, señor Jameson?

—Al mes y medio de toda la operación, Gabo se presentó en mi casa. Me explicó la insistencia de la madre del niño desaparecido y el apoyo que había logrado de Guinetti. Se ofreció por un módico precio a solucionar el problema. Yo le dije que no quería que la mujer sufriese daño. Gabo me insistió en que era un error y aunque intentó convencerme de lo contrario, le insistí en que no le pasase nada a Ellen Norman. Al poco tiempo me llegó una carta de Chicago sin remitente. Dentro había recortado un artículo en el que se contaba la muerte del inspector Guinetti —explicó William Jameson mientras no dejaba de mirar al suelo.

—¿Cómo pudiste hacer todo eso? ¿Matar a todas esas personas? ¿Porque yo no muriese? ¡Eres un indeseable y me avergüenzo de ser tu hijo! —gritó Noah.

—¡Todo lo hice por ti! ¡Eres un desagradecido! —se encaró Jameson visiblemente afectado por el alcohol que acababa de ingerir.

—¿Dónde escondió Gabo el cuerpo del pequeño Eddie, señor Jameson? —intervino Andy intentando reconducir la situación.

—Gabo me entregó la mitad de las coordenadas de la ubicación exacta del cadáver. La otra mitad se la quedó él. A cambio de su silencio, me pidió mudarse a vivir aquí. Necesitaba salir de Chicago, puesto que cada vez tenía más enemigos. Solicitó mi ayuda para conseguir nueva documentación y dinero para montar un negocio. El dinero se le entregó a través de Wayne. Montó esa horrible pizzería, el Tony's, y se retiró de la primera línea criminal. Todos los años recibía de mí una generosa suma que Wayne le abonaba. Además, cuando teníamos algún pequeño problema que había que resolver de manera extraoficial, Gabo se encargaba. Era discreto, profesional y nada ambicioso. Yo pedía y el ejecutaba. Un auténtico profesional.

—¿Tiene todavía el papel de las coordenadas, señor Jameson? —preguntó el comisario Michaels.

—Por supuesto. Están en la caja fuerte —dijo Jameson al tiempo que sacaba una carpeta de color azul.

—Hágase un favor, señor Jameson. Entréguenos la carpeta. Todo ha acabado —dijo Andy que se empezó a mover con discreción hacia Jameson rodeando el escritorio.

—Jamás se la entregaré, inspector Harper. Nada de lo dicho aquí tendrá validez en un juicio. He sido coaccionado para decirlo y he ingerido alcohol, por lo que no recuerdo nada de lo confesado. No tienen ninguna prueba y las pocas que existen van a ser eliminadas. No tienen ustedes caso. De hecho, no pueden ni tocarme.

—Suelta esa carpeta en el suelo, papa. Es una orden —exigió Noah, que volvió a apuntar con las dos pistolas a su padre—. Esta vez no te vas a salir con la tuya. No vas a matar a nadie más. ¡Retírate de la chimenea o dispararé! —gritó Noah, cuyo temblor de manos no hacía aconsejable llevarle la contraria.

—¡Desagradecido! ¡Todo esto lo hice por ti! ¿Y así me lo pagas? ¡Tú a mí no me das ordenes! ¡Yo te las doy! ¡Para eso soy tu padre! —escupió Jameson.

De pronto se escuchó una detonación. Y luego otra. Y después una tercera. Andy y Michaels se quedaron parados mientras observaban a Noah, de pie en medio de la sala con sus pistolas bajadas y totalmente desconcertado. Unos metros detrás de él había aparecido Sophia Jameson, con un pequeño revolver entre las manos. William Jameson, tan sorprendido como todos, vio cómo de su pecho empezaba a fluir de manera constante la sangre de su cuerpo. Se le cayó la carpeta de las manos y, con expresión de sorpresa, se desplomó en el suelo. Sophia, con mucha calma, se acercó a Andy y al comisario todavía con el pequeño revolver en las manos. Los miró a la cara y les sonrió con tristeza. Luego dejó el arma encima de la mesa del escritorio.

—Estaré en mi habitación cuando quieran arrestarme —dijo con parsimonia tras lo que se dio la vuelta y se acercó a su hijo. Le quitó las pistolas que todavía llevaba en las manos, las dejó en el suelo, lo cogió del brazo y se lo llevó consigo fuera del enorme despacho. Andy y el comisario Michaels se quedaron solos en la habitación mirándose con estupefacción.

Capítulo 16 - Atando cabos

Andy estaba sentado en una coqueta cafetería que había enfrente de la comisaría. Le gustaba estar allí porque se respiraba tranquilidad. Era un ambiente cálido y acogedor, en el que podía desconectar de todo. Aunque ya podía volver por su oficina, todos seguían cuchicheando a sus espaldas. No era algo agradable y por eso Andy evitaba en la medida de lo posible estar en su despacho. Cuando tenía que hablar con el comisario Michaels, se citaban en la cafetería o en algún otro lado para comer. Aquél era uno de esos días.

—Bien, ya me has pedido el café. Lo necesito. ¿Cómo está mi chico preferido? Esto se tiene que acabar, Harper. Cada vez que quieres hablar quedamos aquí o en Mama Louis. A este paso mi colesterol me matará con más rapidez de la que deseo. Sabes que puedes volver a casa, ¿verdad? —preguntó con cariño el comisario.

—Lo sé, comisario. Lo que sucede es que todavía no me acostumbro a los cuchicheos. La verdad, no creo que lo haga nunca. De hecho, estoy pensando en pedirme un traslado —confesó Andy.

—¿Un traslado? ¡Qué poco nos duran las estrellas! ¿Quién ha sido? ¿la CIA? ¿la NSA? —se quejó el comisario.

—Ninguno de ellos. El FBI me ha propuesto dirigir el departamento de desaparecidos. Mi grupo sería el encargado de toda la Costa Este. Tendríamos base en Boston. He dicho que lo pensaría, pero creo que acabaré aceptando —explicó Andy con una sonrisa.

—Me alegro por ti, Andy.

—Gracias, señor.

—Antes supongo que acabarás el informe del caso, ¿verdad? —preguntó Michaels simulando estar enfadado.

—Por supuesto. En las últimas tres semanas he estado muy atareado. Ya he hablado con el FBI de Chicago. Ha habido una docena de detenciones, cinco de ellas antiguos agentes y cargos de la policía de la ciudad. También se ha detenido a un antiguo jefe de departamento del FBI. Todo ello gracias a los papeles encontrados en la caja fuerte de Jameson. Aquí, en Maine, se ha detenido al doctor David Blend por el incendio del St. Joseph. Al parecer seguía órdenes de Ashcroft, director médico del centro, que también ha sido detenido. Ashcroft a su vez tenía órdenes directas de Jameson de impedir que alguien revisase las historias hasta que RESLIAS estuviese completado. Ambos han pedido negociar su condena a cambio de una confesión pues tenemos bastantes pruebas de tipo informático —se explicó Andy.

—Debe tener usted un club de seguidores ya bastante numeroso, Harper —respondió divertido el comisario.

—Eso parece. Además, el programa RESLIAS ha sido cancelado. La nueva cúpula directiva de NOVOSAFE así lo ha decidido. Hay una empresa japonesa que ha presentado una oferta muy interesante por la compañía, según he oído. De hecho, Noah Jameson, como único heredero de las acciones de su padre, quiere venderla. No quiere saber nada de su legado.

—¿Qué sucederá con los Jameson?

—Noah se ha declarado culpable del incendio de la casa de Ellen Cistar. Tiene varios atenuantes y su ayuda en la resolución del caso de Eddie Norman juega a su favor. La juez no será muy dura con el chico. Se quedará probablemente en un tirón de orejas. Su madre, en cambio, ya está en prisión preventiva. Tiene poco a lo que agarrarse, aunque el tema mental parece la mejor opción de defensa. No sé qué pasará con ella, pero se la ve bastante tranquila.

—Y qué se sabe del cuerpo del pequeño Eddie, ¿ha aparecido por fin? —volvió a preguntar el comisario.

—Sí. Hace una semana. El FBI me llamó y me lo notificó. Con él estaban enterrados al parecer dos cadáveres más. Dos hombres que concuerdan en edad y físico con el especialista en perfusión de origen árabe y el enfermero filipino que contrató Gabo. El niño ya está enterrado junto a su madre en Chicago —terminó de decir Andy.

Durante el instante en que se quedaron en silencio, el ruido de la televisión les llamó la atención. Parecía un boletín especial en el Canal 7.

—“...Señoras y señores, tenemos una noticia de última hora. El principal aspirante a candidato republicano para la Casa Blanca y gobernador del Estado de Maine, Donald Jhonson, acaba de anunciar su dimisión en rueda de prensa. Ha alegado motivos de salud. Desde su partido algunas fuentes no oficiales alegan temas personales mientras que otras fuentes consultadas revelan que el motivo podría ser la reciente implicación de su hija Sophia en la muerte de su marido, el magnate de la industria farmacéutica NOVOSAFE William Jameson. Ampliaremos la noticia en cuanto...” —siguió diciendo el noticiario mientras se hacía un murmullo en el salón de la cafetería.

Andy, que no parecía sorprendido, miraba divertido al incrédulo comisario.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó Michaels abriendo los ojos de par en par.

—Sí. Desde esta mañana. El FBI le ha enseñado las pruebas que tiene contra él. Le han invitado a dimitir para evitar un escándalo. Parece que ha accedido a colaborar a cambio de no ir a juicio. Otro amigo en mi club de fans, supongo.

Ambos se rieron de buena gana mientras brindaban con sus cafés. Después de un par de minutos en silencio, Michaels volvió a dirigirse a mirar a Andy.

—Por cierto, ¿qué encontró el FBI en la pizzería de Gabo?

—Gabo tenía una caja fuerte en el lugar que me indicó antes de morir. La encontraron y la abrieron. Había multitud de cintas de audio y documentos que implicaban a Mathewson y Jameson. Encontraron fotos del domicilio de los Norman, los pasaportes del enfermero filipino y del perfusionista árabe y algunas cosas más. Una de las cintas tenía grabada una conversación en la que Jameson le ordenaba a Gabo asesinar a Ellen. Al parecer, según me contó Noah, ahí fue donde obtuvo confirmación de todo. El ya lo sospechaba desde hacía meses por unos documentos que encontró en el despacho de padre. Además, hoy he quedado con el agente especial encargado del caso para volver a la pizzería a ver si veo algo que se les escapa. Aunque no lo creo. Tienen el caso bastante amarrado —comentó Andy quitándose importancia.

—Has hecho un gran trabajo Harper. Eres un gran policía. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias, señor. Sin su ayuda y su confianza, habría sido imposible. Muchas gracias, por todo.

—Bueno, me tengo que ir. El deber me llama. Avísame antes de irte y tomamos una cerveza,

¿De acuerdo? —preguntó el comisario Glen Michaels mientras extendía la mano.

—Eso ni lo dude, señor. Estaremos en contacto —dijo Andy al tiempo que estrechaba la mano del comisario con afecto. Un minuto después, Andy seguía con la mirada a través del cristal cómo el comisario se perdía en las escaleras de la entrada del departamento.

Absorto en sus pensamientos, Andy notó de pronto la vibración del teléfono. Era Peter.

—Inspector Anderson Harper al aparato ¿Qué es lo que desea?

—Perdón inspector, necesito que venga rápido un apuesto policía a mi domicilio. ¿Conoce usted a alguno?

—La verdad es que no, señor Tenway —respondió Andy que se empezó a reír.

Desde que Peter había salido del hospital, ambos prácticamente habían vivido juntos en casa del anestesista. Andy sólo iba a su casa a por ropa y pasaba todo el tiempo que los viajes y las investigaciones le permitían con él. Peter, además, ya había aceptado una oferta de trabajo en el Boston Memorial. Vivirían juntos en la ciudad. Todo les iba a pedir de boca.

—¿Vas a venir a almorzar? —preguntó Peter.

—¿Qué? Sí, supongo que sí. Sólo me queda ir a echar un vistazo con el agente especial del FBI a la pizzería de Gabo. Es una mera formalidad. Supongo que estaré en casa sobre las dos. ¿Te parece bien? —contestó Andy.

—Perfecto. Te prepararé esa pasta con gambas que tanto te gusta. Hasta luego, inspector.

—Hasta luego, señor Tenway.

Estaba en una nube. Había conseguido un puesto de trabajo que le entusiasmaba y estaba feliz con un hombre del que estaba completamente enamorado. Además, iban a empezar una nueva vida juntos en una preciosa ciudad como Boston. Sentía que por fin su vida estaba completa. Estaba tan distraído que no se dio cuenta del todoterreno negro con matrícula del gobierno que se había detenido junto a la cristalera de la cafetería. Al segundo toque de claxon, Andy bajó de su nube. Se levantó de golpe, fue a la barra, pagó los dos cafés y luego salió disparado hacia el coche. Luego abrió la puerta y se montó dentro. El agente especial Jhon Hart estaba al volante.

—Buenos días, inspector Harper. ¿Preparado para acabar con este caso? —dijo el agente.

—Por supuesto, agente Hart. Deseándolo, de hecho.

El coche arrancó y salió lanzado en dirección a la pizzería de Gabo. Tardarían unos diez minutos en llegar. Hart, por romper el hielo, empezó a hablar.

—Me han dicho que pronto se convertirá en un agente especial del FBI. ¿No es así? —preguntó Hart indiscreto.

—No existe el secreto en el FBI, por lo que veo. Sí, me uniré al grupo de desaparecidos.

—Su propio grupo de agentes y control de toda la zona este. Eso es ascender con rapidez. Aunque me permitiré darle un consejo: tenga cuidado porque lo difícil en el FBI no es subir, sino mantenerse.

—Lo tendré en cuenta —respondió Andy, que se puso a mirar el paisaje para evitar más

conversaciones.

Llegaron a la pizzería y entraron. Era un local que debía tener la misma decoración con la que se había abierto años atrás. Fueron directos al despacho de Gabo y Andy revisó, junto con el agente Hart, toda la habitación. Luego inspeccionaron las salas, las cocinas y el almacén. Después de una hora, ambos coincidieron en que allí no había nada más que encontrar. Iban a salir cuando Andy se fijó en una de las fotos colgadas en la pared. Eran muchas y estaban amontonadas. Pero aquella casi lo deja con respiración. Ya en el coche, Hart le miró con preocupación.

—¿Se encuentra bien, inspector? Tiene mala cara.

—No, estoy bien. Sólo es que el café a mediodía no me sienta bien. No es nada —contestó Andy.

En el camino de regreso Andy se mantuvo todo el tiempo en silencio. Sus pensamientos le hacían mantenerse en estado casi de trance. Cuando llegaron a la puerta del departamento, Hart tocó a Andy en el hombro para avisarle. Él se sobresaltó.

—Ya hemos llegado, inspector —dijo Hart.

—Gracias, agente especial Hart. En un par de días tendrá mi informe listo. Adiós —respondió Andy, al tiempo que salía del coche dando un portazo y se metía en la comisaría a toda velocidad.

Sobre las cuatro de la tarde, un par de horas después de volver de la pizzería de Gabo, Andy recibió una llamada y se sobresaltó.

—Hola, Andy. ¿Estás bien? Mi pasta y yo nos hemos quedado esperando tu regreso. ¿Ha ido todo bien? —preguntó Peter dubitativo.

—Hola, Peter. Siento no haberte avisado. Todo ha ido bien. Lo que pasa es que el FBI quiere el informe cuanto antes. He prometido acabarlo hoy. Supongo que dentro de una hora y media o dos estaré por ahí. Casi lo he acabado.

—Vale. Nerón y yo te esperamos aquí. Vas a tener que darnos una buena recompensa a cambio de este plantón, inspector.

—De acuerdo. Luego nos vemos.

Una hora y media después de aquella conversación Andy salió de la comisaría en dirección a casa de Peter. Llegó abatido a la puerta y pegó en el timbre. Instantes después Peter le abrió.

—¡Dios mío, que cara traes! Siéntate en el salón que ahora mismo te traigo una cerveza bien fría.

Andy fue hacia el salón y entró directo hacía una foto que había en uno de los muebles. Cogió el marco y se quedó mirándola de cerca. Peter llegó al salón con la cerveza en la mano y, al ver a Andy se quedó en silencio. Durante unos segundos, ambos hombres se miraron con intensidad.

—Siempre me han gustado las fotografías. Desde niño sentí pasión por ellas. Para mí son pedazos de historia que quedan grabados en un trozo de papel. Nunca mienten y no olvidan. Son muy fiables. Al menos, más que muchas personas ¿No es así Peter? —afirmó Andy con tristeza.

Peter se quedó unos segundos en silencio. Luego suspiró.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Peter, que había cambiado por completo su tono de voz.

—Creo que sospeché algo desde el primer día, pero lo achaqué a mi naturaleza desconfiada. En los últimos días pensé en una pieza del puzle que todavía me faltaba. Hoy, cuando he visitado la pizzería de Gabo y he visto tu foto colgada en la pared posando junto a él, todo adquirió al fin un sentido —confesó Andy que se sentó derrumbado en el sofá con la fotografía en la mano.

—¿Cómo lo has sabido?

—El perito me dijo hace una semana que tu coche no uso los frenos el día del accidente del lago. En principio supuse que debía de ser un error o que, simplemente, te habías puesto nervioso y no fuiste capaz de tocarlos. Sucede bastante a menudo y no le di más importancia. En cambio, hace un par de días, mientras estaba revisando la mansión de los Jameson, me acerqué a la cómoda de la entrada donde había un montón de fotografías. El primer día las pasé por alto, pero me quise fijar en una que me había llamado la atención. Era una copia idéntica de esta que ahora tengo en las manos —dijo Andy al tiempo que levantaba el marco con la foto que tenía en la mano—. En ella, tú y varios niños del orfanato St. Francis de Chicago estabais vestidos con una equipación de color amarillo después de jugar algún tipo de partido o torneo. No reconocí a Jameson ni el día que vi esta foto en tu salón ni la primera vez en la mansión. Pero sí lo hice hace dos días mientras estaba en su casa —se explicó Andy mientras cruzaba una pierna sobre la otra.

—Una maldita fotografía no significa nada y lo sabes —escupió Peter con rabia.

—Es cierto, Peter. Por eso le pedí al FBI de Chicago que te investigase. Buscaron los registros del St. Francis así como en la base de datos del ejército. Nunca hubo ningún Peter Tenway en sus registros. Pero, tras enseñar tu foto en el orfanato, hubo un profesor que te reconoció y rescató tu expediente. Tu nombre autentico es Peter Hammon. El resto que contaste es cierto. Estudiaste medicina tras dejar el ejército, pero se te olvidó mencionar que fue William Jameson quien te ayudó, ¿no es así? —preguntó Andy sin esperar respuesta.

Peter se quedó en silencio e inmóvil, al lado de una silla del salón.

—Supongo que tu silencio equivale a un sí. Jameson te conocía desde el orfanato. Al fin y al cabo, el hospicio pertenecía desde hacía años a su familia. Fue la única posesión que William conservó de su padre. ¿Cómo sucedió? ¿Fuiste a su despacho y le pediste ayuda? —volvió a preguntar Andy, que se había incorporado ligeramente en el sofá.

—Así es —contestó Peter de manera casi inaudible.

—Él te ayudó a entrar en medicina. Ya siendo médico y mientras hacías la especialidad de anestesia, le ayudaste en el trasplante de Eddie, aunque todavía no sé por qué. Supongo que por eso te viniste nada más acabar tu especialidad a trabajar aquí. Querías estar cerca de Jameson. Él te consiguió tu puesto ya que, al fin y al cabo, era el dueño del hospital. Te ayudó con tu nueva identidad e incluso supongo que te echaría también una mano en lo económico. ¿Me equivoco, maldito embustero? —gritó a voces Andy, que se había puesto de pie y que, tras pasar unos segundos mirando a Peter, se acercó a la ventana del salón para mirar al jardín.

—No te equivocas. Pero no todo sucedió de la forma que piensas. Jameson se me presentó una noche en la residencia de la universidad. Estaba muy nervioso. Me pidió que fuésemos a una zona tranquila. Entre sollozos, me explicó el problema de su hijo y me pidió un favor —se explicó Peter mientras retiraba una silla y se sentaba.

—¿Qué le ayudarías en el trasplante? —preguntó Andy.

—No, por supuesto. Le hubiera dicho que no de saber lo que quería hacer. El sólo me explico que querían probar algo experimental en el pequeño Noah. Estaba desesperado. Me aseguré que si algo salía mal él respondería por mí. Fue lo más parecido a un padre que nunca tuve. Yo no sabía cómo negarme. No podía —susurró Peter entre lágrimas.

—¿Y qué paso después?

—La noche señalada me vinieron a buscar. Me llevaron al puerto, me montaron en una lancha y media hora más tarde estaba subiendo a un barco de la empresa, el “Spirit of Manistee”. La empresa lo había comprado hacía meses para la investigación. Me guiaron por varias salas y pasillos hasta que llegamos al quirófano donde tenían al niño. Cuando llegué, el pequeño Eddie ya estaba muerto. Mathewson le había sacado con ayuda de Jameson el corazón. Estaban sentados en una mesa haciendo la cirugía previa de preparación al órgano. Monté en cólera y discutí con William. Le grité que se había vuelto loco. Él me contestó que un padre por su hijo haría lo que fuese. Me negué a participar en aquello. Me di la vuelta y cuando me dispuse a irme, Gabo sacó una pistola y me apuntó a la cabeza. Me dijo que, si no lo hacía, me mataría. William me rogó que lo hiciese. Al fin y al cabo, me dijo, el otro niño ya estaba muerto. Se puso de rodillas y me rogó que le ayudase a salvar la vida del suyo. Después de pensarlo un momento, acepté —confesó Peter con los ojos enrojecidos.

—¿Y qué sucedió después?

—Hice la anestesia de Noah. Fue una intervención muy complicada y estuvo a punto de morir en un par de ocasiones. Al final, todo salió bien.

—Continúa.

—Jameson siguió en contacto conmigo, aunque yo no quería ni verle. Cuando acabé me pidió venirme con él. Me enseñaba fotos de su pequeño Noah. Cada vez que veía una de esas fotos tenía ganas de vomitar. Me buscó la plaza en el County y me compró esta casa. Más tarde, con el paso de los años, el recuerdo de aquel día se fue diluyendo. No estoy orgulloso de lo que hice, pero no tuve otra opción. De haberme negado hoy estaría en la tumba con Eddie y los demás.

Andy se removió inquieto en la ventana. Se giró y miró directamente a la cara a Peter.

—Supongo que te llegaste a enterar del intento de Ellen Cistar por seguir investigando la desaparición de su hijo ¿Es por eso que querías su informe psiquiátrico del St. Joseph? —preguntó Andy reconduciendo el interrogatorio.

—Sí. Una noche, Jameson me citó y me explicó lo de Ellen. Me dijo que la madre se había mudado a la zona en busca de pruebas, pero nunca llegué a saber su nuevo apellido. Me pidió que tuviese los ojos bien abiertos. Por eso la noche que apareció en las urgencias del County solicité su historial. Quería confirmar que era ella. Aunque yo no tuve nada que ver con su muerte. Intenté salvarla, en serio. Pero llegó en un estado crítico y no pudimos hacer nada.

Andy se quedó mirando a Peter y empezó a aplaudir. Peter se quedó sorprendido sin saber qué decir.

—Eres un gran actor, Peter, ¿lo sabías? Casi me convences del todo otra vez. Te voy a decir ahora lo que yo pienso. Es cierto que Jameson probablemente te reclutó de manera poco ortodoxa. Pero, al contrario de como has querido hacerme ver, la posibilidad de trabajo y una buena suma de dinero muy probablemente fuesen ideas tuyas. Una vez que estuviste instalado aquí, te

dedicaste a extorsionar a Jameson en todo lo que se te antojó. Entablaste amistad con Gabo y visteis posibilidades de hacer un negocio perfecto —explicó Andy mientras veía cómo la ira comenzaba a asomar en las pupilas del anestesista.

—¿Qué negocio? —preguntó desdeñoso Peter.

—El de repetir trasplantes como el de Eddie. Tráfico de menores para sacarle los órganos y venderlos al mejor postor. A buen seguro involucrasteis a Mathewson. Él se encargaba de la cirugía a cambio de una buena suma. Gabo, se encargaba del secuestro y de deshacerse de los cuerpos y tú, de buscar a los candidatos ideales. Familias adineradas desesperadas que os pagarían fortunas y a las que además estaríais extorsionando de por vida. Un plan perfecto que sólo tenía un fallo.

—¿Cuál? —escupió Peter.

—Nadie contaba con que Gabo llevara un registro detallado de cada caso. Las identidades de los desaparecidos, los receptores, copias de las transferencias, coordenadas de las fosas... Era su seguro de vida. Por eso la noche en la casa de Muskegon apretaste el gatillo en cuanto se movió. Tenías miedo a que te delatase, ¿no es cierto Hammon? —dijo Andy remarcando el verdadero apellido de Peter.

Como por arte de magia la cara de Peter se transformó. Una fría determinación cruzó su rostro.

—Gabo se enteró de mis planes. Por eso fingí el accidente. Necesitaba implicarme emocionalmente contigo. Así controlaría lo que fueses descubriendo y, en el momento apropiado, podría matarte. Hable con Jameson y estuvo de acuerdo. Por eso siempre nos seguían a todos sitios. Yo les indicaba dónde íbamos en todo momento. Mi idea principal fue la de matarte aquella noche en Muskegon, pero fuiste de lo más útil para ir recuperando todos los rastros que quedaban del trasplante de Noah. Así que, tras eliminar a Gabo, sólo quedaba esperar el momento oportuno para eliminarte —confesó Peter con frialdad.

—Sigue, por favor —pidió Andy, que le continuaba dando la espalda a Peter.

—Una vez que volvimos, avisé a Mathewson desde una cabina de que ibas a por él. Le dije que yo estaba en comisaría y que lo había confesado todo. Siempre fue un ser asustadizo. Tenía auténtico pavor a entrar en la cárcel. Supuse que haría una tontería e intentaría matarte para poder huir. No pensé en que se suicidaría. Aunque más que un problema, fue un golpe de suerte.

—Al matarnos uno al otro, eliminas un cabo y condenas al otro por el crimen.

Una idea magnífica, he de reconocer.

—Exacto. Luego fui a St. Joseph y sufrí el incendio. Jameson, después de todo lo vivido, había intentado eliminarme a través de su sobrino, que nos encerró en el archivo. Escapé gracias a Herrero y, cuando llegué arriba le avisé para que se levantase. El incendio fue la excusa perfecta para eliminar la penúltima prueba pendiente, el historial psiquiátrico de Ellen —siguió diciendo Peter.

—¿Por qué tuviste esa obsesión desde el principio con el informe de Ellen? —preguntó Andy.

—Jameson nunca me llegó a decir el nuevo nombre de Ellen. Cuando la vi, creí reconocerla. No sabía qué podía haber en los informes ni hasta qué punto contradecían el nuevo historial redactado a medida por Ashcroft. No quería dejar ningún cabo suelto ni que nadie se pusiese a

investigar.

—¿Y qué sucedió con Herrero?

—Después de escapar por la trampilla, me asomé de nuevo. Herrero desde abajo me gritaba pidiendo auxilio, así que me asomé, saqué tu revolver y le disparé. Luego tiré el arma al fondo del montacargas —dijo con tranquilidad Peter.

—Nadie pensaría en dudar de tu versión y nadie comprobaría nada. No había motivo —comentó Andy desde la esquina del ventanal.

—Así es. Sólo quedaban dos cabos. Jameson y tú, inspector Harper. Viendo el éxito que había tenido la estratagema de Mathewson, intenté lo mismo con Jameson —continuó diciendo Peter.

—¡Tú fuiste el que puso al día a Noah Jameson de su historia! Por eso él sabía que fue Gabo quién mató a Ellen Cistar. Tienes una mente totalmente retorcida, Peter.

—Gracias. Estuvo a punto de salir todo a pedir de boca, pero tu intromisión hizo que alterase un poco mis planes. Llevaste desde casi un principio otro dispositivo GPS en tu móvil. Una pegatina transparente, en tu parte trasera. Eso me avisó de que ibas a por Jameson —explicó Peter ligeramente contrariado.

—Por eso llamaste a Noah. Tenías la esperanza que matase a su padre para que no te delatase. Muerto Jameson, no había posibilidad de que nadie llegase jamás a resolver el caso. Y mucho menos a relacionarte a ti con él. Impresionante.

—Sí. Por último, sólo hubiera tenido que eliminar al joven Noah Jameson y a ti. Pero claro, con toda esa información que tenía Gabo no va a poder ser. Ya no tiene sentido matar al chico.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —cuestionó Andy mientras volvía a sentarse en el sofá.

—Adelante. Dispara.

—¿En algún momento algo de lo que pasó entre nosotros fue real? —preguntó Andy mientras miraba a la cara a Peter.

—La verdad es que no. Lo pasamos bien, sobre todo en aquel hotel rural. Pero, sinceramente, no eres mi tipo inspector. Ya te dije una vez que no me gustan los policías. Y tú, no eres una excepción —contestó Peter, al tiempo que sacaba una pistola que tenía escondida en la espalda.

Andy sonrió de manera tranquila. Cruzó una pierna sobre la otra y se quedó mirando a Peter con fijeza. No había nada detrás de aquella fría mirada. Ningún sentimiento. Ningún signo de vacilación. Sólo un vacío. Andy tuvo claro lo que tenía que hacer.

—Y, ¿qué piensas hacer después de matarme, señor Hammon? ¿Piensas huir, con medio FBI pisándote los talones? No lo creo. No eres tan estúpido —volvió a preguntar Andy que al mismo tiempo dejó que Nerón se tumbase sobre su regazo.

—¿No te enteras, verdad? Tú me lo has puesto en bandeja. Al entregar ya el informe al FBI y no tener que incorporarte en Boston hasta dentro de 10 días, nadie te buscará en ese plazo de tiempo. Todo el mundo sabe que te vas de la ciudad y en Boston nadie te conoce. Gabo me hizo varios pasaportes falsos de excelente calidad para algún trabajo que nos surgió en el extranjero. Tengo mucho dinero en varias cuentas de las islas Caimán. Lo suficiente como para desaparecer el resto de mi vida. Así de fácil. Cuando encuentren tu cadáver en mi salón, yo ya me estaré tomando el

segundo mojito de la mañana —confesó Peter son una maliciosa sonrisa.

—Sí. Con algo más de 3,8 millones de dólares en tres cuentas distintas se puede vivir muy bien —contestó Andy mientras acariciaba la cabeza del gato—. siempre y cuando no lo haya embargado ya el FBI —añadió.

Peter torció el gesto.

—¡Bravo, inspector! Debería enfadarme, pero eso es sólo un contratiempo. Tengo mi propio banco en casa. Algo más de un millón y medio de dólares. También da para vivir una buena vida en una isla perdida del Caribe —replicó Peter bastante contrariado.

—¿Y con Noah Jameson? ¿Qué piensas hacer? —preguntó de nuevo Andy.

—Cierta familia de la mafia siciliana de Chicago me debe un favor. Andrej Gabo era alguien que deseaban ver liquidado hacía bastante tiempo. Mientras buscábamos en la casa de Muskegon sólo tuve que hacerle un par de fotos a su cadáver. En un par de meses me pondré en contacto con ellos. Su recompensa asciende a cien mil dólares. Yo les pediré a cambio de esos cien de los grandes que me hagan un trabajo —terminó de decir Peter.

—Ya veo que lo tienes todo pensado, Peter. Aunque, puestos a ser sinceros, yo también tengo una confesión que hacerte. Siempre y cuando, por supuesto, estés dispuesto a oírla. ¿Te parece? —insinuó Andy.

—De acuerdo. Puedo esperar diez minutos más antes de matarte —afirmó Peter.

—No había ningún papel en la caja fuerte de Gabo. Es cierto que hace unos días te investigué, pero no había averiguado nada de lo que me has confesado esta noche, si bien, es cierto que sospechaba muchas de las cosas que me has contado. Me tiré un farol contigo y me ha salido bien. O mal, según se mire —explicó Andy.

—¿Y qué me importa eso, imbécil? En diez minutos tú estarás muerto y yo de camino a un retiro en una soleada playa. Me da igual que me hayas engañado. Eres historia —escupió Peter al tiempo que roscaba un silenciador a la pistola.

—Sí que importa. Peter Hammon, quedas detenido por colaborar en un asesinato, encubrimiento, falsedad documental y al menos una docena de delitos más de los que serás debidamente informado en comisaría. Tienes derecho a permanecer en silencio. Todo lo que digas podrá ser usado en tu contra ante un tribunal. Tienes derecho a un abogado. Si no puedes pagarlo, se te asignara uno de oficio. ¿Has entendido tus derechos? —dijo Andy sin mover un músculo del sofá.

—¿Qué si lo he entendido? ¿De qué hablas? ¡Yo tengo el arma, estúpido! —gritó Peter que acababa de terminar con el silenciador.

—Toda esta conversación ha sido grabada, Peter. De hecho, ahí fuera hay un dispositivo de más de 30 agentes entre policía de Augusta y FBI. Tienes tres segundos desde que empiece a contar o un francotirador, que te ha tenido toda la conversación en el punto de mira te matará. Es tu decisión —explicó Andy, que seguía sin mirar a Peter a la cara.

Peter dudó. Miró al jardín sin moverse del sitio y luego empezó a reír.

—Eres un mentiroso. Adiós, inspector Harper —dijo Peter al tiempo que levantaba el brazo

para apuntar y disparar a Andy.

Medio segundo después, el cristal del ventanal del salón salió volando en mil pedazos y varios disparos impactaron en el pecho y el abdomen de Peter Hammon, saliendo su cuerpo despedido un par de metros contra la pared del salón. Un instante después, cuatro agentes del FBI irrumpieron en la casa, acercándose al cuerpo ya sin vida de Peter y quitándole el arma que todavía sujetaba con la mano. Uno de los agentes le buscó sin éxito el pulso en el cuello.

—Está muerto. Buen trabajo, chicos —dijo por el pinganillo el agente.

Andy se puso de pie y todavía con Nerón en brazos se quedó mirando la expresión de la cara del cadáver de Peter. La sorpresa, a pesar de la muerte, seguía estando presente. El comisario Michaels entró y se acercó a Andy.

—¿Estás bien? —preguntó el comisario con cierto tono paternalista.

—Nunca he estado mejor. Vamos a casa, Nerón —dijo Andy antes de marcharse.

Capítulo 17 - Un almuerzo en el jardín

Era un maravilloso día de primavera y la mesa estaba puesta en el jardín trasero. Andy miraba con cierta tristeza la parcela donde ahora se levantaba un parque infantil. Hacía no mucho tiempo aquella fue la casa de Ellen Cistar. Un donante anónimo se había ofrecido a construir allí un bonito parque que se bautizó como parque “Eddie Norman”. Esa había sido su única condición. Aquel olor maravilloso a tarta de manzana y limón lo sacó de su ensimismamiento.

—Es un parque precioso, ¿no te parece, Cathy? Creo que Ellen estaría contenta —reflexionó Andy con sinceridad.

—Lo está, Andy. Debes estar seguro de eso. ¿Un trozo? —preguntó Cathy McCallister.

—Sí, por favor. Glen, ¿tú también quieres uno? —preguntó Andy a su vez al comisario Michaels.

—Claro que sí, Andy. Llevo semanas oyendo hablar de esta tarta. He llegado a soñar con ella —respondió divertido el comisario—. Por cierto, ¿has avanzado mucho en el caso Hammon?

—La verdad es que sí. Hemos recuperado el dinero de todas las cuentas. Entre Hammon, Mathewson y Gabo acumularon casi once millones de dólares. Es una cifra extraordinaria, la verdad.

—¿Y se ha conseguido esclarecer alguna desaparición más? —pregunto Cathy.

—Sí. Ya hemos documentado y contrastado cinco secuestros más entre EEUU y Canadá. Las familias de los receptores han confesado y han negociado un trato. En Europa, la Interpol ha conseguido tres casos más y creo que han aparecido un par de casos más en Japón. Pone los pelos de punta —confesó Andy.

—Es cierto. Estás haciendo un buen trabajo, Andy.

—Por cierto, Cathy, ¿cuándo me darás la receta de esta tarta? Es espectacular.

—Es cierto, señora McCallister. Es soberbia.

—No te la pienso contar nunca, Anderson Harper. Si lo hiciese, a buen seguro que dejarías de venir a verme.

—Eso desde luego, Cathy —respondió Andy mientras todos empezaron a reír con todas sus fuerzas.

CARNE IBÉRICA S.A.

Francisco Merchán

*Para Raquel
la persona más increíble,
maravillosa y vital que
he tenido el placer de conocer.
Aunque ya no estés con nosotros,
tu luz nos guiará por siempre jamás.
Esta pequeña novela es para ti
Siempre juntos
¡T'estim una animalada, petitona!*

El ruido del oleaje reinaba en el exterior, ahogando sus gritos. Por puro instinto de supervivencia, Roberto se arrastró como una serpiente por el fango en busca de un refugio que dentro de aquella especie de barraca se antojaba inexistente. Llegó hasta el rincón más alejado y como pudo se recostó sobre un pequeño taburete de plástico que tenía a su derecha, recuperando así algo de aliento. Cien cuchillos le cortaban las entrañas a cada bocanada de aire. Tenía rotas algunas costillas y notaba cómo se agolpaba en su boca el sabor metálico de la sangre. Entonces, sin saber muy bien por qué, miró de arriba a abajo a su verdugo. No era demasiado alto ni poseía un cuerpo excesivamente musculado aunque se intuía ágil y por su forma de moverse por la habitación parecía muy seguro de sí mismo. Aun así, si se lo hubiese cruzado por la calle, habría pensado en él como un tipo corriente. Un león sentado a la mesa con las ovejas.

—¿Por qué me haces esto? —gritó con desesperación— ¡No lo entiendo!

Él le sonrió con desdén. Su rostro, manchado de sangre, mostraba una ausencia total de expresión. Por más que rebuscó en sus oscuras retinas, la nada más absoluta nadaba en ellas. Fue entonces cuando entendió que allí no hallaría clemencia. Sus mínimas esperanzas de salir con vida de aquel trance se desvanecieron como la bruma matutina.

—Te puedo dar mucho dinero... —balbuceó de nuevo, presa del pánico.

Tras mirarle con una mezcla de desprecio y odio, aquella bestia se le acercó con rapidez y le propinó una violenta patada en su rodilla derecha, que crujió como un manto de hojas secas. Hasta la chica que estaba agazapada en un rincón intentando pasar desapercibida, se sobrecogió. Estaba siendo un castigo demasiado duro.

—¡Detente, por favor! —farfulló entre sollozos— ¡No quiero morir! ¡Te lo ruego!

El verdugo se alejó un par de pasos de su víctima y se puso a negar con la cabeza. Aquello ya no era divertido. Se giró y se acercó a la chaqueta que había dejado colgada en la pared. Mientras rebuscaba algo en su bolsillo, se giró hacia la chica.

—No te muevas, pequeña —ordenó autoritario—. Ahora mismo estoy contigo.

Como por arte de magia una reluciente pistola salió del bolsillo interior de la chaqueta. Al verla, sonrió satisfecho y se acercó de nuevo a Roberto.

—¿Unas últimas palabras, quizás?—concedió.

El hombre, tras hacerse sus necesidades encima, empezó de nuevo a gimotear. El asesino se encogió de hombros, le apuntó con la pistola y empezó a disparar de manera aleatoria por distintas partes de su oronda figura, reservando las dos últimas balas para el cráneo. Una vez vaciado el cargador, se quedó observando su obra mientras miraba de reojo su pantalón. La excitación acumulada durante toda la noche se había hecho patente. Escuchó cómo, a su espalda, alguien se removía inquieto. La noche era joven y todavía tenía pendiente mucha diversión. Sin

lugar a dudas aquella estaba siendo una de las mejores noches de su vida.

Había tocado fondo. La mezcla de ginebra barata, tabaco y aire enrarecido le secaban la garganta. Al fondo de la barra, en su oscuro rincón, nadie le hacía caso, lo cual era un motivo más que aceptable para ser cliente fijo de aquel tugurio. Nadie se acercaba a venderle cupones de lotería ni le hacía preguntas incómodas de responder. Cada cuál llegaba, se sentaba y enterraba sus miserias en el fondo de una botella. Un bar de los de siempre.

—Otra igual —afirmó mientras levantaba al camarero el vaso de tubo vacío.

Muchas veces se preguntó a sí mismo por el verdadero motivo para seguir levantándose cada mañana para ir a la comisaría en vez de a aquella maldita barra. Mientras se metía un par de hielos en la boca y jugaba con ellos, llegó a la conclusión de lo placentero que era llevar la contraria a todos aquellos idiotas. Era, sin lugar a dudas, lo único que parecía tener cierto sentido en su vida. Antiguos jefes, compañeros o delincuentes comunes celebrarían con vehemencia el momento en el que su nombre pasara a engrosar la lista en la sección de necrológicas. Mal carácter, falta total de empatía hacia casi cualquier otro ser humano y la ausencia constante de respeto por los demás, formaban parte de una ecuación cuya resolución no era nada sencilla. Aunque él, terco como una mula, no pensaba darles el placer de irse por la puerta de atrás sin montar antes un poco más de ruido. Al fin y al cabo, ese no era su estilo.

—¡Que se jodan! ¡Que se mueran todos! —gritó mientras brindaba con su nueva copa al turbio reflejo que le devolvía el espejo que tenía enfrente.

En el momento en que rebuscaba en su cartera en busca de dinero, sonó el teléfono. Tras descolgar, alguien compartió las malas noticias. Con la poca dignidad que aún le quedaba, se levantó, se sacudió un poco su pantalón, ajustó sus gafas de sol y, tras pagar, salió a plena calle. El aire templado de la tarde le dio vida y, a medida que empezaba a caminar, sentía como su oxidada anatomía comenzaba a quejarse de nuevo. Se dirigió sin prisas hacia su destartalado vehículo y, antes de subirse, retiró una multa de aparcamiento del limpiaparabrisas. Tras leer el importe la arrugó y la tiró al suelo. Los niños de un colegio cercano salían en tromba por la puerta seguidos de cerca por sus madres, padres y demás escoltas. Gritos, órdenes y amenazas de castigos de fin de semana se agolpaban en sus oídos. Se montó en el coche y cerró la puerta con violencia. Sacó un mechero de la guantera y se encendió un cigarrillo. Por detrás, alguien con prisas y poco respeto tocaba el claxon con intensidad. Al parecer quería su plaza de aparcamiento. Puso en marcha la radio y "Brothers in arms", de los Dire Straits, empezó a sonar en el vetusto equipo estéreo mientras el inspector Diego Guerra empezaba a mover la cabeza intentando seguir, con nulo éxito, el ritmo de la música. Tras chirriar de manera preocupante, aquella chatarra empezó a moverse dejando tras de sí una densa estela de humo blanco.

Desde el fondo de la sala miraba con impaciencia la puerta de entrada. Se acabó el segundo Cosmopolitan de la tarde de un trago mientras maldecía en voz baja. En su opinión, aquel cóctel era un equilibrio perfecto de acidez, dulzor y vodka y ella, fervorosa creyente, se recetaba al menos un par al día. En su experta opinión, uno de los grandes secretos de los cócteles residía en

que nunca debían ser preparados por uno mismo. Pedirlos en buenos locales, rodeados de la jet—set, vestida con pieles, joyas y, a ser posible, con un nutrido grupo de hombres devorándola con la mirada, era parte de la magia. Sentirse deseada y observada. El paraíso de ver como los hombres perdían la cabeza por su sonrisa y hacían mil estupideces en su nombre, regalaba una embriagadora sensación de poder. Era capaz de conseguir que cualquier estúpido cambiara de coche, dejara su trabajo o abandonara a su patética esposa por pasar una noche entre sus telarañas de seda. ¡Cuántas mujeres se habían quedado esperando a sus maridos en casa con la cabeza llena de rulos, preocupaciones y croquetas frías para la cena! Un asunto casi orgásmico.

—Intolerable —susurró para sí en voz baja.

Miró de reojo el reloj colgado de la pared de la cafetería. Cristina se retrasaba y eso no era nada típico en ella. No podía decir que la conociese de toda la vida pero desde que se habían reencontrado, siempre llegaba a sus citas con al menos diez minutos de antelación. De hecho, habían tenido más de una pelea por ese motivo porque ella era todo lo contrario. Como a cualquier estrella, le encantaba llegar tarde y hacerse desear. Gajes del glamour, solía decir como insuficiente disculpa.

—¿Desea otra copa, señora? —preguntó el camarero con acento sudamericano.

—Se dice cóctel —espetó contrariada con su tratamiento—. No. Quiero la cuenta.

El camarero asintió, regresando instantes después con el datáfono. Tras sacar una tarjeta color platino, la mujer se levantó con un enfado más que visible. Es cierto que odiaba que le dieran plantón aunque ese no era el verdadero motivo de su enfado. Lo que realmente le molestaba era que alguien de su nivel tuviese que pagar sus cócteles sacando su propia tarjeta de crédito, acreditando su identidad con un maldito carné. Nadie salía nunca favorecido en aquellas estúpidas fotos. Y, según su opinión, tener que mostrarlo a un desconocido era zafio y, a todas luces, un claro signo de decadencia en su estatus.

Era un hecho constatado que la prensa clásica, escrita en papel, iba perdiendo cada vez más terreno en favor de la digital. Todos los grandes grupos iban eliminando gastos en el sector impreso y aumentando su presencia en internet y redes sociales. Aunque inevitable, estaba más o menos claro que su muerte no sería rápida ni indolora. La realidad era que para escribir noticias hoy en día no hacía falta estar físicamente detrás de una mesa de oficina. Las nuevas tecnologías lo hacían todo más accesible y por eso cada vez más gente pedía trabajar desde casa. Unos años atrás, la redacción del periódico a esa hora sería un auténtico hervidero de gritos, carreras e intercambio de papeles. En cambio, ahora mismo, parecía un solar. Un par de tipos de la sección de última hora se tomaban rezagados un café en la entrada principal mientras debatían con fervor sobre religión esférica. Al parecer, el editor jefe estaba realizando cambios de última hora en páginas interiores mientras su joven secretaria se limaba las uñas entre bostezos delante del despacho. En ese momento Martín, un tipo gris ceniza y encargado de la sección de necrológicas, pasó justo al lado de su mesa.

—¿Todavía aquí, Marian? —le preguntó— Cuando las musas no quieren venir...

Ella le correspondió con una sonrisa condescendiente.

—Cuando a mí me pasa, me pongo a escuchar Von Karajan a todo volumen y me viene la inspiración con rapidez.

—¿No me digas? ¿Von Karajan?

—En serio. No falla —afirmó—. Por cierto, se acaba de morir el último gobernador del banco de España y el jefe me ha dicho que tengo que meterlo en planilla. ¡Sólo me ha dado dos horas!

—Siempre he pensado que tu sección ha de ser bastante difícil de llevar —pensó Marian en voz alta, deseando acabar la conversación—. Encontrar cosas positivas que contar de cualquier persona, aunque no se lo merezcan. Muy difícil.

—Sí que lo es. Nadie valora suficiente el trabajo que hago —suspiró resignado—. Y piénsalo... ¡todos los días se muere gente importante!

—Supongo que así es.

—No lo dudes. Te dejo —soltó—. Tengo que acabar pronto o me perderé esta noche el debate de la segunda cadena. Hoy hablan de obsolescencia programada. Es un tema apasionante.

Después de regalarle una sonrisa, “el señor caja de pino”, (como algunos le apodaban en la oficina), se marchó y se hundió en su miserable rincón, a la vista de nadie.

Tras reorganizar neuronas y dar el toque de queda en su cabeza, intentó de nuevo atacar su columna para el suplemento dominical. Tenía que estar encima de la mesa del editor mañana a mediodía. Y todavía no tenía nada. Su móvil vibró.

—Espero que no me molestes para volver a invitarme a cenar. En mi opinión, seis negativas son más que suficientes y sirven de frontera entre la persistencia y el acoso —contestó la chica ante las quejas de su interlocutor—. Claro que me interesa, pero lo que me preocupa es que me vas a pedir tú a cambio —argumentó—. ¿Nada? Esto cada vez huele peor —soltó socarrona—. ¿Que me puedo fiar de ti? Permite que lo dude. Hasta ahora me has demostrado precisamente lo contrario —un grito se escapó desde el otro lado del auricular—. Está bien, no te enfades. Te escucho.

A medida que su informante le proporcionaba datos, su rostro iba perdiendo el color. La noticia era una auténtica bomba, de aquellas que paran las rotativas. Acabó la conversación excitada y, con prisas, se metió en el despacho de su jefe. Sin lugar a dudas, aquella noticia iría directa a la portada.

Estaba cansado. Mientras el coche zigzagueaba entre estrechas carreteras rodeadas de muros de piedra, pensaba en lo fácil que sería acabar con todo. Cerca de la playa adonde se dirigía existían unos espectaculares acantilados. Monumentales montañas de desgastadas y afiladas rocas, testigos mudos de mil y una historias de sal y muerte. No había más que salirse en una curva, acelerar a fondo y fin de la historia. Descanso eterno, entierro oficial, siempre se van los mejores...paladas de hipocresía. Por un instante sonrió para sí, seducido. Quién sabe, quizás pronto.

El sonido del claxon de un camión le devolvió a la realidad. Llevaba unos veinte minutos de curvas cuando llegó a un gran aparcamiento público que había cerca de la playa, en medio de una imponente arboleda. La humedad tan característica de la isla, aunque menor que en los meses estivales, lo cubría todo con una pátina de incomodidad. De repente se fijó en la multitud de curiosos que se amontonaban detrás del cordón policial que estaba situado delante del camino que daba acceso a la playa. Un par de jóvenes agentes intentaban, con poco éxito, que la mezcla de turistas y aldeanos locales no se saltase la cinta policial. Se bajó del coche y se dirigió con pesadez hasta el lugar. Cuando llegó a su altura, presentó sus credenciales. En ese momento, aprovechando que estaba cerca, un cincuentón bastante gordo y con actitud muy prepotente, se acercó para encararse.

—¿Es usted el que manda? —le espetó.

El inspector se giró hacia aquel tipo de mala gana, mirándole de manera inquisitiva.

—¿Por qué no podemos pasar? ¡Esta playa es pública! ¡Esto es un atropello! —prosiguió la criatura que iba vestido con una absurda camisa hawaiana.

—Asunto policial, señor —contestó—. Hasta dentro de unas horas, estará prohibido el acceso.

—¿Dentro de unas horas? ¡Qué vergüenza, por favor! —gritó el tipo mientras su peluquín de saldo vibraba de rabia.

El inspector Guerra se encogió de hombros y se dispuso a seguir su camino. Aquello consiguió enardecer al sujeto y darle una falsa sensación de amparo y superioridad. Craso error.

—¡Tenemos esta excursión pagada de hace meses con el ayuntamiento! ¡No hay derecho! Esta gente se cree que puede hacer lo que le venga en gana —exclamó— "Asunto policial" dice. ¡Seguro que se han montado una fiesta para ellos solos ahí abajo los muy...! —gritaba con sorna bajo la cómplice mirada de sus secuaces gordicalvos.

Con una agilidad que nadie esperaba, el inspector agarró a aquel tipo por la muñeca y se la retorció, provocando que este acabase de rodillas en el suelo pidiendo clemencia con la mirada. Después hizo un gesto a uno de los agentes con la cabeza.

—Agente... —dijo el inspector, quedándose a medias.

—Gonzalez, señor.

—Agente Gonzalez, pida y anote la documentación de este sujeto. Si él o alguno de los aquí presentes les da el más mínimo problema, tienen vía libre para arrestarlo —afirmó el inspector—. ¿Lo ha entendido?

Los dos jóvenes policías asintieron con vigor. Luego soltó la muñeca de aquel tipejo y se giró sin mirar atrás mientras se perdía por un camino rústico excavado entre las rocas. No se dio cuenta que, entre la turba de gente, un par de vivaces ojos le seguían con tremenda curiosidad, a sabiendas de la escena que el inspector iba a encontrar en la playa. No en vano, todo aquello había sido obra suya.

Empezó a bajar por aquel desgastado camino de piedra con cuidado. Había abundante vegetación

en las orillas y la tierra era de un penetrante color oscuro, debido con toda probabilidad a la naturaleza arcillosa del entorno. El camino, plagado de pinos centenarios, serpenteaba perezoso entre el ruido ensordecedor de las chicharras. Restos de humanos adornaban con tristeza las orillas de vegetación. Latas de refrescos, papeles de bocadillos, vasos de plástico y hasta un neumático de bicicleta. La isla, casi un paraíso bíblico en la tierra, estaba siendo destruido y engullido poco a poco por esa inmensa bestia insaciable que es el turismo. Construcciones ilegales, decenas de barcos en pequeñas calas, masificación, destrucción de los bosques terrestres y marinos, incendios en zonas de alto valor ecológico y contaminación. Sublime.

La humedad y la sensación de falta de aire incomodaban sobremanera las vistas. Casi sin darse cuenta, con la camisa empapada en sudor, llegó a un mirador que había a pie de acantilado. La belleza de aquel paraje se propagó por sus retinas cómo la pólvora. La playa de S' Amaral, ubicada en medio del Parque Natural de Monesque, era una de las más importantes de toda la isla, aunque en los meses de pleno verano era casi imposible disfrutarla. Decenas de autobuses y cientos de turistas desfilaban cada día por aquel camino en busca del paraíso soñado. Se acercó más al muro y, a sus pies, una inmensa playa en forma de media luna se estiraba perezosa con los últimos rayos de luz de la tarde. Arena dorada que se mezclaba con aguas de un azul tan turquesa que parecían sacados de un cuadro impresionista. De repente, como una cuchillada por la espalda, un recuerdo le surcó fugaz su memoria. Fotogramas de su hijo jugando en la arena, de su mujer luciendo en bikini su espectacular figura a pesar del embarazo o de un día en que esperaron a ser los últimos en irse de toda la playa para poder luego meterse en el agua y entregarse el uno al otro. Ellos ya no estaban y sólo quedaban en su cabeza recuerdos e imágenes de una vida que pudo ser y no fue. Pura basura que reabría sus viejas heridas una y otra vez, infectándolas. Diego lo aceptaba resignado. Así era y así debía ser, hasta el fin de sus días.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo una rocosa voz a su espalda.

Diego se giró y observó la sonriente cara de uno de los pocos amigos que aún conservaba en este mundo.

—Hola, Dani —le saludó—. ¿No había ningún buen forense de guardia?

—La realidad es que no. Sólo estaba yo —afirmó con una sonrisa—. Por cierto, sé que la imagen es idílica pero ¿vamos a trabajar? —preguntó— Esta noche tengo una cita y no quiero llegar tarde.

Diego asintió y ambos empezaron a bajar por la robusta escalera de madera que tenían a su izquierda.

—¿Te han contado algo? —preguntó Diego.

—Poca cosa. Al parecer se han cebado con el pobre desdichado.

—¿Desdichado? ¿Es un hombre?

—Por la foto que me han enviado de los restos estoy seguro de que lo es —afirmó enigmático Daniel.

Los dos hombres terminaron de bajar la escalinata y se adentraron en la playa. A su derecha, a unos veinte metros, se levantaba un *escar* maravillosamente conservado. También conocidos como

varaderos, estas estructuras eran unas pequeñas construcciones de piedra empotradas en la pared de roca. Las barcas se subían a través de unos grandes troncos de madera, incrustados entre las piedras y que hacían las veces de escalera hasta el mar. Muy típica en las islas, eran poco usadas en la actualidad por culpa de la proliferación de los puertos deportivos. En el pasado también servían de refugio para los pescadores cuando les sorprendía una tormenta o algún imprevisto. Los motores tenían poca potencia y treinta o cuarenta años atrás, sin GPS ni nuevas tecnologías, la escarpada costa isleña no era buena compañera de viaje en caso de tempestad. En casi todas las calas o playas de las muchas que poblaban el archipiélago había un refugio de este tipo. Por desgracia, hoy día la falta de uso y el abandono provocan que el estado de conservación de la mayoría sea lamentable.

Alrededor de su entrada, una nube de policías y técnicos no paraban de recoger muestras y hacer fotos. De pie, observando la escena, un tipo vestido con un pulcro traje de chaqueta esperaba de pie mientras se fumaba un cigarrillo. Cuando vio acercarse al inspector y al forense, lo tiró a la arena, hundiendo el pie en la tierra en un torpe intento por apagarlo con la punta de sus mocasines.

—Bueno, bueno. Miren lo que ha traído la marea —afirmó con desdén—. El inspector Diego Guerra y el forense Daniel Ciges. Parece que en la central van a por todas. Nos envían lo mejor de cada casa.

El nuevo comisario del sector este de la isla, Pedro Barbadillo, era un perfecto imbécil. Pomposo, arrogante y pelota, era el prototipo de inútil que acabaría medrando. Rondaba los cuarenta y tantos y ya era uno de los comisarios más jóvenes de todo el país. La élite destinada a gobernar, lo cual, por desgracia, explicaba muchas cosas.

—Buenas tardes, señor comisario —respondió Daniel—. Por cierto, enhorabuena por su ascenso. Sentí mucho perderme su cena de despedida. Al parecer, no cabía ni un alfiler.

Barbadillo era un tipo con pocos afectos. Gran parte de sus méritos se habían ganado en despachos a base de hundirle la vida a policías honrados e imperfectos. Para celebrar su ascensión, los peces gordos del departamento habían encargado una cena en un buen restaurante del centro de la ciudad para cerca de cien personas. Ni siquiera llegaron a ser veinte. El comisario miró al forense con cara de pocos amigos.

—Vete dentro, Ciges, y no me jodas —escupió—. Por cierto, espero que no te excites demasiado con la escena. Todos sabemos tu debilidad por las correas y el cuero —soltó con sorna.

Ciges hizo un amago de golpear al joven comisario pero fue sujetado a tiempo por Diego. Tras unos segundos de forcejeo, le hizo un gesto con la cabeza para que se fuese. El forense, herido en su orgullo, se soltó del brazo y se encaminó al refugio. Diego lo siguió con la mirada y luego, con una imperceptible sonrisa en su rostro, se acercó para quedarse cara a cara con Barbadillo. Ni un palmo separaba sus rostros.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó con un hilo de voz.

—Le voy a explicar algo, señor comisario —empezó a decir Diego con calma, remarcando sus últimas palabras—. En la vida hay fundamentalmente tontos de dos clases.

Barbadillo le seguía mirando impávido.

—Están por un lado los tontos que saben que lo son. El hecho de que ellos mismos reconozcan su incapacidad consigue que no sean demasiado peligrosos. A menudo, hasta caen bien y nos llegan a hacer reír. Por estos no hay que preocuparse demasiado.

El comisario se removió incómodo.

—Luego, por desgracia, hay un segundo grupo que es al que usted pertenece y que es el formado por los tontos que se creen muy listos. Gente torpe que, a menudo, intentan paliar su falta de aptitud con continuas críticas hacia los demás. Su vida se basa en vender cortinas de humo y una imagen —afirmó mientras hacía una pausa—. El riesgo está cuando, por azares de la vida, ese tipo de tontos llega a los puestos importantes de nuestra sociedad. Se creen poderosos y empiezan a tomar decisiones que, en muchos casos, provocan el caos y el despropósito.

—¿Dónde quieres ir a parar? —le interrumpió Barbadillo enfadado.

—Quiero ir a parar a que, como intente tocarme las narices en este caso, le voy a partir la cara. Moleste a Ciges, métase en mi investigación o haga una sola llamada para presionarme por las diligencias y le juro que voy a la nueva cloaca donde se ha escondido y le inflo a hostias, ¿entendido, señor?

—¡Usted no puede hablarme así! ¡Yo...yo...soy un comisario! —se defendió Barbadillo.

—Como si es usted la duquesa de Alba, señor.

—¿Me está amenazando, inspector?

—No, señor. Yo no amenazo —dijo mientras le lanzaba una cínica sonrisa—. Amenazar es de débiles. Y no creo que me considere una persona débil. Yo sólo le estoy advirtiendo, señor.

El comisario torció el gesto y bajó la mirada. Luego se dio la vuelta y se marchó al trote con el rabo entre las piernas. Diego se permitió soltar un par de bocanadas de humo antes de encaminarse a la caseta. Otro para la lista. Aquello le había alegrado el día. Sin más dilación, entró en el embarcadero.

Cuando se asomó por la puerta, pudo percibir ese reconocible aroma dulzón a sangre seca. En cuclillas, Daniel examinaba el cráneo de aquel desgraciado. Al percibir la penumbra originada por la silueta de su amigo, se giró meneando la cabeza.

—Barbadillo es un idiota —afirmó Diego.

—Lo sé. Hace tanto tiempo... ¡Joder! —divagó el forense— Esas malditas fotos me van a perseguir siempre.

—El caso, Daniel.

—Supongo que será mejor que nos centremos —dijo mientras se incorporaba—. No me gusta, Diego. A este infeliz le han torturado a base de bien. Tiene fracturas en varios dedos de ambas manos, el cúbito del brazo derecho, algunas costillas y el fémur de la pierna izquierda. Y eso a

simple vista, porque esa rodilla tampoco parece estar bien. Y he contado, sin mirar a fondo, al menos diez puñaladas y varios impactos de bala. Se llevó un buen castigo.

—Vamos Daniel, no exageres. Tú y yo llevamos ya demasiada mili hecha para dejarnos impresionar con facilidad. ¿O acaso es que te estás haciendo viejo?

—Quizás pero es cierto que nunca había visto este nivel de ensañamiento en una víctima —dijo el forense al tiempo que levantaba una sábana que tapaba las partes pudendas de la víctima—. Le han cortado sus...partes al completo. Con todos sus apéndices.

—Serán un trofeo.

—No. Están en la sala.

—¿Han aparecido? —preguntó Diego.

—En realidad sí —afirmó el forense tras hacer una pausa—. Después de cortárselo todo, parece que se lo metieron dentro de la boca. Al menos parece que todo eso se lo hicieron después de meterle un par de balas en la cabeza.

El forense le enseñó una bolsa de plástico con los restos del aparato reproductor del individuo. Diego disimuló cómo pudo su asco y salió del refugio. Se encendió un cigarrillo y aspiró un par de bocanadas. La nicotina le supo a gloria. En una esquina, un técnico y un joven policía sacaban fotos de varios restos que habían ido recopilando. Diego se acercó.

—Soy el inspector Diego Guerra. Estoy a cargo del caso. ¿Tenéis algo, chicos?

Ambos se giraron y le miraron de arriba a abajo.

—No mucho, inspector. Estamos recogiendo todos los restos que hemos encontrado en un radio de veinte metros. Hay un problema.

—¿Cuál?

—La gente es muy sucia, señor. Llevamos dos bolsas llenas y seguimos sacando mierda. Tardaremos un mundo en procesarlas y obtener algo. Y lo peor es que la mayoría pertenecerá a algún inglés borracho o a una pareja de jubilados de Móstoles.

Diego retorció la colilla del cigarrillo en sus labios, contrariado.

—¿Quién encontró a la víctima?

—Una joven pareja de turistas alemanes. Al parecer el chico forzó la entrada en presencia de su novia —contestó el joven.

—¿Ha dicho para qué?

—El chaval nos ha contado una milonga, señor. Algo así como que tenía curiosidad por ver la caseta por dentro y tal. Yo creo que buscaba un sitio para calzarse a la chica.

Las nuevas generaciones cada vez daban peor uso al castellano.

—¿Son aquellos?

El joven agente afirmó con vigor. No tenían pinta de haber matado nunca ni una mosca.

—Anote sus nombres y llévelos a la central para que declaren como testigos. Luego tomen bien sus datos. Si hace falta, hablen con su embajada —ordenó Diego—. ¿Tenemos al menos el nombre de la víctima?

—¡Oh sí, señor! —afirmó el policía— De hecho, este tío es famoso.

—¿Famoso?

—Sí, señor. Este hombre es...bueno, era... el gran Rober, señor —afirmó el agente—. Estoy esperando que me lo confirmen en la central aunque su nombre y apellidos me suenan mucho. Por no hablar del físico.

Diego puso cara de circunstancias. No tenía ni idea de quién era aquel tipo así que le interrogó con la mirada.

—Es un conocido actor porno. Su página web tiene millones de visitas al mes. Es muy famoso —concluyó el técnico.

Diego se giró, mirando la puerta del refugio. Aunque es cierto que su cuerpo estaba en malas condiciones, su físico no cumplía ni de lejos los estereotipos de actor porno, musculoso y muy dotado. Los jóvenes notaron sus reticencias.

—No es actor porno normal, señor. Es el rey del “porno-freak” o porno de aficionados. Se lo enseñaré —afirmó el joven policía mientras se acercaba a Diego y tecleaba con rapidez en su móvil.

Instantes después, Diego no daba crédito. El video empezaba con dos chicas desnudándose en una especie de cama redonda. Eran muy jóvenes. De hecho, quizás demasiado. Luego, de repente, un tipo que se parecía bastante al fiambre del cuarto de pescadores, entraba en escena disfrazado de cura. Llevaba diversas prótesis que le afeaban si cabe aún más el rostro.

—¿Lo paso más adelante? Esta rubia está... — dijo el joven agente antes de ver la severa expresión de Diego.

—Bien. Sigán con su trabajo y si encuentran algo, avísenme. Mi extensión de la central es la 308. Y dense prisa —ordenó—. Por cierto, espero que no comenten esto con nadie. Sólo nos falta un montón de periodistas de la prensa basura revoloteando por aquí —avisó Diego al tiempo que se marchaba hacia el refugio.

Tras poner al día a Daniel, se despidió de todos y se encaminó hacia lo alto del desfiladero. Terminó de subir la escalera de madera con cierto esfuerzo, teniendo que quedarse unos segundos recobrando el aliento al llegar al final. La falta de ejercicio y el aumento demencial del consumo de tabaco de los últimos años se notaba con claridad en su forma física. Sus retinas grabaron la idílica imagen que le dejaba aquella playa. Cuando consiguió ver su herida sangrar el tiempo suficiente, se giró, dándole la espalda al horizonte y buscando el consuelo que le proporcionaban otro nuevo cigarrillo y el refugio de su viejo coche.

Después de llevar a la chica a sus nuevos aposentos, se dispuso a encender el fuego. La verdad es que en cuanto le habían enseñado el piso, se enamoró como un chiquillo de aquella antigüedad. Era una preciosa cocina de hierro fundido, de dos fogones, que a su vez conseguía calentar la casa en invierno. Bajo su criterio, hoy en día todo iba demasiado deprisa. Aquella cocina, con su depósito para leña, mostraba otra forma de entender la vida. La paciencia, el mimo o ser cuidadoso eran virtudes que había que saber manejar para entender aquella antigüedad. Con los crímenes sucedía lo mismo. Tiró dentro una buena montaña de troncos y astillas, abrió el respiradero que suministraría oxígeno a la combustión y luego lo roció todo con media botella de líquido inflamable. A continuación lanzó dentro una cerilla encendida y la mezcla no tardó en arder. Con cuidado de no quemarse, arrojó al fuego las ropas que había arrancado del frágil cuerpo de la chica. Después de cerrar la portezuela, abrió la nevera satisfecho. La primera fase de su plan había salido a la perfección. Su estómago rugió con potencia. Tenía hambre y, después de todo, se había ganado una buena cena.

Serían alrededor de las nueve de la noche cuando el inspector Diego Guerra entraba por la cuarta planta de la comisaría central. Saludó a un compañero que fumaba a escondidas en el portón lateral de salida de emergencia y se fue directo hacia la puerta de su departamento. Munar, el subcomisario de guardia, lo esperaba de pie bastante inquieto, junto a su mesa.

—¿Y bien? —le espetó sin miramientos.

Diego le explicó con frialdad la escena donde había aparecido el cadáver, así como las abundantes lesiones de las que fue objeto la víctima. No dejó ningún detalle en el tintero mientras el rostro del subcomisario cambiaba de color por momentos. Por último, le comunicó la identidad y oficio del fallecido. Munar frunció el ceño.

—Parece que está claro, ¿no? —preguntó ante la mirada incrédula de Diego.

—¿Claro, señor?

—Esto es por venganza. Dice usted que hay chicas muy jóvenes en los videos, ¿no es así?

—Sí. Las chicas que vi en el video no tendrían más de veinte años. Incluso menos.

—Seguro que ha sido uno de los padres de las chicas. Imagínate ver a tu hija en uno de esos asquerosos videos. Cualquiera se volvería loco, yo incluido. ¿Sabes cómo llamo yo a esto, Guerra?

Diego se encogió de hombros sin importarle demasiado la respuesta.

—Justicia divina —afirmó, muy orgulloso de sí mismo.

—Puede ser para quien crea en Dios, señor —contestó Diego—. Pero tengo la sensación de que aquí hay algo más. No es tan sencillo.

—¡No empieces, Guerra! —amenazó— Cada vez que te doy un caso un poco más extraño de lo

normal, empiezas con tus teorías conspirativas y acaba como el rosario de la aurora. En esta ocasión seguro que el asesino es un padre cabreado —aseveró el subcomisario— o quizás un novio despechado. Investiga a las chicas y encuentra a un padre que este lo suficientemente loco para hacer algo así. Luego te lo traes aquí y le aprietas hasta que le saques una confesión, ¿entendido? —le ordenó mientras le amenazaba con el dedo.

Diego lo miró con indiferencia, se giró y se marchó, recibiendo toda clase de improperios a sus espaldas. Menos mal que las llevaba recubiertas de una invisible capa impermeable.

Se metió en el ascensor y bajó hasta el sótano. Aunque nunca fue un mal policía, Munar era al igual que Barbadillo otro ejemplo de perfecto idiota. La idea del padre cabreado era plausible pero, por lo visto en el cadáver, la tortura previa al asesinato había sido larga y concienzuda. Lejos del acto pasional que sería el asesinato cometido por un padre enfadado o un novio despechado. Salió del ascensor dándole todavía vueltas al tema cuando un intenso olor a formol y muerte le golpeó sus sentidos. Entró al depósito de cadáveres y, tras saludar a un par de desdichados huéspedes, se fue directo al despacho de Daniel. Luego encendió el ordenador.

Llevaría una hora tecleando y buscando datos cuando un carraspeo lo interrumpió.

—Por favor, inspector. Pase y póngase cómodo. Tranquilo —afirmaba irónico el forense—, si lo desea, puede usar el ordenador.

—Disculpa Daniel. Pensé que no te importaría.

—Y no me importa pero, ¿por qué diablos no usas el de tu despacho?

Diego levantó la vista y sonrió con tristeza. El forense le sostuvo la mirada unos instantes.

—Entiendo. El subinspector Munar. Me lo he encontrado al llegar. ¡Menudo idiota! —afirmó— Hace dos telediarios estaba aquí abajo, vomitando hasta la última galleta del desayuno con algún cadáver y ahora se cree don importante. Otro como Barbadillo. Dios los cría...

—Así funciona el negocio —apuntó Diego.

—¿Te acuerdas aquella vez que se apoyó en un cuerpo y cómo al notar el tacto frío del desdichado, se mareó y se cayó de espaldas. ¡Menudo golpe se dio en la cabeza con una esquina de la mesa! —gritó divertido Daniel— ¡Vaya brecha se hizo el imbécil!

—Quince puntos de sutura —apuntó Diego—. Me hizo jurar que nunca contaría a nadie como se la había hecho. A veces me dan ganas de escribir un libro.

Los dos se miraron y se echaron a reír. Durante unos instantes, ambos olvidaron las cadenas que lastraban sus vidas.

—Dijo a todo el mundo que se lo había hecho durante una detención —terminó de decir Diego mientras se secaba las lágrimas que se le habían escapado de tanto reír—. ¡Menudo idiota!

—Bueno. Los mediocres se abren paso, querido inspector. Úsalo el tiempo que necesites. Yo tengo trabajo.

—¿Y tu cita?

—Podrá esperar. No creo que le causara buena impresión con el aroma a muerto.

—Perfecto. De todas formas, sólo tardaré un par de minutos más —dijo Diego mientras hablaba al cogote del forense, que levantó la mano a modo de respuesta.

Diez minutos después, Diego salió del despacho. Daniel ya estaba atareado, recogiendo muestras del cadáver del actor. Paró la sierra y se levantó la mascarilla protectora.

—¿Ya te vas?

—Sí. Voy a comprobar un par de cosas. Llámame al móvil con lo que tengas.

—De acuerdo. Ten cuidado.

Diego se giró y se fue directo al ascensor. Mientras bajaba, su teléfono empezó a vibrar. Lo sacó y lo descolgó. Al fin buenas noticias.

—Hola. Gracias por responder tan rápido. Necesito que me busques todo lo que tengas sobre un tipo. Es actor porno y hemos encontrado su cadáver en una playa. Tenía una web y una productora de cine. Yo voy para allí. Ahora te envió los datos. Ya hablaremos del precio. Y necesito discreción absoluta. Al menos de momento.

Tras escuchar una respuesta afirmativa al otro lado del aparato, Diego colgó y salió al aparcamiento, encaminándose hacia su coche. Se montó y, tras encenderse el enésimo pitillo del día, puso en marcha la radio. Las señales horarias acababan justo de marcar las diez y media de la noche. Sin ser todavía demasiado consciente de dónde se estaba metiendo, el inspector se sumergió en el tráfico nocturno como lo haría un delfín amaestrado en el tanque de un acuario. A unos doscientos metros de la entrada, un pequeño utilitario de color negro empezó a seguirlo en la distancia.

El poco tráfico reinante en la carretera quedaba limitado a taxistas en busca de la última carrera del día, parejas de jóvenes buscando lugares oscuros para encuentros íntimos y gente que volvía del trabajo. Empezaba a llover cuando el inspector se salió de la autopista, en dirección al Pla de Mar, una zona de pequeñas urbanizaciones dormitorio situadas en la periferia de Palma. En concreto, estaba buscando la urbanización *Tramuntana*, lugar de la sede social de la productora "Carne Ibérica" S.A. Construido hacía unos diez años, el conjunto de viviendas unifamiliares que lo componían había sido pensado para ser ocupadas por clases medias y altas. A pesar de ello, las amplias avenidas y jardines presentaban un estado evidente de abandono y muchas de las casas permanecían vacías. El motivo: un asentamiento chabolista erigido a tan sólo un par de kilómetros de su centro neurálgico unos años después de su construcción. Las casas habían perdido poco a poco su valor y las élites más pudientes huyeron, mudándose a nidos mejores donde sus vástagos no se mezclaran con indeseables. Como no todo el mundo se podía permitir una pérdida económica tan importante con el cambio de vivienda, no fueron pocos los que se quedaron allí, atrapados, presos de aquella enorme ratonera de hormigón.

Diego aparcó junto a la puerta de la dirección que tenía apuntada en su cajetilla de tabaco. Desde el exterior, la casa se alzaba imponente detrás de un grueso muro de piedra. De dos alturas, la

vivienda estaba pintada de un blanco casi virginal, lo que después de todo no dejaba de ser irónico. Se acercó a la puerta y llamó al interfono.

—¿Sí? —respondió una voz femenina.

—Inspector Diego Guerra.

Un zumbido le invitó a pasar. Tras cerrar la puerta del jardín, subió por una escalinata de piedra que desembocaba en una impresionante puerta doble de roble macizo donde una mujer, que rozaba la cuarentena y que llevaba unas ojeras dignas de al menos dos hijos y un marido, le esperaba en el umbral.

—Buenas noches. En primer lugar, gracias por recibirme tan tarde, señorita...

—Amanda. Me llamo Amanda Watling —se presentó la mujer—. Pero pase, por favor. Ya empieza a hacer frío para quedarse en la puerta a charlar —terminó de decir mientras se hacía a un lado para dejarle pasar.

Diego entró y se quedó sorprendido. No existía casi ninguna pared en toda la planta. El techo parecía sustentarse en exclusiva en media docena de columnas que se repartían por la estancia de manera equitativa. Toda la superficie era un espacio abierto donde paredes de pladur separaban distintos escenarios y simulaban desde el aula de una clase a un desván pasando por una oficina o la capilla de una pequeña iglesia. Era impresionante. Su sorpresa no pasó desapercibida para la mujer.

—Es increíble, ¿verdad? —afirmó— Tranquilo. Nuestros estudios son pequeños pero están bien dotados.

—No lo dudo —soltó el inspector.

La mujer sonrió. A buen seguro que estaba acostumbrada a escuchar todo tipo de chascarrillos al respecto.

—Todo el mundo que ve esto por primera vez se sorprende. Pase, inspector. Vamos a la cocina. Necesito un café.

Diego siguió los pasos de la mujer por aquel recorrido de fotogramas vitales. En medio de la enorme estancia, colgados en dos enormes percheros se agolpaban decenas de prendas, disfraces y accesorios. Una desvencijada mesa sustentaba algunas cajas llenas de desgastados juguetes sexuales de todo tipo, color y forma. En un rincón, como agazapada, una escalera subía hacia el piso superior desembocando en una puerta. Tras ella, una pequeña cocina americana se mezclaba con un pequeño escritorio que hacía las veces de despacho y oficina. Diego se fijó de inmediato en una pequeña puerta metálica que estaba cerrada con un candado y una gruesa cadena, justo al lado de una pequeña chimenea abierta. Tras mirarla un buen rato se quedó observando a la mujer con fijeza.

—Este es el almacén de material técnico. Hay casi cincuenta mil euros en aparatos, cámaras, cables y focos. Como comprenderá, tiene que estar a buen recaudo. ¿Quiere verlo? —añadió con desconfianza.

—De momento no, gracias.

La mujer sacó un par de cápsulas de café de un armario y preparó dos tazas de humeante café. Hizo hueco en el escritorio abarrotado de papeles y colocó el azucarero y un cartón de leche medio vacío que sacó de una pequeña nevera que había en la esquina de la cocina. Luego se sentó en su sillón e invitó con la mano a Diego a hacer lo mismo.

—Bueno inspector, no quisiera parecer grosera pero lo cierto es que tengo ganas de irme a casa. Si me dice qué ha hecho esta vez, buscaré al abogado correspondiente y me podré ir a dormir.

—¿Está acostumbrada a recibir visitas de la policía de manera habitual?

—La verdad es que en los últimos meses no. Llevaba algún tiempo sin meterse en ningún lío.

—¿No es la primera vez que le detienen?

—Para nada —afirmó con rotundidad Amanda—. Ha sido detenido media docena de veces. Escándalo público, prostitución y diversos motivos más. Pero todo eso usted ya lo sabe.

Diego dejó escapar una tranquilizadora sonrisa.

—Sin querer parecer grosero, ¿qué tipo de relación tiene usted con el señor Roberto Trencillo?

—preguntó Diego mientras aderezaba su café con una cucharilla de azúcar.

La mujer se removió inquieta en su asiento. No le había gustado la pregunta.

—La relación entre Roberto y yo es estrictamente profesional. No sé qué le habrá contado porque le encanta liar las cosas. Sólo mantenemos una relación de jefe y empleada. Ciertamente, no es mi tipo.

—¿Y qué tal es cómo jefe?

—¿A qué se refiere?

—Su horario es, cuanto menos, un poco extraño. Son casi las once de la noche y usted no parece esta enfadada por tener que estar aquí. Supongo que al menos le pagará bien. A menos que les una algo más que la relación empresarial.

La mujer le miró de arriba a abajo. Cogió su paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y lo encendió. Después de exhalar un par de bocanadas de humo, comenzó a hablar.

—No sé cuántas veces más voy a tener que contar todo esto —dijo tras escupir otra cortina de humo—. Yo conocí a Roberto hará unos veinte años. Él empezaba a hacer sus pinitos en el porno como actor secundario o bufón en muchas de las películas que se empezaban a grabar en la incipiente industria que estaba naciendo en Barcelona y alrededores. Yo, por contra, intentaba ganarme la vida como podía. Mi novio me había abandonado unas semanas atrás después de dejarme embarazada de gemelos. Nunca se le dieron bien los compromisos por lo que su huida tampoco me sorprendió demasiado —soltó con un poso de amargura—. Necesitaba dinero y un día, en la puerta de un bar, me lo presentaron. Lo vi un tipo majó así que quedamos un par de veces y una noche, tras un par de gintonics, nos acostamos juntos. Ni siquiera me gustaba pero

entre las hormonas, el alcohol y el sentimiento de abandono estaba un poco vulnerable. Al día siguiente, cuando desperté a su lado, me quería morir. Le dije que lo nuestro había sido un error y me marché de malas maneras. No le sentó muy bien que digamos.

Apagó el cigarrillo y cogió uno nuevo. Lo encendió mientras el otro aún agonizaba en el cenicero repleto.

—Unos días después, me llamó para volver a quedar en su casa. Aunque el asunto me dio mala espina, acepté. Era un chico majo, incluso tímido, y no hice bien las cosas al despedirme de él. Al fin y al cabo, el error había sido mío. Cuando llegué a su piso tenía una sonrisa de oreja a oreja. Me hizo sentarme en su sofá y me encendió un vídeo con una grabación. En la televisión, empezaron a salir imágenes de nuestro anterior encuentro. Al parecer, había escondido un par de cámaras en la habitación. Me quise morir —dijo mientras perdía su mirada en el vacío.

El inspector Guerra se mantuvo en silencio sin dejar de mirar a la mujer a los ojos.

—Cuando vi el video, monté en cólera. Le pedí que lo borrara y que me lo entregase. Él, divertido, me intentaba hacer ver la presunta inocencia que había en aquello. De repente, un intenso dolor en mi abdomen me obligó a sentarme. Noté salir sangre desde mis partes más íntimas y él se asustó mucho. Me puse muy pálida y me mareé. Luego, por unos instantes, perdí la conciencia. Aquella noche estuve a punto de perder a mis niños.

El silencio del inspector incitaba a continuar con la historia.

—Cuando me desperté, estaba sentado a mi lado. Estaba muy nervioso y me dijo que no me preocupase por la cinta, que la iba a destruir. Poco a poco fui recuperando el color. Se sentía muy mal conmigo y me dijo que iba a compensarme. Fue entonces cuando me propuso un negocio.

—¿De qué clase?

—Quería que montáramos una empresa juntos. Una productora porno, para ser más concretos.

—Un negocio poco común.

—Sí. Aunque es cierto que él sabía que en el cine porno amateur en España había un importante nicho de mercado. En España estamos más atrasados que en otros países en temas de libertad sexual así que siempre se ponen de moda tendencias que en otros lugares hace tres o cuatro años que ya funcionan bien.

—Un visionario, según veo.

La mujer se detuvo y le miró de arriba a abajo. Al final decidió no entrar al trapo. No picó el anzuelo.

—Gracias a nuestros encuentros previos, Roberto sabía que yo tenía cierta formación de administración y dirección de empresas, por lo que me propuso que fuésemos socios. Él se encargaría de la parte técnica, de los rodajes y de encontrar actores y actrices. Yo, de la parte administrativa tales como los contratos, los registros de la propiedad intelectual o las facturas. Lo medité mucho y a pesar de que no estaba demasiado convencida, acepté. Así nació "*Carne Iberica*" S.A., la primera productora nacional de cine para adultos amateur.

—Un hito en la historia del país —apuntó de nuevo el inspector.

—No le gusta lo que hacemos y lo entiendo. Es más, no le culpo. Yo misma he de reconocer que a veces me siento asqueada con los videos y películas que grabamos. Aunque también he de decirle que todo lo que sale en las escenas parece siempre peor de lo que es. Son actrices y algunas son, además, muy buenas en su campo.

El inspector dibujó una lacónica sonrisa.

—No se ofenda, señorita Watling pero económicamente no parece que les haya ido mal del todo —afirmó el inspector mientras le señalaba un carísimo reloj de oro que abrazaba sin pudor su muñeca derecha. Ella sonrió.

—Eso es cierto, inspector. Ha de saber que, al principio, yo tenía mis dudas y acepté aquello como algo provisional. Durante un tiempo seguí buscando trabajo pero nunca llegué a encontrar nada mejor de lo que ya tenía. Roberto y yo hacíamos un buen equipo y empezamos, incluso, a tenernos cierto cariño. Con el paso del tiempo me fui acostumbrando a mi empleo y hasta empezó a gustarme. Las cosas poco a poco mejoraban y yo me acomodé. Casi podría decir que empecé a ser feliz.

—¿Feliz?

—Sí, inspector. Mantenía a mis hijos con solvencia y nunca me preocupaba el llegar a final de mes. Hoy día, para una madre soltera, eso es una misión casi imposible. Hace años... ni se lo imagina.

—¿Y cuándo se rompió la magia? Habla de ese paraíso terrenal en pasado...

—Hace ahora unos siete años, Roberto me traicionó —soltó la mujer con amargura.

El inspector sacó un nuevo cigarrillo. Hay heridas que nunca cicatrizan del todo. La mujer se tomó su tiempo.

—Un día, Roberto llegó aquí muy contento y me dijo que *Black Cat*, una superproductora de cine porno americana, quería comprar nuestra pequeña empresa.

—Parece un paso importante.

—Sí que lo era —afirmó—. Para que usted se haga una idea es como si montas una empresa de informática en el garaje de casa y un día viene Apple o Microsoft a comprarla. Nuestro crecimiento había sido exponencial y recuerdo que cuando me lo dijo, comencé a dar saltos de alegría. Empezamos a hablar de planes de futuro y proyectos en común. Castillos en el aire.

El inspector la compadeció por primera vez. Una mujer navegando entre las olas con un cascarón de nuez por barco y con dos pequeños polizones.

—Una mañana, se presentó aquí con un abogado que había contratado. Me explicó que para llevar a cabo la venta, todas las acciones debían estar a nombre de la misma persona. He de reconocer que mi instinto me hizo desconfiar pero luego le miré, sonriéndome, con esa cara de no haber nunca roto un plato, y piqué. Era el único amigo que tenía desde hacía años y seguro que a él le

pasaba lo mismo conmigo. Me pasó varios documentos y los firmé sin pensar. Todavía hoy no me perdono haber sido tan estúpida.

El inspector meneó con la cabeza. La misma película vista demasiadas veces pero con distintos actores. Y las que quedaban.

—Dos semanas después, vino el desengaño. Roberto se comportaba conmigo de manera distante y una tarde, después de un rodaje, lo abordé. Me dijo que la oferta no se había llevado a cabo y que *Black Cat* se había retirado de la puja. Se sacó dos mil euros de la cartera y me dijo que eso era como compensación por mis acciones. Tras salir de mi asombro, he de reconocer que me puse histérica. Le grité, le escupí e incluso le estrellé un par de platos. Luego cogí mi bolso y me fui a casa. Una semana más tarde vino a pedirme perdón. Me rogó que volviese a mi trabajo. Le dije que me devolviese mis acciones y él se negó. Luego me dijo que esta nueva situación era más provechosa para ambos. Me dijo que me doblaría el sueldo normal por mi trabajo y me hizo un contrato como directora general de la empresa. Sola y con dos niños que alimentar, tragué orgullo e hice lo que tenía que hacer: poner pan en mi mesa y agua caliente en el baño. La vida es una puta ladina y subversiva.

El inspector asintió. No podía estar más de acuerdo.

—¿Cómo ha sido su relación desde entonces?

—No como antes del engaño, por supuesto, pero nos seguimos llevando bien, en términos generales. La necesidad que teníamos el uno del otro nos obligó a ser prácticos. Unos meses después del incidente la productora salió al mercado web y empezamos a obtener resultados excelentes. Actualmente tenemos unos dos mil suscriptores fijos a nuestra página y unos ochocientos que van y vienen. Eso, sin contar merchandising, derechos de autor de las películas y otros ingresos. La salud económica de la productora es excelente. No en vano llevamos seis años seguidos en los que nuestro beneficio crece al menos un diez por ciento.

—¿Cuál es el valor actual de la productora?

Amanda cerró los ojos unos segundos y comenzó a hacer cálculos mentales.

—Es difícil de saber con exactitud. Puede que cinco o seis millones de euros —respondió de repente—. Entre suscriptores, publicidad, derechos, actores y actrices en exclusiva y todo lo demás facturamos al año unos tres millones de euros que, descontando gastos e impuestos, nos dejan de un millón a millón y medio de euros de beneficios por ejercicio.

—La mitad de eso es más de dos mil euros, ¿no cree?

El comentario del inspector consiguió remover oscuros sentimientos.

—Bueno, ya hemos hablado bastante, inspector. Si no le importa, dígame que ha hecho Roberto esta vez para que pueda avisar a su abogado. Tengo a mis hijos solos en casa y quiero irme a dormir.

El inspector Guerra se levantó de la silla y endureció sus facciones.

—Señorita Watling, siento comunicarle que esta tarde en una playa del norte de la isla hemos

encontrado el cuerpo sin vida de su jefe, el señor Roberto Trencillo, con evidentes signos de violencia.

Tras detenerse en seco con la boca abierta y como si un martillo le hubiese golpeado en pleno estómago, Amanda se levantó y corrió a vomitar sus ascos en el fregadero azul cobalto de la cocina. Luego, con la cabeza dándole vueltas aún, se sentó en el suelo y se tumbó hacia atrás. El sonido amortiguado de la voz del inspector le llegó queda y apagada. Por unos instantes, pareció perder el conocimiento.

Amparada en la fría oscuridad nocturna, una sombra se mordía las uñas con intensidad detrás de los contenedores. Desde su negra esquina, seguía con interés los acontecimientos que se desarrollaban en la casa. De repente, un amargo sabor cobrizo se deslizó sibilino por sus papilas gustativas. Encendió la linterna del móvil y descubrió que todavía había restos de la sangre de su víctima entre sus dedos. En cuanto llegase a casa, tenía que lavarse a conciencia. No podía dejar ningún rastro de sus crímenes de una manera tan burda. Aquel maldito inspector no parecía con demasiadas ganas de irse a dormir. Él, por contra, estaba agotado. La noche anterior la había pasado en vela de fiesta con aquel saco de grasa. Se lo había pasado en grande aunque, a buen seguro, el gran Roberto no podría decir lo mismo. Estaba pensando en marcharse cuando vio aparecer un coche que reconoció enseguida. Sus peores augurios se confirmaban. Notó como poco a poco su bilis se acumulaba en el estómago mientras cerraba los puños con tanta intensidad que las yemas de sus dedos se tornaron en un preocupante color blanquecino. Esta era la última vez que se entrometía en sus asuntos. Ella sería, sin ningún género de dudas, la siguiente en su lista. Sin que nadie reparase en su presencia, se giró y las sombras nocturnas le engulleron con rapidez.

—¿Seguro que puede ir a abrir la puerta? —preguntó el inspector con preocupación.

Amanda, sin mucha convicción en su gesto, afirmó moviendo la cabeza. Fue a la entrada principal mientras éste lanzaba una mirada rápida por los papeles colgados en el corcho de encima del escritorio. Billetes de avión, facturas, notas, análisis clínicos de enfermedades de transmisión sexual o la tarjeta de una tienda de animales exóticos. Aunque no parecía haber nada interesante allí, ir al estudio de la productora no había sido tan mala idea después de todo. Medio minuto más tarde, Amanda regresó con algo más de color en sus pálidas mejillas.

—¿Quién era?

—María. Venía a ver a Roberto.

La mirada interrogativa del inspector se encontró con sus inevitables ojos azules.

—Es María Berdún, una antigua amiga de Roberto. Fue una de las primeras con las que trabajó y la que, en cierto modo, le ayudó a levantar todo esto.

—¿Le ha dicho para qué había venido?

—No. Sólo que había quedado esta noche con Roberto. Me ha preguntado que si sabía dónde estaba.

—¿Y usted qué le ha contestado?

—Con evasivas. Le he dicho que creía que estaba rodando. No sabía si podía decirle lo de Roberto o no.

—Ha hecho bien. Se enterará tarde o temprano, pero mejor será que no lo haga todavía. ¿Están liados o algo parecido?

Amanda pareció pensarse bien la respuesta.

—No lo sé. Si tienen algo, es más bien informal. Creo su relación es más de cariño y compañía que sexual, aunque eso no quiere decir que de vez en cuando...bueno, ya sabe. En los últimos meses han pasado cada vez más tiempo juntos. Creo que Roberto está cada vez más cansado. Bueno, estaba.

—¿Cansado?

—Sí. Ya no disfrutaba como antes. Aunque no lo crea, esta profesión es muy dura.

El inspector arqueó las cejas y colocó una leve sonrisa en su rostro.

—Piénselo. Todo el día en aeropuertos, de rodaje en rodaje y de audición en audición. Levantarse en Madrid, estar en Barcelona a mediodía y dormir en Bilbao. Y así cada día. Además, en muchas ocasiones cada actor rueda de dos a tres escenas por película, por no olvidarse en ocasiones se hace en exteriores, pasando muchísimo frío o un calor extremo. Es una profesión realmente agotadora.

—No sabía que se hicieran tan nobles sacrificios. La canonización de algunos sementales debe estar próxima.

—Su sarcasmo no me impresiona —explicó Amanda con enfado—. Sé que desde fuera parece que no hacen mucho más que joder unos con otros como monos, pero es una profesión difícil. Tratamientos médicos, estéticos, intervenciones quirúrgicas, por eso la gente dura muy poco. Se acaba quemando. En pocos casos los actores siguen rodando después de 4 o 5 años de carrera.

—Entiendo.

—Y Roberto no estaba en su mejor momento. Cada vez hacía menos escenas y se irritaba más por todo —confesó Amanda—. A él antes le apasionaba grabar, buscar chicas e incluso ir a los festivales. Con toda sinceridad creo que, a corto plazo, planeaba dejarlo todo.

—¿Sabe de alguien que le tuviese en su punto de mira? ¿Algún padre o novio cabreado? ¿O tal vez algún director o actor que se hubiese sentido traicionado?

Amanda se levantó y fue hacia el plató. Se agachó por debajo de la mesa que había en el centro de la sala y sacó una caja de cartón, que entregó al inspector. Diego la cogió y pudo ver en su interior

varias decenas de cartas de todos los colores y tamaños.

—¿Admiradores? —preguntó irónico.

—Sí —soltó hastiada—. Aunque aquí sólo hemos guardado a los más insistentes.

—¿Por qué no denunció nunca los hechos? En su contra sí constan varias denuncias, pero jamás interpuso ninguna contra nadie —preguntó Diego—. ¿No tenía miedo a que le sucediese algo?

—Supongo que quería aparentar que no. La mayoría son de padres, novios o hermanos de muchas de las chicas que Roberto reclutaba. Tiene que tener en cuenta que el negocio de Roberto iba bien porque conseguía convencer a chicas muy jóvenes. Hay una sección de la web que incluso está dedicada a chicas que se acostaban con él y grababan su primer video el mismo día que cumplían los 18 años. No es un trabajo agradable pero sí muy rentable. Los hombres son muy cerdos y los que se esconden detrás de la pantalla de un ordenador, aún más. Ellos mismos eran los que muchas veces nos daban ideas para nuestros videos. Cuanto más se puteara a la chica, más visitas tenía la escena.

Diego no pudo reprimir su gesto de asco. No era un retrógrado en el tema de la prostitución. Cada persona debería poder hacer con su cuerpo lo que quisiese, siempre y cuando fuese en libertad. Pero instigar y convencer a chicas demasiado jóvenes e inseguras, incapaces de entender las consecuencias de rodar porno con un cincuentón decrepito, a cambio de unos míseros euros era deleznable y una atrocidad.

—Sé lo que está pensando, inspector.

—Lo dudo, señorita Watling.

—Yo intenté convencerle muchas veces de que suprimiese esa sección, pero él se negaba. Decía que era de las más productivas. Roberto siempre afirmaba que se limitaba a darle a los tíos lo que deseaban ver: chavalas jóvenes que podían ser sus vecinitas, follando con un tío tan asqueroso y lascivo cómo ellos. Estaba cumpliendo los sueños más oscuros y sucios de cualquier hombre entrado en años.

—¿Y se equivocaba?

—En absoluto. Esa sección era, con mucha diferencia, la que más descargas registraba de toda la página. En torno a un treinta por ciento del tráfico web iba a esa sección.

Amanda regresó a la cocina mientras que Diego la seguía con la caja entre las manos.

—¿Recibió Rober muchas denuncias por culpa de esa sección?

—Sí. En tres ocasiones. Todas saldadas a favor de Roberto. Desde el punto de vista legal, el asunto era totalmente lícito. Por si no lo sabía, él era abogado. Nunca llegó a ejercer pero era un tipo muy listo. A raíz de ganar el primer juicio empezó a recibir esas cartas.

—¿Piensa que alguno de los autores de las cartas pudo ser el asesino?

—No lo sé. Como ya le he dicho, algunos llegaron a denunciarle e ir a juicio. Roberto los ganó

todos y digamos que no fue del todo elegante en la victoria.

—¿Por?

—Cada vez que una chica o su padre le denunciaba, retiraba los videos de la chica en cuestión. Luego, una vez ganado el juicio, los colgaba durante treinta días gratis en la web. Pasaban de tres o cuatro mil reproducciones al mes a 2 o 3 millones. El impacto era brutal.

—Un tipo diplomático.

—No se hace usted una idea —soltó la mujer.

—En esta vida todo se acaba pagando, supongo.

—¿Cómo se atreve? ¡Nadie merece morir! Roberto era un tipo peculiar, pero...

—Era un cerdo. Un proxeneta que no estaba en la cárcel porque nuestro sistema judicial hace aguas por todos sitios. En otra época lo hubiesen colgado por sus exiguas partes hasta morir.

—¿Cómo se atreve a hablar de así de él? ¿Pero quién se ha creído que es? —gritó Amanda, presa de la ira.

—Alguien que dice lo que piensa y al que le dan igual las consecuencias de sus palabras. Aun así, no se preocupe. Soy un profesional excelente y pillaré al que mató a la gallina de los huevos de oro. Le doy mi palabra.

La mujer soltó un par de lágrimas mientras meneaba la cabeza. Parecía estar demasiado afectada como para haberlo hecho ella. De estar fingiendo, era la mejor actriz que Diego había visto en su vida.

—Me ha comentado usted que Roberto era abogado. ¿Llevaba él mismo el asunto de los contratos?

—Así es. Todas las chicas firmaban uno antes de filmar y si no, no había escena. No se quería pillar los dedos. Sabía que moralmente lo que hacía no estaba bien pero eso a él le daba igual. Nunca le preocupó mucho lo que pensarán los demás.

—Entiendo.

El silencio se apoderó de la pequeña cocina. Cada uno dejaba navegar sus pensamientos en una dirección distinta. De repente, Amanda se acercó a la caja.

—Recuerdo que hubo una carta que me asustó de verdad. Espere un segundo —dijo mientras rebuscaba dentro—. Tiene que estar por aquí... ¡Ésta es! —exclamó mientras la blandía triunfante en sus finas y cuidadas manos.

El inspector la cogió y, tras sonreír con timidez, la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Su móvil de repente empezó a vibrar. Era Daniel.

—Disculpe un segundo, señorita Watling —se excusó Diego al tiempo que soltaba la caja en el escritorio, se giraba y salía de la cocina, quedándose en el rellano de las escaleras—. Estoy

trabajando, ¿qué demonios pasa? —preguntó de malas maneras.

—¡Qué modales! Te recuerdo, inspector, que yo debía estar cenando en un restaurante francés con una bióloga polaca que conocí hace dos noches en el gimnasio —afirmó con enfado—. En cambio, estoy aquí sólo en el mortuario rebuscando en el trasero a este pobre infeliz.

Diego suspiró. Daniel tenía razón.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy cansado. Querido amigo, ¿me podrías decir qué has encontrado, por favor? —preguntó ahora con exagerada amabilidad— Dame una buena noticia y cuando esto pase, yo te invitaré a cenar, doctor muerte.

Diego notó como Daniel se tranquilizaba al otro lado de la línea.

—¿Ves cómo no cuesta tanto trabajo ser amable? Siempre te digo que...

—Daniel..., por favor.

—Sí, sí. Ya voy. He encontrado unas braguitas de encaje negro dentro de la víctima.

—¿A qué te refieres con dentro de la víctima?

—A eso mismo, señor inspector. ¿Recuerdas dónde te he dicho que estaba rebuscando al principio de nuestra conversación? Use su imaginación, por favor.

—¿Te refieres a ...? —preguntó Diego sin querer confirmar la respuesta.

—Dentro del recto. Y fueron introducidas ahí pre-morten. Tiene heridas y fisuras en la pared que lo demuestran. Probablemente lo hicieron con algún tipo de pinzas quirúrgicas. Estoy buscando rastros de ADN en ellas.

—¡Joder, qué asco! —exclamó— Daniel, no le digas esto a nadie.

—Tarde, inspector —contestó el forense—, el subinspector Munar estaba presente cuando hice el hallazgo. De hecho, me estaba ordenando que cualquier cosa que encontrase se la diese a él primero. Creo que te quiere pisar el caso.

—Supongo. Además de un imbécil, siempre ha sido un tipo muy ambicioso.

—Sí. En cuanto me vio sacándolas le empezaron a dar arcadas —comentó divertido—. Cuando las tuve en la mano, se las ofrecí y se las acerqué a la cara. Empezó a vomitar antes de llegar al váter.

Ambos empezaron a reír con ganas. Daniel no había escalado peldaños dentro de la policía por este tipo de cosas, aunque también esas eran precisamente las acciones que le habían granjeado la amistad de Diego. Era un gran tipo.

—Te dejo. Ya me dirás algo cuando lo analices.

—De acuerdo. Cuídate.

El inspector cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta. Luego, volvió

de nuevo a la cocina.

—Supongo que mañana vendrán por aquí un montón de policías y pondrán esto pata arribas —afirmó Diego—. Por cierto, una última cuestión, señora Watling.

—Amanda, por favor —replicó la mujer—. Lleva toda la noche haciéndome sentir como una vieja solterona.

—Está bien, Amanda. ¿Llevaba usted algún tipo de agenda del señor Trencillo? Algún dossier, con las citas que tenía cada día, las escenas, viajes... ya sabe.

—Sí. Aunque era un poco caótica. A veces las anulaba media hora antes y citaba gente sin avisarme. Me cogía la agenda, apuntaba cosas y luego me las tachaba sin consultar. Un auténtico desastre.

—¿Y tenía alguna cita para la tarde o la noche de ayer?

—Un momento que lo mire —respondió Amanda mientras sacaba un dietario rojo del cajón del escritorio—. Ayer, ayer, ayer... Un momento... ¡Sí, aquí hay algo!

Diego se acercó y vio garabateada una frase al lado de las ocho y media de la noche: “XXX C. BLACK “ y el dibujo de unas palmeras.

—¿Qué significa? —inquirió el inspector señalando con el dedo.

—La “XXX” significa que iba a rodar una escena —explicó Amanda—. Y por lo que sigue después, la actriz con la que iba a rodar era Cristina Black. La anotación es de Roberto. Yo dibujo muy mal las palmeras.

—¿Quién es Cristina Black?

—Es una joven actriz que lleva alrededor de un año y medio con nosotros. Su carrera empieza a despegar y ya ha empezado a rodar con grandes productoras. Es una de nuestras mayores promesas. Tiene mucho futuro dentro de la industria.

—¿Tiene algún tipo de ficha con sus datos personales?

—Por supuesto. Un segundo —contestó Amanda mientras se ponía a rebuscar en una carpeta negra—. Carolina, Carmen... ¡Aquí está! —dijo al tiempo que le pasaba un folio.

Morena, metro sesenta y poco, muy guapa. Cuerpo entre adolescente y mujer. Según aquellos datos, había cumplido veinte años dos semanas atrás.

—Joder, parece una cría.

—En cierto modo, lo era. Pero no se deje engañar. No tiene nada de niña. Y ahora mismo este tipo de actrices con aspecto colegial tienen mucha demanda.

El inspector la miró, asqueado.

—Lo sé, inspector. Estoy de acuerdo con usted. Es nauseabundo.

—Sí. Aunque a usted no parece importarle demasiado ganarse así la vida. ¿Duerme bien por las noches, señorita Watling?

La mujer se quedó boquiabierta. No se esperaba aquel ataque.

—¿¡Cómo se atreve!?! —gritó encolerizada— ¡No tiene ningún derecho a juzgarme!

Diego reculó con cautela. Sólo quería probarla.

—Disculpe mi poco sentido del tacto, Amanda. Jamás estuvo entre mis virtudes ser correcto en las formas.

La mujer puso los ojos en blanco y miró al techo mientras suspiraba.

—En cierto modo, tiene algo de razón. Muchas veces me miro al espejo y no puedo ni sostenerme la mirada. Me siento cómplice. Y sucia.

—¿Y por qué ha seguido en esto?

—Porque luego cuando llego a mi casa y veo a mis hijos dormidos, calentitos, en sus mullidas camas y con todas las comodidades que yo nunca tuve, consigo tolerarme —afirmó—. Ellos son felices, van a clases de inglés, tienen buena ropa y juegan al fútbol en el equipo del colegio. No les falta de nada.

—Valores de suma importancia al fin y al cabo.

—Supongo que no. Pero son mis hijos y haría lo que fuese por ellos. Cualquier cosa. Es fácil hacer juicios de valor sin nadie que dependa de ti. Me gustaría verle ejercer de madre soltera, con veinte años y sin trabajo. No estoy orgullosa de lo que hago pero como ya le dije antes, este empleo pone pan en mi mesa. Me basta con eso.

La conversación estaba muerta. Amanda estaba ahora con la mirada perdida por la ventana y con los brazos cruzados, demostrando que nadie iba a sacar más agua de aquel pozo.

—Supongo que de momento esto es todo, Amanda —dijo Diego—. Gracias por el café y tome mi tarjeta. Si se acuerda de algo más, no tiene más que llamarme, ¿de acuerdo?

La mujer asintió con fuerza.

—¿Atrapará al que ha hecho esto, verdad? A pesar de lo que ha dicho antes sobre Rober...

—No le quepa duda. Siempre lo hago. Yo, al igual que usted, no hago esto por placer —afirmó con tranquilidad—. Hasta pronto.

Tras despedirse, Diego salió por la puerta principal y se metió en su coche. Miró la foto de la ficha de la chica. Era demasiado joven. Tenía edad de estar en conciertos y cogiendo alguna borrachera con sus amigas en un festival. Con una tremenda acidez de estómago, arrancó y salió a la carretera. Tenía que regresar a la central. Una chica podría estar desaparecida.

Su día había sido tan ajetreado que todavía no había tenido tiempo para ducharse. Y desde que se encontró con el sabor de la sangre entre sus uñas, un buen baño se había convertido en prioridad. Con satisfacción malsana, empezó a observar su cuerpo en el maltrecho espejo que había colgado dentro del plato de ducha. Usado para otros fines femeninos más higiénicos, aquel trozo de cristal servía ahora para devolverle su imagen desnuda con la misma frialdad con la que él había matado a su víctima. Lo fue paseando en todas direcciones, admirando con deleite la suave pero firme musculatura de sus brazos, las cicatrices de hebillas en sus caderas y sus numerosos tatuajes. Después, con tranquilidad, subió hasta la parte más alta y se asomó al balcón de su rostro. Vio su mirada reflejándose sobre sí mismo, con aparente naturalidad. De repente, sobre su ceja izquierda, una pequeña mancha, casi imperceptible, llamó su atención. El dedo índice de su mano izquierda acudió presta al rescate, raspando con su uña aquel ínfimo trozo de carne seca. Cuando lo tuvo en la yema de su dedo, lo observó con curiosidad. No era muy distinta a un fragmento de pollo o ternera de los que a menudo se le pegaban en el pelo tras un duro día de trabajo. Tras unos instantes y con evidente desprecio, lo dejó caer, viendo como era arrastrado y engullido por el desagüe de la bañera. Tras secarse, salió del baño sólo con una toalla anudada sobre su cintura. Fue hasta la centenaria cocina de carbón y abrió su portezuela. En su interior, entre las llamas todavía quedaban restos de las ropas que había usado para cometer el crimen. Removió con un atizador los rescoldos, añadió más líquido de encender fuegos y un par de leños de olivo más para asegurarse así una perfecta combustión. Toda precaución era poca a la hora de eliminar pruebas.

—Señor Trencillo, es usted historia —afirmó en soledad mientras cerraba con cuidado de nuevo la trampilla—. Ahora, vamos a preparar un poco más de sopa caliente.

Sacó una olla mohosa de la alacena que tenía al lado y la colocó en uno de los fogones ya calientes. Luego cogió un cartón de caldo de pollo preparado, lo abrió y vertió su contenido en el interior. Sus tripas rugieron.

—¡Que poco caballeroso soy! Mira que no preguntarle a mi invitada si quiere cenar. Mientras esto se calienta, iré a verla. No hay que ser desconsiderado —dijo en voz alta, hablando consigo mismo por enésima vez.

El asesino salió de la estancia y se dirigió a una habitación cercana. Abrió la puerta y se quedó observando la escena desde el umbral. Sobre la cama, una menuda figura con una larga cabellera morena yacía tumbada, mirando hacia la pared. Sin encender la luz, aquella especie de bestia se acercó a la cama, dejó caer su toalla y se metió debajo de las amarillentas sábanas con olor a naftalina. Su virilidad era más que palpable. La joven, en cuanto notó su presencia contra su espalda, dio un respingo. Luego, a sabiendas de que a buen seguro se estaba jugando la vida, relajó su cuerpo e intentó despejar su mente, dejando a aquel individuo campar a sus anchas por su frágil anatomía. Iba a ser una larga noche.

La casa del empresario Pedro Artigues Mata estaba enclavada en una lujosa urbanización no muy alejada del centro. Rodeada de campos de golf, resorts de belleza y centros comerciales de lujo, sólo la aristocracia más selecta podía permitirse vivir allí. El inspector llevaba ya un buen rato

dando vueltas por aquel laberinto de mansiones cuando un coche que venía por detrás le largó una ráfaga de luces. Miró por el retrovisor con evidente contradicción. Un agente de la seguridad privada del complejo se bajó de su vehículo y se dirigió hacia su ventanilla. Sólo esperaba que en la central no la hubieran pifiado con la dirección de la chica.

—Buenas noches, señor. ¿Se ha perdido? —preguntó el agente.

—Es posible. Estoy buscando la calle Magnolia, nº35 —espetó el inspector con sequedad.

—¿Y para qué busca esa calle, si puede saberse?

El inspector sacó su placa y, al instante, el agente se puso tieso como una vela.

—Disculpe, señor. Le confundí con algún maleante. Al ver la suciedad del coche... —comenzó a decir antes de que la penetrante mirada del policía le atravesase— Perdone. Llevo sólo dos semanas aquí y es mi primer trabajo. Si quiere le indicaré ahora mismo cómo llegar. O mejor aún, le llevaré hasta allí ahora mismo. Sígame, por favor —terminó de decir mientras dejaba al inspector con la palabra en la boca. Volvió al trote a su coche, lo arrancó y adelantó al del inspector.

Tras unos minutos de paseos interminables por aquel complejo, dieron con la casa. Era una imponente construcción de granito negro de dos alturas y tenía todas las cubiertas de ventanas y puertas acabadas en un refulgente acero metálico. El muro exterior, de unos dos metros de altura, estaba recubierto por lascas de oscura pizarra, transfiriéndole al complejo un aspecto temible e inexpugnable. El inspector aparcó su coche delante del garaje y salió. El joven agente de seguridad bajó su ventanilla para hablar con él.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó deseoso de agradar.

—No. Puede marcharse.

El joven, con un claro poso de decepción en el rostro, subió la ventanilla y se marchó por donde había venido. El inspector se giró y se encaminó a la puerta principal. Llamó varias veces en el interfono. Por la hora, era probable que sus inquilinos estuviesen dormidos. Una voz ronca contestó al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Buenas noches, señor. Soy el inspector de policía Diego Guerra. ¿Es usted el señor Pedro Artigues Mata?

—Sí, soy yo —contestó el individuo con cierto tono de duda—. ¿Qué es lo quiere?

—Tengo que hacerle unas preguntas sobre un asunto de vital importancia.

—¿Y no puede esperar a mañana? ¿Qué horas son estas de venir a una casa a molestar? —gritó la voz desde el otro lado.

—Creemos que su hija Cristina ha desaparecido.

Un tenso silencio se hizo latente entre ambos lados del interfono, interrumpidos de manera

repentina por el pitido de un interruptor.

El inspector entró y cerró el portón tras de sí. De repente, se encontró caminando por un delicado camino de piedras blancas, que atravesaba un jardín de corte modernista. Varias fuentes y un gran estanque cubrían una amplia zona de la superficie de granitos, mármoles y pizarras, dejando impreso un rastro de opulencia. Sólo en la decoración del jardín, había decenas de miles de euros invertidos en materiales y mantenimiento. Al otro lado del camino de piedras blancas, un tipo menudo, moreno y enjuto, esperaba de pie en la puerta, embutido en un batín de seda y con cara de pocos amigos.

—Buenas noches, soy el inspector Diego Guerra.

—¿Qué le ha pasado a Cristina? —preguntó sin miramientos.

Era evidente que el tipo no estaba acostumbrado a que otros llevaran la iniciativa.

—Según parece, su hija ha desaparecido, señor Artigues —afirmó el inspector—. ¿Puedo pasar?

Tras refunfuñar un par de veces, aquel hombrecillo se hizo a un lado. Después de rebasar un amplio hall, entraron en un gran salón. Mediría unos ciento cincuenta metros cuadrados y estaba decorado con una amplia variedad de cuadros y esculturas que iban en consonancia con el resto de la casa. El inspector levantó la nariz con indiferencia mientras el sujeto se pavoneaba. No entendía demasiado bien aquellos mamotretos de cobre y acero sin forma definida. El anfitrión cruzó la sala y se acercó a un pequeño minibar.

—Le ofrecería algo, pero supongo que estando usted de servicio...

—Whisky. Solo. Con hielo —contestó el inspector sin dejarle acabar la frase.

Después de la sorpresa inicial, Artigues le sirvió la copa y se la acercó, caminando luego hacia un conjunto cercano de sofás de piel, donde se dejó caer con estrépito. El inspector le siguió y se sentó enfrente.

—No parece muy preocupado por las noticias sobre su hija, señor Artigues.

El hombre sonrió con una mueca.

—Cristina es una chica particular, inspector. Tiene un trabajo extraño y poco convencional, que la obliga a pasar temporadas fuera de casa por tiempo indefinido. Estará por ahí, en algún lugar. Tirada en la cama de alguien —afirmó mientras la tristeza se deslizaba por sus labios.

—No parece que lleve demasiado bien que su hija sea una estrella del porno, señor Artigues.

Aquella afirmación impacto de pleno en la línea de flotación de su confianza. Tras vaciar su vaso de un solo trago y sin saber muy bien si enfadarse o echarle de su casa, decidió tomar el camino más inteligente. Se levantó y puso otra copa.

—Si sabe el oficio que ha escogido mi hija, sabrá que precisamente no lleva una vida de control y orden. Agradezco su preocupación, inspector, pero seguro que está bien —dijo afirmando algo que ni el mismo parecía creer.

El inspector entonces se levantó. Se acercó al minibar y le contó, sin entrar en detalles escabrosos, cómo y dónde había aparecido la ropa interior que, según creía, pertenecían a su hija.

—Entonces, ¿no está seguro de que sea ella?

—Todavía no está confirmado. Aunque espero una llamada del laboratorio de un momento a otro —afirmó Diego—. Aun así, todo parece indicar que pertenecen a su hija. ¿Cuándo la vio por última vez?

El hombre se quedó meditabundo. Su mente parecía estar lejos de aquel salón.

—Ayer, sobre el mediodía. Me dijo que se iba a comer con unas amigas. Yo le hice un comentario algo desagradable y discutimos. Luego se marchó y no he sabido nada de ella hasta que usted ha venido aquí esta noche —contestó Artigues, que había envejecido veinte años en dos minutos.

—¿No tenían buena relación?

El empresario masticó su respuesta con cuidado.

—Nuestra relación era todo lo buena que podía ser teniendo en cuenta su trabajo y mi carácter. Desde que su madre murió, la vida de Cristina ha descarrilado como un mercancías en un día de tormenta —confesó—, aunque para ser sinceros, he de reconocer que yo nunca la entendí. La única que pareció conseguirlo fue su madre.

—Si me lo permite, ¿a qué se dedica usted, señor Artigues? —preguntó el inspector cambiando de tema— Es obvio que no le va mal, lo que me lleva a cuestionarme el motivo por el que su hija escogió un oficio, a priori, tan desagradable. Las razones económicas parecen descartadas.

—No fue por dinero —negó escueto—. Su único objetivo era amargarme la vida.

—¿A qué se refiere?

—Como seguro que usted ya sabe, soy empresario. Poseo varias empresas de construcción, dos restaurantes, una farmacia y un par de discotecas. Negocios que absorben todo mi tiempo y que nunca me han dejado espacio para la familia —confesó taciturno—. Ojalá pudiera cambiar eso y volver al pasado, inspector. He cambiado años enteros de vida por dinero. Si pudiese regresar, haría las cosas de un modo muy distinto.

—Todos haríamos lo mismo —afirmó mientras reconducía la conversación—. ¿Cómo empezó su hija en el mundo del porno?

—Fue cuando trabajaba en una de mis discotecas: La “Paradise”. Supongo que la conoce...

—Supone usted mal.

—¿En serio? Es una discoteca enorme, que está en mitad del paseo marítimo. Es bastante famosa.

—Hace mucho tiempo que no voy de copas a las discotecas de moda, señor Artigues.

—Pues es muy conocida —aclaró molesto—, aunque supongo que eso da igual. Una noche que Cristina estaba trabajando allí de relaciones públicas, conoció a ese tipejo y él la metió de lleno

en ese sórdido mundo de depravados —escupió—. Nunca me gustó. Siempre me pareció un tipo repulsivo y poco fiable. No sé quién le ha podido matar pero la verdad es que me alegro que lo haya hecho. De lo único que me arrepiento es de no haberlo hecho yo antes.

—El dolor de un padre es un claro atenuante.

—No me malinterprete, inspector. Yo no he matado a ese tipejo. No tengo las mismas agallas en mi vida personal que en los negocios.

—No se preocupe, señor Matas. No creo probable que usted haya tenido algo que ver. Quién haya matado a Trencillo, probablemente ha secuestrado a su hija.

—Supongo que sí.

—Cuénteme algo más de cuando su hija y el difunto se conocieron.

El hombre se fue en dirección a una fastuosa chimenea abierta que había en medio del salón. Le dio la espalda a Diego y comenzó a hablar de nuevo.

—Cuando cumplió la mayoría de edad, Cristina me dijo que quería trabajar. Su madre había muerto unos meses atrás y yo no sabía qué hacer con ella. Se había convertido en un fantasma que deambulaba de un lado a otro de la casa y yo estaba desesperado.

—Perder a una madre es duro.

—Así es. Un día, tirada en el sofá donde está usted sentado ahora mismo, me propuso hacer de relaciones públicas en una de mis discotecas, la “Paradise” y yo pensé que trabajar un poco no le vendría mal.

A pesar de lo que había dicho antes, Diego conocía de sobra aquella discoteca. De hecho, era una de las más conocidas de toda la isla. Tenía varias plantas de altura y estaba repleto de cristaleras que dejaban ver, mientras bailabas o tomabas una copa, todo el puerto deportivo de la ciudad. Era cara y muy cotizada para poder entrar, incluso en temporada baja. Su indiferencia pretendía molestar a Artigues e irritarlo para conseguir que soltase algo que él no quisiera contar. Era un sistema de interrogatorio burdo y anticuado, pero muy eficaz.

—Yo accedí de mala gana. Desde que mi mujer murió, Cristina vivía aislada del mundo. Pensé que salir y conocer gente de su edad era lo que necesitaba. Yo no sabía cómo criar a una hija adolescente y lo cierto es que tampoco tenía demasiado tiempo. Una vez más, me equivoqué —dijo mientras se detenía a dar un largo sorbo a su cargado vaso.

El inspector aguardó paciente.

—Empezó bien. Es una chica muy guapa y simpática, que adora bailar, hacerse fotos y saludar a la gente. Estaba, por supuesto, siempre vigilada discretamente por mi gente. No tenía ningún poder de decisión sobre nada que afectase a la discoteca pero a ella parecía no importarle. Daba la sensación que después de mucho tiempo, volvía a ser feliz. Y yo también.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Una noche conoció a ese tal Roberto y se fue con él a un reservado. Mis chicos me avisaron así que, aunque no pasó nada importante, pedí que le investigaran. En cuanto supe quién era y a qué se dedicaba, lo veté en mi discoteca. Incluso llegué a mandarle un mensaje para que dejara en paz a mi niña. Al parecer, no surtió efecto.

—¿Qué clase de mensaje?

—Del tipo que un hombre inteligente coge a la primera, inspector. Él no pareció entenderlo y uno de mis chicos le aplicó las consecuencias de intentar menospreciar mis sugerencias. Supongo que ya entiende a qué me refiero.

El inspector lo miró de arriba a abajo. De ser su hija, él hubiera hecho exactamente lo mismo. Aunque en su caso, habría ido en persona en vez de enviar a dos matones.

—Aquello lo enardeció. A través del móvil y las redes sociales, envenenó a mi hija contra mí. Un día, cuando llegué a casa, Cristina había desaparecido. Intenté buscarla, removiendo cielo y tierra. Dos días después de irse, me mandó un vídeo a mi teléfono. Creo que lo tengo por aquí —dijo al tiempo que toqueteaba el teclado de su móvil última generación con nerviosismo—. Sí, aquí está.

Le pasó el teléfono a Diego. En las imágenes, Cristina contestaba una serie de preguntas sobre su edad, su estado civil y su familia. Al ser preguntada por el motivo por el que se quería dedicar al porno, la joven respondió con un seco: "Por joder a Papa". Notó cómo, al escuchar sus palabras, el hombre se estremecía. Diego cortó la grabación y devolvió el teléfono a su dueño. No necesitaba ver más. Sabía cómo acababa aquello.

—Semanas después de eso, Cristina empezó a enviarlo a todos nuestros contactos. Corrió por Internet como la pólvora. De hecho, todas mis amistades estuvieron llamando a casa durante días. Fue un auténtico infierno. No habría pasado ni un mes de todo esto, cuando un día se presentó en casa con él.

—¿Estuvo aquí?

—Sí. Mientras Cristina subía a su cuarto a por ropa, tuvo la desfachatez de pedirme financiación para su circo. A cambio, me dijo que echaría a Cristina de su lado y borraría todos sus archivos. ¡Me apetecía tanto abrirle la cabeza a aquel malnacido! —confesó— De hecho, estaba avivando el fuego de la chimenea y estuve a punto de atizarle con esas enormes pinzas para coger brasas.

—Pero al final no hizo nada.

—Hice algo peor que eso: accedí. Quedamos en vernos al día siguiente en mi despacho comercial.

—¿Qué pasó?

—Nada. Vino a verme, se llevó los treinta mil euros que me había pedido y se fue, dejándome un disco duro externo encima de la mesa. Antes de irse, tuvo la desfachatez de soltarme que era una pena que se retirase "porque Cristina tenía un gran potencial dentro del mundo del porno".

—Entonces, ¿no hizo nada?

—Me contuve. Pensé en que ya arreglaría las cuentas con él en el futuro. Cuando Cristina estuviese de vuelta y todo hubiese terminado, acabaría con esa escoria.

—Pues parece que alguien se le ha adelantado, señor Artigues.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada con dureza.

—¿Qué pasó después?

El empresario acabó su copa. Hay palabras que, a veces, son muy difíciles de pronunciar con la boca seca.

—Me timó. Él y Cristina estaban de acuerdo desde el principio y supongo que se repartieron el dinero. Aquello fue definitivo para terminar de romper mi relación con ella. Durante mucho tiempo, no supe nada de su vida.

—Candidato a padre del año.

El hombre le fulminó con la mirada.

—Pasados unos diez meses, se puso en contacto conmigo. Quería volver a casa pero a condición que no me metiese en su vida.

—¿Y accedió?

—Sí —afirmó con tristeza—. Tenerla en casa, aunque fuera a ratos, era importante para mí. Intenté incluso dejar dinero de manera visible por distintos lugares de la casa. Pensaba que a lo mejor así...

—Ella no rodaría más escenas. Entiendo.

Un rastro de pausada desesperación cruzó su mirada mientras afirmaba con lentitud con la cabeza. La vida a veces podía convertirse en un auténtico infierno.

—Yo nunca quise ser padre, ¿sabe? Fue mi mujer la que insistió —afirmó abatido—. Luego, cuando la vi tan pequeñita, con aquel mechón de pelo negro sobre su frente, es cierto que algo se removió en mi interior pero sin llegar tampoco a entusiasmarme. Nunca fui uno de esos padres típicos que está todo el día sacando pecho enseñando la foto de su hija que lleva en la cartera a amigos y conocidos

—¿Ha llegado usted a querer en algún momento a su hija, señor Artigues?

Lejos de enfadarse, las dudas asaltaron su expresión. Meditó la respuesta.

—Sí, aunque a mi manera. A Cristina nunca le ha faltado de nada: los mejores colegios, clases de equitación, ropa, juguetes, ordenadores... Fue una niña feliz. Siempre nos llevamos muy bien. De hecho, siempre se peleaba con su madre porque todos los días me quería esperar despierta para verme. Yo siempre llegaba muy tarde de la oficina. Supongo que demasiado. Lo que sucede es que en cierto modo me culpa de la muerte de su madre.

—Hay cosas que no se pueden comprar con dinero. Como la figura lejana de un padre ausente.

—Supongo.

—Lo que no he entendido es por qué ha dicho usted lo de su mujer. ¿Acaso tuvo usted algo que ver con su muerte?

La pregunta hizo relampaguear sus intensos ojos negros.

—Por supuesto que no —dijo al tiempo que suavizaba un poco su gesto—. Al menos, no de manera directa.

—Usted ha hecho el comentario, señor Artigues.

—Lo sé —respondió—. Marta, mi mujer, murió a causa de un tumor en el útero. El cáncer es una enfermedad devastadora y terrible. Sólo tenía 47 años.

Una leve lluvia empezaba a estrellarse con levedad contra los enormes ventanales. Artigues pareció coger aire mientras el inspector aguardaba paciente.

—Marta siempre tuvo una salud muy frágil. Padecía migrañas desde niña y también problemas gástricos. Aunque siempre estaba tomando pastillas, nunca se quejaba. Y entonces, su estado empeoró.

—¿A qué se refiere?

—Durante muchos meses, estuvo diciéndome que no estaba bien, que tenía dolor en el vientre, mareos, vómitos y otros muchos síntomas más. La verdad es que no recuerdo bien todo lo que me decía.

—Usted no le hacía demasiado caso.

—Así es. Yo estaba en pleno proceso de fusión de varias de mis empresas y apenas paraba por casa. Pensé que sólo era una llamada de atención por su parte y le resté importancia. Ya lo había hecho otras veces y no pensé que esta vez fuese distinto.

—Sólo que esta vez era cierto.

—Sí —afirmó Artigues mientras tragaba saliva—. Un día, al regresar con Cristina de clases de equitación, se desmayó en la entrada. Una ambulancia la llevó corriendo al hospital. Cuando llegué, Cristina estaba a los pies de su cama, todavía vestida de amazona. Sentí cómo descargaba su ira en mí con la mirada. Jamás en mi vida he sentido tanto miedo.

Sacó un paquete de chicles de nicotina del bolsillo de su batín y se metió de golpe dos en la boca. Ofreció uno al inspector, que desechó con la mano. Luego volvió a guardar el paquete.

—La llevamos a los hospitales más importantes de España y Europa. Incluso al “Monte Sinaí”, de Nueva York. La respuesta, aunque recibida en distintos idiomas, fue siempre la misma —dijo con un hilo de voz—. Cómo ya le he dicho antes, el cáncer es algo jodido, inspector.

La lluvia empezaba a aumentar de intensidad. Las vistas lejanas de la ciudad dormida entre luces sobre el oscuro fondo nocturno eran espectaculares.

—Algo menos de tres meses después de su desmayo, Marta falleció. Entre mis amistades cuento con muchos médicos. Todos intentaron convencerme que el resultado habría sido el mismo aunque hubiésemos acudido antes. Al parecer el tipo de cáncer que sufrió Marta es una de las cepas más letales que existen —expuso resignado—. Yo nunca los creí y creo que Cristina, tampoco.

El hombre parecía empequeñecer por segundos bajo el peso de la culpa.

—Desde aquel día, se levantó un enorme muro entre nosotros. Cristina siempre me ha culpado de la muerte de su madre. Y, en cierto modo, tampoco tuve ni tengo argumentos para rebatir esa idea que ha anidado en su cabeza.

El inspector sabía bien lo que era convivir con la pesada cadena de la mala conciencia y la certeza de tu plena responsabilidad en la muerte de tus seres queridos. Lo entendía demasiado bien. El sonido de un mensaje sonó en su teléfono.

—Disculpe un momento, señor Artigues.

“ADN ropa interior pertenece a Cristina...”. Era Daniel. No había más dudas sobre la dueña de la ropa interior.

—Señor Artigues, me acaban de confirmar que hay restos que confirman que su hija estuvo en la escena del crimen. Eso, unido a su relación con la víctima y que no haya dado señales de vida, me hace pensar que Cristina está desaparecida —afirmó el inspector con parsimonia.

Tras dejar unos instantes para que calase el mensaje, Diego se levantó y se encaminó hacia la puerta. Desde la chimenea, el empresario se levantó con torpeza.

—Espero, inspector, que sea bueno en su trabajo y encuentre a mi hija. Sea como sea —afirmó—. Hágalo y le convertiré en un hombre rico.

—Tranquilo, señor Artigues. No necesito su dinero. Además, soy mejor inspector de policía que usted padre. Esté atento al teléfono. Puede que sea un secuestro e intenten contactar con usted para pedir un rescate. Mañana a primera hora se pasarán dos agentes por su casa para instalarle un micrófono en su teléfono, si me da usted su consentimiento.

—Por supuesto.

—Es posible que necesite contactar de nuevo con usted. Esté atento. Buenas noches —terminó de decir mientras se daba la vuelta y se iba, dando un portazo. De nuevo en su coche, comenzó a bostezar. Necesitaba dormir algo. Encendió el contacto y se encaminó a su casa a toda velocidad. Una buena ducha y un par de horas de sueño reparador harían milagros.

Llegó entre bostezos a casa pasadas las cuatro de la madrugada. Se metió en la ducha casi vestido y dejó el agua correr durante más de veinte minutos. El agua calentó con lentitud su entumecido cuerpo, plagado de cicatrices. Con cuidado, el inspector repasó con las puntas de sus dedos una en particular que tenía en mitad del pecho, encima de su esternón. En cierto modo era un recordatorio de sus propios fantasmas. Mientras hundía la cabeza debajo de la manguera, los hechos del día fueron tomando forma en su mente. El asesino seguro que sabía lo del rodaje. Sólo tuvo que esperar en algún rincón de los acantilados y, llegado el momento, actuar. De noche, en

una playa tan aislada como aquella, nadie habría escuchado los gritos. Pudo drogar o maniatar a la chica y llevársela con calma a su coche en la impunidad nocturna. Cerró el grifo y se salió con lentitud.

—Tengo que encontrarla —soltó el inspector, a solas con sus pensamientos.

Entre cenizas, el inspector se fue directo a la cama. Estaba tan agotado que en el momento que su cuerpo tocó las sábanas, cayó en un profundo sueño.

Marian tecleaba con frenesí. Palabra a palabra, las frases se agolpaban en su cabeza pidiendo paso. Eran casi las dos de la madrugada y en la oficina no quedaba absolutamente nadie, mención aparte del guardia de seguridad de la entrada que en estos momentos también estaría dormido en su garita. Tenía que terminar la pequeña biografía del actor asesinado y rebuscar en la red todo lo que pudiera escarbar sobre su persona, su trabajo y cualquier otro dato de interés, antes de que lo hiciesen el resto de medios de la competencia. Y, además, debía transcribir, corregir y maquetar todo mil veces hasta que estuviese perfecto. Aunque las primeras informaciones ya estaban imprimiéndose ocho plantas por debajo de sus pies en los periódicos que se repartirían en unas horas por toda la ciudad, era en la página digital donde conseguirían un increíble número de visitantes. Y a las siete y media de la mañana, todos los artículos sobre el crimen que ahora estaba redactando se colgarían en la portada digital de la web. Si cómo parecía tenía entre manos una exclusiva de tal magnitud podrían ser millones de visitas en unas pocas horas. Gente de todos los lugares del planeta leyendo las noticias que ella había escrito. El sueño de cualquier periodista y el motivo por el que realmente había valido la pena pasar todos aquellos años de estudios y peleas en el fango. Y ahora, por fin, su carrera iba a despuntar. Sería famosa y su opinión, respetada. Y sería además la primera en informar a millones de personas, lo cual era algo realmente excitante.

No le parecía llevar dormido ni diez minutos cuando de repente alguien le zarandeó en la cama. Por instinto, dio un salto e intentó agarrar por el cuello a su atacante.

—¡Quita, joder! ¡Diego, que soy yo, Daniel! —gritó el forense intentando zafarse del inspector con poco éxito— ¡Vaya despertar!

Aún medio dormido, el inspector retrocedió un par de pasos y se encontró con la cara asustada de su amigo. Se pasó una mano por el rostro y se sentó en la cama.

—¿Qué diablos quieres?!

—Esto es increíble... ¡Tienes a todo el mundo buscándote!

—¿A mí? ¿Pero qué hora es?

—Cerca de las once de la mañana. Munar está que trina.

Cogió su teléfono y al mirarlo comprobó que estaba sin batería. Como odiaba las nuevas tecnologías.

—¿Y qué tripa se le ha roto a ese imbécil?

—Al parecer esta mañana se ha presentado en la comisaría uno de los abogados de MSN.

—¿MSN?

—Son las siglas del mejor despacho de abogados de Palma —aclaró Daniel—. Estaba reclamando información sobre el avance de la investigación y querían saber quién era el responsable de la filtración de la muerte de Trencillo. Munar le ha puesto cara de besugo y ha empezado a llamarte como un loco. El ambiente está caldeado.

—¿Filtración? ¿Qué filtración?

Del abrigo de su brazo, Daniel sacó un periódico enrollado. En primera plana, una foto de Trencillo junto a la noticia de su asesinato y algunos detalles escabrosos más. La situación se iba irremediablemente al infierno.

—Estas alimañas son cada vez más rápidas —soltó divertido Diego.

—Es posible que haya sido el padre de la chica —afirmó Daniel con preocupación.

—No lo creo. Hablé con él anoche y era demasiado tarde para que parasen las rotativas. No, esto se ha filtrado desde dentro. Seguro.

—No lo sé. El caso es que el abogado de ese tal Artigues está allí, esperándote. Cuando además le ha preguntado a Munar por la desaparición de la chica y éste no ha sabido qué responderle, le ha tirado el periódico a la cara y ha montado en cólera. Ha exigido ver al comisario jefe y luego se ha subido a la planta noble. Toda la comisaría se ha puesto a llamarte y como no daban contigo, me han mandado a mí en tu busca. Y aquí estoy —dijo al tiempo que abría los brazos—. Venga, vístete que nos vamos.

Tras suspirar, el inspector se levantó con desgana y empezó a vestirse con lentitud, ante la desesperación de Daniel.

—Haré café —dijo el forense—. ¡Vamos, date prisa!

Bajaron al garaje a toda velocidad y comprobaron que el viejo Volvo de Diego había decidido, de manera unilateral, cogerse el día libre.

—¿Cuánto tiempo lleva con esas alarmas encendidas, Diego?

El inspector se encogió de hombros.

—Pues parece el dispositivo de arranque. Es típico en coches con más de diez años. Creo que tendremos que ir en el mío.

Quince minutos más tarde, forense e inspector enfilaban la carretera del puerto. Un sinfín de

mástiles de todo tipo y tamaño se alternaban en el mar de dársenas. Yates, embarcaciones de recreo, de pesca, lanchas y *llauts* balanceaban apretados como sardinas en lata mientras un tímido sol asomaba entre un cielo plagado de nubes negras que presagiaban tormenta. Diego, que iba en el asiento del copiloto del flamante deportivo de Daniel, estiró los brazos y tiró la cabeza hacia atrás. Aquel coche era un caramelo para atraer a jóvenes moscas a su tela de araña.

—¿Has estrenado ya este pequeño, viejo truhán? —preguntó Diego con malicia.

—Todavía no. Si dejas de darme trabajo, es posible que lo consiga antes de jubilarme —afirmó el forense.

Ambos se echaron a reír. Daniel era, con total probabilidad, de las pocas personas con las que el inspector se podía sentir como en casa. Siempre se había preguntado cómo demonios se las arreglaba para ligar con chicas que tenían veinte años menos que él sin mediar transacción económica de ningún tipo. Misterios de la vida.

Cuando estaban llegando a la central, el tráfico se ralentizó. Una nube de periodistas, cámaras y furgonetas de prensa esperaban a la puerta principal.

—Festín de buitres y cuervos al olor de la sangre —susurró el inspector.

Entraron directos al aparcamiento. Tras aparcar y nada más bajar del deportivo, un compañero se acercó a avisar al inspector. El comisario jefe le estaba esperando en su despacho y no estaba precisamente de buen humor. Entraron en el edificio y con cara de circunstancias, Daniel se despidió de Diego dándole unas palmaditas en la espalda ante la puerta del ascensor. Mientras esperaba, el forense se perdió por las escaleras de emergencia en dirección a sus mazmorras. Entró y mientras el ascensor subía, se alisó con la mano la arrugada camisa. Levantó la solapa del cuello y se la acercó a la nariz. Se percibía un tenue perfume a suavizante y parecía estar limpia. Tras salir, con paso firme, el inspector fue hasta la última puerta de roble macizo del pasillo. Pegó dos veces con sus nudillos y al otro lado alguien le invitó a pasar.

Nada más entrar, se dio cuenta de que no iba a ser un público fácil. El comisario le miraba con cara de pocos amigos mientras Munar, sentado en uno de los sillones que había delante del escritorio, le observaba complacido mientras se relamía. A su lado, un hombrecillo menudo, vestido con un caro traje italiano y unas pequeñas gafas redondas le miraba con gesto curioso.

—¿Este es el inspector Guerra? —preguntó con cierta sombra de desilusión.

—Sí, es él —afirmó Munar despectivo—. Pero no se preocupe letrado porque desde hoy mismo yo personalmente me haré cargo...

—¡Silencio! —gritó de repente el comisario— Ya puede marcharse, subcomisario. Cuando le necesite, le avisaré.

—Pero señor...

—¡¡Fuera he dicho!! —atronó de nuevo.

Con las orejas agachadas, Munar se encaminó hacia la puerta. El inspector, de forma exagerada, se hizo a un lado dejándole pasar. Ambas miradas se cruzaron.

—Tenga cuidado con la puerta, señor —susurró—. No se dé con ella al salir.

El odio relampagueó en las retinas de Munar. Otro que a buen seguro pedía tarjeta de socio para el club de fans. A este paso, pronto llenarían un pabellón de deportes.

—Acércate, Guerra —indicó el comisario

El inspector cerró la puerta y se aproximó a la mesa.

—Señor Monsetтини, este es el inspector Diego Guerra, el encargado del caso.

—Un placer, inspector —dijo el hombrecillo mientras le estrechaba la mano—. siento ser tan directo pero, ¿qué está usted haciendo para encontrar a la hija desaparecida de mi cliente?

El inspector miró al comisario y este asintió con la cabeza. Normalmente no se puede compartir información con nadie ajeno a la policía, pero al parecer en esta situación las influencias del señor Artigues habían dado frutos. Dinero es poder.

En unas pocas frases, les explicó a ambos lo que había conseguido averiguar y sus principales sospechas. Ambos hombres se sorprendieron.

—Estoy seguro. La chica ha sido secuestrada —terminó de decir.

Durante unos segundos, el abogado se lo quedó mirando de arriba a abajo.

—¿Da usted credibilidad al inspector Guerra, señor comisario? ¿Responde por él?

El comisario hizo una mueca. Nunca habían tenido una relación de profunda amistad pero siempre se habían llevado bien. Tras pensarse la respuesta durante un buen rato, el comisario abrió la boca.

—Es, a pesar de su aspecto de mendigo, el mejor inspector de homicidios que tengo en plantilla. Es un buen policía y tiene mucho instinto. Sí, respondo por él.

El inspector miró agradecido a su superior.

—No se hable más. Si alguien con su fama y prestigio responde por él, no tengo nada más que añadir —dijo el hombre al tiempo que se levantaba—, confío en su palabra, señor comisario. Sé que no me fallará —afirmó al tiempo que le estrechaba la mano—. Y en cuanto a usted, inspector, buena suerte. Esperamos noticias tuyas a la mayor brevedad. Buenos días.

El abogado salió del despacho con total celeridad, dejando solos a los dos policías. El comisario miró al inspector con gesto grave.

—¿Estás bien para llevar esto, Diego?

Después de pensar un poco, meneó de manera afirmativa con la cabeza.

—Pues ponte las pilas —dijo mientras se le quedaba mirando—. ¿No estarás esperando una galletita como premio, verdad? ¡Vamos, ve a ganarte el sueldo!

El inspector salió del despacho con una sonrisa. Cuando llegó a su departamento, vio a Munar

salir de su despacho e ir hacia él con cara de pocos amigos.

—El viejo está chocheando. Se equivoca contigo. Te vas a estrellar y cuando lo hagas, yo estaré desde la grada viendo cómo recogen tus pedazos.

—Estar en la grada mirando sin hacer nada siempre ha sido tu fuerte, Munar.

Por un instante, pensó que se le iba a echar encima. Su musculatura se tensó y su cuerpo se balanceo ligeramente. Tras unos segundos, Munar relajó su postura. Le sonrió con desdén, se giró y se encerró en su despacho, dando un portazo que hizo temblar hasta las ventanas.

—Estás en racha, viejo león —afirmó el inspector para sí en voz alta.

No llevaría ni diez minutos delante del ordenador cuando le avisaron por teléfono que tenía una visita en recepción. Una mujer, de mediana edad y que era, al parecer, muy atractiva. El inspector pidió al agente de puerta que alguien la acompañase hasta su mesa.

—No quiere subir, inspector —comentó el joven policía en prácticas.

—¿Y qué es lo que quiere? —espetó.

—Dice que tiene información sobre la desaparición de una chica, señor.

El inspector se quedó sorprendido.

—Dígale que bajo enseguida.

—Entendido.

Se metió en el ascensor a toda velocidad y pulsó el botón de la planta baja de manera compulsiva.

Al otro lado de la calle, enfrente de la entrada principal de la comisaría, había un parque infantil donde decenas de niños correteaban y gritaban. Subían corriendo por los columpios y saltaban dentro de trampillas y agujeros, siendo perseguidos de manera continua por sus padres, que los miraban con una patética sonrisa dibujada en sus estúpidos rostros. Aunque nunca había querido ser padre, estar rodeado de tantos pequeños despertaba en él cierto instinto paternal. Deseaba, en cierto modo, ser el padre que él nunca llegó a tener. Sentado en un banco, con un arrugado libro en las manos, divisaba la entrada principal de la comisaría. Hacía ya diez minutos que la había visto entrar. Aunque había varios periodistas rondando por la puerta, no parecieron reconocerla. De nuevo otra vez ella. A pesar de los años pasados, esa mujer se había convertido en una herida que se le reabría una y otra vez. Era una mala persona, taimada, subversiva y poco fiable. Sólo esperaba que no le contase nada al inspector que entorpeciese su trabajo. Se había tomado demasiadas molestias en organizar su plan para que una vieja arpía lo echase todo a perder. No iba a consentirlo. El inspector iba a morir al final del proceso, pero no antes de tiempo. Cada pieza del tablero tenía que cumplir su función y la siguiente en caer iba a ser ella, la gran dama negra. Sacó el bocadillo que había traído para almorzar y una pequeña botella de agua. Sin perder

de vista la entrada, empezó a masticar a grandes bocados. La paciencia era una de las cualidades que tenía bien desarrolladas, aunque no la única. Esperaría a que saliese de allí, luego la seguiría hasta su casa y la mataría. No iba a permitir más interferencias por su parte. Había demasiadas cosas en juego. Pero antes, la partida debía comenzar.

—Un café solo —pidió el inspector al camarero — y para usted, señora...

—Señorita —remarcó la mujer— Señorita María Berdún. Pero puede llamarme simplemente María. Yo quiero un Cosmopolitan, por favor.

Mientras el camarero se marchaba, el inspector la observó con descaro. No tendría más de cuarenta y cinco años. Morena, de penetrantes ojos negros, su rostro empezaba a reflejar el inexorable paso del tiempo con la aparición de las primeras patas de gallo. En su diminuta boca asomaban unos carnosos labios aframbuesados mientras su nariz, algo aguileña, le confería carácter al rostro. A pesar de que ya no era una jovencita, era una mujer muy atractiva.

—¿Puedo preguntarle algo, inspector?

—Por supuesto.

—¿Todos sus días son tan interesantes?

—¿Se refiere a lo del aviso?

—Sí. No les he visto ponerse demasiado nerviosos. Salvo ese joven...

—Ya entiendo —afirmó el inspector—. Tenga usted en cuenta que estos avisos falsos de bomba son el pan nuestro de cada día. Hay demasiados adolescentes y lunáticos aburridos de su vida.

—Pero se ha organizado un buen revuelo...

—Sí. El problema de esos falsos avisos es que el mensaje lo reciba alguien que no debe, cómo un agente en prácticas. Y eso precisamente es lo que ha sucedido hoy.

—Entonces, ¿esto es habitual?

—Habitual no, pero es algo que sucede de vez en cuando. Espero que no se haya asustado.

—En absoluto. Aunque parezca frágil soy una mujer muy dura, inspector.

—No me cabe duda.

Ambos se miraron con intensidad unos instantes.

—Si le parece, será mejor cambiar de tema. Usted estuvo anoche en casa del señor Trencillo, ¿no es así?

La mujer asintió con la cabeza mientras sacaba de su bolso una pitillera de plata. Cogió un

cigarrillo cuando un camarero se presentó en la mesa, recordándole que allí estaba prohibido fumar.

—En este maldito país ya no se puede hacer nada. Hay ahora más prohibiciones que con Franco —escupió contrariada, al tiempo que volvía a guardarla en el bolso.

El inspector se le quedó mirando. Saltaba a la vista que tenía mucho temperamento.

—Se preguntará por qué he venido a buscarle —afirmó mientras hacía una pausa muy teatral—. Tengo información sobre la chica desaparecida. Tiene usted que ayudarla.

—¿Y cómo sabe usted que está desaparecida?

—Porque lo sé, inspector —afirmó—. Al igual que sé que corre un gran peligro.

—¿Qué clase de peligro?

—No lo sé. Pero Roberto sabía que Cristina estaba metida en algo gordo. Me lo confesó unas semanas atrás. Estaba muy asustado y créame cuando le digo que eso no era algo fácil de conseguir.

—Lo sé. ¿Desde cuándo conocía usted al señor Trencillo?

Aquella pregunta pareció transportarla lejos de aquella cafetería.

—Tengo muy mala memoria, inspector —afirmó—. Hace unos veinte años, aproximadamente. No sabría decírselo con exactitud. Nos conocemos desde que...

La mujer se quedó en silencio. A pesar de las arrugas hablar de ciertos asuntos no debía ser demasiado sencillo.

—En mis comienzos en el porno, rodé con él.

—No sé qué le ven a ese tipo. O mejor dicho, qué le veían.

La mujer esquivó el comentario con una sonrisa. No iba a ser una entrevista fácil.

—Roberto siempre fue un gran tipo. Cuando yo le conocí no era más que una chiquilla que no sabía mucho de casi nada —afirmó con una triste sonrisa—. Él era mayor que yo y a pesar de no ser muy guapo, tenía ya cierta experiencia en el sector. Me ayudó mucho y fue muy cariñoso conmigo.

—Siempre pensé que ser cariñoso es obligación en su trabajo.

—No se equivoque, inspector —negó—, Roberto tenía una gran cualidad que le hacía ser un gran actor dentro del mundo del porno y que, cómo habrá podido observar, no tenía que ver con el tamaño de su miembro.

—Sí, he de confesar que me sorprendió bastante esa parte de su anatomía. No cumple con el estereotipo.

—A pesar de eso, él era capaz de hacer sentir a cualquier mujer la más deseada del planeta. Y en

este mundillo las escenas que quedan bien rodadas y generan beneficios son aquellas en las que las actrices funcionan a la perfección. Los hombres son meras comparsas en este circo. Las estrellas somos nosotras.

—Y aun así, ellos cobran más.

—El machismo sigue muy presente en todos los ámbitos de la vida, inspector, y en este sector no iba a ser distinto. Como le acabo de explicar, es fácil encontrar a cualquier joven potro muy dotado, que se empalme con facilidad. Que entre y salga de ti como si de una estación de metro se tratase. Frío y seco.

—Romanticismo en estado puro.

—No hay espacio para eso en el mundo del porno. Por eso, conseguir poner cachonda a una actriz y hacerla sentirse deseada delante de los cámaras, técnicos de sonido, maquilladoras y demás, es algo realmente difícil. Y por eso Roberto, a pesar de su físico, era una estrella. Y, además, un buen hombre.

—Volviendo a sus comienzos. Él rodó con usted sus primeras escenas así que podría decirse que él fue quién la introdujo... perdón la metió... —el inspector se detuvo— Lo siento. Por más que busque un verbo apropiado, no lo encuentro.

—Sé a qué se refiere, inspector —susurró con encanto—. Sí, en cierto modo Roberto fue mi padrino en el mundillo del porno pero quiero dejarle claro una cosa, inspector. Desde el primer minuto, él fue muy claro conmigo. Nunca hubo mentiras entre nosotros y jamás fui forzada a nada.

El inspector arqueó sus cejas con escepticismo.

—Es cierto que Roberto a lo largo de su carrera ha captado a muchas jóvenes y las ha convencido para rodar. En mi caso, fue al revés. Yo le convencí a él —aclaró—. Mi madre murió limpiando escaleras, trabajando 70 horas a la semana, con la espalda deshecha y por un sueldo miserable. A mí no me gustaba estudiar, me encantaba el sexo y nunca sentí pudor por mostrarme desnuda. Y el porno, incluso entonces, se pagaba bien. Y me permitía viajar por todo el mundo.

—Entiendo.

—Él me entregó el contrato por adelantado un sábado por la tarde. Me rogó que lo consultase con un abogado y, si seguía estando dispuesta a rodar, nos veríamos al lunes siguiente. Conmigo siempre fue un caballero.

—¿Y qué relación tenían en la actualidad?

—Eramos amigos. Muy buenos amigos —se confirmó a sí misma—. De vez en cuando nos acostábamos pero lo cierto es que, después de tantos años, eso era lo de menos. Al igual que Roberto, he tenido sexo para cubrir varias vidas. Lo he probado todo y con todos.

—Me alegro por usted.

—El sexo no es algo que necesite ahora mismo en mi vida, inspector. Y creo que a él, en cierto modo, le pasaba lo mismo que a mí. Cuando se alejaba del personaje que había creado, era un gran tipo. En los últimos años me contaba que quería dejarlo, ya sabe, retirarse y vivir de las rentas. Aunque eso creo que ya no va a ser posible —afirmó mientras rodaban un par de lágrimas por sus maquilladas mejillas—. Le quería mucho. Es, con total seguridad, al único hombre que he amado en este mundo.

El camarero trajo el segundo cóctel a la mujer y María se lo tomó en dos sorbos. Luego pidió al camarero un tercero.

—¿Qué es lo que tenía asustado a Roberto? Por lo que tengo entendido, estaba muy acostumbrado a las amenazas.

—No lo sé. No le dio tiempo a contarme nada. Me citó anoche en su casa y sólo me dijo que estaba muy preocupado por Cristina. Según él, estaba en un grave peligro. De hecho, creo que en la cita de anoche quería contármelo todo. Él la quería como a una hija, ¿sabe?

La mujer notó la repulsa en la mirada del policía.

—Sé lo que está pensando, inspector. La vida no es siempre color de rosa y, a su modo, Roberto quería a todas las chicas con las que trabajaba. Siempre se preocupó por ellas. Para mí tampoco fue fácil.

—Señorita Berdún, nunca me he jactado de ser un ángel y además suelo desconfiar de aquellos que juran serlo, pero convencer a chicas con la mayoría de edad recién cumplida para que trabajen en un sector tan duro como el suyo... disculpe, pero no me parece una muestra de amor. Más bien, todo lo contrario. Y, con todos mis respetos, roza de manera peligrosa el delito.

—¿Sabe usted que en muchos casos esas chicas eran las que acudían a él? Chicas sin hogar, maltratadas por padres, novios, familias o amigos. Venían de hogares rotos, inmigrantes sin papeles o madres solteras. Carne de cañón que habría acabado en alguna casa de luces de carretera de mala muerte o en una cuneta. Roberto, en muchas ocasiones, fue su tabla de salvación. La diferencia entre tener una oportunidad o ser engullida por la marea de la vida. No me convencerá de lo contrario. Era un buen hombre.

—Tenemos opiniones muy distintas sobre el tema.

—¿Usted sabía que Roberto había pagado la carrera universitaria al menos a una docena de chicas? Él, a pesar de lo que haya podido ver o escuchar ya en la prensa, nunca abordaba a una chica por la calle y se iban juntos a grabar. Eso era puro marketing —afirmó con desdén—. Primero las conocía en un sitio público. Luego, las llevaba al estudio y se quedaban allí de espectadoras, viendo una escena. Él quería que vieses qué era lo iban a tener que hacer. Luego les daba una copia del contrato para que, si querían, fuesen a un abogado a estudiar sus términos. Las que se echaban para atrás, incluso recibían dinero para billetes de regreso a sus vidas. Todas las chicas que rodaban con él lo hacían en plena libertad, inspector Guerra —defendió María mientras sacaba un cigarrillo bajo la reprobadora mirada del camarero.

—No tengo dudas de la legalidad del tema, señorita Berdún. En cambio, la ética...

—¡A la mierda la ética! Muchas veces, incluso después de firmar, si notaba que la chica no estaba segura, paraba el rodaje. Las que destacaban y querían hacer carrera conseguían, gracias a él, contactos con las mayores productoras del sector. Dentro de la industria del porno, es un hombre respetado y mucha gente le está agradecida. Quizás me he equivocado al venir a verle —dijo María al tiempo que hacía ademán de levantarse.

Diego la agarró de la mano con firmeza y luego, al notar cómo se tensaba su rostro, la fue soltando con lentitud.

—Siento haberla ofendido, señorita Berdún. Sólo intento comprender la situación. Le ruego que se quede. Lo que me cuente puede ayudarme a salvar a esa pobre chica.

La mujer, cuando se sintió liberada, se terminó de enderezar. Miró al inspector a los ojos con brevedad. Él se sintió examinado.

—Está bien, inspector. Ahora tengo que marcharme. Pero si le parece, le espero esta noche en mi casa. Tomaremos algo y le contaré todo lo que sé de todo este asunto. ¿Quiere la dirección? —preguntó con altanería.

—No hace falta. No se olvide que soy policía. A las ocho estaré allí y si quiere verme antes, llámeme. Le daré mi teléfono —dijo Diego al tiempo que se rebuscaba una tarjeta en el bolsillo de su vieja cartera.

—Tranquilo —afirmó interrumpiendo con la mano—. Yo también tengo su número. Hasta esta noche, inspector. Sea puntual.

Sin esperar respuesta, la mujer se colocó el abrigo y salió de la cafetería moviendo las caderas con una cadencia rítmica e hipnótica. La mitad de los tertulianos se quedaron mirándola con la

boca abierta.

El inspector la vio marchar, perdiéndose entre la gente. Se levantó y, tras pagar en la barra, se dirigió de nuevo hacia la central. Por el camino, pensó en la charla que acaba de tener con la actriz. Aunque a él no le parecía más que un cerdo asqueroso y repulsivo, era curioso como todas las personas que le habían hablado de Roberto Trencillo lo defendían a ultranza. Sin lugar a dudas el famoso síndrome de Estocolmo debía ser el responsable de aquella locura. Aquel tipo se había aprovechado, acostado y lucrado durante años de centenares de jóvenes recién salidas del cascarón. No podía ser un buen tipo. Fue a coger un cigarrillo de su chaqueta y se dio cuenta que se lo había dejado olvidado en el coche de Daniel así que, al llegar a la comisaria, entró por la puerta del aparcamiento y se fue directo a su deportivo. Cuando llegó, se quedó observando el coche patrulla que había cerca del coche del forense. Tenía un sobre de color ocre colocado en el parabrisas trasero. Una tétrica mancha de sangre hacía las veces de sello lacrado. Sacó su teléfono y marcó.

Conocía muy bien la zona. Era una bonita barriada de las afueras donde vivía sobre todo gente de clase media. No era la primera ocasión que iba por allí pero esperaba que esta vez por fin fuese la última. De hecho, ahora que lo pensaba, llevaba años con ganas de matarla. Agazapado detrás de la parada del autobús vio cómo María Berdún se bajaba de un taxi y se metía con rapidez en el portal. Tras dejar pasar unos minutos, se caló la gorra, se ajustó la chaqueta vaquera y se dirigió con decisión a la entrada. De sus bolsillos salió un pequeño llavero de plástico. Después de todo, hacer copia de sus llaves había sido una buena idea. Cogió la más menuda y la metió en la cerradura del portal, girando la misma con firmeza. Se coló con sigilo y se dirigió a las escaleras del fondo. Con sus sentidos en alerta, empezó a subir con cuidado los escalones que le separaban del cuarto piso. A buen seguro que ella no lo esperaba. Iba a ser una grata sorpresa. Su corazón latía con fuerza mientras su cuerpo se tensaba. Iba a disfrutar mucho de aquello.

María se terminó de quitar la ropa y se metió debajo del chorro de agua caliente. Las últimas horas habían sido de auténtico infarto. A medida que su cuerpo iba entrando en calor, iba encontrándose mejor. Todo se iba al traste. Con Roberto muerto y Cristina desaparecida, sus opciones se reducían. Jamás en su vida habría pensado que fuese capaz de hacer algo así. Siempre le había tenido cierto miedo pero nunca lo consideró capaz de llevar a cabo un crimen. Tenía que detenerlo. La vida de Cristina estaba en juego. Mientras metía la cabeza bajo el agua, María no escuchó cómo alguien, con sumo cuidado, abría la puerta de su domicilio.

Cerró con cuidado y entró. Pequeños marcos de fotos decoraban los muebles de la entrada.

Muchos incluso tenían todavía las fotos de modelos publicitarios. La vida de María Berdún había tenido que ser realmente patética. Por el pasillo iba encontrando bolsos y pares de zapatos por todos los recovecos. Con alegría, se colocó los gruesos guantes de goma mientras entraba en el salón. Decorado con muebles que fueron modernos mucho tiempo atrás, la dejadez y el desorden de la estancia daban fe del lento y continuado derrumbe de la mujer. Se acercó con parsimonia a un viejo y polvoriento piano de cola y cogió una pequeña estatuilla dorada de una sirena que había encima —“Mejor escena X 1999”—, rezaba la inscripción. De repente, se le ocurrió una idea. Sonrió complacido al pensar en lo irónico que iba a ser que el arma empleada en su muerte fuese aquella estatuilla que tanto veneraba. El destino es, en ocasiones, más macabro que la propia vida. Cogió con firmeza la figura de su parte superior, dejando al aire su base de mármol. El grifo de la ducha se cerró y el asesino entró con agilidad al dormitorio, escondiéndose detrás de la puerta. Respiró hondo y se concentró. Sus músculos se tensaron y empezó a notar el palpitar de los latidos de su corazón en los oídos. Una vez más, estaba preparado para matar.

María salió del baño con la toalla anudada sobre la cintura. Sus pequeños pechos se balanceaban con el caminar de sus pasos. Entró en su dormitorio y se colocó frente al espejo. Luego, con lentitud, recorrió la toalla como si de una cortina se tratase, dejando al aire su espectacular figura. Tenía 42 años y su cuerpo era mejor que el de muchas chicas de veinte. Nunca había tenido unos senos demasiado grandes pero la ley de gravedad todavía no se había cebado con ellos. Allí permanecían, firmes y desafiantes. Con la piel suave, ligera y tostada por el sol sin marcas, sus caderas eran pequeñas y redondeadas. Su pubis, refugio de tantos, seguía siendo recogido y discreto, casi como si de un secreto virginal por descubrir se tratase. En líneas generales, seguía siendo una mujer muy deseable. De repente, una sombra a sus espaldas la sorprendió. Sólo le dio tiempo a girarse y a quedarse cara a cara con su asesino unos instantes. Luego, tras un rápido movimiento, algo le golpeó en la sien. María cayó al suelo aturdida y, antes de que pudiese reaccionar, recibió otro impacto en la parte posterior de la cabeza, que la sumió en la noche más oscura. Ni siquiera le dio tiempo a gritar.

Habían pasado quince minutos después de su hallazgo y los chicos de la científica peinaban la zona, haciendo fotos del coche. Mientras, el inspector les contaba a Munar y al comisario la entrevista mantenida con María Berdún.

—¿Por qué motivo no la has traído aquí? —atacó Munar.

—No es el tipo de mujer a la que se puede intimidar. Aquí, encerrada en una sala de interrogatorios, no hubiera dicho nada —afirmó con tranquilidad—. Además, no creo que esté implicada en todo este asunto. Al menos, no de manera directa.

—Eso no lo sabes —terminó de decir tajante Munar—. ¿Lo ve, señor? Este hombre...

—Silencio, Munar —ordenó el comisario.

Justo cuando iban a comenzar a discutir, uno de los técnicos se acercó al grupo. El sobre no tenía explosivos ni agentes químicos. El inspector se puso unos guantes de látex que le pasaba el técnico y con mucho cuidado, abrió el sobre. En su interior, había una fotografía que helaba la sangre.

“Voy a pasarlo tan bien con la chica como con el Gran Rober”, rezaba una nota escrita con permanente negro en la esquina inferior de la imagen. En la misma, Cristina Black, la joven desaparecida, yacía en una cama maniatada y amordazada, en ropa interior. Pequeños rastros de lo que parecía ser sangre manchaban las sábanas. Los tres hombres se estremecieron.

—Guerra, hay que acabar con esto. Y rápido —instó el comisario al tiempo que se daba la vuelta y se iba en dirección a los ascensores con Munar rondándole los faldones como un perro amaestrado de circo.

—Subid esto ahora mismo al laboratorio. Quiero confirmación de la sangre del sobre y que un especialista analice la imagen —dijo el inspector a uno de los técnicos—. Y lo quiero para ayer.

El técnico asintió con la cabeza y se perdió en el ascensor. La marea, al parecer, seguía subiendo. Cogió el teléfono y marcó. Aunque daba señal, nadie descolgó al otro lado. Aquello no le gustaba. Cortó la llamada y se fue directo al depósito de cadáveres. Cuando entró, Daniel estaba sacando el hígado de un joven de color. Por la intensidad del tono de su piel, debía de ser subsahariano.

—¡Hombre, Diego! —saludó el forense— Pasa, hombre, pasa. Otra patera —dijo mientras señalaba con sus manos los restos de aquel pobre infeliz— ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito tu ordenador —afirmó el inspector.

El forense le hizo una reverencia, quitándose de su camino con sarcasmo. Después de consultar en la base de datos la dirección de la actriz, salió del despacho.

—También necesito tu coche.

El inspector le explicó con brevedad el porqué de su necesidad de vehículo.

—Molina está con los vídeos de seguridad. Y tengo a diez agentes peinando el coche y los alrededores. Lo necesito ya, Daniel.

La mirada del inspector dejó sin argumentos a su amigo.

—Las llaves están encima de mi escritorio. Si le pasa algo, acabas en esta mesa, ¿entendido?

Asintió con la cabeza, entró corriendo en el despacho otra vez y salió de la sala de autopsias cómo una exhalación.

El tráfico era tremendo. La salida de los colegios y de los trabajos hacía que cualquier camino que intentará tomar estuviese colapsado. La isla tenía demasiados coches.

—¡Muévete, imbécil! —gritó desesperado mientras tocaba el claxon.

Treinta minutos y algún grito más tarde, embocaba por fin la calle a toda velocidad. Al llegar al número veintitrés se detuvo en seco en la parada de autobús. Se bajó del coche, dejó puestas las luces de emergencia y se fue directo hacia el portal, llamando con insistencia. Nadie contestaba. Un vecino que salía de paseo con un pequeño teckel le abrió sorprendido.

—¡Gracias! —gritó al tiempo que le apartaba de un manotazo— ¡Avisé a la policía! ¡Y métase de nuevo en casa! ¡Vamos, rápido!

El tipo, que un principio se quedó parado, empezó de pronto a recular mientras sacaba con torpeza un teléfono móvil. Se montó en el ascensor, marcó la planta cuatro, sacó su arma y le quitó el seguro. Por mucho que le fastidiase, Munar tenía razón. Aunque por distinto motivo, no tenía que haberla dejado marchar. Sólo deseaba que ella estuviese bien. Tras un tintineo de aviso, una voz enlatada le confirmó que habían llegado. Salió al pasillo y se acercó a la puerta de la casa con sigilo. Incluso el ruido que hacían sus zapatos sobre el parqué de madera se le antojaba excesivo. Se plantó delante del umbral, odiándose a sí mismo por ser tan listo. Empujó la puerta, que estaba entreabierta, y se coló dentro. En la letanía flotaba ese aroma dulzón reconocido ya tantas veces por su fino sentido del olfato. Con cuidado, revisó las estancias una a una. En el salón y la cocina no encontró nada fuera de lo común. Quizás cierta dejadez y desorden, pero eso importaba muy poco. Se asomó al baño y encontró los cristales de la mampara levemente empañados de vapor de agua. Quizás todavía estuviese viva. Con cautela, se acercó a la única habitación que le quedaba por revisar.

—¿María? —gritó— ¿Está usted bien?

Nadie respondió. Al verla irse de la cafetería, había tenido un mal presentimiento. Y cuando entró en el dormitorio, éste fue confirmado. Lo que encontró allí, le dejó sin aliento.

—¡Mierda! —exclamó.

El cuerpo sin vida de María Berdún nadaba en la cama en un charco de sangre propia. Desnuda, tenía los pechos destrozados a cuchilladas. Le habían arrancado los pezones y se los habían colocado encima de sus propios párpados. Con cuidado, Diego se acercó y le buscó pulso arterial en el cuello, sin éxito. Estaba muerta. Tras pasar el primer minuto de bloqueo, observó que había un objeto sobresaliendo de entre sus piernas. Era, al parecer, el mango de una lámpara de noche. Se lo habían introducido en su vagina hasta casi la mitad. Además, sobre su abdomen, cincelado a golpe de navaja, se leía un macabro mensaje. “No será la última”. Tras la primera inspección, observó que detrás de la cabeza había también una mancha de sangre que se mezclaba con restos de hueso y pelo. Diego contuvo la intensa arcada que le sobrevino y salió de la habitación. Tras unos segundos que usó para controlarse, descolgó el teléfono y marcó el número de la central. Esta vez Munar se lo iba a pasar en grande. Al menos esperaba que aquel salvaje le hubiese hecho todo aquello después de matarla.

Desde el otro lado de la calle, el asesino vio al inspector entrar en el bloque como una exhalación. En aquella ocasión no había tenido ganas de entretenerse en exceso con aquella puta,

lo cual había sido todo un acierto. Su trabajo fue más rápido que de costumbre pero no por ello exento de calidad. De haber ejecutado lo que tenía en mente, hubiera tenido un cara a cara con el inspector Guerra que, aunque por otro lado inevitable, se hubiese antojado prematuro. El coche salió del aparcamiento mientras él perdía la mirada por la carretera. Pronto se verían las caras y aquel maldito inspector también iba a recibir su merecido. Como todos.

El inspector esperaba en la calle, apoyado sobre el capó de un coche. Se había fumado tres cigarros seguidos y todavía no había conseguido serenarse del todo. A pesar de sus años de servicio, siempre había ocasiones en las que un criminal conseguía sorprenderle. La atrocidad humana era al parecer, infinita. Daniel fue de los primeros en llegar a la escena junto con otro coche patrulla. Le lanzó una mirada cómplice y se fue directo a la casa. Un minuto después había llegado Munar. Su sonrisa era previsible.

—El comisario ha dicho que no te muevas de aquí. Esta vez la has cagado bien, inspector Guerra —ordenó.

—Jódete, imbécil —le escupió.

Munar se quedó pensativo. Luego, con una media sonrisa, se dio media vuelta y se metió en el portal. Estaba acabado. Hasta ese inútil lo sabía. Minutos después y mientras estaba sacando otro cigarrillo, un coche negro se detuvo justo a su lado. El comisario se bajó con cara de pocos amigos.

—¿Piso? —preguntó.

—Cuarto.

—No te muevas de aquí. Ahora bajo, ¿entendido? —ordenó.

Las cosas iban de mal en peor. Mientras esperaba sentencia, se puso a repasar lo sucedido. Por la rapidez con la que se cometió el crimen, el asesino debió de estar vigilando por los alrededores durante un buen rato.

—El aviso de bomba —soltó el inspector para sí mismo.

Seguro que aquello había sido obra suya. Con el revuelo organizado, no le tuvo que ser demasiado difícil colarse en el aparcamiento y montar la escena del sobre. Es probable que luego se hubiese escondido por los alrededores, dedicándose únicamente a observar. En algún momento tuvo que verle con la actriz y se puso nervioso. Cuando salió de la cafetería la siguió, entró en su piso y la asesinó. Era pausable. Sacó su teléfono.

—Aquí el inspector Guerra. Necesito que repaséis las llamadas realizadas a la central...

Tras una charla de un minuto, colgó. María debía saber algo importante cuando aquel tipo se había arriesgado a matarla a plena luz del día. La cuestión era saber qué exactamente y hasta dónde estaba implicada en todo aquel asunto. Ambas eran actrices porno y su nexo común era el gran

Roberto. Podía sentir cómo algún hilo de la madeja se le escapaba entre los dedos. Sacó su pequeño bloc de notas y repasó con cuidado cada palabra allí anotada. Después de diez minutos, frustrado, se dio por vencido. Si había alguna conexión, él no la veía.

—Mierda —espetó.

Un carraspeo a sus espaldas lo sacó de sus tribulaciones. El comisario y el idiota de Munar se le colocaron justo delante.

—Esto se pone feo, Diego —dijo el comisario.

—Lo sé, señor.

—Le dije que era un error darle a esta escoria una oportunidad. Está acabado —afirmó Munar.

Los tres hombres se escrutaron.

—¿Es eso cierto, Diego? —retó el comisario— ¿Tiene razón Munar? ¿Acaso estás acabado? Si quieres puedes retirarte del caso...

Por un segundo pensó en tirar la toalla. Responder un sí equivaldría a unos meses de baja por depresión o alguna otra chorrada dándole a la botella con tranquilidad, sin horarios. Luego vendría una vista de asuntos internos que aconsejaría su expulsión del cuerpo con una pequeña pensión que sería más que suficiente para enterrar sus últimos días en alcohol, penumbras y cenizas. Un plan muy atractivo.

—Por supuesto que no. Voy a llegar al fondo de todo esto y encontrar a esa chica, aunque sea lo último que haga en mi vida, señor. Se lo juro —contestó el inspector al tiempo que se erguía desafiante. Aquello se había convertido en algo personal.

—Eso es lo que quería oír —respondió el comisario.

—Pero señor, no ira a creer... —empezó a balbucear Munar.

—Munar, diga usted una sola palabra más y acabará dirigiendo el tráfico en una carretera costera en Agosto, ¿entendido? —ordenó furibundo el comisario— Puede retirarse.

—Sí, señor —balbuceó Munar.

Cuando el subinspector se retiró a lamerse las heridas, ambos hombres se quedaron a solas.

—¡Joder, Diego! —le espetó— Necesito que te des prisa. Munar o algún otro chupatintas no tardará mucho en llamar a Madrid o a otro pez gordo para contarle todo este asunto. Tengo a la prensa dando la tabarra y a los abogados de Artigues llamando cada dos horas. Yo sé qué clase de hombre llegaste a ser y eres lo mejor que tengo en el departamento. En cambio, en la central, no tienes el mismo cartel. Gustan los expedientes como el suyo —dijo mientras señalaba a Munar—. Así que si no te das prisa creo que los que acabaremos dirigiendo el tráfico seremos tú y yo, ¿entendido?

El inspector asintió con gravedad. Sabía a la perfección cómo funcionaba el mundillo de los ascensos en la policía. Los tipos que llegaban a medrar eran los lameculos y a los que solo les

importaba una cosa: su carrera. Y si para conseguirlo tenían que pisotear algunos callos pues mejor. O cabezas, según se mire.

—¿Necesitas algo más?

—No, señor.

—¡Pues venga, joder! —dijo el comisario al tiempo que se metía de nuevo en su coche negro y, entre toques de claxon, se abría paso entre la muchedumbre que ya se agolpaba tras la cinta del perímetro. Los primeros equipos de televisión estaban empezando a llegar.

—Tienes más vidas que un gato, Guerra. Hay que reconocerlo —escuchó decir a sus espaldas.

Menuda pesadilla de tipo.

—Munar, ¿se te están acabando los culos para lamer?

Dos jóvenes agentes tuvieron que contener a duras penas a Munar mientras el inspector se metía de nuevo en el bloque de viviendas. Los chicos de la científica estaban descargando cosas por el ascensor, así que dio la vuelta para subir por las escaleras. Empezó a subir pisos de manera despreocupada pero al llegar al último rellano tuvo que detenerse a recuperar el aliento. Dobló el tronco mientras realizaba varias respiraciones forzadas. Sin lugar a dudas tenía que ponerse en forma de nuevo. De repente, sus ojos se posaron sobre una pequeña marca del suelo.

—Pero qué tenemos aquí —se preguntó al tiempo que se agachaba más para acercarse.

La silueta de lo que parecían un par de pies se acomodaban junto a la puerta de incendios. Era apenas perceptible pero algún tipo de polvo blanquecino había permitido dejar aquellas huellas marcadas en el suelo. Descolgó su teléfono y llamó a los técnicos. Cuando llegaron les ordenó sacar moldes y recoger muestras. Luego fue directo al piso. Daniel estaba en el salón y parecía estar recogiendo.

—¿Has acabado?

—Sí. Pobre mujer.

—¿Estaba viva cuando...?

Daniel miró con profundidad a su amigo.

—Todavía no lo sé, aunque lo cierto es que no lo creo —contestó—. De todas formas, los golpes de la cabeza a buen seguro la dejaron inconsciente. Seguro que ni se enteró.

El inspector suspiró. En ocasiones sospechaba que Daniel le engañaba sobre el padecimiento de las víctimas antes de su muerte. Una especie de mentira piadosa. Benditas sean.

—¿Y tú, qué has encontrado?

Le explicó entonces el hallazgo de las huellas en las escaleras.

—Podrían ser de cualquiera. De todas formas, estaré pendiente y te avisaré con el resultado.

—Gracias, Dani.

—De nada. ¿Sigues necesitando el coche?

—Sí. El mío sigue en casa.

—Como lo rayes o le des un golpe... —advirtió Daniel.

—Lo sé. No te preocupes. Te lo devolveré intacto.

—Está bien. Hasta luego. Te llamo cuando tenga algo.

—Vale, moreno —contestó Diego con sorna.

El forense le lanzó una mirada retadora y luego le dio la espalda. Empezó a husmear por toda la casa. No encontró casi nada. No tenía apenas ropa y la nevera estaba desolada. Salvo el piano de cola, el resto de muebles de la casa eran del montón. Al parecer llevaba una existencia tan vacía como él. Entró al dormitorio donde sólo quedaban ya como testigos del crimen una montaña de sábanas ensangrentadas. Con cuidado, se puso a revisar los cajones de la cómoda. Sujetadores, braguitas de encaje, corpiños y demás lencería de todos los tipos y colores atestaban el mueble. Herramientas de trabajo, supuso. En el último cajón, en un rincón, se escondía un pequeño cofre de aluminio. Tenía la llave en la cerradura. Diego lo abrió y en su interior había unos ocho mil euros en billetes y otros quince o veinte mil en joyas. Debajo, había una montaña de papeles. Parecían contratos de distintas películas. Los miró por encima sin darles mucho valor. Su pequeño arca del tesoro.

—Esto descarta el robo como móvil —dijo en voz alta.

Siguió husmeando por la habitación. El olor a sangre y fluidos corporales era nauseabundo. Se acercó a la ventana y abrió con cuidado un poco la hoja para que corriese el aire. Al girarse, vio un destello rojo en el suelo, debajo del cabecero de la cama. Se agachó y lo recogió. Era un álbum de fotos.

—Pero qué tenemos aquí.

Tras abrirlo, pequeños recuerdos cincelados en una instantánea se presentaron ante sus ojos. En ellas, una joven María Berdún salía sonriente posando con distintas personas y lugares. Por su apariencia y por el fondo de las imágenes, la mayoría parecían estar hechas durante rodajes y con gente del mundillo. Diego reconoció al gran Rober en varias de ellas. Era mucho más joven y tenía un mejor aspecto físico. María estaba radiante en todas. Se la veía feliz. Poco a poco, como si de una flor se tratase, las caras fueron envejeciendo y secándose, perdiendo la vitalidad. Su vida había ido perdiendo intensidad con los años. De repente, Diego se dio cuenta de algo. Volvió a una de las fotos del principio y, tras acercarse a una lámpara, la miró de cerca. Podía ser. Sacó la fotografía del plástico y la guardó en la chaqueta unos segundos antes de que Munar entrara en el dormitorio con un par de agentes.

—El procesado del piso es cosa mía. Vete de aquí —ordenó contrariado.

—¿Por qué?

—Aunque seas el encargado del caso, yo soy tu superior. La distribución de las tareas sigue siendo cosa mía. Si te digo que yo proceso, tú te largas. Así de simple.

Estaba intentando descubrir algo por su cuenta para pisarle la investigación a Diego o esconderle datos para hundirlo. Ninguna era una buena opción, aunque lo cierto es que él no podía hacer mucho por revertir el asunto y Munar lo sabía.

—Todo tuyo. No dude en informarme con lo que obtenga, subcomisario. La comunicación entre nosotros ha de ser fluida —contestó con retintín.

El subcomisario suspiró para contenerse. Luego se giró y se puso a hacer fotos con una cámara digital.

El inspector salió del piso y luego del bloque. Se montó en el deportivo del forense y sacó el teléfono. Los tonos de espera se le hicieron eternos.

—Dani, perdona. Tengo que enviarte algo a tu móvil. Necesito un favor. Creo que tengo algo.

Entró en casa dando un portazo, contrariado por haber cometido un error de novato. Con las prisas por salir de la casa, había olvidado lo que en realidad había ido a buscar. Se alteró, perdió los nervios y por su estupidez, todo el plan estaba en peligro. ¡Maldito idiota! Con rabia incrustó el puño contra la pared del armario, dejando un agujero en su portezuela. Dolorido, empezó a abrir y cerrar la mano, consiguiendo poco a poco recuperar el control. Siempre había sido un tipo tranquilo y metódico, paciente en la elaboración de sus planes. Necesitaba relajarse. Sacó una cerveza de la nevera y se la bebió en dos tragos. Cogió un paquete de estofado precocinado y lo puso a calentar en el microondas mientras en su cabeza, las nubes empezaban a desaparecer. Tenía que volver al piso. Con suerte, aquellos incompetentes no habrían encontrado nada todavía. Esperaría a la noche, cuando sólo quedasen un par de maderos de guardia. Aunque era un riesgo, no existían más alternativas. El timbre le avisó de que la cena estaba lista. Sacó la bandeja de plástico y volcó su dudoso contenido en un agrietado cuenco de cerámica. El aspecto que tenía no era nada apetecible. Después de apartarlo con la mano, se le ocurrió una magnífica idea para poder relajarse. Se levantó, se quitó la camiseta, y se desabrochó los botones de su pantalón. Su invitada seguro que conseguía liberarlo de toda la tensión acumulada. Abrió la puerta en penumbra, dejando que su sombra anticipase de nuevo su llegada. Una vez más.

Detuvo el deportivo de Daniel delante de un restaurante de comida rápida que había enfrente de la central. Aunque odiaba la comida basura, necesitaba comer algo. Además, era también un buen sitio para quedar citado con alguien. Un par de minutos después, mientras se comía unas patatas fritas, Daniel entraba por la puerta con cara de pocos amigos.

—Como me pongan una multa por haber aparcado ahí, la pagas tú.

—Vale. Te he pedido lo de siempre.

—No tengo hambre y tengo mucho trabajo. ¿Qué quieres?

Estaba de mal humor. Aquella hamburguesa doble con beicon y cheddar conseguirían ablandarle.

—He encontrado esto —dijo el inspector al tiempo que sacaba la foto del bolsillo.

Le explicó su teoría al forense, que asintió cabizbajo.

—Podría ser —respondió mientras mordisqueaba una patata—. Me llevaré la foto y haré pruebas. Te avisaré con lo que sea.

—Una cosa más.

—¿Otra? Has debido pensar que es Navidad y yo soy Papá Noel.

—Ni una palabra de esto a Munar.

El forense puso cara de pocos amigos y los brazos en jarra.

—No me puedes pedir eso —negó con la cabeza—. Estaría poniendo en juego mi carrera, Diego. Eres mi mejor amigo y lo sabes pero esto se pasa de la raya. Aunque es un idiota, es tu superior y por si se te ha olvidado, también el mío.

—Lo sé. Sólo necesito 24 o 48 horas. Si algo sale mal, yo asumiré todas las culpas.

El forense refunfuñó. La hamburguesa llegó como caída del cielo.

—Vas a conseguir que me echen —dijo al tiempo que abría la hamburguesa por la mitad, como si de una autopsia se tratase—. ¡Señorita! ¡Mostaza, por favor!

El inspector, satisfecho, hincó el diente al bocadillo de lomo y pimientos que tenía delante de las fauces. Tenía un hambre atroz.

Marian seguía delante del bloque de pisos. Aunque hacía algo de fresco, tenía que esperar. Así era el oficio y lo cierto es que a ella, le encantaba. A la intemperie, con lluvia o con un calor abrasador, de noche o de día, el trabajo de calle era algo que le apasionaba y el motivo por el que se hizo periodista. Una cazadora de noticias. La policía, al igual que en el anterior escenario, no permitía pasar a nadie salvo a los vecinos de la finca. Mientras esperaba, aprovechó para revisar sus notas. Su fuente le había confirmado la identidad de la nueva víctima y aquello iba a ser un bombazo. Apenas unas horas después de la muerte del productor y actor porno Roberto Trencillo, era asesinada María Berdún, una de las actrices de la industria más conocida de todo el país y una de sus más fieles colaboradoras. ¿Un ajuste de cuentas? ¿Una venganza? Ella conocía a Trencillo sólo por los escándalos que había protagonizado pero en las últimas veinticuatro horas había hecho una disección de su vida y obra. Aunque no se consideraba una mojígata ni tenía nada en contra del porno, sus trabajos eran absolutamente vomitivos. Ese tipejo, siendo sinceros, estaba

mejor muerto. Aunque esa era sólo su opinión y no se podía permitir juicios de valor. Nunca fue una periodista que se dejara influir por su opinión. Sólo hechos.

—¿Han dicho algo? —le preguntó un compañero de un periódico de la competencia que acababa de llegar.

—No —contestó Marian mientras miraba de nuevo su teléfono.

Esperaba conseguir alguna foto más y si podía, más datos sobre el crimen. A primera vista el asunto era más complejo de lo que parecía. De hecho, se había personado en la escena el comisario jefe de las islas y eso no era algo demasiado usual. Aunque su fuente le había pedido paciencia, hoy publicarían la noticia. Era cuestión de tiempo que se les adelantase otro competidor y una primicia así no se podía dejar escapar. Y menos en su situación. Un doble asesinato en el mundo del porno. Los ejemplares se venderían por miles. Y ella sería la abajo firmante. Más libertad para escoger noticias, más respaldo por parte de su editor, más respeto por parte de sus compañeros... en definitiva, la oportunidad por la que llevaba tanto tiempo luchando. Con impaciencia, empezó a buscar a su fuente con la mirada. Llegaba tarde, como siempre.

Tamborileaba con impaciencia los dedos sobre el volante. Si calculaba bien su jugada, el movimiento podría ser perfecto. Quitarse de en medio al viejo y a Guerra de un plumazo. Luego llegar a ser el comisario jefe más joven de toda la historia de la policía nacional y en un futuro, quién sabe. Las luces de unos faros aproximándose por detrás le sacaron de su ensoñación. Unos segundos después, el subcomisario Munar se montaba en el coche.

—Llegas tarde.

—Lo sé. He tardado más de la cuenta en procesar el escenario. Y luego estaban los malditos periodistas. Te juro que cogía la pistola y...

—Sí, sí, lo que tú digas. ¿Qué habéis encontrado?

—Pues no mucho, la verdad —afirmó Ramírez—. Unos 8000 euros en dinero y joyas por un par de decenas de miles. El móvil del robo parece descartado.

—Entiendo.

—La cerradura del piso no estaba forzada, los cajones no estaban revueltos y las puertas de todos los armarios perfectamente cerradas. De hecho, la sensación que nos dio a todos es que el asesino no tocó nada.

Barbadillo se mordía el labio, pensativo. Aunque no le gustase reconocerlo, Guerra parecía tener razón. Aquello no eran asesinatos viscerales cometidos por un padre enfadado ni un novio despechado. Allí había algo más.

—Esto complica las cosas, Munar —soltó Barbadillo—. Creo que, de momento, nos mantendremos a la espera. No quiero dar un paso en falso y precipitarme.

—Pero señor, yo creo que es el momento...

—¡Tú no crees una mierda, maldito idiota! —le gritó— ¡Aquí el que piensa soy yo!

Munar, sorprendido y humillado por la vehemencia del comisario, agachó la cabeza. Barbadillo suspiró.

—Joder, lo siento —se excusó—. Tengo las mismas ganas que tú de hundir a Guerra pero debemos ser pacientes y precavidos. Hazme caso.

El subcomisario se mantuvo callado.

—Además piensa que, si esto sale bien, necesitaré un nuevo comisario para el sector este de la isla.

La perspectiva de un ascenso cercano pareció alegrar al subcomisario. Ambos hombres se dieron la mano e instantes después Munar saltaba del coche como un perro con un hueso. Y el comisario aprovechó para arrancar y perderse entre las sombras nocturnas.

Eran las doce de la noche y la agente López estaba nerviosa. Sólo llevaba dos días en la comisaría central y tres semanas en total desde la jura de bandera. Su compañero, algo más veterano, estaba bostezando de sueño. Se asomó por la ventana que daba a la calle principal que por fin estaba desierta. Ya se habían marchado todos aquellos periodistas que tuvieron que ser disueltos como si de manifestantes radicales se tratase. Pasar dos horas en la calle aguantando preguntas cada quince segundos era algo para lo que no preparan en la academia. Ella los entendía. Su trabajo era intentar que en un momento de arrebatos o cabreo, soltasen algo de información. Algunos lo hacían de manera amable y educada pero otros no tenían miramientos. Uno incluso había intentado colarse en la casa alegando ser de la empresa de limpieza que normalmente se encarga de los escenarios de los crímenes. Ahora estaba detenido con cargos de obstrucción a la justicia.

—Voy a comprar algo de cena. Me apetece un bocadillo de calamares de “La fontana”.

—¿Y eso qué es?

—¿Bromeas? ¡Ese bar es un clásico! —soltó— Siempre está abierto. Si vas de madrugada, está lleno de taxistas y policías.

—¿Y no tienen servicio a domicilio?

—¿Servicio a domicilio? ¡Qué va, mujer! —se rió el agente— Además, está sólo a diez minutos de aquí. Me acercaré en un salto. ¿Quieres algo?

—No podemos movernos de aquí. Estamos de servicio.

—Tranquila, no pasa nada. Nadie va a venir aquí —afirmó el policía con seguridad—. Él que hizo esto no tendrá ganas de acercarse al lugar del crimen. Sabe que lo estamos buscando. Es pura

lógica matemática. Estaré de vuelta en menos de media hora. ¿Quieres algo o no? —volvió a preguntar.

—Me puedes traer un café doble.

—Bien, ahora vuelvo. No abras a nadie, ¿entendido?

La joven asintió con falsa tranquilidad. Su compañero, con lentitud, se levantó y salió por la puerta, cerrando con cuidado. Tras quedarse sola, la agente se puso a pasear por las estancias. Fue mirando las fotos de los marcos y toqueteó distraída un par de teclas del piano de cola. Una fina capa de polvo se asentaba sobre las mismas e indicaba que la limpieza no era la prioridad de aquella casa. Con cuidado, abrió uno de los cajones del mueble del salón. Una amplia y variada colección de juguetes sexuales y consoladores se asomaron traviosos. Después de ojearlos por encima y sorprenderse con varios de ellos, cerró el cajón. Al menos estaba claro que aquella mujer tuvo una vida bastante amena. A continuación fue al dormitorio. Había estado presente mientras el subinspector Munar y otros dos agentes habían registrado la casa. Habían encontrado joyas y bastante dinero. De repente se fijó en las sábanas. Eran de seda, de buena calidad. Seguro que el juego le había costado una pequeña fortuna. La sangre, ya reseca, dibujaba el macabro perfil de su figura. Durante los meses de instrucción en Ávila habían visto decenas de dossiers plagados de fotografías de cuerpos y llevado a cabo muchas prácticas de investigación en casos de asesinatos y otros crímenes. Pero el de esa actriz era el primer cadáver que veía de manera presencial. Y a pesar de la impresión, no se sintió mal en ningún momento. Ella quería algún día ser inspectora de homicidios y sabía que el camino no sería fácil pero no le importaba. Le encantaban los retos y al fin y al cabo su vida nunca había sido sencilla. Estaba pasando la mano por la suave tela cuando el sonido del timbre de la puerta principal la asustó. Seguramente a Buendía se le habían olvidado las llaves o la cartera. Se olvidaría la cabeza si no la llevase pegada al cuerpo.

Una leve llovizna acogió a Diego en su destino. Acababa de bajarse delante de la casa de los Artigues cuando su teléfono empezó a vibrar.

—Dime, Daniel.

—No tengo los resultados definitivos pero el grupo sanguíneo cuadra. Parece que vas a estar en lo cierto.

—Perfecto. ¿Algo más?

—No. Por cierto, ¿qué tal va el coche?

—Como la seda. Sigue casi intacto.

—¿Casi intacto? ¿Qué quieres decir? —contesto el forense sin éxito.

Diego colgó y notó como el teléfono no paraba de vibrar a buen seguro con mensajes amenazadores de Daniel. Sonrió para sí mientras tocaba el timbre.

—¿Sí? —preguntó la voz de Artigues al otro lado.

—Inspector Guerra.

Un zumbido dejó abrir el portón de par en par. Diego cerró y se fue directo a la entrada. Artigues lo esperaba en pijama y con un habano en la mano. No parecía demasiado contento.

—Pase —le invitó con sequedad.

Diego entró y se encaminó directo al salón. Artigues le siguió y fue a sentarse en el sofá. Una empañada copa vacía descansaba sobre la mesilla que había a su derecha. Esta vez, al parecer, no había invitación.

—Usted dirá, inspector.

—Cristina no es hija suya —afirmó Diego—. ¿No es así?

—¡Cómo se atreve! ¡Es usted un pedazo de escoria! —gritó el empresario entre balbuceos.

Diego cruzó la sala de dos zancadas y agarró a Artigues del pecho.

—Llevo un día muy complicado para que me venga con monsergas, señor Artigues —dijo Diego mientras le clavaba la mirada en su pálido rostro— ¡Conteste!

En señal de rendición, el tipo abrió los brazos. Diego lo soltó, dejándolo caer con estrépito sobre el sofá. La culpa se arrastró silenciosa por sus pronunciadas ojeras.

—Es cierto. Cristina no es mi hija biológica —susurró—. Aunque la quiero como si lo fuese.

Diego se dio la vuelta y se encaminó al minibar. Cogió dos vasos, los rellenoó con hielo de la cubitera y sirvió dos whiskys dobles. Luego le acercó uno a Artigues y se sentó con el otro en el sillón de enfrente.

—Gracias —dijo Artigues al coger el vaso.

Diego dejó pasar unos instantes para que el alcohol hiciese mella.

—Supongo que no lo sabrá pero Marta, mi mujer, no podía tener hijos.

—No, no lo sabía.

—Ella siempre había anhelado ser madre y la noticia de que eso no iba a suceder nunca amenazó con hundirla. Peregrinamos por todas las clínicas e intentamos todos los métodos médicos posibles sin hallar el éxito. Así que sólo nos quedó un camino posible.

—La adopción —apuntó Diego.

—Así es —confirmó Artigues mientras hacía una pausa y bebía un largo sorbo de whisky—. Iniciamos los trámites y nos dijeron que, con suerte, en dieciocho meses tendríamos con nosotros un bebé. Aunque lejano, poner fecha a aquel objetivo tranquilizó a Marta.

El hombre se levantó y comenzó a pasear por la estancia bajo la atenta mirada del inspector.

—Cuando sólo quedaban un par de trámites y unos meses para tener a nuestro pequeño en casa, algo horrible sucedió. Rusia, el país a quién habíamos solicitado la adopción, anuló todo el proceso. Marta casi se vuelve loca aquella noche. Incluso tuve que llamar a un médico amigo mío para que le diese unas pastillas para sedarla.

—¿Qué provocó aquel cambio?

—Una crisis diplomática. Hubo un enfrentamiento entre gobiernos y paralizaron todas las adopciones. Así de simple.

—Tuvo que ser devastador.

—Así fue. Estaba todo el día en su habitación, llorando. Ni siquiera bajaba a comer —afirmó con tristeza—. Yo moví todos los hilos, prometí recompensas y gasté favores. Todo fue inútil. Había que empezar desde cero. Y, de repente, un día cambio todo.

El hombre se detuvo unos segundos en su narración.

—En un almuerzo de trabajo en el ayuntamiento me encontré con un viejo amigo. Trabajaba en el gabinete del presidente autonómico y llevábamos años sin vernos. Me preguntó por mi mujer y, sin saber muy bien por qué, me derrumbé y le conté los problemas de Marta, la adopción, la depresión que ahora tenía... todo. No me guardé nada.

—Entiendo.

—Él se mostró muy comprensivo. Luego me dio ánimos y se ofreció a ayudarme.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Llamaba. Murió hace dos años de cáncer de estómago —aclaró con indiferencia—. Su nombre era Javier Roses.

Diego asintió con la cabeza. Roses había sido uno de los hombres fuertes del partido conservador durante las últimas dos décadas. Pasó sus últimos años de vida pendiente de varios juicios por corrupción, desfalco y malversación de fondos públicos, entre otras lindezas. A pesar de la multitud de pruebas, nunca llegó a ser condenado. Un buen amigo de Diego llevó la investigación de uno de los casos. A pesar del excelente trabajo, acabaron premiando su esfuerzo con un cambio de destino. Algo habitual dentro del cuerpo.

—¿Cómo le ayudó?

—Por aquel entonces gestionaba Sanidad y Administraciones Públicas. Él fue quién nos consiguió a Cristina.

—¿A qué se refiere con “consiguió”?

—No piense mal. No se trata de un robo de niños ni nada parecido. Como todo el mundo cumplimentamos un expediente de adopción con la única diferencia que este se tramitó en tan sólo 24 horas. Se falsificaron un par de firmas y me gasté unos veinte mil euros en acallar conciencias. Cuando tuve en brazos a Cristina no me lo podía creer. Nos ahorramos los cerca de cuatro años de

espera que suele durar el proceso.

—No está mal.

—Ciertamente, no. Cuando me presenté en casa con la niña, Marta se volvió loca de alegría. Después de llorar durante media hora, me abrazó y me besó una y mil veces —confesó Artigues al tiempo que se pasaba la mano por el antebrazo en busca de huellas indelebles—. Horas más tarde, pasada la euforia, vino y me preguntó por la procedencia de la niña.

—¿Tenía miedo de que fuese robada?

—Supongo que sí. Ya sabe todos los escándalos que han salido en prensa y televisión en los últimos años. Le conté y le aclaré toda la historia con Javier. Al saberlo, se quedó mucho más tranquila. Ambos acordamos decir que la adopción en Rusia al final se había llevado a cabo sin problemas. Todo el mundo se lo tragó.

—¿Quién era la madre?

—Roses nunca me lo quiso decir. Siempre afirmó que esas cosas era mejor no saberlas. Un día, con dos copas de vino encima, me confesó que la niña era hija de una drogadicta que la había abandonado. Yo tampoco quise saber más sobre el asunto. Éramos una familia feliz.

—Entiendo. ¿Cómo fue su relación con el señor Roses a partir de entonces?

El hombre se giró sorprendido. Aquel inspector era un tipo listo.

—Roses me utilizó. Me chantajeó durante años con contar mi secreto. Él no figuraba en ninguno de los papeles de la adopción con lo cual nadie lo podía implicar. Como si de la mafia se tratase, me obligó a usar mis empresas para blanquear dinero negro de sus asuntos. Mi negocio empezó a crecer a velocidad de vértigo y él se hizo un hombre muy rico. De hecho, hubo momentos en los que manejaba mis empresas a su antojo. Yo siempre me tuve por un tipo listo. Créame, inspector, cuando le digo que a su lado yo no era más que un patético aprendiz.

—No debió ser agradable. ¿Cuándo se rompió su colaboración?

Artigues puso cara de estar masticando cenizas.

—Un año antes de morir Marta, se presentó aquí un agente de hacienda. Estaban investigando a Roses y tenían mucha información para contrastar. Al parecer también tenían bastantes informes sobre mí. En ellos no había ninguna prueba fehaciente pero era cuestión de tiempo que la encontrasen. Me ofrecieron testificar contra él a cambio de inmunidad. Yo era un empresario poco suculento y la pieza codiciada era Roses. Después de pensarlo un par de días, accedí. Me convertí en un mísero chivato. Jamás en mi vida me he odiado tanto como a partir de aquel instante.

—Me lo imagino.

—No se puede hacer una idea. Luego fue todo muy rápido. Declaré una mañana durante tres horas, firmaron mi indulto por mi testimonio y me pusieron una multa de sesenta mil euros que pagué al salir del juzgado. A ojos de todos, seguía siendo un ciudadano ejemplar.

Diego iba conformando en su mente un puzzle, que cada vez estaba más definido.

—¿Llegó a saber Roses en algún momento que fue usted el chivato?

—Supongo que llegó a sospecharlo. De todas formas, no tuvo mucho tiempo de vengarse. Dos meses después de entrar en prisión, le diagnosticaron el cáncer que lo acabó matando. Y yo, por mi parte, perdí a mi mujer meses después. Ambos recibimos nuestro merecido. Perder a un ser tan querido es igual a una muerte en vida, inspector. Usted lo sabe bien.

Ahora fue el inspector Guerra quién dio un largo trago al vaso. Al parecer, el tipo había hecho sus deberes y le había investigado. Le entendía a la perfección. Luego, se recompuso.

—Señor Artigues, he de decirle que la madre de su hija no fue una drogadicta. Fue una mujer que tuvo una vida difícil que la llevó a tomar decisiones complejas. Esa mujer se llamaba María Berdún y era, como su hija, actriz porno.

Aquello cayó a Artigues como un jarro de agua fría. Se sentó como pudo en una esquina del sofá, sin poder articular palabra. Poco a poco recuperó la compostura pero no el color de su rostro.

—¿Está seguro de eso?

—Ahora mismo están cotejando el ADN de la ropa interior de su hija que se encontró en la escena del crimen con el de la actriz. Los análisis previos confirman dicha hipótesis.

El hombre se mantuvo unos segundos en silencio, digiriendo la información.

—Ha hablado usted de ella en pasado, inspector.

—María Berdún ha aparecido muerta esta tarde en su casa, señor Artigues. Ha sido asesinada y, por la brutalidad del crimen, parece ser que a manos del mismo individuo que mató al Gran Rober y secuestró a su hija.

El rostro del hombre se puso lívido. Estaba al borde del colapso. Luego, con decisión, se levantó del sofá. Le dirigió a Diego una dura mirada y fue a la camarera a rellenar el vaso.

—¿Y qué está haciendo usted por encontrar a mi hija, inspector? ¡Tiene que encontrarla! No quiero ni pensar en lo que esa bestia sería capaz de hacerle...

Diego se levantó y cogió su chaqueta.

—Estoy haciendo mi trabajo, señor Artigues —afirmó con seriedad—. No salga de la isla y extreme las medidas de seguridad.

—¿Medidas de seguridad? No tengo miedo, inspector. Todo lo que podía perder ya lo he perdido. Mi prestigio, mi mujer y ahora, a mi hija. Nada queda aquí para mí.

—Su hija puede que todavía esté viva.

—No. Cristina también está muerta —afirmó tras unos segundos de reflexión—. Si ese indeseable ha cometido unos crímenes tan atroces, ya la habrá matado. Es sólo cuestión de tiempo que encuentre su cuerpo, inspector.

Aquel tipo había tirado la toalla.

—Esperemos que se equivoque, señor Artigues.

Tras dejar a aquel infeliz matando sus penas con licor, Diego salió de la casa. Artigues no se levantó ni para acompañarle a la puerta. Un minuto más tarde, Diego sopesaba la información recibida. La radio daba las señales horarias y el noticiario que empezó a continuación dejó a Diego sin aire.

—”Buenas noches, señores. Son las once de la noche de este lluvioso 13 de Octubre. Aquí empieza “Hora 25”, donde damos un último repaso a la información del día. Comenzamos”

13 de Octubre. Diego apagó la radio de un puñetazo. Necesitaba un bar. Y lo necesitaba de manera urgente.

Un coche patrulla con las luces apagadas franqueaba la puerta principal. Entrar por detrás, saltando la valla de la piscina parecía la mejor opción. Con sigilo y un poco de suerte, nadie le vería. No le gustaba asumir riesgos pero no había más remedio. Tenía que recuperar todas las pruebas o su castillo de naipes podría quedar al descubierto. Al menos un policía se había quedado custodiando la casa e incluso podría haber dos. Esas malditas ratas siempre iban en parejas. Apretó los dientes, contrariado. Sin duda, tendría que matarlos. Estaba a punto de salir del coche cuando no tuvo más remedio que abrir los ojos de par en par. Por la puerta principal, un agente de oronda figura salió con prisas, se montó en el coche y salió zumbando por la avenida. Sin lugar a dudas, era su oportunidad.

—Vamos allá.

Saltó del coche y con cuidado se metió en el portal. Sacó su llavero, abrió el portón y segundos más tarde ya estaba subiendo las escaleras. Puso la máxima atención en su fino sentido del oído. Llegó al cuarto piso sin incidencias y, tras cerciorarse de que no venía nadie, salió al descansillo. Se acercó a la puerta y sacó el llavero. Antes de abrir y por precaución, tocó el timbre. No escuchó nada así que introdujo la llave en la cerradura. Luego giró y abrió la puerta con cuidado. Entró con sigilo y, mientras cerraba, escuchó un arma ser amartillada a sus espaldas.

—¡¡No se mueva!! —gritó la joven agente.

—¡¡Socorro, policía!!

—¡No se mueva! ¡Arriba las manos! —volvió a ordenar la joven agente— ¿Quién es usted?

—¡¡No dispare, soy el novio de María!! —chilló el lobo con piel de cordero— ¡He quedado esta noche con ella!

—¡Entre en el salón y manténgase con los brazos en alto!

Sumiso, el asesino obedeció, fingiendo además temblar como un flan.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está María?

—Esto es la escena de un crimen. Usted no puede estar... —comenzó a decir la agente.

—¿Un crimen? ¿Pero qué crimen? —gritó— ¡¡María....!!

—Lo siento, yo no...

—Un momento, ¿no me estará usted diciendo...? —negó con la cabeza— ¡No! ¡No puede ser! Creo que me estoy mareando...

Al tiempo que fingía perder fuerzas en las piernas, el tipo fue dejándose resbalar con la espalda apoyada en la pared en dirección al suelo. Siempre le gustó la interpretación.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó la joven— ¡Oiga, levántese! ¿Está usted bien? —preguntó con preocupación la mosca, mientras se acercaba sin darse cuenta a la tela de araña.

—¡Estoy muy mareado! —dijo el asesino sacando a pasear su vena dramática— ¡Mi María, muerta! ¿Qué ha pasado, agente? ¿Qué ha sucedido?

La joven enfundó su arma y se acercó al hombre, que tiritaba de miedo.

—Lo siento, señor. No estoy autorizada a explicarle nada sobre la investigación. Sólo puedo decirle que María Berdún ha fallecido. No tenía que haberse enterado así pero me ha dado usted un buen susto —se excusó la joven—. ¡Qué vergüenza, por Dios! ¿Quiere algo? ¿Un poco de agua, quizás? —preguntó de nuevo la mosca, cada vez más cerca de la trampa.

—Sí, por favor. La cocina está a la izquierda y los vasos en el estante de encima del fregadero.

La araña vio cómo la joven se metía en la cocina. De un salto, se levantó y alcanzó un cojín del sofá que tenía al lado. Eso amortiguaría el ruido del disparo. Con sigilo se fue al pasillo del dormitorio mientras sacaba su arma. Instantes después, la joven agente regresaba al salón sintiéndose culpable y con un prístino vaso de agua en sus manos.

—Siento haber sido tan brusca, señor. Es mi primer trabajo de campo y... —se justificaba la joven que se quedó helada al entrar en la habitación.

El tipo se había evaporado. No estaba por ningún sitio. De repente, sin previo aviso, recibió un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo. El vaso de agua se precipitó al suelo y ella cayó de bruces, golpeándose la cara con el suelo. Medio inconsciente, se giró con el tiempo justo de ver cómo aquel hombre, con una pistola en mano y un cojín en la otra, se le acercaba. Intentó desenfundar su pistola pero aquel tipo fue más rápido y le pisó el antebrazo con el pie.

—Tan joven, tan guapa —soltó la araña— y tan zorra como todas las demás.

Su mirada vidriosa se cruzó durante un leve instante con los ojos de su asesino. El vacío más absoluto nadaba en ellos. Vio cómo el cojín se le acercaba al rostro. Y luego, la oscuridad.

La araña guardó su arma en la parte de atrás de su pantalón y recogió el destrozado cojín dentro de una bolsa de plástico que había en el armario de la cocina. La mueca de sorpresa seguía latente aún en el joven rostro de la policía. Un charco denso y oscuro se iba formando con lentitud debajo de su inerte silueta. Inspeccionó con minuciosidad la escena, evitando dejar rastros innecesarios.

Luego se colocó unos guantes quirúrgicos y se puso a inspeccionar el dormitorio de la actriz. Minutos después, blandía su tesoro triunfante. Tenía que evaporarse.

—Aquí termina mi interés en ti, María. Descansa en paz.

Antes de marcharse sacó su navaja y se llevó un pequeño souvenir del cadáver. Le sonrió de manera burlona a uno de los marcos de fotos de la entrada y se esfumó de nuevo por las escaleras. Cada vez estaba más cerca de su objetivo. A pesar del contratiempo, el plan seguía su curso con la precisión de un reloj suizo.

Tras acabarse la cuarta ronda, Diego se mantenía en pie con dificultad. Pidió otra copa más y se sentó dando tumbos en una mesa cercana. Los parroquianos allí presentes estaban tan hundidos en sus miserias que no le prestaban atención. Como debía ser. El camarero rompió sus vagos pensamientos.

—Aquí tiene —dijo el hombre con preocupación—. ¿Seguro que quiere usted seguir bebiendo?

La mirada de Diego no dejaba lugar a dudas. Se giró y se fue con su bandeja.

—Va por ti, cariño. Lo siento mucho —brindó Diego mientras con vidriosa mirada guiñaba el ojo a una pequeña fotografía de su teléfono. De un trago, se bebió el dorado elixir.

—¡Camarero, otra! —balbuceo de manera casi inteligible.

Su móvil empezó a vibrar.

—Inspector Guerra al aparato —contestó con sorna al tiempo que se cuadraba en saludo militar.

Alguien al otro lado intentaba comunicarse con él, pero no conseguía entenderlo. Al final le acabó pasando el teléfono al camarero cuando éste llegó con la nueva consumición. Durante un breve espacio de tiempo estuvieron hablando y luego Diego apoyó la cabeza en la mesa, quedándose inconsciente en cuestión de segundos.

Fotogramas de su vida comenzaron a pasar por su mente de forma inconexa. Entremezclados, veía las imágenes de los casos que había investigado con recuerdos felices con su familia. La primera vez que su pequeño Rubén habló, cuando empezó a caminar o su primer día de colegio. Y luego, el accidente. Había bebido y su mujer quiso conducir. Él, henchido de orgullo alcohólico y machista, se negó. Una ráfaga de luces, se cruza otro coche y pierde el control. Cristales rotos, el ruido del motor rugiendo en punto muerto, las llamas, el humo, la sangre... la suya propia y la de su familia. La macabra mirada del cadáver de su mujer, con el cráneo estrellado contra el cristal delantero. Su hijo, tosiendo segundos después del accidente y ahogándose en su propia sangre. Frío. Mucho frío. Él, inmóvil en su asiento. Su pierna está atrapada. Su hijo deja de respirar. Se apaga con lentitud como la llama de un diminuto fósforo. Y de repente, agua fría que le moja.

—¡¡Diego, despierta!!

Con los ojos entreabiertos, Diego levantó la mirada. Su visión se fue aclarando con lentitud.

—¿Quién coño eres?

—¡Soy tu puta madre, joder! —gritó Daniel— ¿Quieres que Ramírez te pille borracho? ¿Estás loco o que te diablos te pasa?

—Me la suda ese imbécil —añadió Diego algo más despierto—. Hoy es 13 de octubre. 13 de octubre, Daniel.

El forense canjeó su expresión de ira por lástima. Le dio la vuelta a una silla y se sentó junto a su amigo.

—¿Cuántos cumpliría?

—Ocho. Ocho años —afirmó con lágrimas en el rostro—. Camarero, otra copa.

Daniel se giró y le negó con la cabeza. Aquello no sentó bien a Diego.

—Dejame beber en paz, joder —gritó—. ¡Por qué no te vas al infierno!

Por un segundo, Daniel contempló la violencia. Luego miró a su amigo unos segundos y se compadeció. El odio hacia sí mismo hablaba ahora por él.

—Levántate ahora mismo, que tenemos que irnos a la central. El comisario quiere verte.

—¡Me da igual! ¡A la mierda el comisario, el caso y todos esos lameculos! ¡La chica seguro que está muerta!

—Hace una hora han matado a la agente López. Estaba custodiando el piso de la actriz.

El inspector se enderezó con seriedad.

—Estaba con Buendía —aclaró el forense—. A ese imbécil le entró hambre y se fue a cenar, dejándola sola. El asesino debía estar vigilando y aprovechó para entrar. 23 años, Diego. ¡Era una jodida cría!

La recordaba vagamente. Era muy joven, con ganas de aprender. La había visto un par de veces mientras estaba en prácticas, de guardia en la puerta de la comisaria. Incluso en una ocasión se le acercó en la central para pedirle consejo. Al parecer, quería ser una buena inspectora de homicidios. “Tan buena como usted, señor”. La respuesta que le dio no fue demasiado educada.

—Joder —escupió Diego.

Se levantó dando tumbos y se fue al baño. Después de forzarse a vomitar metiéndose los dedos en la garganta, se lavó la cara y se mojó un poco el pelo. Se lo atusó con las manos y se secó con un poco de papel. Un asalto más.

Cuarenta minutos más tarde estaban entrando por la central. Diego Guerra, con una palidez cadavérica, caminaba con dificultad detrás de Daniel. Al llegar a su planta, el ascensor se detuvo. Era Ramírez.

—Cómo voy a disfrutar con esto —afirmó con desprecio mientras entraba.

Aquella afirmación le puso en guardia. Aquel tipo era un engreído, pero no un idiota. Más que contento, estaba seguro de haberle pillado con las manos en la masa. Se avecinaba tormenta.

—Que te den —le provocó Diego. Ante su sorpresa, Ramírez permaneció impasible. Mal asunto.

El ascensor se detuvo en la planta noble y los tres hombres salieron al pasillo. Fueron directos al despacho del comisario. Entraron y la sorpresa fue mayúscula.

—Miren lo que nos ha traído la marea de nuevo —afirmó el comisario Barbadillo— ¿Sorprendidos, verdad?

Diego y Daniel se miraron incrédulos.

—Pasen, caballeros. A Madrid han llegado informes anónimos sobre el desastre de investigación, por llamar al asunto de algún modo, que están ustedes llevando a cabo —decía mientras miraba de soslayo a Ramírez—. Según parece el comisario García estaba perdiendo un poco el norte.

—¿Cómo te atreves? —gritó Diego.

—¡No te enfades, Diego! ¡Al viejo se le tenido que ir la cabeza! Es la única causa que explicaría que te haya mantenido a cargo de la investigación. Y eso a pesar de la cantidad de errores en tus procedimientos y de tu más que evidente incompetencia.

Daniel estaba empezando a temer que su amigo hiciese una barbaridad.

—El asunto está zanjado. El comisario ha sido relevado de su puesto y suspendido hasta nueva orden. Por su edad, no creo que vuelva. Me temo que sólo le quedará ir al parque a echar de comer a las palomas —afirmó con sorna.

—Escoria —soltó el inspector.

—Gracias. Mientras tanto, yo asumiré el mando en funciones. Estos señores de mi derecha son de asuntos internos —prosiguió Barbadillo con satisfacción—. Querrán hacerte unas preguntas aunque a juzgar por la borrachera que traes encima no serán necesarias, ¿no les parece, caballeros?

De repente, el inspector perdió el control. Dio un salto y con una agilidad inesperada alcanzó a dar un puñetazo en la nariz a Barbadillo. Entre Daniel y los dos tipos de asuntos internos consiguieron contenerlo. Ramírez corrió a socorrer a su amo.

—¡¿Ven cómo está?! ¡Es un hombre violento que hace tiempo que ha perdido el control! —gritó Barbadillo intentando cortar la abundante hemorragia nasal con un pañuelo— Inspector Diego Guerra, queda usted suspendido de empleo y sueldo, además de relevado del caso. Tiene dos días para entregar un informe que resuma las diligencias realizadas hasta el momento a su inmediato superior. Recibirá su sanción por correo certificado en menos de quince días. Entregue su arma y su placa al subinspector Ramírez.

Ramírez estaba a punto de estallar de satisfacción. Diego sacó su placa y su arma, las tiró encima de la mesa y salió dando un portazo. Aquella historia se había acabado.

—Están cometiendo un grave error —suplicó Daniel mirando a los de asuntos internos—. ¡Es la mejor baza que tenemos! Si permiten esto, están condenando a muerte a esa chica. ¡Serán los culpables!

—Daniel, sólo con lo que hemos presenciado aquí no podemos permitir que Diego siga en el caso —afirmó el más alto de los dos desconocidos—. Sabemos que en el pasado fue un gran inspector de homicidios pero hoy sólo quedan sombras y cenizas de aquel hombre. Lo siento.

—Y tú, señor forense, preocúpate más por tu futuro. Desde aquel terrible accidente en el que murieron su mujer y su hijo, Diego ha sido un espectro. Él está acabado y deberías empezar a pensar un poco más en ti. Es un consejo de amigo —afirmó el comisario Barbadillo.

—¿De amigo? ¡Por mí te puedes ir al mismo infierno, Pedro! Eres un lameculos insolente —gritó Daniel con rabia—. ¿Ya no recuerdas aquel tiroteo en el banco? ¿Acaso se te ha olvidado cómo te measte encima como un bebé? ¿No fue Diego quien cruzó la calle y te consiguió unos pantalones en una tienda cercana para que te pudieras cambiar sin que nadie se diese cuenta? —inquirió— ¿Te has olvidado de eso, hipócrita de mierda?

Barbadillo se encendió cómo un tomate. Se levantó de la silla, fuera de sí.

—¡Me manché con café! ¡Nunca he hecho tal cosa! —gritó— ¡mi hoja de servicios es intachable!

—Si en ella no cuentas la de compañeros que has pisado y hundido sólo para medrar, supongo que eso es cierto. Entiendo que lo único que te preocupe es tu carrera. No tienes otra cosa en tu patética vida.

—¡¡Suspendido también!! Deja tu arma y tu placa. Ya que sois tan buenos amigos, iréis juntos a la fila del paro.

—Aquí tienes— dijo Daniel mientras dejaba su placa en la mesa junto a la de Diego.

—¿Y el arma? —preguntó Ramírez.

—No tengo arma, idiota. Soy forense. Cuando me llegan, ya están muertos —afirmó con desprecio mientras se giraba y dejaba al cuarteto con dos palmos de narices.

Diego estaba fuera. Necesitaba aire. Había salido por la puerta de incendios y se estaba fumando un cigarrillo. Sin su trabajo, estaba acabado. Lo único que le quedaba saber era el tiempo que aguantaría en este barrio. Tres meses. Quizás seis. Se giró al escuchar pasos. Daniel se le acercó y se puso a caminar nervioso a su alrededor.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Daniel.

—Yo irme a casa a seguir bebiendo.

—¡Pero tenemos que hacer algo!

—Yo estoy sentenciado, Daniel. Sigue con tu trabajo e incluso intenta repudiarme. Soy un ancla demasiado pesada para ti y no quiero llevarte conmigo al fondo del fango. Es posible que si lo haces, también te asciendan.

—No creo. También me han suspendido.

Diego se giró con sorpresa y escuchó la explicación que le dio su amigo.

—Agradezco la lealtad, Daniel, pero no tienes por qué hacerlo. No hundas tu vida por mí. Entra ahí y pide disculpas. Seguro que lo anulan. No te quieren a ti.

—Soy tu amigo y es ahora cuando toca estar cerca de ti. Y tirarse al agua, sin salvavidas si es preciso —se justificó—. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Supongo —afirmó Diego—, aunque te ha de quedar claro que eso no significa que vayamos a irnos a vivir juntos, moreno.

Tras un primer momento de enfado, Daniel se echó a reír mientras le regalaba insultos al inspector. No sabían que, a unos pocos kilómetros, un despiadado asesino se preparaba de nuevo para matar.

Todavía no daba crédito. Aquel maldito inspector avanzaba más rápido de lo que parecía. Con total seguridad debía de saber todo lo relativo a la chica y a la adopción. Al fin y al cabo, colocar aquel GPS en el coche del forense había sido una idea excelente. La sorpresa que se encontrarían en casa del inspector sería brutal. Asqueado, se bajó de su pequeño vehículo. A unos cincuenta metros, una casa de negro granito se alzaba imponente sobre la colina, rodeada de otras mansiones. Aunque con total probabilidad no era la más cara, si era la más espectacular y ostentosa. Cuando estaba llegando a su muro exterior, vio unas luces acercarse por la estrecha carretera. Un coche de seguridad privada fue frenando su marcha y se detuvo a su altura.

—Buenas tardes, caballero. ¿Se ha perdido? —dijo un imberbe joven con reluciente placa tras bajar la ventanilla.

—En realidad...sí. Soy el inspector Bornes. Estoy buscando la casa de los Artigues.

—¿En serio? ¡Pero si es esta! ¡La tiene justo detrás!

—¿De verdad? Pues he pasado por delante de ella al menos tres veces —dijo con supuesto enfado el impostor— ¡Malditos ricos y sus mansiones!

El joven, despreocupado, se echó a reír.

—He venido a hablar con el señor Artigues sobre la desaparición de su hija —aclaró.

—¿Su hija ha desaparecido? ¡Guau, un secuestro! —exclamó.

—No se alegre tanto, joven. Es una situación muy delicada —le reprendió.

—Es cierto... lo siento, señor —se disculpó el joven, agachando la cabeza.

Lo tenía justo donde lo quería.

—Bueno, no pasa nada. Entiendo tu fervor. Si tuviese tu edad, habría reaccionado igual —dijo comprensivo—. Tengo una idea. ¿Querría venir conmigo y ayudarme en el interrogatorio?

—¿De verdad? —preguntó el joven con la cara iluminada.

—Claro que sí.

—¡Por supuesto! —exclamó el joven— Mi sueño algún día es ser policía. Esto es sólo temporal, ¿sabe? Llevo casi un año preparándome. Voy a aparcar ahí delante y ahora mismo vengo.

—Lo entiendo. Anda, vaya. Yo le espero aquí. Todo sea por ayudar a los profesionales del futuro.

Mientras el joven dejaba su vehículo, el asesino roscó el silenciador a su pistola y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. No quería más sorpresas. Ni tampoco cabos sueltos.

Un minuto después, el agente de seguridad correteaba alrededor del falso policía como un perrillo faldero.

—Haga los honores.

El agente, halagado, tocó en el telefonillo. Instantes después una voz adormecida les abría el camino. Tras permitirles el paso, entraron a la mansión, quedándose boquiabiertos con la decoración del jardín. El estanque estaba lleno de enormes carpas de colores. La puerta principal estaba entornada pero permanecía desierta.

—¿Pero qué diablos es eso? —interpeló el asesino.

—¿El qué? —preguntó el agente.

—Algo brilla, al lado de la fuente, dentro del estanque... ¿no lo ve?

—Yo no veo nada, señor.

—Sí, hombre. Está allí —dijo el cazador colocando el gusano en el hilo—. Sería abusar de usted pero... ¿podría meterse y mirar bien lo que es? Parece metálico. Podría ser un arma...

El joven agente pareció dudar.

—Piense que llevo cuatro años siendo examinador de la prueba de acceso a la policía. Podría echarle una mano en el examen. Pero no quiero que se sienta obligado a ello.

—Está bien —dijo el joven con una sonrisa de oreja a oreja mientras se quitaba los zapatos y se remangaba los pantalones. Por sus gestos, el agua debía de estar helada.

—No veo nada, inspector —afirmó—. ¿Seguro que ha visto usted algo?

La cara del joven se quedó tan helada como el agua estancada. El falso inspector había sacado un arma y le encañonaba con ella. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

—Eres tan imbécil que hubieras llegado a ser un gran policía. Adiós.

Tres pequeños chasquidos y el chapoteo de un cuerpo al caer en la fuente fueron los únicos testigos de aquel asesinato. Divertido, miró la cara del cuerpo sin vida del muchacho. Otro peón más eliminado de su camino. Ahora, tocaba ir por una pieza más relevante. Siguió el camino de piedras blancas y atravesó la puerta entreabierta. Cerró con cuidado y se adentró en el salón,

donde un hombre le daba la espalda con una copa en la mano mientras miraba el boscoso paisaje.

—Buenas tardes, señor Artigues.

El empresario se dio la vuelta y se quedó mirando con fijeza a aquel tipo. La ausencia total de sorpresa en el rostro le inquietó.

—¿Y el chico de seguridad?

—En el estanque de la entrada, con las carpas. Me dijo que quería ser policía. Me ha caído bien así que le hecho un favor. Ha caído en acto de servicio —afirmó sonriente—. Es posible que incluso le pongan una medalla y le den a su madre una bandera plegada.

El empresario escudriñó en su mirada. Desde el primer instante supo con exactitud quién era aquel tipo. Su corazón latía desbocado buscando una salida.

—Pedazo de escoria —escupió Artigues—. Y a mi hija, ¿también la has matado ya?

—Todavía no. Su suerte está aún pendiente de ser desvelada. Pero todo se andará, señor Artigues.

El hombre se llevó el vaso a la boca y la vació de un golpe. Luego, desafiante, se giró y se quedó mirando a su enemigo a los ojos mientras con calma, soltaba la pieza de cristal tallado encima de la camarera. El asesino levantó su arma y le apuntó a la cabeza con parsimonia. Se oyó un chasquido y un certero disparo entró por la parte frontal de la cabeza del empresario y salió por detrás, esparciendo sus sesos por la cristalera. El impacto provocó que su cuerpo semidesnudo fuese impulsado violentamente hacia atrás contra el cristal. Después, con lentitud, fue deslizándose hasta detenerse contra el suelo y dejando al descubierto unos raídos calzoncillos tipo boxer. Satisfecho, guardó su arma y se colocó los guantes de látex que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Tras encontrar la cocina, rebuscó en sus cajones, buscando una herramienta para ejecutar su siguiente obra. Armado con un cuchillo de grandes dimensiones, se encaminó hacia el cuerpo todavía caliente del hombre. Iba a quedar magnífico. Estaba tan excitado que incluso tuvo una erección. Clavó el cuchillo en el tórax y se puso a trabajar. Tenía que darse prisa.

—Anda, pasa —dijo Diego mientras se hacía a un lado de la puerta—, vamos a tomarnos una copa. Pero no te hagas ilusiones, no soy tan fácil.

—Qué más quisieras... —afirmó Daniel.

Diego Guerra entró y cerró la puerta. Después de cenar algo, se habían dado un pequeño paseo en el deportivo de Daniel. Aunque en el paseo marítimo había decenas de bares abiertos, decidieron ir a casa de Diego. Eran cerca de las dos de la mañana y ninguno tenía prisa por irse a la cama. Lo bueno de estar suspendidos es que no tenían nada que hacer al día siguiente. Fueron a la cocina y se sentaron en los bancos de una pequeña mesa que había en la esquina. Daniel bostezó. Estaban agotados.

—¿Whisky? —preguntó el inspector.

—¿Acaso tienes otra cosa?

—No.

—¿Entonces para qué preguntas?

—Por tocar los moral —respondió Diego—. ¿Sólo o con refresco?

—Cola. Si tienes.

—De eso sí tengo —dijo el inspector al tiempo que sacaba una lata de un mueble cercano—. Toma.

Luego sacó dos vasos y los llenó de hielo. Cogió una botella del mismo mueble que tenía los refrescos. De pronto, se detuvo en seco.

—Creo que deberíamos llamar a Ramírez y a Barbadillo.

—No tienes que forzar la situación más. Ya has conseguido lo que querías y te van a expulsar del cuerpo. Y a mí también. Cachondearse de ellos por teléfono no mejorará nuestro futuro.

—Aun así creo que deberíamos llamarles —afirmó Diego—. Mira esto.

El forense se levantó de la silla y abrió la otra puerta del armario. El dosificador de la botella de whisky estaba encima del estante y, dentro de la misma, dos finas falanges nadaban en whisky. Sus uñas aún estaban pintadas en lo que parecía un tono rosa pálido.

—¿Hombre o mujer? —inquirió el inspector.

—No sé. Por la estructura, parecen de una mujer. ¿Crees que...?

—Por el bien de la chica, espero que no.

Entró en la casa y se fue directo al horno. Cogió un cubo de plástico lleno de astillas y trozos de madera y vació la mitad de su contenido en el interior. Con lentitud, sacó un pequeño documento y un puñado de viejas fotografías amarillentas. Como en anteriores ocasiones, lanzó dentro los guantes, la bolsa y los restos del cojín, cogió el bote de líquido para encender y roció el interior. Luego arrancó una esquina de papel de periódico y lo enrolló, a modo de antorcha casera. Tras encenderla con un mechero, la acercó al interior del horno y prendió su contenido. El potente fuego eliminaría cualquier rastro de sus actos. Mientras las llamas hacían su trabajo, fue al armario de su dormitorio y sacó un pequeño ordenador portátil del armario. Mientras arrancaba, empezó a repasar los siguientes pasos que debía dar. En poco tiempo, todo estaría terminado. De repente, un ruido le sobresalto en la habitación de al lado. Su invitada debía de estar un poco nerviosa y molesta. Acordándose del potente olor que despedía en la última ocasión en la que habían estado juntos, pensó en que sería bueno obligarla a ducharse. A él no le importaba el potente olor que desprendía pero quizás si la dejaba darse un buen baño podría conseguir que cambiase de actitud. Dejó el aparato encima de la mesa y se encaminó hacia la habitación de la chica. Le encantaba ver la mirada de sorpresa que ponía siempre que le veía entrar. Era algo muy agradable.

—Esto es una pocilga, Diego —escupió Barbadillo.

Diego asintió con desgana, sentado en una esquina de la cocina. Daniel estaba a su lado.

—Registrad toda la casa —ordenó el comisario— e intentad no romper nada.

El forense, tres técnicos y Ramírez se dividieron y empezaron a husmear por cada rincón de su guarida. El subinspector parecía estar disfrutando de todo aquello como un niño con zapatos nuevos. Diego, que simulaba estar en calma, llevaba fumado casi medio paquete de tabaco en cuarenta minutos. Ni siquiera Daniel había conseguido entrar allí con asiduidad. Barbadillo notó como la tensión crecía.

—Gracias por habernos llamado, Diego. Es un gesto que te honra —afirmó.

—Lo único que importa aquí es la chica. El resto me da igual.

—Lo he pensado y... —dijo mientras se mantenía en suspenso— creo que sería bueno para todos si nos ayudas en el caso. Por supuesto, como mero observador...

—Que le jodan, señor comisario.

Barbadillo se lo quedó mirando, cortado. Luego salió al pasillo entre blasfemias y maldiciones. Daniel meneó la cabeza de lado a lado.

—Serías capaz de ahogarte en mitad del océano si fuera Barbadillo el que te lanza el salvavidas —afirmó Daniel.

—Hay rescates que es mejor no aceptar, Daniel. Siempre es preferible morir con dignidad que ser lacayo de un idiota.

—”Nuestro carácter es quien nos mete en problemas, pero es nuestro orgullo quien nos mantiene dentro de ellos”

Diego asintió. Daniel estaba en lo cierto, pero no pensaba dar su brazo a torcer con aquello. Barbadillo era un tipo mezquino y taimado que había crecido vendiendo a sus compañeros. Era un indeseable.

—Vaya, vaya. Mira lo que hemos encontrado —afirmó Ramírez desde el dormitorio principal.

Entró de nuevo en la cocina con dos pequeñas braguitas de encaje negro en las manos. Daniel vio cómo los ojos de Diego refulgían. Aquello no era bueno.

—Suelta eso ahora mismo, escoria —ordenó Diego.

—¿Te gusta disfrazarte en tu tiempo libre, inspector? —insinuó socarrón Ramírez— ¿O son de alguna putita que contratas de vez en cuando? Quiero saber a qué huelen... —susurró al tiempo que se las acercaba a la nariz.

Diego se levantó de la silla y se fue directo a por Ramírez. La rapidez con la que se movió le pilló desprevenido. De un puñetazo lo tumbó en el suelo y empezó a golpearlo con rabia. Daniel podía

contenerlo a duras penas mientras Ramírez desde el suelo gimoteaba, protegiéndose el rostro con los brazos. Si no paraba lo iba a matar.

—¡¡Ayuda!! ¡¡Barbadillo!! —gritó Daniel.

Los técnicos regresaron a la cocina e intentaron separar a Diego. Tras unos segundos interminables, lo consiguieron.

—¿Pero qué demonios pasa? —gritó Barbadillo— ¿Acaso os habéis vuelto todos locos o qué?

—¡Yo sólo le he enseñado estas bragas y le he gastado una broma! —farfulló Ramírez con la nariz ensangrentada y pálido como una vela— ¡Este idiota está para que lo encierren!

Barbadillo miró a Diego que a su vez estaba mirando a Ramírez con fijeza. La palabra “odio” se leía con absoluta nitidez en su mirada. Luego se giró a Daniel en busca de explicaciones.

—Eran de Paula —afirmó el forense.

El comisario cambió su expresión mientras meneaba la cabeza de arriba a abajo.

—Ramírez, suelta eso.

—Pero señor, podrían... —balbuceó.

—¡Que las sueltes, joder! —atronó el comisario— ¿O también quieres ser suspendido, pedazo de idiota?

Resentido, Ramírez soltó la ropa interior encima de la mesa de la cocina y salió de la casa fingiendo indignación. Diego retiró con cuidado la ropa interior y la llevó de nuevo a su cuarto.

—Aquí no hay nada más. Recogedlo todo —ordenó a los técnicos—. Daniel, échale un ojo, por favor.

Cuando todos se marcharon, Daniel se asomó al dormitorio. Diego estaba de pie, erguido junto a la cómoda. Con nostalgia, pasaba la yema de sus dedos por un polvoriento marco de fotos.

—¿Puedo?

Diego asintió levemente, lo cogió y se lo pasó. Era un soleado día de playa. Paula, la mujer de Diego, era una mujer muy atractiva. Morena, piel aceitunada, ojos negros y una sonrisa de anuncio. Diego siempre le había dicho que se enamoró de ella al primer segundo de conocerla. Ella, enfermera de profesión, estaba de turno en urgencias una noche en la que llevaron a Diego al hospital con un feo corte en la cabeza que se había hecho en una redada. El flechazo fue instantáneo. Un par de años después vino al mundo el pequeño Rubén. Inquieto y cariñoso, posaba en la foto con un alegre bañador de colores mientras, al mismo tiempo, levantaba su cubo y una pala con las manos. La felicidad en una instantánea. Es muy duro irte a dormir cada noche sabiendo que los mejores momentos de tu vida han pasado ya.

—Bonito recuerdo.

Por unos segundos, las facciones de Diego se aflojaron. Con el rostro arrasado en lágrimas, le

brindó una triste sonrisa a la única persona que probablemente le quedaba en este mundo.

—Ya da igual. Ellos están muertos, pudriéndose bajo una losa de mármol y hormigón. Y yo, aunque siga aquí respirando, estoy tan muerto como ellos.

De repente, de manera brusca, Diego arrancó el marco de las manos de Daniel y lo soltó con indiferencia encima de la cómoda. Enjugó sus lágrimas, respiró hondo y salió del dormitorio. Daniel, guiándose por la marca del polvo acumulado, colocó el marco en su posición inicial antes de seguir a su amigo.

Regresó a la cocina y, al no verlo, fue al salón. Con esfuerzo, Diego movía un sofá de dos plazas.

—Ayúdame. ¡Esto pesa un huevo!

Cualquier rastro de sentimientos se había evaporado de nuevo. El caballero se volvía a poner su armadura. Entre los dos movieron el mueble y, detrás del mismo, apareció lo que parecía ser una pequeña caja fuerte. Giró una pequeña rueda en varias direcciones y la trampa se abrió. De su interior emergieron dos pequeñas pistolas con varios cargadores y una placa de policía. Daniel lo miraba con sorpresa.

—No me mires así. Venía con la casa.

—¿Todo?

—No, sólo la caja fuerte —afirmó—. Vamos, tenemos trabajo.

Cerró la portezuela, giró la rueda y empujó el sofá a su posición inicial. Luego se quedó mirando al forense, que seguía con la boca abierta.

—¿Vienes?

Tras coger sus abrigos, ambos salieron de la casa y se encaminaron hacia las escaleras. Tras bajar varios pisos, se pararon en la primera planta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Daniel con impaciencia.

—Será sólo un segundo.

Diego se detuvo delante de uno de los pisos y tocó el timbre. Al instante, una mujer que rondaba la cincuentena abrió la puerta. Vestía un bata de cuadros de colores chillones y una decena de rulos poblaban su teñida cabellera.

—Hola.

—Hombre, pero mira lo que tenemos aquí —graznó la mujer—. ¿Has pensado mejor en mi oferta, guapo?

—No exactamente. Necesito un favor.

—¿Un favor? ¿Qué clase de favor?

—Uno que tiene cuatro ruedas.

La mujer reparó en Daniel y se los quedó mirando.

—¿Y éste quién es, tu novio? ¿No serás gay?

Daniel iba a protestar pero Diego se lo impidió con un gesto.

—Es un amigo. No tengo tiempo ahora mismo de explicártelo pero necesito tu coche.

—Llevas meses dándome esquinazo y ahora, de repente, me necesitas.

—En realidad necesito tu coche, no a ti.

La mujer, dolida, pareció dudar.

—Pero no sé, podrías arañarlo o tener un accidente con él. Y a mí aún me quedan dos años de letras por pagar. No te enfades, querido, pero no eres un hombre de fiar. Ya me diste una vez tu palabra y no cumpliste.

Diego se quedó pensativo unos instantes.

—Mi amigo tiene un precioso deportivo amarillo aparcado en mi plaza de garaje. Te daré las llaves como garantía.

—¿Pero qué diablos estás diciendo? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Ni de coña le doy a esta bruja las llaves de...!

—¡Cállate, Daniel! —ordenó— Por favor.... —terminó de decir mientras suavizaba el tono.

El forense sacó las llaves con enfado y se las dio a Diego, que las cogió y las puso en las garras de aquella especie de arpía.

—Está bien. Con una condición.

—Lo que quieras.

—Me debes una cita. Pero una de verdad, con velas, cena en un bonito restaurante, cine y noche de sexo salvaje. ¿Entendido?

Tras asentir, la mujer arrancó las llaves del deportivo de Daniel de sus manos y se perdió tras un pasillo. Varios cuadros de gatos decoraban el largo pasillo. Un minuto más tarde regresó con un absurdo llavero de pata de conejo.

—Ya sabes qué coche es. Ten cuidado, que tiene el embrague un poco duro —le advirtió antes de cerrar la puerta de un portazo.

—En marcha —afirmó Diego mientras echaba a andar.

—¿Me lo vas a explicar o qué?

—Una noche llegué borracho a casa y me la crucé en el portal. Ella no me hizo ascos y yo no sabía ni donde estaba. Cuando a la mañana siguiente me levanté, me fui de su casa sin decir nada. Durante un tiempo no paró de acosarme. Magdalenas en la puerta, fotos picantes en el buzón... Un

día incluso me dejó sus bragas cogidas en el limpiaparabrisas.

—¿Qué calladito lo tenías, Don Juan!

—Daniel, eres mi mejor amigo. Odiaría tener que matarte.

—Tranquilo. Soy una tumba —confirmó el forense entre risas.

Los dos llegaron a las escaleras y bajaron hasta el primer sótano. Entraron al aparcamiento subterráneo y se metieron dentro del Ford Focus de la arpía. Diego arrancó el coche y salieron del edificio como alma que lleva el diablo.

—Una cosa, ¿se puede saber por qué le he dejado mi deportivo a esa vieja rancia?

—Había cámaras en la cocina de mi casa.

—¿Cómo...?

—Colgado encima de la nevera hay un viejo reloj de pared que llevaba mucho tiempo sin funcionar. Nunca me acuerdo de cambiarle las pilas pero hoy, tras la pelea, me he fijado en que las agujas estaban movidas. En su momento se quedaron marcando las seis en punto mientras que ahora están clavadas en las ocho y media.

Daniel era reticente.

—Antes de salir, he mirado el reloj desde debajo, en el umbral de la puerta. Un par de cables asomaban por detrás de la tulipa. Hay una cámara. Estoy seguro. Y es posible que hayan puesto algún tipo de localizador en tu coche y probablemente en el mío.

—¿No crees que estás un poco paranoico?

—Es la única explicación factible para que siempre se adelante a todos nuestros movimientos.

El forense abrió la boca de par en par.

—Piénsalo Daniel.

—No lo sé. Es posible...

—Eso explicaría que se atreva a matar con semejante impunidad. Y que se atreviese a volver a casa de María Berdún. Incluso ha entrado aquí, en mi casa. Nos tiene localizados.

El forense asintió.

—Tenemos que llamar otra vez a ese idiota de Barbadillo.

—No —negó el inspector meneando la cabeza—. Eso pondría sobre aviso a ese malnacido. No sabemos si tiene algún micro en la central o si ha pinchado nuestros móviles. Debemos ser discretos. Es la única oportunidad que va a tener esa chica.

—¿No habrás visto demasiado Harry el sucio? —preguntó escéptico el forense.

—Es más fácil de lo que piensas. Yo mismo conozco a una persona que sabe hacer diabluras con

un teclado. En más de una ocasión me ha facilitado las cosas.

—¡Eso es ilegal, Diego!

—Tan ilegal como el crimen, amigo mío. Yo me limito a jugar a su juego con sus armas.

—Entonces, ¿no vas a avisar a la central?

—Tengo otra idea mejor —afirmó Diego.

Se detuvieron en una gasolinera cercana y se bajaron delante de una cabina. Era un milagro que todavía quedase alguna en pie. Mientras Daniel repostaba, Diego fue a hacer una llamada.

—¿Sí? —contestó una voz masculina al otro lado del teléfono.

—Soy yo. Te llamo desde una cabina. Creo que me han puesto una cámara en casa.

—Entiendo.

—¿Podrías localizar al que recibe la señal de alguna manera?

—No lo sé... supongo. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Por supuesto.

—¿La policía no tiene especialistas para todos estos asuntos?

—Sí, pero no son tan buenos como tú.

—¡Vamos Diego, no me jodas! —exclamó su interlocutor con enfado— No creas que me convences con los piropos. ¡No soy idiota!

El tenso silencio se mantuvo a ambos lados de la línea.

—Estoy suspendido de empleo y sueldo. Llevaba entre manos un caso muy turbio de asesinato y secuestro. El asunto se ha ido complicando y ya sabes que tengo mal carácter. Tuve una reunión con mis superiores y... el resto te lo puedes imaginar —farfulló Diego.

—Comprendo.

—La vida de una chica de veinte años está en juego —afirmó Diego.

El hombre se mantuvo a la espera blasfemando.

—Está bien. Miraré qué puedo hacer. Luego te llamo.

—No me digas nada por el móvil. Sólo avísame y yo me pondré en contacto contigo. Gracias, eres...

—Vete a la mierda, Diego.

Diego colgó el auricular y se fue directo al coche. Se montó y se quedó unos segundos con la mirada perdida.

—¿Y bien?

—Nos va a ayudar. Espero que dé pronto con esa señal y tengamos algo.

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa de María Berdún.

—¿Estás loco? ¡Te han apartado del caso!

—Es cierto. A esta hora seguro que es la comidilla de la central.

—¿Y cómo pretendes que te dejen entrar allí?

—Con un salvoconducto —afirmó Diego mientras miraba a Daniel.

—¿Qué?

—Es probable que nadie sepa que también te han suspendido a ti. Muchos te vieron ayer en la escena. Podrías ir a buscar alguna prueba más...

—¿Estás loco o qué? ¡Me echarían del cuerpo! Ahora mismo sólo estoy suspendido... con mi expediente, volveré en un par de meses. No me puedes pedir esto, Diego. No tienes derecho.

—Es cierto. Lo siento.

Ambos hombres perdieron su mirada entre el tráfico.

—Está bien. Lo haré.

—Daniel no tienes por qué...

—¡Cállate y conduce! ¡Como me echen me voy a vivir contigo!

Diego pisó el acelerador y se dirigió a toda velocidad a casa de María Berdún.

Algo no iba bien. En su pequeño portátil había saltado una alarma. Alguien intentaba penetrar en su disco duro y eso sólo podía significar una cosa. Cogió el ratón y empezó a revisar de manera frenética las grabaciones. Cuando llegó a la secuencia de un par de horas atrás, se detuvo. Amplió la imagen y se fijó con total atención. Todo parecía normal. Los policías entraban en casa del inspector, dando vueltas por todos lados. Luego la discusión y la pelea. De repente, algo le dejó helado. De manera casi imperceptible, el inspector había mirado de reojo el reloj durante unas décimas de segundo.

—¡Mierda!

Empezaba a tener dudas. Era posible que ambos sucesos no tuviesen relación pero, si era así, tenían que irse. Sus conocimientos de informática eran buenos pero limitados en muchos aspectos. Podría tardar horas en confirmar la conexión del equipo que había intentado entrar en su disco duro. Y no quería encontrarse tecleando frente al ordenador mientras la policía entraba por la

puerta principal. Tenían que irse de allí y hacerlo cuanto antes. Se levantó con rapidez y se encaminó con decisión al dormitorio.

—Prepárate que nos vamos. Tienes cinco minutos —ordenó el asesino al tiempo que daba un portazo.

Abrió un par de bolsos negros y tiró dentro todo lo que le era imprescindible. Encendió el fogón de la cocina y empezó a arrojar a las llamas todos los rastros que pudo encontrar.

Los dos agentes miraron a Diego con recelo. Nunca había tenido un carácter afable ni estaba entre sus virtudes ser simpático ni buen compañero. Trabajaba solo y en la central apenas cruzaba palabra con media docena de personas. Debían de saber ya las noticias de última hora.

—Señor, usted puede pasar, pero él... —dijo uno de los agentes que franqueaba la puerta mientras señalaba a Diego.

—Él viene conmigo. Va a ayudarme con la reconstrucción —afirmó Daniel.

—Lo sé, pero al estar suspendido...

—¿Quieres que llamemos al comisario a estas horas? ¡Estamos hasta el culo de mierda y uno de los nuestros ha caído! Eso sin contar con el hecho de que una chica sigue desaparecida... —argumentó Daniel— Sé que crees que estás haciendo lo correcto pero lo necesito aquí. El caso lo requiere.

Durante unos segundos los cuatro policías se quedaron mirándose con fijeza. Luego, el más joven se apartó y les abrió el paso. Diego y Daniel se colaron en la casa con rapidez.

Nada más entrar al salón, los embargó el aroma a muerte. En el suelo todavía se adivinaba la silueta del cadáver de la agente marcado con restos de su propia sangre. Incluso quedaban algunos restos de masa encefálica reseca en el suelo.

—¿Cómo la encontraron? —preguntó Diego.

—Tirada en el salón y con la mirada perdida en el techo. El disparo parece que fue a quemarropa. En mitad de la frente. Cuando la encontré... —dijo el más joven, que se rompió con el recuerdo.

—Vete a por un vaso de agua —le ordenó el más veterano. Cuando se hubo marchado, prosiguió—. Eran compañeros de academia, señor.

—Entiendo.

—Aunque no tenían una relación seria, parece ser que la agente Lopez y él se habían hecho algo más que buenos amigos en Ávila. Está muy afectado.

—¿Fue él quien encontró el cuerpo?

—Sí. Había acabado el turno y se había pasado a verla para darle las buenas noches, supongo. Cuando llegó, nadie le respondió al llamar al interfono. Se preocupó, subió al piso y empezó a

golpear la puerta sin respuesta. Luego entró en la casa de la vecina, saltó por el balcón que da acceso al salón y se encontró con esto. La vida es una mierda.

Diego asintió con levedad.

—Después de entrar, comprobé si Ana... la agente López seguía viva —afirmó el joven que parecía algo más repuesto—. Saqué mi arma, registré el piso y luego di aviso. No hice mucho más.

—¿No tocaste nada? —preguntó Daniel.

—No, señor. Sólo el cuello buscándole el pulso. Cuando vi la herida en su cabeza, supe que no había nada que hacer. Aun así, quise comprobarlo por mí mismo.

—Es duro, chico. Lo sé —afirmó Diego.

—Con todo el respeto, inspector, no creo que tenga ni puta idea de lo que estoy pasando.

Diego sonrió. Tenía agallas y eso le gustaba.

—Con todo el respeto, chaval, créeme cuando te digo que lo sé.

—¿Y cómo es eso, señor?

—Tú has perdido a una novia. Es doloroso, pero al menos no tuviste nada que ver —espetó Diego—. Prueba a perder a tu mujer y tu hijo por culpa de un accidente en el que has sido el único responsable. Después de llorarla, la echarás de menos un tiempo y luego, poco a poco, seguirás adelante. La herida no se cerrará nunca pero siempre podrás hacer algo para remediarlo.

—¿El qué, señor?

—Beberte todo el alcohol que puedas hasta quedar inconsciente. Al menos a mí eso me funciona.

El joven policía sonrió con tristeza. Le caía bien. Le recordaba a alguien cuando era joven. Daniel, que se había metido en el dormitorio, le llamó.

El dormitorio estaba exactamente igual que cuando lo vieron por primera vez, con la excepción de la ausencia del cuerpo de la actriz. La sangre de las sábanas se había secado dejándolas acartonadas.

—¿Has encontrado algo?

—Es muy raro. Creo que buscaban algún tipo de documento. Recuerdo cuando vine por primera vez y vi en este armario varios álbumes de fotos. Había también una especie de clasificador de correspondencia de madera, repleto de cartas y papeles. Tampoco lo veo por ningún lado.

—Es posible que Ramírez se lo haya llevado a la central como prueba.

—No creo. Recuerdo que miré el inventario de Ramírez y no vi que se llevase ningún documento. Lo habría visto.

Los dos se quedaron en silencio. Media hora más tarde, después de peinar de nuevo el dormitorio, se dieron por vencidos. Allí no había nada. Una llamada le valió a Diego una excusa.

—¿Sí? ¿En serio? ¡Eres la hostia! —soltó Diego con alegría— Mándame la dirección. Gracias. Te debo una.

Daniel se lo quedó mirando perplejo. Hacía mucho tiempo que no le veía sonreír.

—Tenemos la dirección del que me ha puesto la cámara en casa.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Secreto de confesión, amigo. Vamos, aquí no queda nada.

Tras dar las gracias a los agentes, Diego y Daniel salieron del edificio, se montaron en el coche y se perdieron en el tráfico de la ciudad.

El comisario Barbadillo no daba crédito. Cuando todo comenzó, pensaba en este caso como la oportunidad que le acabaría encumbrando, otorgándole el poder total. Sería el comisario jefe más joven del cuerpo y con el tiempo, llegarían más cosas. Provocar el cese del viejo se había revelado como un arma de doble filo. Si los resultados no eran los apropiados, podían degradarle. Y eso significaría el fin de su carrera. Su orgullo le impedía admitir esa opción.

—Llámale —le soltó a Ramírez.

El comisario suspiró mientras miraba de nuevo el mensaje escrito en la cristalera. El ser humano, en la antigüedad, elaboró una gran cantidad de pinturas rupestres con restos y sangre de animales. Estremecía pensar que todavía alguien usase esas técnicas hoy en día.

El barrio de Son Gort estaba situado en la periferia este de la ciudad. En sus inicios, fue creado con el fin de darles viviendas dignas al pueblo proletario que abarrotaba la incipiente industria local. Hoy, cincuenta años después, era un foco de tráfico de drogas, prostitución y guerras de clanes. Hacía años que las patrullas de la policía ni siquiera se atrevían a entrar allí en solitario. Era uno de los muchos lugares donde Dios había decidido cerrar su consulta por vacaciones.

—Calle Magnolia. Es aquí —soltó Diego.

A su lado, la tez de Daniel había adoptado un color cetrino. Diego lo miró compasivo. El forense no estaba acostumbrado a embarrarse, a realizar persecuciones ni a jugarse el tipo a plena luz del día. La soledad de su laboratorio, sus neveras y su pequeña sierra de calar. Ese era su mundo. Diego, en cambio, se encontraba en su hábitat natural.

—Venga, vamos.

Amanecía cuando los dos hombres iban a bajarse del coche. El móvil de Daniel empezó a sonar. Con torpeza, sacó el terminal del bolsillo y, tras descolgar, el forense fue perdiendo el poco color que aún le quedaba. Se limitó a asentir y a responder con monosílabos.

—Sí, ahora te lo paso —contestó al tiempo que se separaba el móvil de la oreja y tapaba el interfono con la palma de la mano—. ¡Es Ramírez!

—¿Ramírez? ¡No tengo nada que decirle a ese imbécil!

—Debes ponerte.

—Te he dicho que no...

—¡Que te pongas, joder!

De mala gana, Diego accedió.

—Dime.

El relato que empezó a escuchar le hizo torcer el gesto.

—Dale el teléfono a Barbadillo.

Instantes más tarde Diego le puso al día de sus avances. Daniel escuchó toda suerte de insultos desde el otro lado del teléfono. Un minuto después, colgó. Ambos quedaron absortos en el paisaje de tenían delante.

—¿Y? —pregunto Daniel.

—Esperamos a la caballería.

Media hora después, dos coches se detenían al lado de Diego. Media docena de hombres bajaron entre los dos vehículos. Todos iban de paisano. Uno de ellos era Ramírez, que se acercó a la ventanilla con sigilo mientras un tipo menudo con un jersey de cuadros la mar de hortera vigilaba en todas direcciones.

—¿Sabes si está ahí dentro? —preguntó Ramírez con una voz temblorosa.

—Sí. Me ha dicho que os va a hacer un bizcocho mientras subís a buscarle.

—¡Eres un cabrón! —susurró Ramírez en voz baja ante la mirada enfadada de Daniel.

Diego suspiró. Después de todo, aquel imbécil se iba a jugar el tipo en unos minutos. No era momento para idioteces.

—No lo sé, Ramírez. No sé quién hay o qué te puedes encontrar. Si me das un arma y quieres, puedo subir yo primero. Al fin y al cabo, soy el responsable de que estemos aquí hablando.

El subcomisario pareció dudar por un segundo. Luego meneó la cabeza.

—No. Tú quédate aquí y no te metas en más líos. Todo irá bien.

Sin convicción, Ramírez se irguió y ordenó a sus hombres que se distribuyesen por la entrada del bloque. La dirección que le habían proporcionado era en el tercer piso. El subcomisario les susurró algo por el pinganillo y todos los policías echaron a correr, metiéndose en tromba por el portal. Diego estaba a punto de arrancar el volante de cuajo.

—¡No deberían entrar así, joder! —gritó— Si ese tipo está vigilando, puede matar a la chica.

—Tranquilo, Diego. Tengo un instinto para estas cosas. Estoy convencido de que no encuentran a nadie en la casa.

El inspector miró a su amigo estupefacto.

—Diez a uno a que no encuentran nada —susurró de nuevo Daniel.

De repente, una potente deflagración en el tercer piso hizo saltar los cristales en añicos. Todo se movió bajo sus pies mientras las alarmas de los coches empezaron a sonar y una densa humareda empezó a salir por las ventanas. Una nube de cascotes cayó del cielo torrencialmente. Tras el shock inicial, Diego se revolvió en el asiento, sacando una de las armas que guardaba.

—¡¿Estás bien, Daniel?!

El forense, medio aturdido, afirmó meneando la cabeza.

—¡¡Da aviso a la central, a los bomberos y a las ambulancias!! ¡¡Vamos!!

Diego se bajó del coche todavía algo aturdido. Miró hacia atrás y vio como Daniel sacaba su teléfono del bolsillo. Luego, con su arma en la mano, se metió en el portal.

El humo le dificultaba mucho la visión y hacía el ambiente irrespirable. Se subió el borde de la chaqueta a modo de mascarilla y como pudo, fue subiendo peldaños. De repente, chocó con uno de sus compañeros.

—¿Estás bien? —le gritó.

El agente afirmó con la cabeza mientras, a gatas, intentaba salir del edificio. Diego siguió ascendiendo. Una multitud de vecinos, presas del pánico, intentaba huir escaleras abajo entre

gritos y confusión. Como pudo los fue apartando mientras proseguía con su ascenso. Cuando llegó al último rellano, la imagen era la de una zona de guerra. De la puerta izquierda emanaba una densa capa de humo negruzco y, a pie de escalera, uno de los agentes estaba haciéndole un improvisado torniquete con su cinturón a otro compañero. Sangraba de manera profusa de la pierna derecha y gritaba de dolor. Unos escalones más arriba, otro de los policías estaba sentado, totalmente tiznado de hollín. Tenía magulladuras y cortes por todos sitios pero no parecía tener nada serio. Diego intentó preguntarle cómo estaba pero ni siquiera le miró a los ojos. Estaba en shock. Abrió la ventana del rellano para que el humo se escapase y empezó a llamar a gritos a Ramírez. Un minuto después, cuando el humo se aclaró lo suficiente, Diego reparó en el cuerpo. La puerta de la casa de enfrente había sido reventada por el impacto de un cuerpo que yacía, inerte, en mitad del pasillo de la sala contigua. Se acercó con cautela y, entre ataques de tos por culpa del humo, giró el cuerpo. El subinspector tenía la cara destrozada. Tenía esquirlas de metal por todo el cuerpo. De hecho, su estado le recordó a la metralla que muchas guerrillas colocaban en sus bombas caseras para multiplicar las víctimas. Le buscó el pulso sin éxito. Ramírez estaba muerto y no se podía hacer nada.

Tambaleándose, se levantó y fue hacia el interior del piso. Antes de entrar cogió un extintor que había en la pared y tiró de la anilla. Con cuidado, dio con el pie a lo poco que quedaba de la puerta principal y se abrió paso hacia el interior. Todo estaba arrasado. El pasillo se había venido abajo y la cocina quedaba ahora abierta desde la puerta. Pequeños incendios afloraban por doquier aquí y allá. En la pared, justo al lado de la puerta, descansaba un amasijo de carne, huesos y ropas, entre las que se adivinaban restos de un jersey de cuadros. Menuda mierda de día. Usó el extintor en pequeñas pulverizaciones, sólo para sofocar el fuego sin dañar en lo posible las pruebas. En la lejanía se escuchaba el ruido amortiguado de las sirenas. Cuando acabó dejó el extintor al lado de los restos del policía abatido y al observar con detenimiento la pared de azulejos de la cocina, se quedó de piedra. Cientos de restos de piezas metálicas como tornillos, clavos o tuercas estaban incrustadas en la misma como si de un collage se tratase. Aunque ya lo sabía, esto lo confirmaba. Los estaba esperando. Con la cólera creciendo de manera exponencial en su interior, sacó su arma y empezó a registrar el resto de la casa. Iba a cogerlo. No sabía si pronto o muy tarde, si sería como inspector de homicidios o como un civil, pero iba a dar con él. Aunque fuese lo último que hiciese en este mundo.

Sus ojos estaban clavados en la pequeña pantalla de doce pulgadas. Él odiaba la televisión aunque estaba impresionado. Todo estaba saliendo a la perfección, aunque es cierto que la huida de la casa había sido algo precipitada. Mientras apuraba una cerveza, en las imágenes se observaba como retiraban del lugar al menos dos cadáveres. Sonrió satisfecho. Como hombre previsor, siempre tuvo un plan alternativo. Y este incluía cierta cantidad de explosivos y metralla repartidas en unas cuantas ollas a presión. Es abrumador la inmensidad de información que hay accesible en Internet. Sabiendo como buscar, uno puede construir desde una nave espacial hasta una casa de madera. Sólo hay que tener paciencia. Por el estado en el que parecía haber quedado el piso, esos ineptos tardarían semanas en encontrar alguna prueba sólida. Para entonces, todo habría acabado y él estaría disfrutando de largos días de sol y playa en un paraíso caribeño, sin ninguna preocupación, con la tranquilidad de un nombre desconocido y el colchón que le proporcionaban veinte millones de euros al quince por ciento. Todo iba a acabar muy pronto.

En el improvisado puesto de mando ubicado en el almacén de la panadería de la esquina, las caras eran de desolación. Barbadillo parecía haber envejecido veinte años en unas horas mientras que Daniel tenía unas ojeras equivalentes a una fiesta de tres días sin dormir. Diego, sentado en un banco de la esquina, fumaba sin convicción.

—He llamado a Madrid —dijo de repente Barbadillo—, les he pedido ayuda. Creo que esto nos supera. Llegan mañana por la tarde.

Nadie le discutió la afirmación.

—¿Son las fotos que habéis hecho en casa de Artigues? —preguntó Daniel mientras señalaba un sobre naranja medio abierto.

—Sí. Lo que le ha hecho al cuerpo de ese hombre es propio de un enfermo. Ramírez un poco más y vomita... —susurró Barbadillo al caer en la cuenta de que el inspector no volvería jamás a vomitar ni hacer nada que no fuera pudrirse debajo de una losa de mármol.

—¿Puedo? —dijo Diego.

Barbadillo afirmó con levedad.

La imagen era dantesca. Artigues, además de un enorme tajo en el abdomen que dejaba adivinar sus vísceras internas, tenía todos los dedos de las manos amputados. De hecho, incluso le había cercenado algunos de los pies. Una cizalla ensangrentada a pie de cadáver daba idea del suplicio por el que había pasado aquel desgraciado. Diego sólo deseó que aquel infeliz estuviese muerto o inconsciente cuando sufrió aquel ataque. En otra fotografía se observaba cómo, usando las falanges amputadas a modo de tiza, le había dejado un mensaje de amor pintado con sangre en la impresionante vidriera del salón. “Serás el siguiente, inspector Guerra”. Alentadora misiva. Al cambiar a una nueva fotografía, Diego se sorprendió.

—¿Y éste?

—Un guarda de seguridad de la urbanización. No sabemos cómo pasó. A primera vista suponemos que pillaría al asesino merodeando cerca de la casa. Seguro que le mató y luego tiró el cadáver a la fuente —soltó Barbadillo.

Diego torció el gesto y meneó la cabeza.

—No fue así como pasó —afirmó con la vista clavada en la fotografía.

Todos se lo quedaron mirando en silencio.

—El guardia estaba dentro de la fuente cuando recibió el impacto. Si hubiese sido arrastrado, toda esta gravilla y tierra de alrededor estaría movida. Y está perfecta, ¿lo ve? —dijo Diego mientras se acercaba al comisario— Además, solo se intuye un juego de huellas de pisadas y van en sentido a la fuente. Por no hablar de que sus zapatos están a los pies de la fuente. No sé cómo lo hizo pero de alguna forma tuvo que conseguir que el muchacho se metiese él solo en la fuente.

—Puede ser que le ordenase meterse en la fuente mientras lo encañonaba y luego le disparase —apuntó de nuevo el comisario.

Diego meneó la cabeza otra vez.

—No creo. Si mira la dirección de la huella verá que la punta del zapato apunta al estanque. Nadie que está siendo apuntado le da la espalda a una pistola. ¿Cómo lo engañaría?

—Eso da igual, ¿no crees? —soltó con acidez— El guarda, la actriz, Artigues, Trencillo... ¡Todos están muertos, joder!

—Cálmate, Barbadillo —espetó Daniel.

—¿Que me calme? ¿Me dices que me calme? —preguntó el comisario mientras abría los brazos de par en par— ¡Me importa una mierda si el chaval se metió solo en el estanque o lo llevó una pareja de la guardia civil!; Todo esto son idioteces! —escupió Barbadillo visiblemente irritado mientras le arrancaba a Diego las fotos de las manos.

—Señor, mire esto —dijo un agente que entró con un periódico debajo del brazo.

Dos fotos artísticas de Roberto Trencillo y María Berdún presidían la portada bajo el titular “Muerte en el mundo del porno”. Barbadillo cogió el periódico y luego se lo pasó al inspector. Por la cantidad de detalles que se explicaban, alguien debía haber filtrado información.

—Esto se ha convertido en un puñetero circo a tres pistas —afirmó Barbadillo.

Ambos hombres se miraron con fijeza. La afirmación parecía inevitable.

—Tienes que devolverme al caso —afirmó Diego.

Barbadillo abrió la boca para protestar pero no podía. Mermado o no, Diego Guerra era el mejor inspector que tenía disponible. Y era importante poder justificarse de cara a Madrid en caso de fracaso absoluto. Por mucho que te joda, no tienes a la estrella chupando banquillo mientras te meten tres. Y menos si quieres ganar aunque pierdas.

—Si me devuelves al caso, en cuanto esto termine, me retiro del cuerpo —añadió Diego para facilitar la decisión—. Me perderás de vista para siempre. Te doy mi palabra.

Barbadillo sopesó la situación. No encontró ninguna objeción relevante.

—Está bien. Pero cuando este caso acabe te vas, ¿cierto?

—Correcto.

—Subinspector Jaenada, ordene en la central que devuelvan la placa y el arma al inspector Guerra en cuanto llegue. Ambas están en el primer cajón de mi despacho —ordenó para girarse luego a Diego—. Inspector Guerra, vuelve usted a estar a cargo del caso —afirmó Barbadillo que pareció quitarse un gran peso de encima.

—Sólo una cosa más —soltó Diego.

El comisario se giró con cara de pocos amigos.

—Levante también la sanción a Daniel. Su expediente se anulará. Dijera lo que dijese en aquella sala, lo hizo por amistad. Yo me voy y el expediente se viene conmigo.

—De acuerdo —refunfuñó el comisario—. ¿Algo más? ¿Un piso en Portocristo, quizás?

Diego meneó la cabeza y Barbadillo escurrió el bulto del almacén con rapidez.

—¿Va en serio? —preguntó Daniel cuando se quedaron solos.

—Sí, Daniel. Estoy harto. Si salgo de esto con vida, lo dejo.

El forense intentó protestar pero se vieron interrumpidos por un técnico de la científica que acababa de entrar por la puerta.

—El comisario Barbadillo nos ha puesto al corriente. Ya hemos hecho una inspección preliminar del piso.

—¿Algo relevante? —preguntó Diego.

—El artefacto principal era una olla a presión repleta de azufre y clorato de potasio

—Pólvora casera —apunto Daniel.

—Así es. Llenaron la olla con clavos, tornillos, tuercas o toda clase de metralla. La tapa la hemos encontrado casi intacta. En la parte superior tenía un orificio irregular, seguramente hecho con un taladro. Hay restos de algún tipo de mecha que pasan por dentro. También había restos de varias velas cerca de la entrada.

—¿Velas?

—Así es. Cirios, de gran tamaño. De unos cuarenta centímetros de altura y diez de diámetro. Son velas que pueden quedarse encendidas varios días. Al menos había tres repartidas por distintos puntos de la cocina.

—¿Tres?

—Sí, una por cada artefacto.

—¿Había tres ollas cargadas de esa basura?

—Así es. Dos han explotado y una, aunque ha sufrido severos daños, está relativamente intacta. Las mechas estaban sujetas de alguna forma que todavía desconocemos a la cerradura de la puerta. Los agentes, al irrumpir en la casa, tiraron las mechas al suelo, encima de los cirios. Eran mechas de combustión rápida. Tardan unos tres o cuatro segundos por metro de mecha. No les dio tiempo ni a saber qué pasó. Además, la primera y la segunda estaban conectadas entre sí.

—¿A qué se refiere con conectadas?

—Además de la mecha principal, tenía una que las unía a ambas. Supongo que quería asegurarse que al menos las dos primeras estallasen. Otro dato interesante es la posición de las bombas. Fueron colocadas de manera estratégica entre el pasillo y la cocina de forma que la onda expansiva fuese máxima. Quien hizo esto sabía lo que hacía, inspector.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Sí. En uno de los dormitorios hemos encontrado restos de sangre y fluidos corporales sobre un colchón. Hemos sacado muestras y en unas seis horas tendremos resultados.

Diego, pensativo, se puso a dar vueltas alrededor de la sala. El técnico y Daniel lo miraban con sorpresa.

—¿Cuánto tiempo habrían durado encendidos los cirios?

—¿Qué? Pues no lo sé. Depende de varias cosas, señor. Temperatura ambiente, corrientes de aire, si las puertas estaban abiertas o cerradas... Hay varios factores.

—Necesito una cifra aproximada en horas.

—No sé. Puede que 72 horas, 96 a lo sumo. No estaba dentro de ningún recipiente como un vaso o similar, por lo que su vida media se acorta. ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque ese es el tiempo que le queda a la chica de vida. Si pasadas esas horas, las velas se apagan, hubiéramos entrado en el piso sin ningún problema. Al parecer le daba igual que entrásemos allí pasado este tiempo. Una vez pasado ese tiempo, todo habrá acabado.

Los tres miraron al suelo abatidos.

—Dudo que podamos resolver esto a tiempo —susurró Daniel—. ¡72 horas es una locura!

—Lo haremos —afirmó con determinación— Daniel, ve a la central con los técnicos y échales una mano en lo que puedas. Dame tu teléfono. Si averiguas algo, llámame.

—¿Y tú, que vas a hacer?

—Yo voy a ver el piso y luego iré a casa de Artigues. Vamos, en marcha.

Daniel y el técnico se metieron en el furgón funerario y se perdieron entre la muralla de curiosos que estaban al otro lado del cordón policial. Las primeras cámaras y equipos de televisión llevaban rato emitiendo. Diego se dirigió con determinación al bloque. Cuando llegó al tercer piso, todo el mundo lo estaba mirando. Tras reorganizar las tareas a los distintos equipos, Diego se fue directo al dormitorio. Allí, en el suelo, había tirado un viejo colchón mugriento. Se adivinaban restos de sangre seca y encima de la mesita de noche había trozos de cinta americana. Un técnico, que estaba haciendo fotos, dejó la cámara y empezó a coger bolsas para pruebas. Con cuidado, Diego se asomó por la ventana. Daba a un pequeño descampado que hacía las veces de improvisado aparcamiento. De repente observó que no estaba cerrada del todo. Descorrió las cortinas y vio el porqué. Atada al radiador de debajo de la ventana había una vieja cuerda de escalada. Aunque no estaba nueva, bien podría haber aguantado el peso de una persona descendiendo por ella. Aunque de dos, ya era otra cosa.

—Ven aquí y fotografía esto —ordenó Diego al técnico—. Y quédate aquí.

Diego salió de la casa corriendo, bajando los escalones de tres en tres. Una vez fuera del bloque, le dio la vuelta, buscando la ventana del piso. La cuerda llegaba prácticamente hasta el suelo. Se

colocó unos guantes y se colgó sobre ella. Pudo escuchar cómo se tensaban los miles de hilos que la formaban. Luego se soltó. Aquella cuerda podría haber soportado el peso de una persona pero siempre y cuando no llevase a la chica consigo. Se fijó entonces en el suelo. Marcadas en la tierra, unas huellas salían de la cuerda en dirección al aparcamiento. Diego las siguió con cuidado. Se perdían junto al rastro de unos neumáticos. El inspector avisó por radio. Minutos después, varios agentes y técnicos acordonaban la zona y empezaban a recoger pruebas. Diego decidió entonces volver al piso.

—¡Inspector Guerra, perdone! —le gritó un agente imberbe desde el perímetro de seguridad con una anciana cogida de su brazo.

Diego suspiró. No tenía tiempo para esto. El agente seguía haciendo aspavientos. Se acercó con lentitud.

—¿Sí, agente?

—Buenos días, inspector —saludó el joven al tiempo que se cuadraba.

—Tranquilo, hijo. Esto no es el ejército. ¿Qué quieres?

—Esta es la señora Carmen Expósito. Vive debajo del piso afectado.

—Comprendo. Señora, lo siento mucho pero no sé cuándo vamos a poder permitirle entrar en su casa. Los técnicos están evaluando los daños.

—No es eso, señor. Esta mujer dice haber visto al asesino.

Diego dio un respingo. La mujer tomó la palabra.

—Escuché ruido en el piso de arriba y alguien salió dando un portazo. No es que sea una cotilla pero me acerqué a mirar por la mirilla. Alguien arrastraba algo escaleras abajo. Puse la cadenita de la puerta y entreabrí. Ese desalmado pasó, arrastrando tras de sí un gran saco de deporte de color negro.

—¿Pudo usted verle la cara?

—No, inspector. Llevaba una especie de chaquetón con capucha y la luz de la escalera estaba apagada. Al verme, me gritó que me metiese en mi casa. ¡Incluso me llamó vieja chafardera!

—¿Podría decirme cuánto medía?

—Como yo. Quizás un poco más.

Aquella mujer mediría un metro sesenta, sesenta y cinco tal vez. No encajaba. Diego se giró hacia el bloque. Era un edificio de seis alturas y a buen seguro que en él vivía mucha gente a la que gustaba pasar desapercibida. Pudo ser cualquiera.

—Muchas gracias, señora Expósito. Ha sido usted de gran ayuda para la investigación. Agente, tome declaración a esta señora y luego que la firme. Cuando acabe, llévela a la central y busque al agente de guardia para que la adjunte a la investigación del caso. Gracias y buenos días.

Se giró y se fue de nuevo al piso. Cuando entró, vio a un agente con medio cuerpo dentro de lo que parecía ser una antigua cocina de hierro forjado.

—¿Qué hace ahí metido? —preguntó Diego.

—¡Joder, que estrecho! —gritó una voz desde dentro— ¡Un segundo, señor!

Instantes después, un tipo regordete salió con la cara tiznada de su interior.

—Es increíble. A pesar del impacto de la detonación, esta cocina está casi intacta. Las cosas que se hacían antes eran de mejor calidad. Hoy en día todo esto hecho para durar dos días.

—Agente, por favor —dijo Diego.

—Sí, señor. Está claro que la usaba para cocinar pero también era su particular incineradora de documentos. He encontrado distintos restos de papel. Muchos miden poco más de un milímetro.

—¿Y ha conseguido averiguar algo?

—¿Bromea? Necesitaré semanas, tal vez meses para recomponer este rompecabezas. El más grande que he encontrado es éste. Mírelo, es un poco raro, ¿no cree?

En un primer momento, Diego no se dio cuenta. Era un pedazo casi cuadrado de cartón azul oscuro, ennegrecido, de unos dos centímetros por cada lado. Su acabado era parecido al cuero. Tras colocarse guantes, lo sacó para tocarlo. Incluso a través del látex supo al instante a qué documento pertenecía aquel trozo de pergamino. Parte de la neblina que oscurecía su cabeza se disipó.

—Lleve esto a la central. Quiero que le dé prioridad máxima, ¿comprende?

—De acuerdo, señor.

Tras devolver la prueba al técnico, Diego salió de la casa como alma que lleva el diablo. Tras dar un par de ordenes al agente de más rango, se metió en el ford Focus de su vecina y salió como una exhalación. Tenía que ir a casa de los Artigues a comprobar algo con urgencia, pero antes tenía que pasar por el juzgado.

Daniel estaba abrumado. Los cadáveres se amontonaban y no había tiempo que perder. Sus neuronas, cansadas ante tanta desgracia, no daban para más. Un carraspeo le hizo enderezarse de golpe. La espalda le estaba matando.

—¡Hola Pedro, me alegro de verte! —saludó Daniel— Gracias por venir tan rápido.

—No hay de qué. ¿Dónde me puedo cambiar?

—Pasa por ahí, esa habitación de la derecha.

—Vale —dijo el desconocido antes de encerrarse en el pequeño aseo que hacía tan bien las veces de improvisado vestuario.

Daniel cogió una cápsula de café negro y la metió en la máquina. El comisario Barbadillo irrumpió en la sala de autopsias con su recuperada prepotencia.

—¿Eres consciente del lío que tengo? Estoy organizando el funeral de Ramírez y de los otros agentes. ¿Qué quieres?

—Primero que firmes esta autorización económica. Es para contratar de manera extraordinaria a Pedro Martínez, un forense amigo mío. Sin ayuda, tardaría semanas en acabar. Y esa chica no tiene una semana.

—Esa chica seguro que está muerta, Daniel —aseveró el comisario—. Mándame el informe completo para que autorice el gasto. Que nadie luego pueda decir que yo no hice todo lo que pude. ¿Algo más? Estoy ocupado.

—Diego me ha avisado. Necesita algo del juzgado.

El forense paso a explicarle los hallazgos de Diego y lo que necesitaba. La tez de Barbadillo palidecía. Cuando Daniel acabó su relato no tenía mejor color que los ocupantes de las metálicas mesas.

—Está bien. Me pondré a ello personalmente. Me voy.

—Adiós.

Daniel se bebió su café de un sorbo mientras el comisario salía corriendo escaleras arriba.

Serían las doce del mediodía cuando detuvo el coche delante de la casa de los Artigues, que seguía teniendo un aspecto imponente. En la puerta, custodiando la entrada, había una mujer. Tendría unos 35 años y un cuerpo bien modelado ceñido en unos vaqueros desgastados, botas de piel gruesa y una pequeña blusa estampada. Llevaba el pelo teñido y unas enormes gafas de sol ocultaban, a pesar del nublado, su mirada. No era policía, eso seguro.

—Hola, buenos días. ¿Es usted el agente encargado del caso?

—Sí. ¿Y usted es?

—Marian Fernandez, del diario Gaceta Balear. Me gustaría hacerle unas preguntas.

Diego siempre había odiado a los periodistas.

—¿Así que usted es la responsable de esa portada que he visto hace unas horas?

—Sí. Y me gustaría que me confirme...

—No le voy a confirmar una mierda. Los periodistas sois escoria.

Aquel ataque pilló a la chica desprevenida. Intentó abrir la boca para protestar.

—Yo sólo hago mi trabajo.

—¿Tu trabajo? ¿Jamás has pensado que tu trabajo puede poner vidas en juego?

La chica mantuvo silencio. Y a Diego de repente se le encendió una idea. Era algo más que posible.

—¿Quién es tu fuente? ¿Quién te ha dado la identidad de las víctimas?

—Hay una cosa que se llama privacidad de las...

—¡Déjate de hostias! ¡La vida una chica está en juego! —gritó Diego mientras la agarraba de los brazos y la zarandeaba.

La chica, tan sorprendida como asustada, se echó a llorar. Diego la soltó. Temblaba.

—Mira, haremos una cosa. Dime quién es tu fuente y cuando todo esto acabe, te daré una buena historia.

Más calmada, se enderezó. Su mirada era muy dura.

—¿Y cómo sé que cumplirá su palabra?

—Porque yo siempre la cumplo. Y ahora, el informante.

La chica suspiró.

—¿Todo esto será extraoficial?

—Por supuesto. Sólo lo sabré yo y no lo reflejaré en ningún informe.

—Está bien. Es un subinspector de la central. Se llama Ramírez. Intentó coquetear conmigo en una recepción oficial y desde entonces me pasa información.

—¿Ramírez?

—Sí. ¿Le conoce?

—En efecto, le conocía —afirmó Diego—. ¿A cambio de qué te pasaba información?

—Creo que aspiraba a acostarse conmigo en el futuro.

—Eso ya nunca sucederá.

Cuando Diego le explicó a la chica como se había producido la muerte del subinspector, empezó a sentir náuseas.

—¡Pero si le he visto hace unas horas aquí! No serían más de las siete de la mañana...

—De aquí se han marchado directos al piso donde ha tenido lugar la explosión.

Diego esperó a que sus palabras hiciesen mella. La joven parecía aturdida.

—No puede usted contar nada de este asunto, señorita. Al menos, hasta que la chica aparezca. Pondríamos su vida en peligro.

—¿Una chica? Ramírez no me dijo nada...

—Ramírez no era idiota y sabía que en las desapariciones cuanto menor sea el ruido, más probabilidades tiene la víctima. Por eso tiene que guardar silencio.

—¿Silencio? ¡No me puede pedir eso! Existe la libertad de prensa...

—Llevamos media docena de muertos en poco más de tres días y tres de ellos eran policías. Además, una chica de veinte años sigue desaparecida. Creo que son motivos más que suficientes para que mantenga la boca cerrada.

—¿Qué garantía tengo de que nadie pisará mi historia?

—Ninguna. Pero si le sirve, puedo arrestarla sin cargos 48 horas.

La joven pareció dudar. Luego sacó una tarjeta y se la entregó al inspector.

—Está bien, inspector. Pero cuando esto acabe, tendré prioridad sobre esto. La exclusiva será sólo mía. ¿De acuerdo?

—Tiene mi palabra.

—Si me entero de algo más, le avisaré.

Tras hacer un gesto con la cabeza, la periodista se montó en un pequeño coche y se perdió por la carretera.

Diego llamó al interfono. Un pitido le permitió el acceso. Tras entrar y saludar a los compañeros que estaban en la puerta, se acercó a la fuente donde se había encontrado el cuerpo del guardia de seguridad. Sólo una cinta amarilla que estaba sujeta a los bordes demostraba que allí había sucedido algo. Tras inspeccionar unos minutos el lugar, no encontró nada y decidió centrarse en el interior de la casa. Traspasó la gran puerta principal y se fue directo al salón donde, dibujada en el suelo, encontró la silueta de Artigues. Una agente de la policía local que estaba custodiando el interior se asustó al ver al inspector.

—¡Joder, qué susto! —gritó— ¿No sabe usted avisar?

—Los asesinos no avisan —soltó Diego con acidez—. Debe estar usted alerta y no dejarse sorprender.

La agente se mantuvo en silencio. Diego pensó que había sido demasiado duro.

—Soy el inspector Diego Guerra. Estoy a cargo del caso.

—¡Es usted! ¡Para quién va dirigida la nota! —exclamó excitada— Yo soy la agente de movilidad ciudadana Irene Gelabert, señor.

Diego se giró y miró la sangre reseca de la cristalera. “Tú serás el siguiente, inspector Guerra”. Estaba escrita en letras mayúsculas y con una caligrafía más bien pobre. Aquel tipo le había cogido verdadero cariño, sin duda.

—Encantado, agente Gelabert. ¿Ha venido alguien más por aquí?

—Desde que se fue el comisario y su gente, no —explicó—. Hace unas cuatro o cinco horas.

La agente le contó al inspector de manera aproximada los hallazgos que habían llevado a cabo. Al parecer, no se habían esmerado demasiado en la investigación. Barbadillo siempre había sido un chapucero más preocupado por las prisas que por los resultados.

—Bien, agente. Si le apetece vamos a hacer una búsqueda exhaustiva en la casa —ordenó Diego—. Empezaremos por esta planta y luego iremos al piso de arriba. Mírelo todo, papel a papel, centímetro a centímetro. Sin prisas.

Al principio empezaron con mucha fuerza. Mirando en cada losa del suelo, pared o armario. Minuto a minuto, el reloj corrió sin contemplaciones. Eran casi las diez de la noche cuando la extenuación amenazaba con llevarse por delante las pocas esperanzas que aún mantenían. Salvo una pausa para comer algunas sobras de la nevera del difunto, la tarde se había hecho eterna. Aun así, la joven seguía excitada por la gravedad de la situación. Habían transcurrido un par de horas desde el último café cuando la agente Gelabert empezó a hablar.

—Inspector, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí, dígame —contestó Diego hastiado.

—El que hizo esto... ¿asesinó a la agente López, verdad?

Diego se incorporó. Pobre chica. Salió de la habitación y fue hacia el cuarto de baño de Artigues, donde la joven estaba a oscuras buscando rastros de sangre o fluidos con su linterna tipo Sutter.

—No está demostrado pero es casi seguro. Lleva su firma.

La joven se incorporó de detrás del bidé. Incluso con el baño a oscuras, Diego notó como lo miraba.

—No sé qué puede llevar a alguien a hacer eso. ¡Ella no le había hecho nada!

El inspector asintió comprensivo. En ocasiones también se había sentido golpeado por la incapacidad para comprender ciertos crímenes. No obstante, hacía años que no se sorprendía al comprobar día tras día hasta dónde llegaba la crueldad del ser humano.

—La agente López sólo tuvo la mala suerte de estar en el sitio menos adecuado y en el momento menos oportuno. Le podía haber pasado a cualquiera.

—Incluso a mí. ¿Sabe que ella y yo intercambiamos destinos? Al final no quería la unidad que me habían asignado y como ella tampoco quería estar aquí, acordamos intercambiar nuestros puestos. Yo debería haber estado en ese piso.

Una lágrima rodó, sin aspavientos, por su mejilla.

—Su destino no era estar allí sino aquí, conmigo. No piense más en el azar y concéntrese. Ayúdeme a cazar a ese hijo de perra.

—Está bien.

Cuando Diego se encaminaba de nuevo al despacho de Artigues, la joven le llamó de nuevo.

—¡¡Señor!! ¡¡Venga aquí!!

Diego se giró sobre sus pasos y se encontró a la joven con la luz fija detrás del grifo monomando del bidé.

—¡Sangre, señor! —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja— ¡Y parece fresca!

Rodeada de abundantes setos y vegetación, la pequeña finca estaba separada del camino por un muro de enormes rocas de marés. Tras pasar una imponente valla de hierro forjado, el camino ascendía serpenteante entre los abandonados bancales de piedra. La casa, a unos quinientos metros de la entrada, estaba situada al refugio de una pequeña arboleda y a salvo de miradas indiscretas. La planta del edificio, de unos 80 metros, tenía dos alturas y databa de principios de siglo. Aunque estaba parcialmente reformada, sus gruesas paredes de roca le conferían un aspecto pretérito y señorial.

Mientras apuraba con pausa la taza de café, observaba por la ventana el espectacular valle que se acunaba bajo los escarpados picos. Tener una casa como aquella en plena Sierra de la Tramuntana era un privilegio que iba a echar de menos cuando se marchase de la isla. Un leve crujir de muelles le puso en alerta. La chica, agotada por el traslado, ya estaba durmiendo en sus nuevos aposentos. Por un momento tuvo la tentación de molestarla pero luego decidió salir a estirar las piernas. Al fin y al cabo, tampoco tenía que abusar. Detrás de la casa había un pequeño pero frondoso bosque mediterráneo, compuesto en casi su totalidad por pinos, encinas y eucaliptos. Apenas visible por el follaje, un pequeño camino llevaba tras unos tres kilómetros de subir y bajar pendientes a uno de los acantilados más bonitos que él jamás había visto. Lejos de las garras de su abuelo, en aquella casa pasó largas temporadas con su padre. Paseaban por el bosque, recogían leña para la chimenea y jugaban a todo lo que él quería. No muy lejos, por un camino lateral, se llegaba a una finca abandonada repleta de árboles frutales. Sus dueños habían muerto sin dejar descendencia y la propiedad pasó a manos del ayuntamiento durante los siguientes veinticinco años que marca la ley. Él y su padre se colaban por un agujero en el muro de piedra de la finca y, según la época del año, se llevaban un variado cesto cargado con frutas. Naranjas, mandarinas, higos, peras o manzanas, dulces como el almíbar, copaban aquel pequeño jardín de las delicias según la época estacional. Era su pequeño paraíso en la tierra. Muchas tardes, llegaban hasta el acantilado y, tras bajar por un escarpado sendero, llegaban a una minúscula cala de aguas azul turquesa donde estaban toda la tarde nadando y pescando. Si alguna vez en su vida llegó a ser feliz fue en aquellos momentos pasados con su padre. Pero cuando él entró en prisión, su felicidad murió. Hacía ya unos años que una pareja de alemanes sesentones habían comprado la finca y amurallado el complejo, cortando hasta el último árbol. Si por él fuera, los habría matado hacía ya bastante tiempo. Encendió la radio de su teléfono, conectó sus cascos, puso la música a todo volumen y empezó a trotar entre la maleza. Cuando todo concluyese buscaría algún rincón virgen, escondido del mundo, donde volver a disfrutar de aquellos momentos de infancia. Incluso a lo mejor se casaba y tenía hijos. Todo sería posible.

El inspector Diego Guerra irrumpió como el oleaje contra el dique del puerto. Daniel estaba tumbado en el sofá de su despacho, roncando y babeando con la boca abierta. Era casi medianoche y el pobre parecía agotado.

—¡Daniel! —susurraba mientras le zarandeaba— ¡Despierta de una vez!

El forense se levantó de un salto, con cara de pocos amigos tras ver la cara de su despertador.

—¡Si quieres matarme de un susto, has estado muy cerca de conseguirlo!

—Lávate la cara y ven. Iré haciendo café.

Un minuto después el forense entró en la sala de autopsias. El inspector había hecho un hueco en el viejo escritorio. Había dejado un par de documentos y un par de botes de muestras, metidos en una bolsa. Daniel miró su soborno: una humeante taza de café. Luego, tras servirse dos azucarillos, dio un sorbo. Diego Guerra lo miraba sonriente.

—Si no me lo explicas, no me voy a enterar. Hasta dentro de un rato no estaré despierto.

—Siéntese, señor forense. Hoy parece Navidad. En primer lugar, tenemos el bote número uno. Es una muestra de sangre.

—Todavía no estoy impresionado.

—La agente Gelabert, que está de custodia en casa de Artigues, ha sido determinante. ¿Sabes dónde ha encontrado la sangre?

—Ni la más remota idea.

—En la parte trasera del grifo del bidé.

El forense miró sorprendido a su amigo.

—Y eso no es lo único —prosiguió el inspector—. Aquí está el dedo índice de la mano derecha del señor Artigues. ¿Sabes por qué no los dejó con el resto?

—¿Por qué?

—Porque este dedo abre la caja fuerte que hay en el despacho de Artigues. Es una de esas cajas con lectura de huella digital.

—Sí, pero esas máquinas tienen, además de una huella, una clave como mecanismo de seguridad. Son dos llaves que se deben usar al unísono.

—Te olvidas que el asesino retiene a su hija.

Daniel se quedó confuso unos segundos. Luego, de repente, la cafeína recorrió el telón.

—¡La chica! ¡Seguro que ella sabía la clave de la caja fuerte!

—La caja estaba abierta cuando la encontramos.

—¿Había algo dentro?

—No. Estaba vacía.

El forense bajo ligeramente los brazos en señal de decepción.

—Tranquilo. Aún queda lo mejor —afirmó el inspector—. Ya se la identidad del asesino.

Se secó el pelo con la toalla mientras encendía su portátil. Quería ver otra vez el reciente saldo de su cuenta. Entró en la web de su nuevo banco en las islas Caimán y metió su clave de acceso. Mientras el programa cargaba, pensó en aquel pobre desgraciado. El patrimonio de Artigues era enorme pero entre todas sus cuentas tenía algo menos de 5 millones de euros en dinero líquido. Tras el trabajo de un par de socios, especialistas en delitos informáticos y blanqueo de capitales, el saldo que había conseguido transferir era de unos 3,6 millones. La policía tardaría meses en rastrear el dinero y, para cuando lo hiciese, estaría muy lejos. Podría empezar de cero en un paraíso tropical de aguas cálidas y atardeceres de ensueño. Pasó sus dedos por encima de la fotografía de su nuevo pasaporte mientras una sonrisa le abordaba el rostro. Nadie notaría nada. En un par de días, todo esto habría terminado y tendría una vida lejos de todo aquello que había sido. Un sueño hecho realidad. El fin del ruido de la ducha hizo que se pusiese en alerta. Apagó el ordenador, se levantó y se aflojó la toalla. Luego, con sigilo, se metió en el baño de nuevo entre nubes de vapor.

Barbadillo estaba todavía sorprendido. El forense Daniel Ciges y el inspector Diego Guerra eran las últimas personas a las que esperaba encontrar delante de su casa a las dos de la mañana.

—Sois una auténtica pesadilla, joder.

—Sabemos el nombre del asesino —soltó Daniel a bocajarro.

Barbadillo abrió la boca de par en par.

—Pasad.

La casa estaba decorada con estilo minimalista. Elementos metálicos de aluminio y dorado con formas y figuras geométricas. Eran muebles caros, eso saltaba a primera vista. Al parecer, la vida no le iba nada mal al comisario.

—¿Y bien?

—Javier Hernández Sonseca —apuntó Daniel mientras le daba un dossier a Barbadillo—, 33 años. Varias detenciones antes de cumplir la mayoría de edad: robo, atraco, agresión. Su padre era Pedro Hernández, alias “El Negro”.

—No me suena.

—Era un atracador de poca monta que malvivía atracando viejas en soportales. Al final organizó un golpe a una sucursal donde murió un guardia de seguridad. Aunque escapó, le dimos caza. Dio con sus huesos en la cárcel y murió allí años más tarde en una reyerta.

—¿Cómo saben que es él?

—Cuando cumplió los veinte, Javier quiso cambiar de vida. Entró en el ejército y, a base de esfuerzo y tesón, llegó a ser cabo primero en sólo unos años. ¿Sabe a qué unidad pertenecía, señor?

—Ni idea —contestó el comisario que se había sentado en el sofá de cuero negro.

—Artificieros. La compañía de Hoyo de Manzanares.

—¡Hijo de puta! —exclamó el comisario— ¿Sigue en activo?

—No. Hace un par de años lo echaron. Se presentó al examen de ascenso a sargento y alguien rebuscó en su historial, encontrando sus antecedentes cuando era menor. Fue expulsado del cuerpo con deshonor. Desde entonces ha trabajado en centros comerciales, de guardia de seguridad y hasta en una hamburguesería

—¿Y qué hay de la madre?

—La madre murió al poco de nacer el niño, de una infección tras el parto. De hecho, el chaval se crió con sus abuelos paternos. Cuando tenía unos diez años, el padre conoció a una chica y empezó con ella una nueva relación. Esa chica se llamaba María Narváez. ¿No le suena el nombre?

—¿Debería? —preguntó Barbadillo con cara de idiota.

—La chica se cambió su nombre por otro más artístico y sonoro, acorde a su nueva profesión: María Berdún.

Barbadillo abrió tanto los ojos que pensaron que, con total probabilidad, se le saldrían pronto de sus cuencas. Intento articular palabra un par de veces pero el sonido pareció negarse a salir de sus cuerdas vocales.

—Entonces la chica desaparecida y él son... son... —farfulló el comisario.

—Hermanos por parte de padre —apuntó Diego que se había mantenido en un silencioso segundo plano.

—¡Hostias! Necesito una copa. ¿Queréis algo?

—No señor. Estamos de servicio —contestó Daniel.

El comisario se echó un trago de whisky en el vaso que engulló de golpe. Luego se sirvió otro. Meneaba la cabeza de lado a lado.

—Hay más, señor —afirmó Daniel.

—¿Más?

—Sí. El agente encargado de detener al padre del chico y meterlo en la cárcel está en esta habitación —afirmó Daniel—. Y no es ni usted ni yo.

Ambos hombres se giraron hacia el inspector Guerra que estaba sacando un pitillo y buscaba su mechero entre las ropas.

—¡Joder! —exclamó el comisario— Así que al final todo esto es por tu culpa, ¿no, Diego?

La sonrisa que surcó el rostro del inspector no era del todo amistosa.

—Si me hubiese dejado registrar el piso de la actriz en la primera ocasión, esto ya habría acabado. Mandar al imbécil de Ramírez a estorbar no fue muy buena idea, comisario.

—¡No le consiento que hable así de un compañero fallecido!

—¡Muerto o no, Ramírez era un idiota! —gritó Diego al tiempo que se encaraba con Barbadillo.

—¡Señores, por favor! ¡Tengamos la fiesta en paz! —medió Daniel.

Comisario e inspector se miraron con un odio profundo. La brecha que se les separaba jamás se cerraría.

—Un momento... —murmuró de repente Barbadillo— ¿Cómo demonios has descubierto todo esto? ¿Acaso te llegó a la cabeza por inspiración divina?

—En la cocina del piso que explotó, entre los escombros de una vieja cocina de hierro fundido, encontramos un trozo de papel apergaminado azul que resultó ser parte del libro de familia de María Berdún. En él, además de salir los datos del padre y de la chica, sale la adopción que hizo la actriz del chico cuando el padre entró en la cárcel. Fuimos al juzgado de guardia y obtuvimos un duplicado. Así le descubrimos.

—Y por eso volvió al piso de la actriz. Además de sus fotos de pequeño con su familia, quería el libro de familia. De haberlo obtenido nosotros, hubiésemos ido a buscarle antes y esto ya habría terminado —soltó Diego.

—Entiendo —afirmó el comisario—. ¿Y cómo supiste que ese trozo de cartón era de un libro de familia? ¿Tienes un doctorado en documentos oficiales?

—Han sido muchas noches bebiendo y fumando bajo su tacto. Lo único que me queda de los míos son algunas fotos viejas, ese maldito libro azul con letras doradas y mis malas pulgas. Te espero abajo, Daniel.

El comisario y el forense se quedaron en silencio sin saber muy bien qué decir.

—Tenemos que pedirle un favor, señor.

—¿Un favor?

—Sí —afirmó Daniel— No diga nada hasta mañana. Diego... el inspector Guerra cree que ese tipo nos vigila de alguna manera. Si montamos un amplio dispositivo, es posible que nos vea y mate a la chica. Sólo le pedimos carta blanca hasta el mediodía de mañana.

—¡Si se cree que se va a llevar todo el mérito de la detención..!

—¡Señor, a Diego el mérito le importa una mierda! ¡Sólo quiere darle más opciones a la chica!

—grito Daniel, que hizo un ademán para recomponerse— Si sale bien, usted saldrá en prensa y dirá que fue una operación secreta. Si sale mal...esta conversación no habrá tenido lugar y usted no estaba enterado. En cualquier caso, usted gana, señor comisario.

Barbadillo se levantó del sofá y se puso a mirar por el balcón.

—Está bien. Tenéis hasta las doce. Ni un minuto más. El equipo de Madrid llega a las cinco y quiero tener esto resuelto para entonces.

—Gracias, señor —dijo Daniel al tiempo que se giraba para marcharse.

—Ciges.

—¿Sí, señor?

—Es una pena. Tenía grandes planes para usted.

El forense le soltó una lacónica sonrisa.

—Se los puede meter usted por donde le quepa, señor. Buenas noches —soltó mientras salía dando un portazo.

Diego Guerra esperaba fumando un cigarrillo sentado en el capó del coche. Cuando vio llegar a su amigo, levantó la mirada.

—¿Qué ha dicho?

—No sé si tiene más ganas de joderme o de llevarse méritos que no son suyos.

—De joderme, seguro. Es demasiado ruin y mezquino.

—En marcha —dijo Daniel mientras rodeaba el coche.

Aquel zumbido en su portátil le sorprendió. Se sentó en la desvencijada silla y levantó la tapa. Cuando la policía había irrumpido en el piso donde había estado con la chica retenida se sintió aliviado. Había estado semanas preparando las bombas y estudiando dónde colocar las cargas para crear el máximo daño posible. Es cierto que la huida había sido algo precipitada pero la explosión de aquel piso era una parte esencial de su plan. Había disfrutado mucho viéndolo todo saltar por los aires y el número de agentes muertos y heridos, según las noticias, era excelente. Por eso ahora se había quedado de piedra. El inspector Guerra y aquel maldito forense estaban rebuscando en casa de sus abuelos. Ver a aquel pedazo de escoria abriendo sus armarios le carcomía sus más íntimos pensamientos. ¿Cómo diablos habían dado con su paradero? Si estaban allí sólo podía significar que al final habían descubierto su verdadera identidad. Toda la operación acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. No le gustaba el cambio de rumbo que había tomado todo y a la chica le iba a gustar mucho menos. Se levantó de golpe y se encaminó a la habitación con cara de pocos amigos.

El vetusto piso estaba en mitad de una colmena. Situado en un pleno centro de la ciudad, aquella zona había crecido de manera descontrolada para dar cabida a toda la inmigración que llegaba a la isla en los 80 y los 90. Tendría unos setenta metros cuadrados y además de salón, entrada y cocina, sólo tenía un par de dormitorios. Las paredes, cubiertas de un amarillento papel pintado, estaban enmohecidas por el paso de los años. La cocina y el resto de los muebles de la casa parecían sacados de una película de los años sesenta. Inspeccionaron las estancias con sumo cuidado. La capa de polvo, la nevera vacía y el olor a cerrado daban fe de que hacía tiempo que en aquel piso no vivía nadie. Daniel se quedó en el salón mientras Diego inspeccionaba los dormitorios. Entró primero en el más grande. Había una inmensa cama de matrimonio y un viejo armario de tres puertas con un enorme espejo en una de ellas. Sin saber muy bien por qué, Diego sintió un estremecimiento. Su intuición le decía que aquel no había sido un hogar feliz. Con cuidado, abrió las puertas de los armarios. Todos estaban vacíos a excepción de la puerta central. Sobre la barra de aluminio, un desgastado cinturón de cuero ennegrecido colgaba de una percha. Diego lo cogió y, después de pasar sus dedos por su superficie, lo acercó a su nariz. El aroma que desprendió le resultó vagamente familiar. Las piezas, con lentitud, iban encajando. Lo soltó sobre la cama y entonces reparó en él. Del marco de la ventana, un pequeño cable de color marfil sobresalía ligeramente por uno de los bordes. Diego se acercó y se fijó que estaba adherido allí por trozos de silicona transparente. Al parecer, el calor había soltado el cable de su escondite. Empezó a tirar del mismo con cuidado y, como si de un rastro de migas de pan se tratase, no tardó en llegar a su final. Abrió con esfuerzo el tambucho de la persiana y se quedó sorprendido. Dentro había una pequeña cámara que tenía total visión del dormitorio. Diego la arrancó y se la acercó al rostro.

—Voy a por ti, pedazo de escoria —soltó antes de arrancarle el cable.

En la finca, con los ojos como platos, Javier se quedó enmudecido. Por primera vez en muchos años, volvía a sentir miedo.

Tras acabar de registrar el dormitorio, fue a por Daniel con la cámara en la mano.

—Mira lo que he encontrado —afirmó.

Daniel la cogió con cuidado y la observó.

—Es de las caras. Al menos vale trescientos euros.

—Peinemos esto por si encontramos alguna más.

—Deberíamos ir con cuidado. Podría haber explosivos.

—No —negó Diego pensativo—. Esta casa es lo último que tiene. No la dañaría. Creo que, de pequeño, sufrió algún tipo de maltrato por parte de sus abuelos. Ven a ver algo que he encontrado.

Diego llevó al forense al dormitorio y le enseñó el cinturón. Tras examinarlo, el forense llegó a la misma conclusión.

—Sin duda es sangre. Pero, ¿cómo sabes que es suya?

—No lo sé a ciencia cierta. Sólo es una intuición —confesó Diego—. Es lo único que ha

conservado de toda la casa. El hecho de dejarla colgada en el armario...no sé. Me invita a pensar que la dejó colgada para recordarse lo sufrido aquí. Aunque sólo son conjeturas.

El forense asintió con levedad. Había aprendido que las corazonadas de Diego solían ser certeras. Tenía instinto para esas cosas.

—Será mejor que llamemos al equipo de la científica. No creo que haya nada más aquí pero no podemos permitirnos dejar nada al azar. Ya nos lleva demasiada ventaja.

—De acuerdo. Los llamaré.

Mientras Daniel hablaba con la central, el inspector se acercó sediento al fregadero. Abrió el armario de la derecha en busca de un vaso y encontró algo mejor para el tremendo dolor de cabeza que le acompañaba: una caja de paracetamol intacta. Tras abrirla cogió un par de pastillas y se las echó a la boca. Luego alargó la mano a por un viejo vaso de duralex y lo llenó hasta el borde. Mientras bebía, observó un poco más detenidamente el armario. Había un pequeño botiquín y muchos de los envases estaban sin abrir. Miró con detenimiento las etiquetas y una idea le empezó a rondar la cabeza. Cerró el armario y salió por la puerta principal hasta llegar a la puerta del vecino de enfrente. Tocó el timbre un par de veces.

—¡Pero quién diablos llama así a estas horas!;Espero que se haya declarado un incendio y sean los bomberos porque si no...! —exclamó a través de la puerta un hombre que rondaría los ochenta años antes de abrir la puerta.

—No soy bombero, señor. Soy el inspector Diego Guerra y necesito hacerle un par de preguntas, si no tiene inconveniente.

—Claro que sí. Pero no podían esperar a mañana...

—Es importante.

—Está bien. Usted dirá.

—Su nombre es...

—Cifuentes. Anselmo Cifuentes. Aunque todos siempre me han llamado Cifu.

—Entiendo. Señor Cifuentes, ¿lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Uffff... Si llego vivo a noviembre haré 34 años. ¿Por qué?

—¿Conocía bien a los Hernández, sus vecinos de enfrente?

—¿A Pére y a Margalida? Bueno, bien, bien, lo que se dice bien... la verdad es que no. Pére siempre fue un poco hosco, ¿sabe? —confesó el anciano— No me entienda mal. Era muy educado y todo eso pero repartía poca simpatía a la gente y tenía muy mal carácter. De hecho, podía llegar a ser muy agresivo.

—Entonces todos los vecinos le tendrían miedo, ¿no es así?

El hombre asomó la cabeza por el umbral y miró a todos lados, como temiendo ser escuchado.

Luego, susurrando, se volvió a acercarse al inspector.

—Todo el mundo le odiaba pero se callaban —afirmó en voz baja—. Hace quince años le pegó una paliza a un vecino por oponerse a una propuesta suya en una reunión. En las juntas se tenía que hacer lo que él quería. No quiero que me malinterprete pero cuando nos enteramos de su muerte, todos nos quedamos descansando.

—Comprendo.

—Un mal bicho.

—Usted vivía pared con pared con su casa. ¿Sabe usted si era igual de agresivo en su casa?

El anciano volvió a mirar a las escaleras con preocupación.

—Margalida, de vez en cuando, tenía accidentes. Un ojo morado, un dedo roto, un hematoma en el hombro...cosas de esas. Al principio, todos le preguntábamos por cómo se lo había hecho. Con el tiempo, vimos que eso era peor.

—¿Peor? ¿A qué se refiere?

—Si alguien le preguntaba o alguna vecina se acercaba por casa a verla, la paliza de esa noche era más fuerte —farfulló el hombre—. En una ocasión, incluso el hematoma en la cara era tan amplio que no podía abrir ninguno de los dos ojos...

—¿Y nadie hizo nunca nada?

El hombre, avergonzado, agachó la cabeza. Cuando la levantó, llevaba la culpabilidad escondida en la mirada.

—Lo sé. ¡Somos todos unos cobardes! —afirmó— Nadie en este bloque tiene excusa. Yo una vez me encaré con él y, después de cómo me habló, no volví a hacerlo nunca más.

—¿Qué le dijo?

—No fue tanto lo que me dijo sino cómo lo hizo. Por culpa de una de sus palizas, Margalida tuvo que ir al hospital y le tuvieron que operar un brazo. Él vino a casa para dejarnos un rato en casa a su nieto Javier, que no tendría más de doce o trece años. Yo, al enterarme del asunto, le dije que tenía que dejar de pegar a su mujer, que eso no estaba bien.

Diego sacó un cigarrillo y le extendió el paquete al anciano, que rehusó.

—Con una amplia sonrisa, me dijo que me metiese en mis asuntos al tiempo que se daba la vuelta para marcharse. Yo me vine arriba y le agarré del brazo. No he pasado más miedo en mi vida.

El inspector aspiró un par de bocanadas de humo. De tal palo, tal astilla.

—Se soltó de mi brazo de malas maneras y se me acercó a la oreja, con lentitud. Sin aspavientos, me dijo que si me metía en sus asuntos iba a deshollarnos vivos a mi familia y a mí. Su voz sonó pausada, tranquila y calmada. Todavía lo recuerdo con nitidez —afirmó el anciano—. Era la voz de alguien que era capaz de cumplir aquello que estaba prometiendo. Empecé a temblar y le pedí

disculpas, escondiéndome detrás de la puerta. Nunca jamás me perdoné por aquello. Fui un cobarde, inspector.

—Tranquilo —contestó—. Por cierto, ¿de qué vivía la familia?

—Tenían una carnicería, a un par de manzanas de aquí. Ella, mientras el niño estaba en la escuela, le ayudaba en la trastienda. Nunca tuvieron para ser ricos pero vivían bien. O al menos, eso parecía.

—¿Y qué hay de su hijo?

—Ese siempre fue una oveja descarriada. Siempre estaba de borrachera o metido en asuntos con drogas. En los últimos años, antes de acabar en la cárcel, sólo venía aquí por las mañanas. Creo que acabó muriendo en prisión.

—Así es. Por cierto, me ha hablado antes del nieto, Javier. ¿Qué tal era de niño?

—Al principio era un niño normal, muy alegre. Siempre saludaba por las mañanas y daba los buenos días a todos los vecinos. Luego, a medida que crecía, fue heredando el carácter de su abuelo. Y el tiempo que pasó con él en la carnicería supongo que no ayudó demasiado.

—¿Llegó a trabajar con el abuelo?

—Así es. Al chaval no se le daban bien los estudios y su abuelo decidió enseñarle el oficio. Siempre quiso que su hijo heredase la tienda y aprendiese a ser carnicero pero al verlo tirar su vida por la borda y entrar en la cárcel, pensó en el nieto. El chico era muy aplicado y al principio, según me contaba, todo fue muy bien. Incluso las palizas a su mujer disminuyeron de frecuencia e intensidad.

—¿Qué pasó entonces?

—A raíz de la muerte del padre del chico, rondando este los dieciocho o diecinueve años, su comportamiento cambió. Se encerró en sí mismo y comenzó a hacer barbaridades.

—Como por ejemplo...

—Recuerdo que unos días antes de Navidad, llegó a la tienda un pedido importante pensando en las fiestas. Péro ya tenía sus años y a veces bajaba más tarde a la carnicería. Aquel día el chaval bajó una hora antes, para colocar las piezas en la nevera. Cuando su abuelo bajó, se encontró a una muchedumbre en la puerta y todo manga por hombro.

—¿A qué se refiere?

—Había destrozado varias piezas de carne, cortándolas de manera aleatoria. Tiró los restos por el suelo, por las vitrinas y por las cristaleras. Volcó los estantes por el suelo e incluso... —dijo el anciano antes de detenerse.

Diego esperó un tiempo prudencial para no forzarlo. Cuando tiene que contar algo que no le gusta, todo el mundo necesita su espacio y su tiempo para pasar el mal trago.

—Siga, por favor.

—Gracias —afirmó el hombre—. Incluso se llegó a desnudar y se empezó a colgar vísceras y ristra de chorizos y morcillas por el cuello. Manchó su cuerpo de sangre y empezó a dar mordiscos a trozos de hígado crudo. Además, blandía amenazante un gran cuchillo en las manos. Se volvió completamente loco.

—¿Y qué hizo el abuelo?

—Como pudo, lo redujo y lo metió en la trastienda. Echó las persianas y luego llamó a su mujer, que bajó y se lo llevó a casa. Aquello fue el fin del negocio. La gente poco a poco dejó de ir a comprar y todo se fue al garete. Pére se jubiló con una pensión mísera y traspasó el local.

—¿Qué fue del chico?

—Por el barrio corrieron mil rumores. Escuche decir que si estaba ingresado en un psiquiátrico, que si el viejo Pére lo tenía encerrado en una casa en la sierra,... habladurías de vecinas chismosas y jubilados con mucho tiempo libre. Yo nunca me atreví a preguntarle de manera directa pero sabía que el chico estaba vivo.

—¿Por qué?

—Porque a veces, cuando discutían, sacaban a relucir su nombre. Y siempre que hablaban de él, lo hacían en presente.

—¿Volvió a ver al chaval?

—Sólo una vez.

Daniel salió en ese momento al pasillo e increpó a Diego.

—¡Llevo un rato buscándote! ¿Qué haces aquí?

—Hablando con el señor Cifuentes. Le preguntaba por cuando volvió a ver usted al chaval.

—Sí. Sólo lo vi una vez más y fue cuando su abuelo murió. Hará ya unos cuatro o cinco años.

—¿Cómo fue el encuentro?

—Margalida se levantó por la mañana y se encontró a su marido en el suelo. Pére parecía del corazón y, al parecer, sufrió un infarto al levantarse a por agua. Cuando la ambulancia llegó no se pudo hacer nada. Al parecer, llevaba ya varias horas muerto.

—¿Cómo se lo tomó su mujer?

El hombre sopesó la respuesta.

—Creo que con alivio. De hecho, fue la primera vez en mi vida que la vi sonreír. Si tuviera que definirla en una palabra sería liberada.

—¿Cuándo vio a Javier?

—Estábamos hablando tranquilamente con su abuela cuando, de repente, apareció por la puerta. Al principio ningún vecino consiguió reconocerlo. Había crecido, estaba mucho más atlético que

cuando era un chaval y vestía uniforme militar. Entonces su abuela, al verlo, se abalanzó hacia él, intentando abrazarlo mientras decía su nombre. Todos nos giramos con sorpresa y empezamos a alabar lo alto, lo fuerte y lo cambiado que estaba. Fue una situación muy violenta.

—¿Qué sucedió?

—Con rudeza, agarró los brazos de su abuela y los retiró de alrededor de su cuello. Ella se lo quedó mirando, sorprendida. Luego, a gritos, le recriminó que hubiese dejado entrar en su casa a toda esa panda de parásitos y marujas que conformaban el vecindario. Casi nos da un ataque.

—Supongo que a algunos vecinos no les sentaría bien aquello.

—Tomás, el del quinto, le increpó y se llevó una bofetada de las que dejan marca. Nadie tuvo narices de moverse. A continuación, nos dijo unas palabras que jamás olvidaré.

Diego y Daniel se miraban en silencio de soslayo.

—”No olvidéis que mi abuelo me enseñó el oficio de carnicero y yo, por mi cuenta, he aprendido el de soldado”. Al tiempo que decía aquello, se tocó con delicadeza la funda de su pistola. Todos salimos huyendo de allí sin mirar atrás. No volví a verlo jamás por el barrio después de aquello.

—Entiendo —afirmó el inspector—. ¿Qué pasó con Margalida?

—Después del entierro, desapareció. Mi mujer fue un día a pedirle sal y nadie respondió a la puerta. El correo se empezó a acumular y nadie ha sabido desde entonces nada de ella. Una vecina del bloque de enfrente nos contó que, al día siguiente del entierro de su marido, la vio salir acompañada por un joven muy temprano por la mañana. Por la descripción, parecía ser su nieto Javier. Nada hemos vuelto a saber de ella.

Diego se quedó pensativo mientras miraba a Daniel. Había algo que se le escapaba entre sus dedos.

—Está bien, señor Cifuentes. Si me deja un papel, le apuntaré mi número de teléfono —afirmó Diego mientras garabateaba unos números en el borde de un papel de periódico que el anciano le había alcanzado—. Si alguien más le pregunta por los Hernández o recuerda usted algo más, hágamelos saber. El teléfono lo llevo encima 24 horas al día. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué, inspector —contestó el anciano antes de cerrar la puerta.

Daniel se le quedó mirando.

—¿Me vas a contar de qué va esto y por qué le has dado mi móvil a ese anciano?

—Todavía no —respondió el inspector enigmático—. ¿Has hablado con los de la científica?

—Sí. En media hora vienen. Están terminando en casa de Artigues.

—Tenemos que ir a la central. Tenemos que consultar algo.

—A sus órdenes, mi general —respondió Daniel al tiempo que se cuadraba con ironía.

Tras cerrar la puerta del piso de los Hernández, los dos hombres bajaron con rapidez las

escaleras y se metieron a toda prisa en el coche. De tener sirena a buen seguro la habrían usado.

Marian miraba a su editor con preocupación. Su inmensa papada subía y bajaba a una velocidad que amenazaba con colapsar su oronda figura mientras resoplaba como un búfalo.

—¿No puedes hacer esto! —gritó— ¡Hemos lanzado una campaña de publicidad de cerca de diez mil euros! Todo el mundo cree que mañana tendremos una primicia!

—Las cosas han cambiado. No puedo hacerlo, sabiendo lo que ahora sé. No sería ético por mi parte.

—¿Ético? ¡Me importa una mierda tu ética! Por si no lo sabes estamos en números rojos y esta noticia puede salvarnos de la hoguera. No es una sugerencia, es una orden.

—Lo siento, jefe. Si por culpa mía sucediese algo, no me lo podría perdonar.

—Si al menos me explicases algo más...

—No puedo, señor. He dado mi palabra.

—Bien, ¿algo más que añadir?

—Sí. Ha de saber que tengo una jugosa exclusiva para cuando esto se resuelva. Toda la historia al detalle, y contada de primera mano. Se lo garantizo —afirmó Marian.

—¿Cuando esto se resuelva? —volvió a preguntar— En el mismo momento que pillen al animal que ha hecho esto, la historia perderá interés. Eso no me sirve. Es insuficiente, Marian.

—No lo creo, señor. Puede ser una historia que nos de cinco o seis artículos de portada.

—¿Es tu última palabra?

—Creo que sí, señor.

—Bien, entiendo tu posición, Marian. Sin duda, debes de tener en tu poder información vital para la investigación y no querer interferir en un asunto de la policía es un gesto que te honra —afirmó el editor—. Pero yo, tengo que mirar por el futuro del periódico. Así que, sintiéndolo mucho, estás despedida. Recoge tus cosas y despeja tu mesa antes de esta noche.

Sin saber muy bien qué decir y aturdida por la noticia, Marian se levantó y salió del despacho. Cogió una bolsa de basura del carro de limpieza y con lentitud, empezó a meter dentro sus enseres.

El coche se detuvo en un lateral del aparcamiento, lejos de las cámaras que lo vigilaban. Se bajó del coche y empezó a caminar con aire despreocupado. Había llegado el momento de despedirse. Desde que puso en marcha su plan, siempre supo que este momento llegaría. Y no le gustaba. Su abuela era, casi con total seguridad, lo único bueno que había tenido en su vida. Pegó en la cristalera y una joven se acercó.

—¿Sí? —preguntó por el interfono.

—Perdón por molestarles a estas horas. Es vital que pase y hable con usted.

Tras poner los ojos en blanco, la joven le hizo un gesto para que esperase. Un pitido le franqueo el acceso. Entró en el amplio hall de la residencia y se fue directo al control de enfermería.

—Hola, soy el nieto de Margalida Hernández. Vengo a verla.

Al fin y al cabo, cambiar los apellidos de su abuela en los documentos oficiales no había sido mala idea. En la cárcel, su padre había conocido a gente poco recomendable. Era algo bocazas y cuando lo visitaba siempre se jactaba de los amigos tan importantes que tenía fuera. Aunque no compartía su entusiasmo por la escoria que poblaba los bajos fondos, no pudo evitar memorizar algunos nombres. En cierta ocasión que fue a visitarle, le habló de un tipo al que podía recurrir si alguna vez necesitaba arreglar papeles oficiales. Un tipo muy callado, de origen árabe, que se dedicaba a falsificar informes médicos para ayudas, documentos de identidad, pasaportes, padrones del censo... en definitiva, cualquier cosa que llevara un sello gubernamental. Por eso, tras la muerte de su abuelo, quiso llevar a su abuela a una residencia. Cambiarle el nombre fue fundamental porque desde la muerte de su padre siempre tuvo en mente llevar a cabo su venganza. Todos y cada uno de los implicados en la destrucción de la familia se acabarían llevando su merecido y su abuela era un cabo suelto que debía atar. Por eso pensó que, en vez de matarla, la internaría con otro nombre en un geriátrico. Al fin y al cabo, siempre se había considerado un hombre con sentimientos.

—¿Y cree que las cuatro de la mañana es la hora idónea para la visita? —dijo la enfermera mientras descolgaba el teléfono.

—Es una visita excepcional.

—Lo entiendo, pero no puedo dejarle pasar. Son normas de la empresa.

Aquella chica no sabía con quién hablaba. Por un segundo, pensó en sacar el cuchillo que llevaba en el doble fondo del abrigo y atravesar su precioso cuello. No era el momento.

—Entiendo que usted sólo cumple las normas y lo respeto —afirmó conciliador—. No sé si lo sabe pero soy militar. Sé a la perfección lo que significa cumplir órdenes a rajatabla. Lo que sucede es que, mañana a las ocho de la mañana estoy citado en mi cuartel para irme de misión humanitaria a Irak. No me tocaba ir a mí pero la baja de un compañero en el último momento me ha colocado en la unidad. La cosa por allí anda revuelta y aunque le parezca una tontería, tengo un mal pálpito. De hecho, tengo la sensación de que no voy a volver.

—¡No diga eso, por Dios!

—No pasa nada. Es mi oficio y lo asumo. Lo daría todo por mi país. Es por eso que, al menos, me gustaría despedirme de ella. Si en unos meses me ve de vuelta sabrá que yo estaba equivocado y se podrá reír de mi todo lo que quiera. Incluso la invitaré a tomar un café.

La joven se puso roja como un tomate.

—Pero es que sólo llevo dos semanas trabajando aquí y es mi primer empleo... no quiero que me despedidan —se excusó—. Lo lamento.

—Está bien. ¿Podría decirle de parte de su nieto que la quiero mucho y que la echaré mucho de menos allá donde me voy? Gracias y perdone por las molestias.

Cabizbajo, Javier se giró y se empezó a marchar con lentitud. Tres, dos, uno...

—¡Espere! —gritó la joven— Me la estoy jugando pero... puedes pasar. Pero por favor sólo cinco minutos o me meteré en problemas. Creo su abuela sigue en la misma habitación. ¿Sabe llegar o quiere que le acompañe? —preguntó la joven enfermera.

—No se preocupe. No quiero molestarla más. Yo mismo iré. Solo serán un par de minutos.

Segundos después caminaba por el pasillo con decisión. A medida que pasaba por las habitaciones, sentía cada vez más lástima por aquellos ancianos. En sus camas, inmóviles y casi inertes, seguían agarrados a la vida de manera artificial. De haber podido, se habría dedicado a eliminarlos uno por uno. No eran útiles a nadie y sólo generaban gastos y pérdidas de espacio y recursos, tirados a la basura. Él, por su parte, no pensaba llegar a viejo.

Casi sin darse cuenta llegó a la habitación 309. Se asomó al umbral y vio a su abuela medio dormida con la mirada perdida en la ventana. Aunque en un principio ella se había negado a ingresar, su voluntad contaba poco en aquel asunto. Desde la muerte de su abuelo y su padre, él era ahora el cabeza de familia y su voz tenía rango de ley. Así que, previo pago de una módica cantidad al árabe, cambió la documentación existente e ingresó a su abuela en aquella residencia con otros apellidos. Nadie la volvería a molestar jamás y ambos se tendrían solo el uno al otro. No quería vecinas aburridas ni viejas decrépitas que le metiesen pájaros en la cabeza e ilusiones de libertad. No podía permitirlo. No en su familia.

Diego irrumpió en la planta de homicidios como la marea contra las rocas. Los pocos agentes allí presentes se lo quedaron mirando. Incluso Daniel a sus espaldas permanecía expectante.

—Prestadme todos un segundo de atención. No sé si os lo han dicho pero vuelvo a estar a cargo de la investigación —afirmó Diego ante el reprobador murmullo generalizado—. Sé que no os caigo bien. No soy un tío sociable ni empático. No me acuerdo de vuestros cumpleaños ni jamás os he dado el pésame cuando ha muerto vuestra suegra. Soy, en definitiva, un perfecto gilipollas. Pero esto, es distinto. La vida de una chica está en juego y necesita vuestra ayuda.

—¡Increíble! El gran Diego Guerra pidiendo que los simples mortales le echemos una mano. ¡Si Ramírez levantara la cabeza! —soltó uno de los acólitos del malogrado subinspector.

—Sí, os estoy pidiendo ayuda. Olvidaos de mí, yo no soy importante. Cuando este caso termine, me iré y no regresaré jamás. Tenéis mi palabra. Pero esta chica no tiene culpa de mi carácter y se le agota el tiempo. ¡Tenemos que echar el resto, joder! Tan solo tiene veinte años...

Todos se miraron entre sí. Mascarell, uno de los policías más veteranos, dio un paso al frente.

—Nunca me gustaron tu carácter ni tu individualismo. Pero, como bien has dicho, esa chica no tiene culpa. ¿Qué necesitas?

Aunque nadie le tragaba, todos parecían escucharle atentamente.

—Bien, estas son las últimas novedades del caso... —empezó a decir el inspector mientras todos guardaban silencio. El tiempo se escapaba de manera inexorable.

Mientras regresaba de vuelta a la finca, Javier tenía una sensación agridulce. La tortuosa carretera empezaba a elevarse mientras se hundía en la profundidad de la vegetación. Empezaba a clarear y el cielo mostraba todavía una imponente luna llena. Y su cabeza dejó de ver los bosques para volver de nuevo a la frágil anciana de la que se acababa de despedir para siempre. Aunque llevaba meses planificando todo al milímetro, por este momento siempre pasó de puntillas. Él nunca había llegado a conocer a su madre biológica y la única figura femenina realmente importante en su vida había sido ella. Aquella temerosa mujer que obedeció durante cincuenta años a su marido, a su único hijo y ahora, a su único nieto. Que aguantó palizas y vejaciones con estoicismo y sin quejas. Por eso sabía que nunca jamás conocería a una mujer como ella. Se conformaba con, algún día, encontrar a una chica que fuese la mitad de responsable que fue su abuela. Que entendiese, como ella había conseguido, la importancia de la unidad familiar a cualquier precio. Una mujer entera, sencilla y discreta que supo permanecer en las sombras, entendiendo y disculpando a ese gran hombre que fue su abuelo. Mujeres, en una palabra, de las que ya no quedan.

El vehículo, negro como el azabache, se perdió por la cuesta mientras las puertas metálicas se cerraban. El fin estaba cada vez más cerca.

Todos estaban trabajando duro. En la sala sólo se escuchaba el tecleo acompasado en los ordenadores, intercalados por breves llamadas telefónicas. Poco a poco, a medida que avanzaba la madrugada, las sillas se fueron vaciando. A menudo, la gente pierde la valentía cuando la vence el sueño. Y Diego necesitaba fumar de manera urgente. Se tocó el bolsillo del pantalón de manera infructuosa.

—Mierda —espetó.

Daniel en ese momento apareció en la sala. Su rostro era de felicidad absoluta.

—Me debes una mariscada, inspector.

—Suéltalo y déjate de historias.

—¡Vaya carácter! —exclamó el forense— He recibido una llamada del señor Cifuentes.

—¿De quién?

—El vecino de los Hernández. Aquel viejo...

—Se quién es.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa?

Diego suspiró.

—No tengo tabaco desde hace horas —explicó el inspector—. ¿Qué quería?

—Nada, sólo me ha dicho que no se acordó de decirnos que desde hacía unos años su mujer es la presidenta del bloque. Y como buena presidenta cotilla que es, tiene copia de las llaves de todos los buzones de los vecinos. Y que, además, lleva tiempo guardando el correo de los vecinos de enfrente. Entre otras cosas —explicó Daniel divertido.

Diego se incorporó del asiento al igual que lo hace un perrillo de las praderas cuando ve comida. El brillo había vuelto a sus ojos.

—¿Y sabes otra cosa?

—Dime.

—Entre la abundante correspondencia acumulada durante este tiempo se encuentran varias cartas de la residencia de ancianos “Tramuntana”, en Espargues. Aunque me ha costado trabajo convencerla, a petición mía ha abierto una de las cartas. La pobre mujer ha empezado a divagar sobre la ley de protección de datos...

—Daniel, por favor...

—Está bien. Es una especie de factura y va dirigida a los familiares de Margalida Hernández.

—La tenemos.

—¡Oh, no hay de qué, inspector! No tiene por qué darme las gracias —añadió Daniel con ironía.

—Venga, déjate de rollos y vayámonos. Tenemos que ir allí de inmediato.

—¿Ahora? ¿A las seis de la madrugada? ¿No podemos dejarlo hasta mañana?

—No. Puede que la chica no llegue hasta mañana. En marcha.

Daniel suspiró y abrió los brazos de manera melodramática. Diego se levantó y con renovadas energías salió de la sala, seguido por el forense.

La noche se empezaba a quebrar y estaba empezando a chispear. Un oscuro manto nuboso que anunciaba tormenta. El coche volaba a toda velocidad por la desierta autovía mientras los dos hombres mantenían silencio. El pueblo de Espargues quedaba a unos escasos veinte minutos de la central y Diego todavía masticaba para sí los últimos acontecimientos.

—¿Por qué crees que habrá cambiado el nombre de la anciana? —soltó de repente ante la sorpresa de Daniel, que intentaba dar una cabezada.

—Vete a saber. Yo no intento nunca entender a los psicópatas, Diego. Con lo que veo a diario en la mesa, me acabaría volviendo loco.

—Presiento que hay algo que se me escapa —afirmó el inspector—. Todo esto no es sólo por venganza. Falta alguna pieza.

—Ese tipejo está obsesionado contigo, Diego —contestó Daniel—. Está claro que te culpa de la detención de su padre y de su posterior muerte. Y de algún modo considera que aquello hundió su

vida y la de su familia. Te ha cogido cariño.

—Esa parte la entiendo, Daniel. Pero si tantas ganas tiene de verme muerto, ¿por qué no me ha matado ya? ¿Por qué ha montado todo este circo? —preguntó— Y más importante aún, ¿por qué secuestrar a una pobre chica, que además es su hermanastra?

—Yo no tengo todas las respuestas. Está claro que ese tío no sólo pretende matarte —apuntó Daniel—. Quiere hundirte, machacarte, destruirte. Llevarte al extremo en el que le supliques que acabe con tu vida. Estoy seguro que ha dedicado mucho tiempo a estudiarte.

—¿Qué quieres decir?

—Probablemente sepa que lo único que queda en tu triste vida es tu trabajo. Es algo en lo prácticamente nunca has fallado. Se te da bien —continuo Daniel— y por eso usa eso para atacarte. Te está poniendo a prueba en tu terreno para ganarte jugando a lo único que sabes hacer: capturar asesinos.

—Pues de momento me está dando una buena paliza.

—No lo creas. Has conseguido saber su identidad, el móvil que guía sus actos, su aspecto... y ahora hemos localizado a su madre. Es cierto que nos lleva ventaja pero nos estamos acercando. Y él lo sabe.

—Ojalá estés en lo cierto. Mira, estamos llegando.

Espargues es un pequeño pueblo a los pies de la sierra. Caracterizado por la riqueza de sus recursos hídricos, sucesivas civilizaciones asentaron allí algunas de sus ciudades más importantes. Dedicada a la agricultura y al turismo rural, era, con diferencia uno de los pueblos con más encanto de toda la isla.

—A Paula le encantaba este pueblo. Siempre decía que cuando nos hiciéramos mayores vendríamos a vivir aquí —soltó Diego sin pensar.

—Algunas heridas nunca se cerrarán, amigo —afirmó Daniel—. ¡Mira! ¡Allí está el cartel de la residencia! ¡Coge el desvío!

Aproximadamente un kilómetro después de salir del pueblo, encontraron la residencia. Situado en una amplia explanada, tenía justo detrás del edificio principal un pequeño bosque que se perdía en la inmensidad de la vegetación circundante. Aunque era de nueva planta, se había hecho respetando las construcciones en piedra tan típicas de la zona. Era impresionante.

—No debe ser la residencia de ancianos más barata del mundo.

—Supongo que no. Aparquemos.

Tras dejar el coche en el amplio aparcamiento se dirigieron a la entrada y pegaron en el timbre. Una joven enfermera se acercó desde el control de la entrada con cara de pocos amigos. Eran cerca de las seis y media de la mañana.

—Buenas noches —respondió la joven a través del interfono.

—Buenas noches. Inspector Diego Guerra, de homicidios y el forense Daniel Ciges. Policía nacional. ¿Puede usted abrir? —explicó al mismo tiempo que sacaba sus credenciales y las pegaba al cristal.

La joven, tras unos segundos de estupefacción, le hizo un gesto a la compañera que estaba en el control e instantes después un pitido electrónico les permitió el acceso.

—¿Podemos pasar? —preguntó a la joven.

—Sí, por favor. Adelante.

Los dos policías saltaron dentro de la estancia al tiempo que las puertas se cerraban. La enfermera les miraba con cara de no saber muy bien que estaba pasando.

—Estamos interesados en hablar con una residente.

—¿A estas horas?

—Sí. Es un asunto de vital importancia. Su nombre es Margalida Hernández.

—¿Margalida? No sé qué pasa hoy con ella. Nadie viene a verla nunca y hoy todo el mundo quiere hablar con ella... ¡y de madrugada!

Los dos hombres se quedaron mirando a la chica con los ojos abiertos.

—¿A qué se refiere? —espetó Diego.

—Hace un rato estuvo también viéndola su nieto.

—¿Su nieto? —preguntó Daniel.

—Sí. Llegó sobre las cuatro o cuatro y media. Estaba fuera del horario de visitas, pero cómo es el único que viene, me dio pena y le dejé pasar.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo estuvo?

—Poco, apenas unos minutos —contestó la joven—. Sólo venía a despedirse. Es militar, no sé si lo sabe, y al parecer lo han destinado de misión a Irak. Se va mañana y está obsesionado con que no va a regresar. Espero que se equivoque porque si no Margalida se morirá de pena...

—Tengo que hablar con ella de manera urgente, señorita —afirmó el inspector.

—Ahora mismo lo acompaño —contestó la joven— la habitación es la 309.

—Gracias. Por cierto, ¿tienen cámaras de seguridad en el aparcamiento, no es cierto?

—Así es. ¿Por?

—Necesitaremos ver las grabaciones.

—Eso no va a ser posible. Los ordenadores están en la sala de admisión y Eduardo, el técnico informático, es el único con acceso.

—Despiértelo —ordenó tajante Diego.

—Es muy tarde, inspector y mañana es fiesta. No vendrá hasta el jueves. ¿No podría esperar hasta entonces? No llevo mucho tiempo aquí...

—¡¡No!! —gritó el inspector— ¡¡Me importa una mierda que ese tipo este dormido!!

Una mano se posó en el hombro del inspector.

—Señorita, disculpe a mi compañero —suavizó Daniel—. Está sometido a mucha tensión. La vida de una chica de veinte años está en juego y esas imágenes pueden resolver todo este embrollo. Necesitamos que llame a ese tal Eduardo y que venga de manera urgente.

La chica pareció dudar.

—Está bien. Iré a llamarle.

—Si te parece, Diego, ve tu a hablar con la anciana. Yo me quedaré aquí —afirmó Daniel—. Esperaré al informático y repasaré con él las imágenes. Así ahorraremos tiempo.

—Lo siento —se disculpó—. Daniel, avisa a la central y que busquen todas las propiedades que estén a nombre de la anciana, del chico o de algún otro miembro de la familia. Después de huir, han tenido que ir a algún lugar. Que prueben con todas las combinaciones posibles de apellidos.

—De acuerdo. Suerte.

El inspector asintió y se marchó guiado por una auxiliar mientras Daniel se quedaba charlando con la joven enfermera. Entre los silencios de los pasillos se escapaba algún que otro quejido, anticipado futuro con el que muchos de nosotros acabaríamos por pagar gracias a nuestros años largos de vida. Casi sin querer, llegaron a la habitación.

—Aquí es —afirmó la joven auxiliar—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias.

Diego se introdujo con sigilo en la habitación. Con cuidado de no hacer ruido, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. De repente, una lámpara se encendió a sus espaldas. Cuando se giró, unos fatigados y penetrantes ojos le escudriñaban desde la cama articulada.

—Buenas noches, señora. Siento molestarla a estas horas.

—No se preocupe. Por la noche apenas consigo dormir un par de horas. Será que mi cuerpo tiene miedo a no despertar, supongo.

Él le regaló una breve sonrisa.

—Soy policía. Inspector de homicidios, para ser más precisos.

—Supongo que está aquí por mi Javier, ¿no es cierto? Seguro que ha hecho algo terrible...

El inspector asintió con levedad mientras la mujer encajaba aquello con estoicismo.

—Siempre he sabido que este día llegaría, inspector. Lo único que le pedí al señor es que me llevase antes de ver convertido en un delincuente también a mi nieto. Tampoco esto me ha concedido.

—Dios suele estar bastante ocupado en sus asuntos, señora.

—Margalida —afirmó la mujer—. Llámeme Margalida. Estoy cansada que todo el mundo me llame señora. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Mucho me temo que ha secuestrado a una chica de veinte años, además de estar implicado en la muerte de varias personas. Algunos son agentes de policía.

Por las arrugadas mejillas de la anciana rodaron un par de lágrimas.

—Lo siento, pero tengo que hacerle unas preguntas.

—Entiendo. Usted dirá, inspector.

—¿Sabe dónde puede estar su nieto en este momento?

—Ni la más remota idea. No sé si lo sabe pero hace un rato estuvo aquí, visitándome. No siempre ha sido un mal chico, ¿sabe? —contestó— El único problema que ha tenido es que le han pasado demasiadas desgracias. Un corazón es capaz de aguantar un número limitado de situaciones negativas, penas y tristezas. Y no todos los corazones tienen la misma capacidad de aguantar.

—¿A qué se refiere?

—Los hombres, por ejemplo, soportan menos que las mujeres. Son más débiles de mente y por eso, más violentos. Una mujer sabe el esfuerzo y el dolor que cuesta traer una vida a este mundo por lo que no es tan ligera a la hora de quitarla.

—Estamos de acuerdo.

—Después cada uno, a modo particular, tiene sus fortalezas y sus debilidades. Hay personas que al primer contratiempo serio que tienen en la vida se quitan de en medio mientras que otros, por contra, llegan a pasar verdaderos infiernos y no se les intuye dolencia alguna. Mi nieto no es malo, inspector Guerra —reafirmó la mujer—. Lo que sucede es que su baúl de tristezas está repleto.

—¿Sería tan amable de contarme cuáles son esas tristezas?

—Creo que el primer problema viene por la maldición que arrastra mi familia.

El inspector la empezó a mirar dudando de la cordura de sus palabras.

—Mi marido, que en paz descansa, jamás fue un buen hombre.

—Sé que le pegaba.

—Eso es lo de menos. Nuestra relación estaba maldita porque empezó fruto de una violación —afirmó la mujer mientras perdía la mirada por la ventana.

El policía arrastró, todavía con cara de sorpresa, un sillón cercano hasta la cama. Luego, con

cansancio, se sentó en él.

—Habían abierto una nueva carnicería en el barrio y los dueños contrataron a un joven aprendiz. Una tarde, mi madre me mandó a comprar un par de cosas allí y él me atendió. Yo era una chiquilla, sin apenas mundo. De hecho, tan sólo tenía 16 años cuando conocí al que luego fue mi marido.

—¿Amor a primera vista?

—Eso creía yo. Cada vez que me veía, me decía cosas bonitas, regalos para el oído que toda chiquilla quiere escuchar. Empezamos a coquetear y pronto él pidió permiso a mis padres para salir conmigo. Era dulce, cariñoso, tierno... ¡Todas las jóvenes del barrio estaban locas por él! —exclamó con nostalgia— Es cierto que era un tipo muy serio pero sus ojos eran profundos, serenos y muy bellos. Su mirada era turbadora. Él lo sabía y lo aprovechaba. Y yo me enamoré de él como una loca. Ese fue mi error.

—¿Y qué pensaron sus padres de su futuro marido?

—Nunca les gustó. Mi padre tenía una relación coloquial con el chico, pues respetaba su seriedad en el trabajo, su madurez y su carácter emprendedor, pero mi madre no lo podía ver. Tras mirarle a los ojos, supo ver más que el resto, supongo. Esas cosas sólo las sabe ver una madre.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Una noche, después del cine, Pére me pidió ir al parque a charlar. Yo, en principio me negué porque mi padre era muy estricto con el tema de la hora de regreso. Él insistió y yo, a pesar del miedo, accedí. Cuando uno es joven se cree por encima del miedo. Se piensa que el mundo es suyo y que nada malo le puede pasar. ¡Que idiotez!

El inspector asintió con tibieza.

—Al llegar, nos sentamos en un banco y empezamos a charlar. Él estaba más tenso de lo habitual y le notaba algo distante. Aquella noche me confesó que, en cuanto pudiese, quería entrar en el ejército y hacerse un hombre de provecho. Yo, sin saber muy bien por qué, le dije que quería ser maestra porque de siempre me habían gustado mucho los niños. “Eso está muy bien” recuerdo que me contestó con una sonrisa. De repente, sacó un cigarrillo y me lo pasó. ¡Yo me sentí tan especial, tan adulta! —exclamó con tristeza— Tenía conmigo al chico más guapo del barrio y estaba allí con él, fumando en el parque y compartiendo sueños. De repente, él se me acercó y me besó. Al principio fue el típico beso que soñamos todas las chicas: tierno, cálido, pausado...

El inspector sacó el mechero y se puso a jugar con él entre las manos. Allí estaba prohibido fumar.

—Luego, empezó a manosearme. A mí, al principio, no me importó pero llegó un momento en que comenzó a hacerme daño. Yo me queje y entonces me pegó una bofetada —las lágrimas brotaban de nuevo, abundantes—. No fue fuerte. Sólo una bofetada. Cómo la que le da un padre a un niño.

—¿Y qué sucedió después?

—Me agarró del brazo y me llevó a una zona más oscura, detrás de unos setos. Allí, a pesar de mis llantos, me hizo suya. Una vez que terminó, se levantó y se marchó. Tardé cerca de veinte

minutos en tranquilizarme y parar de llorar. Sin recordar muy bien cómo, conseguí llegar a casa. Aquello fue lo peor.

—¿A qué se refiere?

—Mis padres, en principio, no daban crédito. Mi padre se puso a gritar y mi madre lloraba. Mi padre trabajaba en un banco y sólo pensaba en su reputación. Yo, cada vez lloraba más. Al final mi madre me hizo beber un vaso de leche caliente con brandy y me echó a dormir. Al día siguiente, cuando me levanté, pensé que todo había sido una pesadilla. Mi padre estaba sentado a la mesa, con un café humeante y su periódico. Cuando me vio entrar, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Cuando le pregunté por qué sonreía, me dijo que ya lo había arreglado todo.

—¿Había llamado a la policía?

—Ojalá. Había hablado con el chico y él le dijo estaba muy apenado por lo ocurrido. Sabía que había mancillado mi nombre pero le dijo a mi padre que me quería. Dos semanas después, nos casábamos a escondidas en una parroquia del centro de la otra punta de la ciudad. Nadie vino a mi boda. Usamos de padrinos a dos mendigos.

El inspector tragó saliva. Hace cincuenta o sesenta años la vida podía llegar a ser todavía más miserable que en la actualidad. De esos polvos, estos lodos.

—Con ayuda de mis padres, alquilamos un pequeño piso cerca de casa. Nos mudamos allí y empecé a disfrutar del matrimonio. Peleas, violaciones, insultos... Fíjese que una vez me lanzó un plato con tanta violencia que, tras darme en la frente, me dejó inconsciente durante horas. Y para colmo de males, un mes después de la boda estaba embarazada.

—¿Y sus padres?

—Para mi padre todo eso era lo normal. Incluso le llegó a defender alegando que él chico trabajaba muy duro para ganar dinero. Y que, si me pegaba, algo malo habría hecho. Nunca se lo llegué a perdonar —siguió confesando la anciana—. Mi madre, en cambio, hacía lo que podía. Me enseñó a guisar, a coser... incluso me dio consejos para el tema marital. La pobre supongo que intentaba convertirme en una ama de casa ejemplar para evitarme las peleas. Después del accidente, la eché mucho de menos.

—¿Qué accidente?

—Yo estaba embarazada de unos 8 meses. Unos primos segundos por parte de mi madre se casaban en San Francisc y nos invitaron a la boda —comenzó a explicar—. Ahora, ir hasta allí no supone más de 20 minutos en coche pero, en aquella época, era una odisea. Para la ocasión, mi padre le pidió prestado a su jefe un coche, propiedad del banco. ¡Le gusto siempre tanto aparentar y lucirse!

El inspector seguía escuchando con atención a la anciana mientras apretaba los mangos del sillón con las manos.

—Al parecer en el convite mi padre bebió demasiado. Todos los invitados les rogaron que se quedara pero él, orgulloso como nadie, se negó. En aquella época no había cinturones ni tantos

controles. De regreso a casa, mi padre perdió el control en una curva y tuvieron un accidente. Murieron en el acto. El orgullo siempre ha sido más un defecto que una virtud, inspector.

—Eso es muy cierto —contestó el inspector incómodo por sus propios recuerdos.

—A partir de entonces, empezó lo realmente duro. Para compensar las pérdidas por el coche, el banco se quedó, para empezar, con los exiguos ahorros de mis padres y con su casa. No teníamos suficiente dinero para pagar el resto de la deuda así que el banco, generosamente, nos hizo el favor de concedernos un préstamo para pagar lo que quedaba. Mi marido tuvo que empezar a echar horas extras para terminar de pagar aquel desastre y se vio obligado a aparcar el sueño de alistarse en el ejército. La paga de un soldado era tan pequeña que no hubiéramos podido ni vivir. Nunca me lo perdonó. Cuando se enfadaba siempre me decía que conocerme había sido su mayor error.

La auxiliar de enfermería que le había acompañado a la habitación, irrumpió de repente. Su lenguaje corporal indicaba preocupación.

—Disculpe, Margalida. ¿Está todo bien? ¿Necesita algo? —preguntó la joven.

—No, cariño. Está todo perfecto. El inspector está siendo generoso conmigo y se porta como un auténtico caballero. Vete tranquila a descansar.

—Vale. Si necesitas algo, llama al timbre. Hasta luego —dijo la joven al tiempo que se daba la vuelta y se marchaba.

Al parecer todavía quedaba gente buena en el mundo. Gente que se preocupaba porque una anciana estuviese bien de noche. Un rayo de luz en mitad de la tormenta.

—Continúe, por favor —invitó el inspector.

—Nació mi hijo y desde entonces, mi vida fue un infierno. Llegaba casi todos los días borracho y la situación se fue haciendo insostenible. Me echaba la culpa de todos sus males, de haberle arruinado la vida... ¡Me llegó a decir que conmigo se sentía cómo en una cárcel! —exclamó la anciana— Mi hijo fue creciendo y entonces comenzaron los verdaderos problemas. El odio a su padre aumentaba a medida que lo hacían sus años y el padre, al ver cómo el niño me defendía, la tomó con él. Una tarde, después de comer, le puse un café que según él estaba demasiado frío. Yo sabía que estaba perfecto y que simplemente estaba buscando una excusa porque le apetecía pegarme. Después de darme una soberana paliza, se fue a por él —explicó Margalida mientras una gruesa lágrima rodaba por su mejilla—. Le divertía ver mi cara de pánico al ver cómo le pegaba. Aquel día, mi pequeño acabó en el hospital.

El inspector seguía agarrando con tal fuerza el mango del butacón que estaba a un paso de arrancarlo de cuajo.

—Fueron seis días ingresado y lo cierto es que, desde aquel día, mi pequeño no volvió a ser el mismo. En cuanto tuvo edad suficiente, se empezó a tirar a la calle y estar todo el día por ahí, perdido. Yo, a pesar de la preocupación, prefería que no estuviese en casa. Allí al menos podía defenderse. Mi hijo, inspector, no fue lo que fue por casualidad. No tuvo más remedio que serlo.

Estaba amaneciendo. El tiempo se acababa y Diego se removía inquieto en el asiento.

—Sé que tiene prisa, inspector, pero necesito contarle todo esto. Necesito que entienda por qué todos los hombres de mi familia fueron y son unos monstruos.

—Lo sé, Margalida.

—Los años pasaron y mi hijo prácticamente no vivía en casa. Mi marido dejó, poco a poco, de pegarme palizas. De vez en cuando me soltaba algún bofetón pero nada serio comparado con lo ya vivido. Él echaba su vida a medio camino entre la carnicería y los bares. Y yo, todo el día en casa. Si le soy sincera, llegué incluso a ser casi feliz —afirmó mientras perdía la mirada en la ventana—. Mi hijo, en cambio, vivía a rachas. Yo sabía que no andaba metido en cosas buenas pero, al menos, lo veía más o menos contento. La relación con su padre era inexistente y casi no se veían. Quince, veinte, veinticinco... los años pasaron y lo que en otras casas hubiese sido un drama en la nuestra se tornó costumbre. Con poco más de treinta años, mi hijo se presentó un día con una chica en casa. Ya tenía asumido que nunca iba a sentar la cabeza y, aunque la relación no me gustó, no le dije nada. La chica tenía los brazos llenos de pinchazos, estaba delgada como un gato callejero y le faltaban varios dientes. Aun así, mi hijo estaba lleno de felicidad. A las pocas semanas llegó a casa y sin previo aviso nos grito: “¡Vais a ser abuelos!”.

—¿Cómo reaccionó su marido?

—Casi lo mata. Empezó a pegarle y, a empujones, los echó de casa a ambos. Ninguna noche he llorado más que aquel día.

La mujer hizo un ademán de coger una lejana botella de agua. Diego se levantó de un salto, le llenó el vaso, esperó a que bebiese y lo volvió a colocar todo en su sitio. Luego se sentó de nuevo.

—Gracias. Jamás en mi vida he podido hablar tanto de una vez —aclaró mientras se reincorporaba en la cama—. Pasaron los meses y la chica engordó. Iban de aquí para allí, durmiendo en casas de amigos a veces y otras debajo de un puente o en un parque. Siempre me pregunté cómo lo consiguieron pero lo cierto es que llegó el momento del parto y todo parecía irles bien. Pero entonces, la mala suerte con la que el destino ha marcado siempre mis pasos se presentó de nuevo ante mí.

—Ella murió en el parto.

—Así es. Por culpa de su mal estado de salud, cogió una grave infección de la que no se recuperó. Mi hijo se presentó en casa, con el bebé en brazos y llorando. Ni siquiera podía pagar el entierro de la joven. A regañadientes, mi marido aceptó la nueva obligación que se nos venía encima. Para mí, a pesar de la muerte de su madre, fue un momento de felicidad. Una nueva oportunidad.

Diego tiró sin querer el mechero al suelo. ¡Cómo necesitaba un cigarro!

—Aquello nos rejuveneció. Yo volvía a sonreír con la inocencia de una nueva vida e incluso mi marido cambió un poco. Fueron años felices salvo por mi hijo. Estaba obsesionado con conseguir el dinero suficiente para que nos escapáramos los tres y dejásemos sólo a mi padre. Mi hijo y mi marido no se podían ni ver. Además, mi hijo lo evitaba. Un día, el pequeño cogió una rabieta. Mi

marido, que nunca le había puesto la mano encima, le soltó una bofetada. Cuando mi hijo regresó y el pequeño se lo contó, montó en cólera. Le tuve que rogar que se fuese porque de no hacerlo lo hubiese matado. A partir de aquel instante, la débil relación entre ambos se terminó de romper.

—Cómo me hubiese gustado echarle el guante a su difunto marido, Margalida —soltó el inspector ante la leve sonrisa de la mujer.

—No sé muy bien cómo pero lo cierto es que mi hijo consiguió reformarse. Empezó a trabajar, ganó algo de dinero y compró una casa en la sierra. Por aquel entonces, se pagaban cuatro duros por aquellas fincas. En las fiestas escolares, verano y los fines de semana se llevaba allí al niño. Siempre que regresaban, el niño se veía radiante. Creo que allí ambos fueron realmente felices. Y entonces volvió a suceder algo horrible. Mi hijo se enamoró.

—¿De la actriz?

—Sí. Con el dinero que había conseguido ahorrar montó un pequeño bar de copas con otro amigo suyo. Estaba a pie de escollera, en pleno paseo marítimo y siempre estaba lleno. Lo sé porque incluso yo misma llegué a ir allí en un par de ocasiones. Durante un tiempo, empezó a manejar dinero de forma notable y entonces fue cuando la conoció. Él pensaba que era una joven perdida pero lo cierto es que sabía latín. Supongo que la llevó a la casa que había comprado en la sierra y la impresionó. Y mi hijo entonces cometió el error de empezar a descuidar la atención de su hijo. Él intentó que se conocieran y se llevaran bien pero a esa furcia le estorbaba Javier. Así que primero fue un fin de semana, luego, las navidades esquiando en la península, el verano a bordo de un barco por toda la isla... El niño estaba cada vez más sólo mientras su padre se pegaba la gran vida. Cada vez más metido dentro de sí mismo. ¡Le avisé tantas veces...!

La historia se veía venir de lejos. Era tan antigua como el mundo.

—Ella se quedó embarazada. Le convenció para que se casaran por lo civil, de prisa, sin avisar a nadie. En cuanto lo tuvo donde quería, le dio la puntilla. Unos meses después y estando a punto de dar a luz, le convenció para que le traspasase todos sus bienes. Mi hijo, ciego de amor, le entregó hasta el alma. Su parte del negocio, el dinero que tenía, las joyas que le había comprado... lo dejó en la ruina. Y antes de dar a luz, pidió el divorcio.

Los remordimientos del inspector acerca de la muerte de la actriz descendieron de manera notable. Al parecer no era tan santa después de todo.

—A partir de eso, mi hijo cayó en una depresión. Le hizo renunciar a la custodia de la niña y él se volvió loco. Por pena, mi marido le dejó volver a casa pero ya era tarde. Estaba obsesionado con hacerse rico para eclipsarla. Y entonces, llegó aquel atraco fallido. Mi niño entró en la cárcel para no salir jamás de allí.

—Tuvo que ser duro.

—Horrible. Mi hijo era un buen chico, ¿sabe? —confesó la anciana— Un poco loco, cierto, pero no era mala persona. Y la cárcel es un lugar muy duro. Demasiado duro para mi pequeño. No sabe usted lo que es perder a un hijo, inspector.

—Por desgracia, sí que lo sé —espetó molesto—. Además, tengo que recordarle que en el atraco

murió un guardia de seguridad. Un hombre de 28 años, casado y con dos hijos.

La mujer se quedó escudriñando los ojos del policía durante unos instantes.

—No crea que intento excusar a mi hijo, inspector. Se lo que hizo y sé que se merecía estar donde estaba. Pero, a pesar de ello, era un buen hombre. No tenía malos sentimientos. Todo lo que hizo fue desde el amor a su hijo y a mí. Se equivocó en todas las elecciones de su vida pero eso no lo hacía mala persona.

—¿Cómo encajó todo aquello el pequeño Javier?

—Mal. Siempre la culpó a ella de haberle separado de su padre. Además, mi marido aprovechó la ocasión. En todo el proceso estuvo en un segundo plano, susurrando al oído del niño las frases adecuadas. El chico tenía una necesidad de una figura paterna. Él fue muy hábil y se lo llevó a su terreno. Se comportó con mi nieto con una dulzura que a mí se me antojaba casi repulsiva. Se lo fue ganando y le fue enfermando la mente con sus ideas sobre las mujeres, la vida y cómo se debían tratar a los demás. Todo lo bueno que había de mi hijo en mi nieto, fue destruido por el monstruo que era mi marido. De hecho, llegó hasta a poner al niño en mi contra. Luego le inculcó su afán por lo militar, por lo violento... como un alfarero, lo modeló a su imagen y semejanza. Ese fue el momento en el que perdí para siempre a mi nieto.

Las piezas se ensamblaban a toda velocidad en la cabeza del inspector.

—¿Llegó usted alguna vez a conocer a su nieta?

—No. Su madre nunca quiso saber nada de nosotros. Yo, a los dos años de morir mi hijo, me presenté una tarde en su casa. Hasta ese momento no supe a qué se dedicaba. Me recibió en batín, media desnuda. Cuando entré en el salón, vi gente en pelotas, corriendo por allí, cámaras de televisión, focos... ¡casi me muero del susto! —exclamó la anciana— Ella, en cambio, pareció divertirse con todo aquello. Cuando le pregunté por mi nieta, me dijo que la había entregado en adopción. Empecé a llorar y, sin darle más explicaciones, abandoné aquel piso. Nunca más la volví a ver.

De repente, el inspector se levantó de golpe, asustando a la anciana.

—¿Recuerda usted dónde estaba esa finca donde su hijo pasaba las fiestas con su nieto? ¿Se la quedó también la actriz?

—No lo sé, inspector. A mí nunca me llevó allí. Aunque no me extrañaría que también se la hubiese quedado.

Sin darse cuenta, empezó a caminar por la estancia. Cogió el móvil y envió un mensaje de texto. Era una opción más que posible.

—Señora, tengo que marcharme. Me ha sido usted de gran ayuda —afirmó el inspector—. Muchas gracias.

—Espere un momento, inspector —espetó la mujer—. Yo le he ayudado. Ahora necesito algo de usted.

El inspector se detuvo en el umbral y se giró.

—Necesito saber exactamente que ha hecho mi nieto, inspector. Quiero saber la verdad por su boca, antes de leerlo en los periódicos.

—Su nieto ha matado a varias personas, entre ellas a María Berdún, la actriz porno que le hundió la vida a su hijo. Además, ha encontrado y secuestrado a su nieta, la hermanastra de Javier.

—¿A mi nieta?

—Sí. Fue adoptada de manera ilegal por un rico matrimonio de empresarios. Su padrastro es otra de las víctimas. Ahora está en su poder y dado el nivel de agresividad que ha mostrado, su vida corre serio peligro. Estoy intentando encontrarla sana y salva.

La mujer lloraba con serenidad. No eran nervios. Era tristeza.

—Y también me ha amenazado a mí.

—¿A usted?

—Sí. Yo fui el agente que arrestó a su hijo después del atraco y que le metió en la cárcel. Supongo que me odiará por ello.

—No piense eso, Inspector. Pero sí le tengo que pedir algo poco común y más, viniendo de una abuela.

—Usted dirá.

—Cuando lo encuentre, ante la más mínima duda, mátelo. Ese niño ya no es mi nieto, es una bestia. Hágalo o le matará él a usted.

El inspector asintió con gravedad y salió de la habitación a la carrera, en dirección al control de enfermería.

Allí se encontró a Daniel, coqueteando con la joven enfermera.

—¿Qué tal ha ido? —le soltó el forense.

—Bien —respondió—. ¿Has encontrado algo?

—No. Las cámaras no recogen todo el aparcamiento. Se le pierde de vista y luego sale montado en un coche negro y al estar tan mal iluminado, no se ve bien la matrícula. He llamado a la central. Viene para aquí un equipo de informáticos.

—La tiene en una finca. Y ha de estar por aquí, a no mucha distancia.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Daniel.

—La mujer me ha contado... —empezó a decir el inspector hasta que se escuchó su móvil. Un mensaje.

Diego lo abrió y lo leyó. Luego, sin decir nada, se empezó a dirigir a la puerta a la carrera.

—¡La tenemos! —gritó— ¡Vamos, Daniel!

Los dos hombres salieron del edificio a toda prisa. Un instante después, el coche volaba por aquellas estrechas carreteras de montaña. Empezaba a despuntar algún rayo de sol en aquel horizonte sombrío.

—¡Busca la puñetera aplicación esa! —exclamó Diego— ¡La de los mapas!

—¿Google maps?

—¡Esa! ¡Me jodería no llegar a tiempo por perderme en la carretera!

El coche, a tumba abierta, se perdió entre un mar de frondosos pinos. Estaba amaneciendo y el lobo por fin había oído a su presa.

Estaba desayunando con parsimonia. El día seguía amaneciendo totalmente cerrado. De hecho, amenazaba tormenta. Removía con cuidado el café, deleitándose con cada sorbo. Hoy era el día en que comenzaría su nueva vida. La chica, por contra, no parecía estar tan contenta.

—¿Se puede saber qué te pasa? A lo mejor necesitas... —susurró Javier mientras le metía mano por debajo de la camiseta.

Cristina se lo quitó de encima como pudo. Él tensó sus facciones y se levantó airado. Desde el secuestro, había fingido llevar mejor la situación, sobre todo para evitar hacer enfadar a su hermanastro. Había comprobado lo violento que podía llegar a ser y lo último que quería era que se enfadase con ella. Tenía que ganar tiempo. Su vida le iba en ello.

—Lo siento. Es que me duele todo. Ayer fue un día complicado.

—Supongo que sí —afirmó Javier—. De todas formas, todo esto va a muy acabar pronto.

La chica se estremeció en su sillón.

—Voy a salir fuera a comprobar que todo está en orden. No me fio en absoluto de ese puto madero. ¡Y recoge esto un poco, joder! No somos cerdos...

Salió de la casa dando un portazo sin percatarse que, por debajo de la mesa, Cristina se estaba amarrando los cordones de sus deportivas.

Fuera, el aire era cada vez más húmedo. En la parte delantera de la casa, Javier estaba intranquilo. Tenía ganas de estar ya rumbo a Panamá, con la cuenta del banco repleta de dinero para varias vidas. Todavía tenía que salir de la isla pero eso no le preocupaba en absoluto. Tenía contactos y había decenas de embarcaciones que navegaban de aquí para allá por todo el Mediterráneo. Luego llegaría a Lyon y después sacaría un billete con destino a Centroamérica. Buen clima, mujeres y ciudades donde el dinero lo compra absolutamente todo. El paraíso. De repente, un estruendo le sacó de su ensimismamiento. Se acercó al borde del camino y miró en dirección a la entrada de la finca. Sus ojos se abrieron de par en par. ¡Era imposible! Después del golpe, sólo se escuchaba el canto de algunos pájaros, volviendo a sus nidos. Una gota cayó de

repente sobre su frente. Y luego otra.

Con cuidado, Cristina se había metido en el baño y abierto la ventana que daba a la parte trasera de la casa. Intentando no hacer ruido, se deslizó como pudo hasta el suelo. Una vez en tierra, empezó a correr en dirección al bosque. Empezaba a llover y con desesperación la joven intentaba poner su frágil cuerpo a cubierto entre la maleza. El corazón parecía estar a punto de salir de su esbelto pecho.

Mientras, como una exhalación, Javier entró a la casa. Tras buscar a la chica por todos lados, vio cerrado el baño. Empezó a gritar su nombre con desesperación y, al no recibir respuesta, tiró abajo la puerta de dos patadas. La pequeña ventana abierta le sonrió, burlona. La ira de su interior se acumulaba cómo lo haría la lava de un volcán a punto de entrar en erupción. Tenía que haberla matado antes. Gritando su nombre, salió de la casa y se perdió entre la maleza, en dirección a la profundidad del bosque.

—¡Se te va la olla, joder! —gritaba Daniel mientras se peleaba con el airbag— ¡Menuda hostia nos hemos pegado!

—¿Estás bien? —preguntó Diego.

—Sí, sí... ¿A quién coño se le ocurre empotrar el coche contra una puerta de ese calibre? ¡Nos podías haber matado, joder!

—En la televisión parece una buena idea —farfulló—. Anda, salgamos del coche.

Al llegar a la entrada, el inspector había lanzado el coche contra la entrada principal. Sólo había conseguido derribar una de las hojas, aunque lo suficiente como para que pasasen al otro lado. Mareados y con el cuerpo magullados, los dos hombres se encontraban razonablemente bien. El Ford Focus de la vecina no podía decir lo mismo.

—Como esa bruja pretenda quedarse con mi coche... ¡te mato!

—Vale, está bien —contestó Diego—. No ha sido buena idea.

De repente, escucharon un grito desgarrador. Era una voz masculina que aullaba el nombre de la chica. Ponía los pelos de punta.

—¡Toma, Aquí tienes mi arma! —afirmó Diego al tiempo que pasaba su pistola a su amigo— Si ese pedazo de escoria intenta escapar, le pegas dos tiros. Llama a la caballería y dales nuestra posición. No subas hasta la casa.

—Espera, ¿vas a subir tú solo? ¿Y desarmado?

—Sí. Ese cabrón es mío.

—¡Deja que suba contigo!

—No te preocupes. Lo del arma es lo de menos. Voy a terminar con esto a mi manera —soltó el inspector con una pícaro sonrisa.

Sin saber muy bien qué decir, Daniel vio cómo su amigo se alejaba. Su intuición le decía que era la última vez que lo iba a ver con vida. Luego, temblando, marcó el teléfono de Barbadillo.

—¡Cristinaaaaaa! —gritaba Javier mientras corría entre los árboles— ¡Hija de perra! ¡Sal!

Agazapada detrás de un matorral, Cristina temblaba. Si la cazaba, la mataría sin contemplaciones. Su juego sexual la había mantenido con vida todos estos días pero ahora notaba la ira en su voz. No la podía coger. No después de todo lo que había pasado. Sus piernas casi no le respondían. Sin querer, estuvo a punto de hacerse encima sus necesidades. Sólo le quedaba agacharse y rezar. A su pesar de ser agnóstica declarada, comenzó a rezar una oración.

Mientras tanto, Javier seguía buscándola. Sabía que no andaba lejos. A pesar de la frondosa arboleda, la lluvia, cada vez más persistente, empezó a anegarlo todo con parsimonia. Los pequeños senderos que se intuían se empezaron a cubrir poco a poco de tierra enfangada. Iba a matarla. En cuanto le pusiese las manos encima, pensaba agarrarla del cuello hasta que dejase de respirar. La idea próxima de venganza le insufló nuevos ánimos. Volvió a gritar su nombre.

Diego llegó a la casa exhausto. Un pequeño utilitario negro estaba aparcado en un rincón de la explanada. Tenía una pegatina de un rent a car en la esquina trasera izquierda. Era el coche. Y esa era la casa. Con el corazón en un puño, entró con sigilo. Una a una registró las estancias con decepción. Ni rastro del secuestrador ni de la chica. De la sucia cocina pudo rescatar un pequeño pelador de patatas. Aunque había algún cuchillo, estaban en muy mal estado mientras que el mango de aquella pieza era muy firme. Tras ver como estaba la puerta del baño, salió corriendo hacia el exterior.

—La cosa mejora —susurró para sí.

Al llegar a la parte trasera de la casa, vio el ventanuco del baño abierto y entendió lo ocurrido. Empezó a seguir el rastro de follaje roto y pisadas en el barro con cautela. El asesino volvió a gritar. A pesar de lo que dictaba el sentido común, el inspector se sumergió sin pensar a la carrera en el bosque. Tenía que encontrarla o sería demasiado tarde.

Daniel estaba temblando de miedo. Sólo hacía un par de minutos que Diego se había marchado. Tres a lo sumo. Había dado aviso a la central y se había quedado allí, parado. Él no era un hombre de acción. La lluvia pronto empezó a caer y además, con persistencia. Dudaba entre seguir las órdenes o a su instinto.

—En fin. Supongo que de algo hay que morir —soltó en voz alta el forense mientras empezaba a correr cuesta arriba entre resoplidos con la pistola de su amigo entre unas manos temblorosas.

Cristina no sabía muy bien qué hacer. Muy despacio, se asomó desde uno de los laterales de la gran roca que le servían ahora de parapeto. Veía perfectamente a su hermanastro, a unos ciento cincuenta metros de su posición. Parecía estar agachado, husmeando su rastro. A pesar de la distancia, podía imaginarse su hedor. A unas pocas decenas de metros, surgía un sendero que la llevaba directo a la casa. Si llegaba a él sin ser vista, tenía posibilidades. Justo cuando iba a echar a correr, una mano le agarró por detrás, tapándole la boca.

—¡Chissst! —susurró el inspector— Soy policía. He venido a rescatarte. Te soltaré la mano de la boca. No grites, de acuerdo. Ya estás a salvo.

Cristina se derrumbó entre los brazos del inspector. Tras unos segundos, el policía la zarandeo.

—¿Estás herida?

Cristina negó con la cabeza.

—¿Sabes llegar a la casa? ¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Está bien. Después de que yo salga, cuenta diez. Luego, agachada, vete por ese sendero y llega a la casa. Si puedes continuar, sigue el camino y ve hasta la entrada de la finca. Allí espera otro agente. Se llama Daniel.

—¿Va a ir a por él usted sólo?

—Tu tranquila, haré lo que pueda. Ahora prepárate.

El inspector suspiró. El asesino estaba a unos cien metros y se acercaba cada vez más. Era más joven y había sido militar. Además, por lo que se podía apreciar, su estado de forma era bastante mejor que el de Diego. Siempre había tenido cierta tendencia a jugar las partidas con malas cartas.

—Y yo con un pelapatatas —soltó para sí mismo.

La joven lo miró con sorpresa. Sacó de sus bolsillos todo lo que le podía estorbar. Se desembarazó de su chaqueta y después de guardarse su pequeña arma de filo en un bolsillo, se levantó. Luego, con calma, salió al encuentro de su destino. Cómo le habría gustado fumarse un último cigarro.

Daniel llegó a la explanada. Tras echarle una ojeada al coche, se fijó en la entrada de la casa. Dio un par de avisos a navegantes y, tras persignarse, se metió dentro. Aliviado, salió un minuto después de nuevo al exterior. Allí no había nadie. De repente, unos matorrales cercanos empezaron a moverse.

—¡Alto o disparo! —gritó Daniel presa del pánico mientras apuntaba al bosque dando bandazos.

Y de repente, la chica salió a la explanada. Estaba tan exhausta que en cuanto llegó se derrumbó en los brazos del forense.

Abrió y cerró los ojos varias veces. No lo podía creer. Delante suya, a menos de veinte metros, estaba el inspector Diego Guerra. Y al parecer, desarmado.

—¡Inspector Diego Guerra! —gritó Javier— ¡Es un placer verle de nuevo!

—Todo ha terminado, Javier. Entrégate y termina con este circo. Ya ha muerto demasiada gente. ¿No crees?

El tipo se empezó a reír de manera compulsiva mientras ambos hombres se movían en círculos con lentitud, midiendo sus fuerzas. La lluvia era cada vez más intensa.

—¡Hoy se termina con la cuadratura del círculo, inspector! —gritó Javier— ¡Cuando usted muera, mi plan se habrá completado!

—¡No tiene que morir nadie más! —rogó el inspector— ¡Si no es por tu vida, al menos hazlo por tu abuela! No es más que una anciana y eres la única familia que le queda. No la hagas que vea enterrar también a su nieto.

—¿Familia? ¿Usted me habla de familia? El borracho que mató a su mujer y a su hijo en un accidente me habla a mí de familia, ¿no le da vergüenza? —contestó divertido.

—¡Ellos no tienen nada que ver en esto, Javier! ¡No los metas!

—¡Pobre idiota! Sigue pensando que yo hago esto sólo por vengarme de él, ¿no es así?

El inspector se quedó de pie en silencio. Sus músculos se tensaron.

—Le voy a decir algo que quizás usted no sabe... ¡Yo ya he conseguido vengarme de usted, señor inspector! ¡Y fue hace mucho tiempo!

—¿A qué te demonios te refieres?

—Digamos que en el accidente donde murió su familia, la culpa no fue del todo suya.

Una descarga helada le paso al inspector de los pies a la cabeza. Y nada tenía que ver el intenso aguacero que les estaba cayendo encima en esos instantes.

—No, no... aquello... fue un accidente... yo bebí... perdí el control... la carretera mojada.... no puede ser...

—Sí puede ser, inspector. Mi padre había muerto tan solo unos meses antes y había acabado en la cárcel por su culpa. Es cierto que era un ser débil y con poca fuerza de voluntad pero, al fin y al cabo, era mi padre. Desde que entró en prisión, le marqué como objetivo. Su arrogancia prácticamente me obligó a hacer algo al respecto.

—Pedazo de escoria.

—Nunca me han gustado demasiado los coches pero es cierto que alterar el sistema de frenado de un turismo tampoco es algo demasiado difícil —soltó Javier con parsimonia—. Con saber hacer las preguntas adecuadas, es fácil que algún charlatán tiznado de grasa te lo explique.

El inspector se empezó a sentir realmente mal. Tenía ganas de vomitar. Tantos años de tormenta, a la deriva, para nada.

—Robé un dispositivo de localización IPRS del cuartel —prosiguió Javier—. Los precursores de los GPS de hoy en día. Lo coloqué en el guardabarros trasero de tu coche y le seguí en un taxi hasta aquel restaurante de playa. Cuando te vi allí, tan feliz con tu mujer y tu hijo, llegué a pensar en dejarlo para otro día. Luego recapacité. Tu familia no habría sobrevivido sin ti así que decidí que debías morir con ellos. ¡Te intentaba hacer un favor!

—Escoria —susurró el inspector mientras notaba cómo el odio se acumulaba en su interior.

—Me deslicé debajo e hice lo que tenía que hacer... ¡fue tan sencillo! —exclamó Javier con una sonrisa torcida— Luego vino el accidente y... ¡sobreviviste! No me lo podía creer. Lo de tu familia solo iba a ser un daño colateral. Pasó el tiempo y empecé a seguirte. Quería culminar mi obra.

—En los informes del juzgado nunca dijeron nada de un fallo mecánico.

—Cierto. ¿Acaso no recuerdas que, durante el juicio, hubo un leve retraso?

El inspector asintió con levedad. El perito que llevaba su caso había muerto en extrañas circunstancias y eso originó un retraso considerable.

—Digamos que aquel idiota tampoco murió por culpa de un accidente.

—¡Lo mataste para alterar los informes!

—Daños colaterales. Toda acción bélica los tiene, ¿no es cierto?

—¡Aquel hombre era inocente!

—¡Y yo también! —gritó— A mí nunca me preguntó nadie cómo estaba, ni si tenía culpa de algo. Nadie me preguntó si era feliz o si estaba sufriendo. El mundo jamás cuidó de mí. El único que si lo hizo fue mi abuelo. Era un gran hombre.

—Tu abuelo era escoria y tú, un malnacido como él.

Javier se tensaba como la cuerda de un arco.

—¿Por qué no me mataste antes? Seguro que tuviste ocasión...

—Eso es cierto. En multitud de ocasiones pude haberte eliminado. El problema es que empecé a verte sentado de barra en barra, noche a noche, botella a botella... que comencé a disfrutar mucho viéndote sufrir y morir un poco cada día. A veces, incluso llegué a sentarme a tu lado para invitarte a un trago.

—Te voy a matar, Javier. Tu camino acaba hoy aquí.

—Entonces, ¿ya no me quiere detener? Ya sabe, la justicia y toda esa mierda.

—No creo que merezca la pena ni intentarlo. No tienes solución.

—No se enfade inspector pero una cosa es intentar y otra conseguir. Además, yo tengo este magnífico cuchillo —afirmó Javier mientras sacaba un cuchillo de caza de grandes dimensiones de la parte trasera de su espalda— Y usted, sólo años. No pinta bien para su pellejo.

—Preocúpate más del tuyo, hijo de puta. Ven aquí y veremos quién baila mejor bajo la lluvia.

Con la sonrisa en la boca, aquella especie de animal se lanzó a por el inspector. Intentó dar un par de cuchilladas con rapidez pero sólo encontró aire.

—Al parecer no está tan viejo como aparenta, inspector.

—¿Son esas tus últimas palabras?

Con un rápido movimiento, el asesino consiguió dar alcance al hombro izquierdo del policía. La sangre empezó a resbalar brazo abajo. El corte no era enorme pero sí profundo.

—¡Premio! —gritó el asesino eufórico— Te voy a matar poco a poco, inspector Diego Guerra. Te iré cortando pedazo a pedazo. Sin prisas.

Aunque muy nerviosa, asustada y sucia, la vida de la chica no corría peligro. En cuanto llegó el primer coche patrulla, Daniel les ordenó quedarse con ella. Luego se metió, pistola en mano, corriendo por el bosque. La chica le había indicado donde había dejado a los dos hombres.

—¡Diego! ¡Diego! —gritó Daniel con desesperación mientras se lanzaba a la carrera.

Aprovechando un momento de forcejeo, se lanzó contra el asesino. Ambos hombres estaban midiendo sus fuerzas brazo con brazo. Como si de una pelea de osos se tratase, el inspector pudo sentir de cerca su aliento. El hedor era insoportable.

—¡No tienes fuerza suficiente aquí, inspector! —chilló Javier— ¡No eres más que un viejo león! ¡Tu tiempo se agota!

El inspector aprovechó el exceso de confianza para dar un cabezazo en la nariz del asesino, que empezó a sangrar con intensidad. La mueca de su sonrisa estaba a mitad de camino entre la comicidad y la locura.

—¡Buen golpe, inspector! ¡Aunque insuficiente!

Con un súbito movimiento defensivo de algún tipo de arte marcial, Javier le golpeó en el hombro herido. El inspector cedió a la presión, momento que Javier aprovechó con rapidez para estampar su rodilla en el pecho del policía, que se retorció de dolor y claudicó de rodillas. A continuación el asesino aprovechó para golpearle con el mango del cuchillo en la cabeza. Diego cayó al suelo de espaldas, mareado. Estaba tirado en el barro y le faltaba el aire. Como pudo, se tumbó bocarriba. Después de todo, al parecer iba a morir allí.

—¿Unas últimas palabras, inspector?

—Vete al infierno, escoria.

Lanzaba bocanadas de aire con la desesperación de un pez que está fuera de su pecera. Con una sonrisa en el rostro, el tipo se lanzó con el cuchillo agarrado con las dos manos presto a rematar la faena. En el último momento, por instinto de supervivencia, el inspector consiguió agarrarle a tiempo las manos que sujetaban el cuchillo y detener la punta a escasos centímetros de su piel.

—¡Luchador hasta el final! ¡Así me gusta! —exclamó Javier— ¡Eso dará más honor a la victoria!

Era cuestión de segundos. Su oponente era más fuerte, más resistente y tenía la gravedad de su lado. Estaba claro el signo de aquel combate.

—Esto es de parte de mi mujer y de mi hijo —afirmó el inspector. Luego hizo un último esfuerzo para desviar lo máximo posible el cuchillo hacia su costado izquierdo, soltando después las manos y dejando que el filo del arma se abriese camino a través de su carne. A pesar del dolor instantáneo y con la mano derecha liberada, sacó el modesto mondador de patatas del bolsillo y con un ágil movimiento lo clavó en la garganta de Javier hasta la empuñadura. El joven, todavía con cara de sorpresa, empezó a escupir por la boca sangre a borbotones. Cayó de lado y, entre convulsiones, se murió sin saber tan siquiera que demonios había pasado.

Con la cabeza dándole vueltas, el inspector miró a su oponente. El rostro de Javier le miraba ya con inexpresivos ojos y sonrisa lánguida. Se había terminado. Tenía frío y un agudo dolor reclamó su atención con urgencia. Era el cuchillo que Javier, que sobresalía victorioso de su costado izquierdo. Salía mucha sangre de la herida y fue consciente de cómo se le escapaba la vida entre las manos. No había problema. Su misión estaba cubierta y no le quedaba mucho. A pesar de sus dudas con respecto a Dios, deseó con todas sus fuerzas estar equivocado y poder volver a ver a los suyos. Aunque sólo fuera un instante. Abrió sus brazos para poder respirar mejor y cerró sus ojos, dejando que el sonido de la lluvia amortiguara su dolor. Por fin se iba a casa.

El cuerpo del asesino estaba a un par de metros del de Diego. Tenía el pelador de patatas atravesando su garganta y un gran charco de sangre mancillaba la tierra debajo de su cadáver. No reparó en él ni un segundo más. Su pecho se encogió al ver el cuerpo de su amigo. Un cuchillo de grandes dimensiones sobresalía de su costado izquierdo y sus ropas estaban llenas de sangre. Con miedo, Daniel le tomó el pulso del cuello. Era débil pero todavía estaba vivo. Al notar el contacto, el inspector entreabrió los ojos. Su piel estaba pálida como la cera.

—¡Eres un cabrón, lo sabías! —soltó Daniel.

—Eso me han dicho... —susurro Diego— Gracias por todo, Daniel. Por haber estado ahí siempre.

—¡Déjate de mierdas! ¡No te despidas de mí, joder! —gritaba entre lágrimas el forense— ¡Aguanta, cabrón!

Daniel, temblando, descolgó el teléfono y marcó.

—¡Localizad ya la puta posición del móvil, joder! ¡Necesito que venga esa ambulancia!

Entonces el inspector Diego Guerra cogió la mano de su amigo, la apretó con fuerza y exhaló su

último aliento. Y el bosque se quedó en el más absoluto de los silencios.

No podía casi moverse. Una luz cegadora le impedía abrir los ojos y a sus oídos llegaba un murmullo, apenas audible. En su cabeza retumbaba el eco apagado de un ruido metálico. Aunque no tenía dolor, tenía la sensación de estar atrapado dentro de su cuerpo. Luego empezó a notar algo. Lentamente, sin prisas, su cuerpo empezaba a reaccionar. Poco a poco sus manos, sus brazos y sus piernas fueron recobrando la energía. El mero hecho de mover un par de dedos le suponía un tremendo esfuerzo. Y entonces llegó el dolor. A medida que pasaban los minutos, su abdomen le ardía. Abrió los ojos y, tras acomodar la visión, vislumbró un mar de cables que salían o entraban en su cuerpo. Una figura estaba a los pies de su cama.

—Me duele.... — susurró.

—¿Diego? ¿Diego? —exclamó Daniel— ¡Oh Dios mío, menos mal! ¡Enfermera! ¡Enfermera!

Instantes después la habitación se llenó de gente. El inspector estaba mareado y tenía un dolor muy fuerte en el abdomen. Cuando bajó la mirada, vio que estaba cubierta por un aparatoso vendaje.

—Inspector, ¿tiene dolor? —preguntó una mujer de unos cincuenta años, vestida de uniforme. El inspector asintió— Bien, María, ponle seis miligramos más de morfina —ordenó la mujer a una joven que salió de la habitación—. Inspector, soy la doctora Ronces, su médico. Ahora mismo le pondremos algo para el dolor.

—¿Dónde estoy?

—En la UCI del hospital Son Arms, inspector. Tenía usted lesiones muy importantes y ha requerido una intervención quirúrgica urgente. Aunque su estado aún es muy grave, creo que le vamos a sacar adelante. No se preocupe. Ha hecho su trabajo y ahora nosotros haremos el nuestro. Intente descansar —dijo la médico al tiempo que se giraba de nuevo a la enfermera—. Pónselo, María.

El inspector notó con total nitidez como el líquido entraba por sus venas. Picaba. En unos segundos, el dolor se fue esfumando y le embargó un agradable sopor. Cerró los ojos y se durmió.

Estaba esperando el ascensor. Daniel, a su lado, iba cargado de bolsas de plásticos con el emblema del hospital. Habían pasado tres semanas desde el rescate de la joven. El caso, al parecer, había tenido una enorme repercusión mediática.

—No voy a hacer una declaración de prensa, querido Sancho —soltó Diego a Daniel—. Le dí mi palabra a una joven periodista.

—Sí, una tal Marian. No ha parado de preguntar por ti. ¿Sabés que la echaron del periódico por no contar lo del secuestro?

—¿No me digas? Más motivo para hablar sólo con ella.

—Tu caso ha tenido un impacto brutal. Los cuatro días que estuviste en la UCI, la entrada del hospital fue un hervidero de prensa y fotógrafos. Todos querían conocerte. Incluso a mí me han ofrecido entrevistas.

—Aún sigo sin entender qué interés tiene todo esto. El caso ya está resuelto. Es agua pasada.

—¿Bromeas? Varias personas del mundillo del porno muertas, un famoso empresario y una joven secuestrada a manos de su hermanastro. ¡Seguro que alguien está incluso escribiendo un libro!

Los dos hombres se montaron en el ascensor. Un celador estaba al fondo jugando con el móvil mientras llevaba una silla de ruedas cargada de cajas.

—El morbo en estado puro. ¡Qué asco de prensa!

—Tengo que decirte algo más.

Daniel tragó saliva.

—La prensa ha hablado de tu familia.

Un tenso silencio se hizo presente.

—En una de las ruedas de prensa, alguien le preguntó a Barbadillo por tu familia. Se despachó con ganas.

—¿En serio?

—Sí. Contó un poco de todo, salvo el tema de tu alcoholemia el día del accidente.

—Sus quince minutos de fama, supongo. Da igual.

Los dos hombres salieron del ascensor y se dirigieron al aparcamiento.

—No he entendido bien. ¿Has dicho que te da igual?

—Así es. He terminado con todo esto, Daniel. Estoy cansado.

El forense se paró delante de él y le miró a la cara.

—Tranquilo, Daniel —dijo Diego—. No voy a suicidarme. Me refiero a la policía. Voy a dejar el cuerpo.

—¿Por qué? ¡Ahora eres intocable! Podrías estar metiendo la pata durante años y nadie diría nada.

—Lo sé, pero estoy harto de burocracia, Barbadillos de pacotilla y montañas de papeles. Necesito un cambio. Pasar página. Además, di mi palabra.

—Entiendo —afirmó Daniel—. Me alegro por ti, amigo.

—Gracias. Aunque todavía no quiero que digas nada —le rogó—. Por cierto, me han dicho que no te has despegado de mi cama. ¿No te habrás cambiado de acera, verdad?

El forense lo miró con aparente enfado y luego se echó a reír.

—Tranquilo, me siguen gustando las mujeres y si es posible, con menos de 30 años. Piénsalo, un hospital, enfermeras, celadoras, auxiliares, médicos residentes... Tengo la agenda llena para meses.

—Eres un degenerado —afirmó Diego—. Por cierto, ¿te pagaban bien esos periodistas?

—No estaba mal. Sólo había un problema.

—¿Cuál?

—Es difícil poder contar algo interesante de ti. Eres un tipo muy aburrido.

Después de mirarse, ambos se echaron a reír otra vez mientras se montaban en el deportivo de Daniel.

—Tu coche está en mi garaje, por cierto. La científica acabó con él hace semanas. Querían asegurarse de que estuviese todo en orden.

—Perfecto. Así pronto dejaré de tener chófer. Tengo ganas de conducir.

—Todavía estas convaleciente. Ya has escuchado a la doctora.

—Ya lo sé —confirmó—. Anda, vamos a mi casa. Quiero ducharme y después tengo que llamar a esa joven periodista. Se lo ha ganado.

Un par de días después, sobre la una del mediodía, el inspector Diego Guerra hizo su entrada en la comisaría central. En el control de puertas, dos jóvenes agentes se levantaron como un resorte al verle y, de manera efusiva, fueron a saludarle. El inspector agradeció el gesto con cierta incomodidad.

Una vez en el ascensor, se giró a Daniel.

—Ves. Ahora estarán todo el día con lo mismo.

—Ver que los demás se alegran de verte ha de ser insoportable —respondió Daniel.

El ascensor se abrió de repente. Barbadillo se quedó tan sorprendido que casi permite que el ascensor se cierre.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Quise pasar por el hospital pero ya sabes...

—No importa.

—Menudo lío, no es cierto...

—Sí. ¿Por cierto, vas a tu despacho?

Barbadillo se giró con cara de pocos amigos.

—No lo sabe, aún —aclaró Daniel—. No se lo he dicho.

—¿Decirme el qué?

Barbadillo observó al inspector. Pareció concederle el beneficio de la duda.

—Han abierto una investigación para ver si revocan mi ascenso.

El inspector se quedó en silencio. Decenas de mensajes hirientes surcaron su mente.

—Lo siento —acertó a decir.

Los tres se quedaron en un incómodo silencio y luego el ascensor se paró en la sexta planta.

—Homicidios. Nosotros bajamos aquí.

Un leve movimiento de cabeza sirvió como despedida. Hay veces que con determinadas personas no salen ni los formalismos.

Tras entrar en la sala y recibir otro baño de multitudes, el inspector consiguió al fin sentarse tranquilo ante su ordenador. Cogió un folio y empezó a garabatear un croquis del caso. Media hora más tarde, cuando hubo terminado, comenzó a revisarlo. Con un rotulador de grueso calibre, empezó a marcar con círculos varias cosas.

—Diego, por cierto —dijo García, un agente de baja estatura que tenía la mesa enfrente de la suya—, estos papeles se han ido acumulando sobre tu mesa. Creo que tienen relación sobre el caso. Los guardé mientras estabas... bueno, ya sabes. Se los enseñe a Barbadillo pero me dijo que los guardase yo.

—Gracias García —dijo el inspector que notó una tremenda punzada en el abdomen al estirar el brazo. Demasiado espacio libre había dejado su bazo.

Empezó a hojear las páginas hasta que de pronto se detuvo y empezó a revisar las últimas con detenimiento. Luego descolgó el teléfono y marcó.

—Residencia Tramuntana, dígame.

—Necesito hablar con la habitación 309, por favor. Es muy importante.

La gravedad de su semblante aumentaba por momentos. Su instinto, al parecer, parecía intacto.

Eran casi las cinco de la tarde y el crudo invierno empezaba ya a asomar sus fauces. En la mesa del restaurante, los cuatro comensales se miraban con sorpresa.

—Barbadillo, este es Oscar. Es mi cuñado y hermano de Paula. Es un pequeño genio de la informática que, además me ha hecho muchos favores “extraoficiales” —afirmó el inspector.

—Encantado —afirmó el hombre.

—Y creo que recuerdas a Daniel, mi amigo.

—Por supuesto.

Los dos hombres intercambiaron saludos de manera afectuosa.

—Supongo que os preguntareis qué hacéis todos aquí. Han sido unas semanas duras y la presión de la prensa, brutal —afirmó mientras hacía una pausa—. Me temo que el caso todavía no está cerrado.

—¿Cómo? —exclamó Barbadillo, resumiendo la sorpresa generalizada.

—Así es. Hemos detenido al peón pero no al cerebro de todo este asunto.

—Diego, ¿estás seguro de lo que estás diciendo? —preguntó Daniel.

—Por supuesto. No os habría reunido aquí de no estarlo —afirmó—. Quiero que observéis estas imágenes con atención. Fueron captadas por las cámaras de un banco cerca de la casa de la actriz —dijo mientras les pasaba unas fotografías de gran aumento y tamaño.

Todos se fijaron y se mantuvieron en silencio.

—Se ve por poco, pero se ve.

—¡El asesino va en el asiento del copiloto! —exclamó Daniel— ¡Y conduce una mujer!

—Y estas son las cámaras de seguridad de la residencia la noche antes de que tú y yo nos presentásemos allí.

—¿Cómo habéis conseguido esta resolución? ¡Es increíble!

—Ha sido Oscar. Ya os he dicho que es un genio.

—Pero Diego, ¿es un civil! —exclamó Barbadillo— ¡Te puede caer un puro!

—Cállate, por favor. Haz caso, pórtate bien, colabora y lo mismo te llevas hasta una medalla. Puede que incluso recuperes tu puesto de comisario.

Barbadillo, herido en su orgullo, se calló.

—Tengo una teoría que he expuesto al jefe. Me ha dado luz verde y me ha conseguido una orden del juez. Tengo un plan.

Todos se acercaron y se dispusieron a escuchar al inspector con atención.

Dos días después, sobre las ocho de la tarde, el inspector Diego Guerra llegó a la sede de la productora porno "*Carne Ibérica*" S.A. Desde el coche, Daniel mando varios mensajes de texto. Varios pitidos resonaron al unísono en su teléfono móvil.

—Tenemos luz verde —afirmó el forense.

—Perfecto. Vamos.

Los dos policías se bajaron y pegaron al interfono. La voz de Amanda Watling sonó al otro lado.

—Somos nosotros, señorita Watling.

—Ah, pasen. Les abro.

Un zumbido abrió el portón. La mujer les estaba esperando en la puerta.

—Inspector, ¿qué es eso tan urgente que no podía esperar? —interrogó la mujer en cuanto se acercaron al umbral— He tenido que suspender dos escenas.

—Si no le importa, será mejor que pasemos dentro. Hace semanas que el frío no me sienta bien.

—Sí, por favor —dijo la mujer haciéndose a un lado—. Pasen. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Vivo —afirmó irónico—. Bien, no se preocupe.

—¿Y usted es...?

—Daniel Ciges, forense de la policía y amigo del inspector.

—Encantada —dijo la mujer al tiempo que le extendía la mano.

Una vez dentro, la mujer les ofreció café. Mientras esperaban, Daniel se quedó maravillado observando el estudio interior y los decorados.

—Es increíble. ¡La magia del cine!

Amanda entró en la sala con una bandeja y tres tazas de humeante café. Tras repartir las tazas, dejó la bandeja encima de la mesa de piezas de atrezzo.

—¿Ya se ha recuperado, inspector? Cuando vi las noticias, llegué a temer por su vida. No sé si se lo han dicho pero fui al hospital a verle aunque, como es normal, no me dejaron entrar. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho. Ha encontrado a Cristina y ha detenido al asesino de Roberto. Estoy en deuda con usted.

—No hay de qué, Amanda. Sólo he hecho mi trabajo.

—Supongo que no me podrá decir nada pero, ¿sabe ya qué empujó a ese hombre a cometer semejantes atrocidades?

—Por supuesto que sí.

Amanda se quedó en silencio, expectante.

—Uno de los motivos más antiguos que existen desde que el hombre es hombre: la venganza.

La mujer se estremeció.

—¿Venganza, inspector?

—Así es. Contra mí, pues según su mente enferma yo fui el responsable indirecto de la muerte de su padre. Venganza contra María Berdún, que le apartó de su lado y contra Cristina, la hermanastra que lo tuvo todo mientras que él no tenía nada. El resto de las víctimas probablemente sólo estuvieron mal ubicados espacial y temporalmente. Aunque he de reconocerle que es probable que jamás lleguemos a conocer toda la verdad.

—¡Qué triste! —exclamó Amanda— La vida es demasiado complicada, inspector.

—En eso estamos de acuerdo.

—No quiero parecer grosera pero, ¿qué era eso tan urgente que tenía que preguntarme? Ha conseguido preocuparme.

—Nada, simplemente que necesito unos datos más para el informe final de la investigación. Me están presionando para que lo entregue lo antes posible.

—¿Y la carabina? —preguntó la mujer mientras apuntaba a Daniel con la mirada.

—Tiene el problema de ser mi amigo. Yo todavía estoy convaleciente y aún no puedo conducir.

—Entiendo —respondió la mujer—. Pues usted dirá.

—Son cuestiones acerca del testamento de Roberto Trencillo. ¿En manos de quién ha quedado la productora ahora?

La mujer se removió como una serpiente en un terrario.

—Me la ha dejado a mí.

—¿A usted? —exclamó Diego— Vaya, vaya,... parece que después de todo la apreciaba más de lo que pensaba.

—Eso parece. Me ha nombrado única heredera de todos sus bienes. Este chalet, un piso de Madrid, un pequeño terreno de los padres de Roberto y la productora.

—¿Y a cuánto asciende eso?

—Unos diez millones de euros. Quizás algo más.

—¿Va a seguir funcionando la productora?

—Conmigo al frente no. Estoy terminando de rodar las escenas contratadas y luego empezaré a negociar con varias promotoras internacionales. Todo este asunto, por desgracia, le ha dado mucha publicidad. Y yo no sería capaz de seguir trabajando aquí ni un minuto más de lo necesario. No sin él.

—Al final parece que la vida ha sido justa con usted, ¿no es así, señorita Watling?

La mujer torció el gesto.

—No me gusta su tono, inspector.

El inspector sacó un cigarrillo. A pesar de las recientes prohibiciones médicas, lo encendió. Formaba parte de su ritual.

—Y a mí no me gusta que me mientan, Amanda.

La mujer palideció unos instantes, sin saber muy bien que decir.

—¿Cómo se atreve...?

El inspector sacó con tranquilidad una docena de fotos de un sobre marrón que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Luego las extendió sobre la mesa, entre consoladores y bolas chinas.

—Ha salido muy favorecida, ¿no cree?

La mujer cogió las imágenes y las miró una por una. Luego, temblando, las soltó de nuevo en la mesa.

—Ésta no soy yo. Puede ser cualquiera.

—Ésta no sólo es usted, Amanda, sino que además juraría que si rebuscase en aquella caja de trastos del rincón encontraría todas las pelucas con las que usted se iba cambiando. Sé que no estamos bien considerados pero créame cuando le digo que no somos tan torpes, señorita Watling.

—Usted, usted... necesita una orden de un juzgado...

—Aquí la tiene —afirmó Diego mientras se sacaba un papel sellado del otro bolsillo de la chaqueta.

La mujer, temblando de manera compulsiva, leyó la carta.

—Daniel, allí está la cocina. Tráete una silla, por favor.

El forense obedeció y unos segundos después la mujer descansaba sobre ella entre temblores.

—El contrato de alquiler del coche negro que encontramos en la escena estaba expedido con un carnet de conducir falso, seguramente proporcionado por un conocido del asesino. No sé si lo sabe pero él no tenía carnet de conducir —afirmó el inspector con parsimonia, esperando que calase el sentido de sus palabras—. Él mismo me confesó antes de enfrentarse conmigo que no le gustaban los coches. No le gustaban.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—También me confesó que él fue responsable del accidente que hace años le costó la vida a mi mujer y a mi hijo. Nos siguió y, al parecer, alteró el sistema de frenos de mi vehículo. Y en ese momento fue donde, sin querer, se le escapó un detalle que ha resultado ser de capital importancia.

—¿Qué detalle? —preguntó Amanda.

—Me confesó que, aquella tarde en la que mi vida cambió, él me siguió en un taxi.

—No entiendo qué tiene eso de raro.

—De haber sabido conducir, un tipo tan meticuloso como él, nunca hubiese dejado un testigo así porque sí. Lo normal hubiese sido seguirme en su propio coche, ¿no cree?

La mujer tenía la mirada perdida en el vacío.

—Aquel detalle me incomodó. Ha de saber que soy una persona muy exigente y que considero mi trabajo como un rompecabezas. Hasta que no me encajan todas las piezas, no me detengo.

—No me importan lo más mínimo sus gustos, inspector.

—Tranquila, no tardaré demasiado. Como aquello no encajaba pedí una copia de su historial militar. No sé si lo sabe pero en el ejército un soldado puede sacarse, totalmente gratis, cualquier carnet de conducir, de cualquier nivel. Desde el carnet de motocicleta hasta uno de camión. Es más, tenerlos les ayuda de manera importante a subir de graduación. Y Javier era un tipo ambicioso. ¿Por qué no lo había intentado, me pregunté?

Nadie respondió su pregunta.

—En el último reconocimiento médico antes de ser licenciado, le encontraron un edema papilar en el ojo derecho. Es una lesión que no impide hacer vida normal pero que incapacita para conducir cualquier tipo de vehículo. Aquello fue un jarro de agua fría pero Javier, obstinado como pocos, pidió fecha para ser operado con el fin de solucionar el problema. Entonces sobrevino una complicación. Por cierto, me tiene que decir la marca del café. Es excelente.

—Es de cápsula —cortó Amanda con sequedad.

—Todo parecía estar arreglado. Javier se operaría y, una vez recuperado, podría sacarse sus carnets e ir ascendiendo. El problema es que alguien investigó la ficha de Javier y descubrió que había mentido sobre sus antecedentes. Fue expulsado del ejército y se olvidó para siempre de los vehículos. Y de conducirlos.

—Sigo sin saber a dónde quiere ir a parar.

—Tranquila, Amanda. Todo a su debido tiempo.

El inspector bebió con calma un sorbo de café.

—Días después también hablé con su abuela, que me confirmó por teléfono que su nieto no sabía conducir. El saber que él podía desplazarse de un crimen a otro tan rápido como nosotros o más me convenció de la necesidad de un cómplice. Un conductor que le llevase de escena en escena. Buscamos las imágenes y con ayuda de un experto en informática, nos encontramos cara a cara con tu rostro detrás del volante. El intento de cambiar el color de las pelucas no fue buena idea.

—¿Y eso por qué?

—Porqué tengo una memoria privilegiada, señorita Watling. La primera noche que estuve aquí, me fijé en el cajón desastre y su contenido. La asociación fue sencilla.

—Ningún juez se tragará eso, inspector. Esas imágenes no demuestran nada.

—Cierto. Esas imágenes por sí solas, no son suficientes. Y eso que probablemente tienen su ADN.

Es una prueba circunstancial, lo reconozco. Pero lo cierto es que aún no he terminado, Amanda. Daniel, por favor.

Daniel se acercó y encendió su móvil. Después de toquetear la pantalla, una grabación se puso en marcha y, pasados unos segundos, Amanda Watling empezó a sollozar de manera audible.

El inspector se sentó en la mesa de la cafetería con dificultad. Había días que la cicatriz le dolía horrores. El dueño, un viejo amigo de Daniel, les había hecho el favor de cerrar la segunda planta sólo para ellos. Cristina Black estaba sentada enfrente.

—En primer lugar gracias por venir con tan poca antelación —comenzó a decir Diego— El dueño nos ha hecho el favor de dejarnos todo el segundo piso para nosotros. No quería molestias ni que un fotógrafo saliese de la nada para tener su exclusiva y sus quince minutos de fama.

—No hay de qué, inspector —contestó Cristina—. Por cierto, he leído la primera parte de su entrevista en el periódico. Me ha sorprendido lo cómodo que se ha encontrado. No parece ser usted de las personas a las que le gustan los periodistas.

—Y no me gustan pero a esa joven en particular le debía un favor. Y usted, de hecho, mantuvo silencio cuando se enteró de su secuestro para salvaguardar la investigación. Le costó el despido.

—No obstante, parece que ha encontrado trabajo pronto.

—Sí. Una entrevista mía se cotiza al alza ahora mismo. Es como si de repente perteneciese a la élite. Es posible que algún día le pida que le conceda una entrevista usted también. No estaría de más que lo hiciese. A mi entender, también se lo debe.

—Por usted haré lo que sea, inspector. Estaría muerta de no ser por su aparición.

—Tampoco es para tanto.

—Sí que lo es. Habría acabado enterrada en aquel bosque —afirmó con tristeza—. ¿Cómo se encuentra?

—Viejo —contestó Diego—. Aunque cada día que pasa me encuentro mejor. Mi médico dice que es normal. He dejado el alcohol y estoy intentando dejar el tabaco. Tiempo de reformas, supongo.

—Me alegro mucho, inspector.

—Llámeme Diego —afirmó el inspector—. Y muchas gracias por el interés. Por cierto, ¿usted, cómo se encuentra?

—Físicamente estoy bien pero la cabeza... eso es distinto. Con el tiempo supongo que mejoraré.

—Tuvo que ser complicado el asunto con su hermano.

—Así es. Fue un infierno.

—Hay que estar muy enfermo para hacer algo así. Y con tu propia hermana...

La joven suspiró.

—Estoy de acuerdo. Aunque he de reconocer que mi profesión me sirvió para aislarme mentalmente y relajarme. Aun así, fue muy duro. De hecho, creo que no podré volver a rodar porno. O al menos, no de momento.

—Bueno, creo que con la cantidad de dinero que le ha dejado su padrastro tampoco tendrá necesidad de ello.

La chica se quedó con la boca abierta.

—Perdone, señorita Black. Siempre he sido demasiado abrupto en mis comentarios. ¿A cuánto asciende la historia, si no le incomoda responder?

—Por supuesto que no me importa, inspector. Para usted, no tengo secretos —contestó la joven con una media sonrisa—. La herencia de mi padre, entre propiedades y dinero en efectivo se acerca a los veinte millones de euros.

El inspector silbó. Un camarero se acercó.

—¿Quiere algo?

—Una coca cola, gracias. Zero si tiene.

—Una coca cola zero para la señorita y un café doble con hielo. Gracias.

Una vez que el camarero se hubo marchado, el inspector empezó a hablar de nuevo.

—El motivo de haberla llamado es explicarle con detalle todas las conclusiones del caso, si le apetece a usted oírlas.

—Por supuesto.

—No parece usted muy entusiasmada.

—Si lo estoy, inspector. Lo único es que deseo pasar página cuanto antes y empezar de nuevo a vivir esta segunda oportunidad que Dios me ha dado.

—Entiendo. En ese caso, intentaré ser breve y conciso.

—Gracias.

—Su hermanastro era, como usted ya sabe, un desequilibrado mental. Su enfermiza sed de venganza contra todo y todos le llevo, en su enajenación, a cometer esa cadena de atroces asesinatos.

—Estoy de acuerdo con usted. Al menos en media docena de veces lo noté con ganas de matarme. Fui muy afortunada.

—En principio pensé que actuó sólo pero pronto las pruebas me llevaron por otras teorías. Ahí es donde aparece la figura de Amanda Watling.

—¿Amanda? —exclamó la joven— ¿Qué tiene que ver ella en esto?

—¿No lo sabe? —preguntó el inspector— Amanda Watling fue detenida esta mañana. Tenemos numerosas pruebas de que ella y Javier eran cómplices.

La chica dejó escapar un gesto de sorpresa y una exclamación.

—¿Por qué haría Amanda algo así?

—Hace muchos años, Roberto engañó a Amanda en un negocio.

—Sí, sé lo de la productora. Lo que hizo Roberto fue horrible. Amanda me lo contó.

—Amanda odiaba a Roberto. Debido a su particular tipo de negocio, Roberto recibía muchas amenazas de muerte. Un día, de casualidad, llegó una carta que no amenazaba al señor Trencillo sino a una de sus actrices más importantes.

—¿A mí?

El inspector asintió con la cabeza.

—Exacto. Amanda vio la oportunidad de acometer al fin su plan. Con la excusa de las cartas, montó varios equipos de vigilancia por toda la casa. Cuando Javier volvió de nuevo a meter otra carta en el buzón, la cámara de vigilancia de la puerta inmortalizó su rostro debajo de una gorra de béisbol. La imagen no era muy nítida pero supongo que con un buen programa de reconocimiento facial y unos cientos de euros que motiven a un buen especialista, se podría limitar bastante la búsqueda.

El camarero llegó con las bebidas. El inspector se mantuvo en silencio hasta que se marchó.

—Por otro lado, estaban sus huellas dactilares. Después de revisar una de las cartas con atención, pudimos encontrar algunas huellas. Con otra módica cantidad de dinero, conocer su identidad buscando en las bases de datos de la policía o la seguridad social tampoco debió de resultar complicado. Amanda ató cabos y le ofreció a Javier la oportunidad de vengarse. Ya tenía el brazo ejecutor para su plan.

—Entiendo.

—Una vez establecido contacto, el trato resultaría sencillo. Contigo y con Roberto fuera de circulación, Amanda sería rica y él obtendría su venganza. Jugada perfecta. Lo irónico es que todo fue financiado con cargos hechos a cuenta de la productora. El propio dinero del señor Trencillo le llevó a la tumba.

—¿Y tienen pruebas de todo eso?

—Sí, Cristina. No te preocupes, querida. Tenemos pruebas de sobra. Amanda pasará muchos años a la sombra y no hay nada que temer —afirmó—. De hecho, cuando venía para aquí, Barbadillo me ha dicho que Amanda se había derrumbado y quería colaborar con nosotros. Pretende quitarse años de condena.

La joven sonrió y suspiró aliviada.

El inspector se mantuvo en silencio unos instantes y, de repente, se levantó de la silla y empezó a aplaudir con lentitud. La joven se quedó callada sin saber muy bien que hacer.

—Tengo una pregunta que hacerte, Cristina —dijo Diego—. ¿Cómo se sabe cuándo una actriz porno es buena en su trabajo?

La joven se mantuvo en el silencio más absoluto.

—A una actriz de cine tradicional se la considera buena en su terreno cuando consigue simular de manera creíble cualquier tipo de sentimiento o rasgo de carácter. Pero en tu mundillo supongo que, para ser una de las mejores, habrá que saber fingir otras facetas.

—Así es, Diego.

—Desde ahora para ti, niñata, soy el inspector Guerra —afirmó con rotundidad.

Aquel cambio de tono pilló a la joven con el compás cambiado.

—He de confesarte que no he visto ni una sola de tus películas pero estoy cada vez más convencido de que, como actriz dramática, tendrías un futuro esperanzador. Lástima que vayas a ir a la cárcel —afirmó el inspector—. Aunque es posible que allí haya grupos de teatro para aficionadas.

—¿A la cárcel? ¿Acaso se ha vuelto loco?

—No, querida. Todo lo que te he contado no son más patrañas. Una dulce madeja que tú, desde el principio, tenías preparada para poder dejar bien atados todos los cabos y, además, tener coartada.

—¡Esto es increíble! ¡Me voy ahora mismo!

—¡Siéntate! —gritó el inspector— ¡No te atrevas a volver a intentar jugar de nuevo conmigo!

Cristina, sorprendida por la reacción del inspector, se quedó con la boca abierta. Luego se sentó.

—Te voy a contar una historia. Te resultará interesante, te lo aseguro —afirmó el inspector.

—Soy toda oídos.

—Desde siempre, tu ambición ha sido la riqueza y el poder vengarte de tu padre. Siempre le culpaste de la muerte de tu madre. ¿No voy mal, cierto?

La joven se mantuvo callada.

—Él estaba todo el día trabajando y tú sentías que no os prestaba suficiente atención. Aunque no sé cómo, te enteraste que eras adoptada lo que te llevó a indagar sobre tu pasado. Se te ve una chica muy inteligente y con recursos. Probablemente no te fue difícil dar con María Berdún, tu madre biológica.

—Le sorprendería saber la cantidad de hombres que harían cualquier cosa por acostarse con una chica de 16 años —afirmó la joven con frialdad—. Registro civil, profesores, policías... los hombres son todos unos auténticos cerdos. Por eso triunfaba Roberto. Les daba lo que ellos

querían y no se atrevían a pedir. Aprendí eso muy pronto.

—Conociste a tu madre y ella, que tampoco tuvo nunca muchos reparos en no hacer lo correcto, te metió en el mundillo del porno y te presentó a Roberto. Con el tiempo, al cumplir la mayoría de edad, lo usaste para ganar independencia económica.

—El día que me marché de casa me sentí liberada.

—Posteriormente, yo creo que a María se le ocurrió la idea de la extorsión a tu padre, ¿no es así?

—Se equivoca. Eso fue idea mía. Roberto, de hecho, no quería. Tuve que convencerle.

—Y entonces, de repente, Amanda te cuenta lo de las cartas que te amenazan. Decides indagar y cuando descubres la identidad del acosador, el plan se forma poco a poco en tu cabeza con claridad. Te presentas a tu hermano y le das lo que nunca tuvo: una familia que lo quiera. Amanda, Javier y tú os ponéis de acuerdo y lo organizáis todo. Si lo hacéis bien, todos salís ganando. Aunque lo que Javier no sospecha es que, en secreto, tú y Amanda habíais acordado usarlo como cabeza de turco.

—Siga, por favor. Esto es muy divertido.

—Por el perfil, encajaría. Violento, inestable, desprecio a la autoridad.... sólo habría que ir dejando un rastro de migas de pan y provocar que Javier se acabase enfrentando de un modo u otro a la policía. Su carácter inestable provocaría un enfrentamiento y, probablemente, daría con sus huesos en una tumba. Para asegurarte el plan jugaste, una vez más, la baza sexual. Acostarte con tu hermano para poder engañarlo... nunca pensé que alguien llegase a caer tan bajo.

—Me he acostado con hombres altos y bajos, rubios, morenos, gordos, jóvenes que apenas cumplen la mayoría de edad y viejos de 70, con dos, con tres, con cinco, con siete... al final sólo es carne contra carne, inspector.

—Entiendo. Amanda seguro que no sabía nada de los asesinatos. Yo creo que ella sólo estaba al corriente del asunto de Roberto. Ella pensaba que le daríais una paliza o algo así. Él se asustaría y se desharía de la productora y demás. De hecho, ya estaba hartado. Pero a ella, por supuesto, también la engañaste. La noche que le comuniqué lo sucedido, no fingió la sorpresa.

—Siempre le ha faltado carácter. Si Roberto me hubiese hecho a mí algo así, yo misma lo habría matado. Ha sido siempre una pusilánime.

—Montaste lo de Roberto y viste que tu hermano se había excedido. Una vez cometido un crimen, no había vuelta atrás. María también estaría al corriente del asunto así que, nada más marcharme, Amanda la llamó y le dijo que Roberto había muerto. Ella se asustó y vino a verme. A vosotros os entró el pánico y decidiste atar cabos. Entonces cometisteis otro error.

—Sí, ¿cuál?

—Las llaves de casa de tu madre. Sólo tú tenías acceso a ellas. Hiciste una copia y a buen seguro que Javier las usó para entrar. La cerradura no estaba forzada.

—Maravilloso. Siga, por favor.

—Soltaste la correa de tu hermano y le obligaste a matar en tu nombre. Un perro rabioso y muy capaz que fue eliminando fichas en defensa de su familia. La reina negra de un tablero de ajedrez.

—¿Porque la negra y no la blanca, inspector?

—Porqué tu corazón es negro, Cristina. Tan negro como tu sobrenombre en el porno.

—He de reconocer, inspector, que esta es una historia increíble. Continúe —dijo la joven al tiempo que succionaba refresco a través de la caña de manera lasciva—. Me está poniendo hasta cachonda.

—La muerte de tu padrastro te iba a dejar a cargo de una inmensa fortuna. La agente en el piso de María y el guarda de seguridad en casa de Artigues fueron testigos involuntarios. Personas con azar funesto.

—En cualquier conflicto hay siempre daños colaterales, inspector. Usted lo sabe bien.

El inspector sentía repulsión por aquella joven a la que había salvado la vida.

—Aprovechando los conocimientos de tu hermano en explosivos, montasteis la explosión en el piso. Un par de días más y nadie os habría encontrado jamás. Seguro que te preguntarás cómo di con vosotros.

—Estoy impaciente, inspector.

—Gracias a la señal de la cámara que colocasteis en mi piso. Uno de mis contactos, tras cometer un par de delitos y romper media docena de normas internas de la policía, consiguió localizar la señal de vuestro aparato WIFI. Después de todo, los jóvenes no sois tan listos como os pensáis.

—Supongo que en eso tiene razón.

—Luego, últimas fases y llega la parte más delicada. Conseguir sacrificar al peón sin que la reina sufra daño y, lo más importante, sin que este se dé cuenta. ¿Cómo tenías pensado matarlo?

—Eso no lo sabremos nunca.

—Pero al final, en el momento oportuno, yo te soluciono el problema y aparezco en plan ángel salvador montado en su blanco corcel. Mato a tu hermano, te salvo y doy a la historia un final de película. Supongo que para ti hubiese sido mejor que yo muriese en ese bosque.

—Supone bien, inspector.

—Mis compañeros han seguido el rastro de los distintos pasaportes que tenía tu hermano en la finca. Así que después de todo, ¿Panamá, no es cierto? A vivir la vida con veinte millones de euros en el bolsillo en un país corrupto donde el dinero compra voluntades, identidades y un nuevo futuro.

—No he estado pero dicen que es un magnífico lugar para retirarse.

—Y pensar que me he jugado la vida por ti... eres el ser más ruin que he llegado a conocer nunca, Cristina. Y eso que he conocido verdaderas bestias.

La joven le sonrió en silencio.

—¿Qué te pareció mi historia?

—Como historia está bien, inspector. Aunque cómo caso, lo veo algo endeble —confesó la joven—. No tiene pruebas de absolutamente nada de lo que usted me ha dicho. De ser así, estaríamos hablando en la comisaría y no aquí. Debería intentar usted dedicarse a escribir novelas. Tendría futuro.

—Estamos muy cerca de comisaria. No te preocupes por eso. Antes de que te vayas, quiero que escuches algo. Ten paciencia, no soy muy bueno con los teléfonos de última generación.

El inspector sacó con torpeza el teléfono móvil de Daniel. Tras unos instantes de tocar pantallas, un audio se empezó a escuchar con absoluta nitidez. Dos mujeres conversaban.

—*Cristina, ¿eres tú?*

—*Sí, soy yo. ¿Qué quieres?*

—*Me ha llamado la policía. Vienen para la productora. ¿Habrán descubierto algo de...?*

—*¡Cállate, Amanda! No hables nada por aquí. Pueden haber pinchado los teléfonos.*

—*Es verdad, lo siento. Es que todo este asunto... ¡estoy de los nervios! ¿No podrías venir? A ti se te da muy bien manejar estos circos...*

—*Ya te dije anoche que no. Cuando menos contacto tengamos durante un tiempo, mejor.*

—*Estoy asustada. Tengo miedo de que hayan descubierto algo relacionado con el dinero de Roberto y de...*

—*¡Cállate, joder! ¡Te he dicho que no por aquí! Y no menciones nada de nuestro asunto.*

—*Pues yo necesito hablar de esto con alguien. Anoche no pude dormir. Me desperté pensando que Javier me perseguía. Estoy a base de pastillas... no sé si voy a aguantar.*

—*Está bien. Seguro que sólo quieren confirmar datos y poco más. No saben nada de nada. Todo está atado.*

—*Joder, está bien. Pero esta noche cuando se vayan los policías, nos vemos un rato. Tengo que preguntarte algunas cosas. ¡Me va a dar un infarto!*

—*De acuerdo. Luego hablamos. Muéstrate afligida pero sin pasarse. Si se ponen pesados amenaza con llamar a tu abogado.*

—*Está bien. No se cómo me convenciste para meterme en esto. Adiós, Cris.*

—*Hasta luego.*

El inspector levantó el teléfono. La sonrisa de Cristina se había evaporado.

—Sigue sin demostrar nada, inspector. Por no mencionar que, sin la orden de un juez, esas grabaciones no tienen validez.

—Es cierto. Aunque supongo que esta orden que tengo aquí firmada por el juez Castro elimina tus dudas sobre la legalidad.

El inspector le lanzó una carta arrugada con varios sellos oficiales. Su cara empezó a palidecer.

—Aunque no entras en detalles, se demuestra vuestra conexión e implicación en toda la trama. No es una conversación probatoria pero sí suficiente para investigar más a fondo. Hay indicios demasiado claros.

—Es posible —contestó la joven—. Avísame cuando tenga pruebas. Mientras tanto, me voy a marchar. Es posible, inspector, que en la próxima ocasión me presente además con mi abogado.

—¿Tu abogado? Eso está bien. Te va a hacer falta.

—¿De verdad piensa que tiene usted algo?

—Por supuesto. Quiero enseñarte algo más —afirmó mientras sacaba unos folios—. Estos documentos son una transcripción de una conversación que tuviste justo a continuación de terminar de hablar con Amanda. Compraste dos billetes para un avión que sale mañana por la mañana. Uno desde aquí a Madrid y otro desde Madrid a la Habana. Al escuchar los datos que proporcionabas a la telefonista, comprobamos que no se correspondían con los tuyos. Tu hermano te proporcionó un pasaporte falso, ¿no es cierto?

—No tengo que responder a nada más. De hecho, me voy a marchar.

—Hazlo si quieres. Al final de la escalera te están esperando dos agentes que te llevarán directa a comisaria. Esta tarde, mientras tú venías hacia aquí, mis compañeros han entrado en tu casa. Tienen los pasaportes, el dinero en efectivo y los billetes.

—Se acabó. Voy a llamar a mi abogado.

—Eso va a ser muy complicado, Cristina. Tu abogado también ha sido detenido —afirmó el inspector mientras hacía una pausa—. Tenemos pruebas que le implican en proceso de evasión fiscal de la fortuna de tu padre. El banco de las islas Caimán ha colaborado desde el primer momento. Deberías saber que hoy día, con la debida presión diplomática, incluso los bancos en paraísos fiscales colaboran con otros países como el nuestro. Y más cuando intercede la Interpol. Poner la cuenta a tu nombre y al de tu hermano es un dato que nos ayudó muchísimo.

La chica empezó a removerse en la silla.

—Yo no soy ningún genio informático pero tengo amigos en la central que hacen diabluras con un teclado.

—Todo ese tipo de pruebas y escuchas son ilegales.

—No sé si las autoriza un juez, Cristina. Y aquí tengo otra orden. Lo siento querida, pero todo esto

es legal. Te tengo.

Sus uñas empezaron a verse afectadas con su incipiente nerviosismo.

—¿Sabes lo que me empezó a hacer dudar?

—No.

—Fue hace un par de semanas, relejendo los informes y notas del caso, cuando encontré algo que no encajaba.

—¿El qué exactamente?

—Muy sencillo. La huida del piso donde estalló la bomba tenía lagunas importantes.

—No entiendo a qué se refiere.

—No entendía el motivo por el que tu hermano había colgado una cuerda por la ventana, pudiendo haber salido tranquilamente por la puerta sin arriesgarse a caerse o llamar más la atención. Entonces, recordé un testimonio de una vecina del bloque. Una vieja a la que le chillaron que se metiera en casa.

—¿A, sí?

—Sí. La mujer se acordó de que unas horas antes de la explosión alguien salió del piso dando un portazo. Llevaba un chaquetón y tenía la cara tapada. El sujeto fue muy grosero con ella. Pero lo curioso es que la descripción física no encajaba con Javier sino más bien con una mujer.

—Sería Amanda.

—Ella es más alta. En cambio tú, tienes una altura similar a la descrita por la testigo —soltó el inspector—. Y luego está el asunto de la cuerda. Tengo mi propia teoría.

Un zumbido de una mosca surcó el aire desafiante.

—Después de montar la bomba, nadie más podía salir por la puerta principal. Con aquel enredo de cables, el que montase la trampa tenía que huir después por otro sitio. Creo que tú, vestida con el atuendo con el que te describió la anciana, saliste del piso por la puerta delantera, llevando las cosas imprescindibles en ese macuto, diste la vuelta al bloque y te metiste en el coche, que esperaba detrás con Amanda al volante. Luego tu hermano organizó y preparó la explosión, dejando la entrada del piso lista para nuestra llegada. Agarró la cuerda, salió por la ventana y descendió por ella, reuniéndose con vosotras después. A mí me cuadra.

—No me lo trago.

—Ya. El caso es que, además de las de Javier, tenemos huellas tuyas en uno de los detonadores. En la ventana, en cambio, sólo están las de tu hermano. Y tampoco hay huellas de Amanda por ningún lado. Y por último está el asunto de la sangre.

Cristina tenía cada vez peor cara.

—¿Qué sangre?

—En el baño del piso superior, en casa de tu padre, había sangre tuya fresca en el monomando del bidé. Quiere decir que cuando él le mató, tú estabas presente en la casa.

—¡Mientes! —le gritó la joven actriz.

—Los compañeros de la científica han encontrado restos de tu propia sangre en el pasillo principal. ¿Os lo montasteis allí, en el suelo, con el cadáver de tu padre aún caliente en el salón, no es cierto? Estás más enferma de lo que estaba tu hermano.

Los ojos de Cristina refulgían de rabia.

—¡Ah, se me olvidaba! — exclamó el inspector— No sé si lo sabes pero tu padre había colocado un complejo sistema de vigilancia por toda la casa. Y hemos conseguido recuperar todas las grabaciones. Estabas con la menstruación y, después de hacerlo, necesitaste lavarte.

—Ya es suficiente.

El inspector Diego Guerra se detuvo mientras la miraba de arriba a abajo. La candidez se había evaporado y allí delante sólo quedaba el verdadero rostro de la chica.

—Sólo tengo una pregunta más que hacerte.

Su requerimiento fue recibido en silencio.

—¿Por qué alguien como tú, teniendo una buena vida, monta todo este circo? Incluso puedo llegar a entender a tu hermano pero tú... ¡lo tenías todo para ser feliz!

—Por independencia, inspector. Cuando una descubre que toda su vida es una patraña y ve que todos los que se acercan quieren algo, madura. Yo sólo quería tener una buena vida sin tener que depender de nadie. Ni de padre, ni de maridos, ni de jefes ni de otras compañeras. Una vida para mí y solo para mí.

—Entiendo.

—En fin, ha sido todo bastante interesante, inspector. Aunque sin pruebas, es mi palabra contra la suya. Y yo tengo veinte millones de razones para estar tranquila. Pruebas circunstanciales, que serán rebatidas en su preciso momento.

—Cuando tenga tiempo de inventarse las respuestas.

—Así es. No se ofenda, pero nadie le va a creer. No es usted más que un borracho y yo, en cambio, soy una pobre víctima de secuestro y violación —empezó a decir mientras simulaba estar llorando—. No hay color. Adiós inspector.

—En eso estamos de acuerdo. Eres mucho mejor actriz que yo. Aunque no estoy tan seguro de que nadie se trague esto. Más cuando toda la conversación está siendo grabada por varios agentes desde un furgón, al otro lado. Es toda vuestra, chicos.

Instantes después, Barbadillo junto a varios policías de paisano entraron escaleras arriba y, tras leerle sus derechos, se llevaron esposada a la joven que todavía tenía la sorpresa tatuada en el rostro.

Habían pasado dos meses desde la detención de Cristina y el lugar en el que todos se habían reunido era idílico. La bahía de Cap Elm se acurrucaba coqueta a sus pies mientras el excepcional sol de enero calentaba sus rostros a través del ventanal. Desde el mirador del restaurante y a pesar del frío, varias embarcaciones surcaban el mar en calma de una punta a otra de la misma. Incluso en aquella época, el reclamo de aguas cristalinas y playas de arena blanca era demasiado poderoso y eran miles los turistas de alto poder adquisitivo que pasaban allí los meses más fríos del invierno. Diego masticaba con lentitud. Buena carne, un vino que se dejaba beber y buena compañía.

—Acérqueme la sal, por favor —rogó Diego al comisario.

—Aquí tienes. ¿Más vino, Marian?

—No, gracias. Si no, no podré conducir. Y Diego todavía no puede.

—El hombro derecho no me deja en paz.

—Cambiando de tema, ¿sabéis que me encanta esta playa? En verano, esto se pone muy animado. Hay muchas inglesas maduras que se pasan con el alcohol y tienen ganas de juerga —afirmó Daniel.

Todos se rieron con ganas ante la reprobadora mirada de Diego. El viejo comisario tomó entonces la palabra.

—Diego, he de confesar que esta es, con mucha diferencia, la despedida más rara a la que ha asistido jamás —confesó el comisario.

—Sí, estoy de acuerdo. Y de las menos concurridas —continuo Daniel.

—Al parecer, hasta en esto he superado a Barbadillo.

Los cinco se miraron y se echaron a reír.

—Por cierto, aún no sé por qué le permitiste llevarse el mérito en la parte final de la operación —preguntó Daniel—. Es algo que no me entra en la cabeza. Si por él fuese, te habría metido en la cárcel. O peor aún.

—Al final, pensé que era mejor así. Yo ya tenía tomada mi decisión de abandonar el cuerpo y pensé en no llevarme un despido de más en mi conciencia. No quiero más reproches en mi cabeza —afirmó el inspector—. Como ya te dije al salir del hospital, quiero empezar una vida nueva. Y cargar con el despido de un compañero en la espalda no era la mejor manera. Por mucho que me apeteciese.

—Diego, quiero aprovechar este momento para decirte algo —empezó a decir Oscar.

—Claro, Oscar. Dispara.

—Quiero pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¿Y eso por qué?

—Por el veneno que, durante años, lancé contra ti por el accidente en el que murieron Paula y el niño. Ya sabes lo unido que estaba a ella y creo que, en cierto modo, necesitaba culpar a alguien.

—Y hasta que todo esto se aclaró, hiciste muy bien en culparme.

—Ya, pero siempre he sido muy duro contigo sin pararme a pensar en ti. Lo siento...

El inspector agarró con fuerza la mano de su cuñado.

—No hay nada que disculpar, Oscar. Gracias a tu inestimable ayuda, la verdad ha salido a la luz. Yo soy el que está en deuda contigo y no al revés.

Ambos hombres se levantaron y se fundieron en un cálido abrazo.

—Todo esto está muy bien, Diego, pero quiero preguntarte algo sin que te sientas ofendido —admitió el comisario—. ¿Por qué te vas ahora? Con poco esfuerzo, llegarías a lo más alto. Tienes madera de líder.

—Con todo respeto, señor, el cuerpo para mí se ha acabado. Yo he terminado con la policía y en cierto modo, la policía ha acabado conmigo. Odio la burocracia, los papeles y toda la política que va detrás de la fachada. Si consigo recuperarme por completo y puedo, creo que intentaré independizarme.

—¿Independizarte? ¿A qué te refieres? —preguntó de nuevo el comisario.

—Me gustaría tener una pequeña agencia de investigación. Poder ayudar a la gente sin tener que rendir cuentas a nadie, sin idiotas dando el coñazo. Pero eso será dentro de unos meses —afirmó el inspector mientras Marian le sonreía—. O de un año, quizás. No tengo prisa. Me apetece viajar un poco, ¿verdad? —dijo mientras entrelazaba con cuidado sus manos con las de la periodista.

—Desde luego chica, no sé qué le has visto a este vejstorio —afirmó Daniel simulando estar molesto.

—Me gustan los hombres con cicatrices. Son más interesantes. Y Diego gana en el cuerpo a cuerpo, Daniel.

—Bien, aunque dicha afirmación me sorprende, brindo por ello y por la mejor de las suertes en tu nuevo proyecto —afirmó el comisario mientras alzaba la copa. Los demás le imitaron y, tras beber, siguieron disfrutando de aquel momento a pequeños sorbos.